

ciencia ficción y fantasía

nueva dimensión

ANDERSON. AUTE. BRADBURY. CHEJOV. VAN VOGT. . .



nueva
dimensión 1

Lectulandia

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

Lectulandia

AA. VV.

Nueva Dimensión 1

Nueva Dimensión - 1

ePub r1.1

Colophonius 04.09.15

Título original: *Nueva Dimensión 1*

AA. VV., 1968

Retoque de cubierta: pherikit

Editor digital: Colophonius

Escaneo: libroscf y luangoru

Edición de fuente original: johansolo

Corrección de erratas: Un_Tal_Lucas

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

nueva dimensión

1968/1

A Hugo Gernsback, in memoriam

nueva dimensión

REVISTA BIMESTRAL DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA

A cargo de:

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

AÑO 1968/1

Director:

J. M. Armengou

Colaboradores:

Antonio Bellomi

Adolfo Buylla

Alfonso Figueras

Luis Gasea

José Luis Garci

Pgarcía

Carlos Jiménez

Francisco Lezcano

José Luis Montalbán

Jean G. Muggoch

Octavi Piulats

Mercedes Valcárcel

Director de publicidad:

Jordi Prat

Director de relaciones públicas:

Andreu Román Parra

Director artístico:

Enrique Torres

Corresponsales:

Austria: Kurt Luif

Estados Unidos: Forrest J. Ackerman

Francia: Jacques Ferron

Inglaterra: Arthur Sellings

Italia: Riccardo Leveghi

Uruguay: Marcial Souto Tizón

Delegado en Madrid:

Carlos Buiza

Enero-Febrero 1968. Número 1

EDITORIAL

[Hablar de ciencia ficción](#)

ACERCA DE LOS FANZINES

[Un mundo paralelo, el fandom](#)

por Luis Vigil

SE PIENSA

[La ciencia ficción en la psicología de la cultura](#)

por Alfonso Álvarez Villar

[¿Nuevo nombre para la ciencia ficción?](#)

por Hugo Gernsback

[En torno a Fahrenheit 451](#)

por José Luis Garci

[Aníbal 5, un cyborg demasiado humano](#)

por Luis Gasca

SE DICE

[Libros, revistas, cine, teatro, comic, fumetti, discos, autores, fandom, premios, expo](#)

SE ESCRIBE

[En busca de correspondencia](#)

MINICONVENCIÓN

[Madrid, 9 de diciembre de 1967](#)

por Carlos Buiza

nueva dimensión **MAÑANA**

NOVELA

[El pueblo del aire](#)

por Poul Anderson

CUENTOS

[El monstruo](#)

por A. E. Van Vogt

[Imperativo categórico](#)

por Arthur Sellings

[Hijo de la mente](#)

por Norman Spinrad

CUENTOS CORTOS

[El viejo y la tormenta](#)

por Bertil Mårtensson

[Pulgón](#)

por L. Major Reynolds

[Crónicas terrestres/1](#)

por PGarcía

[Cambio](#)

por Kurt Luif

[El peatón](#)

por Ray Bradbury

CLÁSICO

[Las Islas voladoras](#)

por Anton Chejov

POESÍA

[Los fugitivos](#)

por Luis-Eduardo Aute

FANZINE

[Sólo por diversión](#)

por Janet Fox

COMIC

[El ruido en la oscuridad](#)

por Gilbert Shelton

ILUSTRACIONES DE

Luis-Eduardo Aute

Adolfo Buylla

Jordi Buxadé

Alfonso Figueras

Jordi Figueras

Carlos Jiménez

Francisco Lezcano

Vladimir Pablo

M^a Lluisa Paytubí

HUMOR DE

Francisco Lezcano



EDITORIAL

HABLAR DE CIENCIA FICCIÓN

Son las dos de la mañana. Éste es el tercer intento de que salga el editorial. Espero que esta vez quede bien y pueda irme a dormir, pues me estoy cayendo de sueño. Volvamos otra vez al principio. Tenemos un proyecto de revista: una revista de ciencia ficción. Primero surge la idea, luego se reúne un grupo de personas que quieren trabajar en ella (yo me encargaré..., tú harás...), se buscan los medios para realizarla (nosotros pondremos..., nos dejarán...), los colaboradores (Luis Eduardo, haznos también el dibujo... Forry, ¿podrías conseguirnos los derechos de este cuento?... Enrique, ¿y este logotipo?...), los permisos, las autorizaciones (hay que enviar rápidamente esos papeles..., tenemos que solicitar el permiso..., vamos a tardar un montón

de tiempo...). Y un buen día, entre todo el ajeteo, sobre la mesa, al lado de la máquina de escribir, hay un montón de folios mecanografiados y un puñado de hojas de papel de barba con dibujos a tinta china. ¡El número uno, ya tenemos el número uno!

¿Lo tenemos?

¡No, maldición; falta el editorial!

Y ahí empieza el drama...

El editor, por cuyas manos han pasado muchos números uno, repasa en su mente las ideas clásicas (hemos venido a llenar un hueco... ¡uf!; creemos que a la literatura le hacía falta... ¡bah!; es nuestro propósito... ¡hum!) y pone cara de disgusto. Las cuartillas empiezan a apelotonarse, arrugadas, hermanadas en el fracaso, en la papelera.

Pero hay que hacer el editorial. Y he de hablar, naturalmente, de ciencia ficción. Aunque ¿cómo enfocar el asunto? Podría hablar, por ejemplo, de que la ciencia ficción es realmente una literatura de cultura, en la que el escritor debe estar en posesión de una gran cantidad de datos y conocimientos aprendidos o tomados de publicaciones científicas, la física, la astronomía, la biología, la sociología, y en general todas las ramas del saber humano en evolución, las cuales se irán insinuando, en forma más o menos amena, según la técnica del autor, en sus relatos. Sí, es una buena idea. Hablar de que no es nada fácil crear unas normas lógicas sobre las que asentar el gobierno de una Federación Galáctica o un Imperio Estelar, o imaginar los motivos y sentimientos que puedan ser origen de las acciones de un extraterrestre o un robot en forma que sean verosímiles. O crear todo un mundo, situarse ante un papel en blanco e ir construyendo, capa tras capa, la endosfera y la exosfera, la litosfera y la biosfera. Situar un clima, una fauna y una flora. Imaginar una Humanidad —o una Inhumanidad— y darle unas características raciales, unas costumbres, una religión, una forma de gobierno. Y lograr que todo esto no quede prendido con agujas, sino que forme un todo armónico y consecuente.

Pero no, todo esto sonaría a alabanza a los propios editores y colaboradores de la revista, así que hay que echar esa hoja al cesto de los papeles.

O quizá podría hablar del lector de ciencia ficción, delimitar cómo el género exige de él un esfuerzo superior al que le exige cualquier otro tipo de literatura. Demostrar que el lector de ciencia ficción no es un escapista; el escapismo es más fácil hallarlo en la novela policíaca, en la rosa o en el western; la ciencia ficción, al contrario, no trata de hacernos olvidar los problemas cotidianos, sino que más bien nos presenta otros nuevos e inéditos, o nos replantea los tradicionales vistos desde un punto de vista no tradicional. Que el lector de ciencia ficción es un hombre preocupado por su

tiempo y por lo que resultará de él, y no trata de evitar las cuestiones fundamentales sumergiéndose en el nirvana o leyendo la descripción de las mil y una noches de aberraciones sexuales descritas por el libro-escándalo de turno, sino que, de la mano de un Asimov, de un Heinlein, de un Bradbury, de un Hoyle, parte en busca de soluciones nuevas a problemas viejos, o viceversa.

Pero no, tampoco; esto sonaría demasiado a intento de ganarse el bolsillo del lector a través de la adulación de su ego, así que tenemos otra cuartilla en ruta hacia el destierro.

Claro que podría hablar también de los motivos por los que aparece ahora esta revista, de la pena que nos da a todos sus componentes el ver en las librerías tanta infraliteratura presentada bajo el nombre de ciencia ficción, o todas esas películas malgastadas en temas malos que al acogerse al patronímico ocasionan que a la larga ningún empresario consciente quiera ni oír hablar de la posibilidad de proyectar en su cine una cinta del género, en perjuicio de las pocas pero dignas obras que realmente merecen llamarse de ciencia ficción. O de esos «algos» seriados con los que la televisión nos provoca úlceras cuando oímos al día siguiente cómo alguien comenta en la calle: «Sí, hombre, sí, una película de ésas de monstruos y platillos». O de esos artículos de prensa en los que algún periodista, gracioso residuo del Homo Neanderthalensis, sitúa bajo el título de ciencia ficción las últimas cocciones, a lo Adamski, de un camionero centroeuropeo.

¡Ya sé! Voy a hablar del disgusto que nos produce ver multitud de libros, posibles best-sellers, verdaderas obras de ciencia ficción, publicados bajo el título de «utopías» o de «crítica social por la extrapolación» por editores con miedo a usar las dos palabras malditas. Y de esas antologías compiladas con cariño por un especialista y que luego, al ser traducidas, lo son bajo el patrocinio de algún otro cuyo único mérito es que su nombre sea conocido, y cuyo único esfuerzo ha sido el de escribir un par de naderías sin sentido e ingresar un cheque en su cuenta. O de esos otros editores piratas, que hacen el gran negocio con la edición en una traducción pésima y adulterada de estupendas obras extranjeras, sin ni siquiera pagar un céntimo de derechos a sus autores.

Claro que hablar de todo esto sonaría un poco a autocompasión, así que es mejor dar un tirón, y otro papel malgastado.

Veamos. Sí, sólo queda hablar ya de la política editorial. Haré una declaración de esas tan bonitas, que comienzan por «Es propósito de esta revista el crear un nuevo estado de conciencia, un clima de actuación...». Y hablaré de cómo pensamos prescindir de todo servilismo hacia otras revistas o tendencias más representativas para buscar todos los estilos, de cómo deseamos sacudirnos un poco el yugo de lo anglosajón y tener en cuenta

también la producción más importante de otros países, de cómo estamos tratando de huir de la atracción que representa publicar sólo los nombres consagrados y vamos buscando los nuevos valores, sin despreciar las grandes glorias, pues hemos visto que tanta calidad hay en unos como en otras. Y hablaré también de cómo hemos pensado distribuir el material dentro de nuestras páginas, dando acogida en ellas a toda la ciencia ficción, clásica y moderna, y también a los textos de fantasía pura, compañeros difícilmente discriminables de nuestro género; de cómo deseamos cuidar especialmente la parte de ensayos, artículos y noticias, ese conjunto que los anglosajones llaman fact, y de cómo pensamos abrir allí nuevos horizontes a la ciencia ficción en el cine, en el comic, en el arte y en tantos otros campos apenas conocidos; y de cómo esperamos poder acoger con especial interés las colaboraciones de los que empiezan, e incluso de los lectores; y de cómo, en resumen, esperamos poder pasar todo lo que recibamos por un espeso tamiz que nos permita ofrecer una sola característica: calidad.

Claro que, si hago todo esto, ¿qué pasará? ¿No puede ocurrir, como ha ocurrido ya tantas otras veces, que mañana no podamos cumplir lo que nos proponemos hoy? Mi puntería va mejorando; difícilmente tiro un papel fuera del cesto. Son las cinco ya y me voy definitivamente a la cama...

¿Y el editorial? ¡Ah, sí! ¡Dios, lo difícil que resulta hacer un primer editorial!

Recojo los papeles de dentro y fuera de la papelera, los aliso un poco, los ordeno. Me los leo cuidadosamente. Bueno, quizá no resulte un editorial demasiado ortodoxo, pero todo esto irá al tipógrafo mañana...

EL MONSTRUO

A. E. VAN VOGT

Acerca de Van Vogt ha dicho el conocido escritor y antologista August Derleth que «representa el más alto desarrollo posible de la imaginación concebida como un vehículo para la aventura de ciencia ficción». Nacido en Canadá, descendiente de holandeses, el famoso autor de «Slan» y los «No-A» reside actualmente en Los Ángeles, desde donde dirige su actividad hacia la exploración de nuevos campos de las ciencias mentales como son la dianética, el hipnotismo y la semántica general.

ilustrado por CARLOS JIMÉNEZ

La gran nave se detuvo a cuatrocientos metros encima de una de las ciudades. Abajo había una desolación cósmica. Mientras descendía dentro de su burbuja de energía, Enash vio que los edificios se estaban derrumbando de puro viejos.

—¡Ningún signo de destrucción bélica! —La voz incorpórea sonó en sus oídos momentáneamente. Enash la desconectó.

En el suelo, se deshizo de la burbuja. Se encontraba en un recinto vallado, cubierto de plantas. Varios esqueletos yacían en la alta hierba, al lado de un edificio abandonado. Eran de seres altos, con dos piernas y dos brazos, y en cada caso con el cráneo montado al final de una delgada espina. Los esqueletos, todos adultos, parecían hallarse en un estado excelente de conservación, pero cuando se inclinó y tocó uno de ellos parte del mismo se desmenuzó en fino polvo. Al erguirse, vio que Yoal estaba descendiendo cerca de allí. Enash esperó hasta que el historiador hubo salido de su burbuja y dijo:

—¿Crees que deberíamos usar nuestro método de reavivar los antiguos muertos?
Yoal quedó pensativo.

—He estado haciendo preguntas a varios de los que han bajado, y encuentro algo extraño aquí. En este planeta no hay ningún animal sobreviviente, ni siquiera insectos. Tendremos que averiguar qué ocurrió antes de arriesgar ninguna colonización.

Enash no dijo nada. Soplabla una suave brisa que rechinaba a través de un grupo de árboles cercanos. Señaló hacia los mismos. Yoal afirmó con la cabeza.

—Sí —dijo—, la vida vegetal no ha sido dañada, pero después de todo las plantas no son afectadas en la misma manera que las formas de vida activa.

Hubo una interrupción. Una voz habló desde el receptor de Yoal:

—Ha sido hallado un museo cerca del centro de la ciudad. Se ha instalado una luz roja en el techo.

—Voy a ir contigo, Yoal —dijo Enash—. Tal vez haya esqueletos de animales y

de seres inteligentes en varias etapas de su evolución. No has contestado a mi pregunta. ¿Vas a revivir a esos seres?

—Me propongo discutir el asunto con el Consejo —contestó Yoal despacio—, pero creo que no hay dudas. Debemos conocer la causa de este desastre. —Gesticuló vagamente una ventosa para abarcar el panorama, y añadió pensativamente—: Debemos proceder con cautela, desde luego, empezando por un desarrollo claramente precoz. La ausencia de esqueletos de niños indica que la raza consiguió la pervivencia personal.

El Consejo vino a observar los hallazgos. Esto era, Enash lo sabía, solamente una formalidad preliminar. La decisión ya había sido tomada: los volverían a la vida. Era más que eso, estaban curiosos. El espacio era vasto, el viaje a su través largo y solitario, el desembarco era siempre una experiencia estimulante, con la esperanza de descubrir y estudiar nuevas formas de vida.

El museo tenía un aspecto normal. Techos altos y abovedados, vastas habitaciones, modelos plásticos de extrañas bestias, muchos artefactos, demasiados para ver y comprender en tan poco tiempo. La historia de una raza se hallaba contenida aquí en un orden progresivo de reliquias. Enash observó junto con los demás y se alegró cuando llegaron a una fila de esqueletos y cuerpos conservados.

Se sentó al lado de la pantalla de energía y observó cómo los expertos en biología sacaban fuera de un sarcófago de piedra a un cuerpo momificado. Estaba envuelto en tiras de tela, muchas de ellas. Los expertos no se molestaron en desenredar el podrido material. Los fórceps lo atravesaron, apretando una parte del cráneo. Éste era el procedimiento normal. Cualquier parte del esqueleto podía ser usado, pero las reavivaciones más perfectas, las reconstrucciones más completas, ocurrían cuando se hacía uso de una cierta sección del cráneo.

El jefe biólogo Hamar explicó la elección del cuerpo.

—Los productos químicos usados para conservar esa momia muestran un rudimentario conocimiento de química. Los grabados en el sarcófago indican una cultura poco avanzada y no mecánica. En semejante civilización no podía haber gran desarrollo de las potencialidades del sistema nervioso. Nuestros expertos en idiomas han estado analizando la voz grabada mecánicamente que hay junto a cada objeto expuesto, y a pesar de que existen muchos idiomas —testimonio de que ha sido reproducido cada idioma hablado en la época en que el cuerpo estaba vivo—, no han tenido ninguna dificultad en traducir el significado. Se ha adaptado nuestra máquina universal de lenguajes, de manera que cualquiera que lo desee solamente necesita hablar en su comunicador, y así tendrá sus palabras traducidas en el idioma de la persona revivida. Naturalmente, también funciona a la inversa. Ah, veo que el primer cuerpo está preparado.

Enash observó atentamente con los demás cómo la tapa era fijada sobre el

reconstructor plástico, y los procesos de crecimiento empezaban. Notó como él mismo se ponía en tensión. No había nada accidental en lo que estaba ocurriendo. En pocos minutos, un antiguo habitante de aquel planeta se sentaría y los miraría. La ciencia de este proyecto era simple, y completamente efectiva siempre.



... De las sombras de lo microscópico, la vida crece. El nivel de principio y fin, de vida y no vida; en esa oscura región la materia oscila fácilmente entre viejos y nuevos hábitos. El hábito de lo orgánico, o el hábito de lo inorgánico. Los electrones no tienen valores de vida y no vida. Los átomos no saben nada de inanimidad. Pero cuando los átomos se agrupan en moléculas, hay un paso en el proceso, un pequeño escalón que es la vida... si es que la vida empieza. Un paso, y luego la oscuridad. O la vida.

Una piedra o una célula viviente. Un grano de oro o una hoja de hierba, las arenas del mar o los igualmente numerosos animálculos residentes en las interminables aguas colmadas de peces... la diferencia está en la zona crepuscular de la materia. Cada célula viviente tiene en sí misma su completa forma. Al cangrejo le crece una nueva pata cuando la antigua es arrancada de su cuerpo. Las extremidades del gusano planario se extienden, y en breve hay dos gusanos, dos entidades, dos sistemas digestivos, cada uno tan voraz como el original, cada uno completo, sin heridas, sin ningún daño tras esa experiencia. Cada célula se reproduce en una forma tan intrincada que ninguna cantidad de palabras podría descubrir nunca la perfección alcanzada.

Pero, paradoja, la memoria no es orgánica. Un disco ordinario de cera reproduce sonidos. Un magnetófono emite fácilmente un duplicado de la voz que habló hace años. La memoria es una impresión fisiológica, una señal en la materia, un cambio en la fórmula de una molécula, de manera que cuando una reacción es deseada, la *forma* emite el mismo ritmo de respuesta.

Del cráneo de la momia habían procedido los multicuatrillones de formas de memoria, de las cuales se evocaba ahora una respuesta. Como siempre, la memoria se manifestó.

Un hombre parpadeó y por un breve instante abrió sus ojos.

—Entonces es verdad —dijo en voz alta, y mientras hablaba las palabras iban siendo traducidas al idioma Ganae—. La muerte es solamente el principio de otra vida. Pero ¿dónde están mis sirvientes?

Al final de la frase, su voz tomó un tono quejoso. Se levantó y salió fuera de la caja, que se había abierto automáticamente cuando revivió. Vio a sus captores. Se detuvo, pero sólo por un momento. Tenía orgullo y un valor especialmente arrogante, que ahora le asistía. Se arrodilló con desagrado e hizo una reverencia, pero la duda debía ser poderosa en él.

—¿Estoy en la presencia de los dioses de Egipto? —dijo. Se levantó, y siguió hablando—: ¡Pero qué tonterías son éstas! Yo no me arrodillo ante demonios desconocidos.

El capitán Gorsid dijo:

—¡Matadlo!

El monstruo de dos piernas se disolvió, retorciéndose en el haz de un rayo desintegrador.

El hombre revivido en segundo lugar se levantó, pálido y temblando de miedo.

—Dios mío, prometo que no volveré a tocar la bebida otra vez. Luego dicen de los elefantes rosas...

Yoal preguntó curioso:

—¿A qué bebida te refieres?

—El viejo jarabe, el veneno en la petaca, el jugo que me dieron en esa taberna...
¡Señor!

El capitán Gorsid miró inquisitivamente a Yoal.

—¿Necesitamos entretenernos?

Yoal dudó.

—Tengo curiosidad —dijo. Luego se dirigió al hombre—: Si te dijéramos que somos visitantes de otro sistema, ¿cuál sería tu reacción?

El hombre le miró. Se hallaba obviamente perplejo, pero su miedo era más fuerte.

—Veamos —dijo—. Yo estaba conduciendo, ocupándome de mis asuntos. Admito que tal vez tenía uno o dos tragos de más, pero éste es el licor que sirven hoy en día. Juro que no vi el otro coche, y si ésta es una nueva forma de castigar a la gente que bebe y conduce, bien, ustedes me han convencido. No volveré a tocar otra gota mientras viva.

—Conduce un coche y no le da importancia —dijo Yoal—. Sin embargo, no hemos visto coches. Ni siquiera se molestaron en conservarlos en los museos.

Enash se dio cuenta de que todos los demás esperaban que otro hiciera los comentarios. Se turbó al comprobar que el círculo de silencio sería completo a menos que él hablara.

—Pidámosle que describa un coche —aventuró—. ¿Cómo funciona?

—Ahora es cuando nos entendemos —dijo el hombre—. Marquen una línea en el suelo, y andaré sobre ella. Y hagan tantas preguntas como quieran. Tal vez esté tan bebido que no pueda andar derecho, pero siempre puedo conducir. ¿Cómo funciona? Simplemente, se pone la marcha y se pisa el gas.

—Gas —dijo Ved, el oficial ingeniero—. El motor de combustión interna. Esto lo clasifica.

El capitán Gorsid hizo una seña al guardia que tenía el desintegrador.

El tercer hombre se sentó, y los miró pensativamente.

—¿De las estrellas? —dijo finalmente—. ¿Tienen un método, o fue simplemente una casualidad?

Los consejeros Ganae, en la abovedada habitación, se agitaron inquietos en sus curvas sillas. Enash vio que Yoal lo miraba. La sorpresa en los ojos del historiador alarmó al meteorólogo. La adaptación del ser con dos piernas, pensó, a una nueva situación, su dominio de la realidad, habían sido anormalmente rápidas. Ningún Ganae podría haber igualado su velocidad de reacción.

Hamar, el biólogo jefe, dijo:

—La rapidez de pensamiento no es necesariamente un signo de superioridad. El pensador lento y cuidadoso tiene su sitio en la jerarquía del intelecto.

Pero Enash estaba pensando que no era la rapidez, sino la exactitud de la respuesta. Trató de imaginarse a sí mismo siendo revivido, y comprendiendo

inmediatamente el significado de la presencia de seres de las estrellas. Él no podría haberlo hecho.

Se apartó de sus pensamientos, porque el hombre había salido de la caja. Mientras Enash observaba con los otros, el hombre caminó hacia la ventana y miró fuera. Una ojeada, y entonces se volvió.

—¿Es todo así? —preguntó.

Una vez más, su rapidez de comprensión causó sensación en el auditorio. Fue Yoal quien finalmente replicó:

—Sí. Desolación. Muerte. Ruinas. ¿Tienes alguna idea de lo que ocurrió?

El hombre se acercó y se detuvo enfrente de la pantalla de energía que protegía a los Ganae.

—¿Puedo mirar por el museo? Tengo que calcular el año en que estamos. Teníamos ciertas posibilidades de destrucción cuando yo vivía, pero ¿cuál se utilizó? Depende del tiempo transcurrido.

Los consejeros miraron al capitán Gorsid, que titubeó, antes de decir al guardia del desintegrador:

—Vigíalo.

Luego, volviéndose al hombre:

—Comprendemos sus aspiraciones plenamente: te gustaría tomar el control de esta situación, y proteger tu propia seguridad. Déjame tranquilizarte. No hagas ningún movimiento falso, y todo irá bien.

El hombre no dio señal de haber creído o no la mentira. Tampoco mostró ni siquiera con una mirada o un movimiento haber visto el agrietado suelo donde el desintegrador había reducido a la nada a sus dos predecesores. Con curiosidad, caminó hasta la próxima puerta, estudió al otro centinela que le aguardaba allí, y entonces, cuidadosamente, pasó a la otra habitación. El primer guardia lo acompañó, seguido por la pantalla de energía móvil y, finalmente, por los Consejeros.

Enash fue el tercero en pasar a través de la puerta. La habitación contenía esqueletos y modelos plásticos de animales. La habitación que estaba más allá era lo que, a falta de una mejor calificación, Enash llamaba una habitación cultural, y contenía los artefactos de un único período de civilización. Parecía bastante avanzado. Él mismo había examinado varias de las máquinas la primera vez que habían pasado por allí, y había pensado: energía atómica.

No fue el único en este reconocimiento. Detrás suyo, el capitán Gorsid dijo al hombre:

—Se te prohíbe tocar nada. Un falso movimiento será la señal para que los guardias abran fuego.

El hombre se detuvo tranquilamente en el centro de la habitación. A pesar de su curiosa ansiedad, Enash tuvo que admirar su calma. Con toda seguridad sabía el destino que le esperaba, pero permaneció allí pensativamente, y al final dijo, deliberadamente:

—No necesito ver nada más. Tal vez sean capaces de juzgar mejor que yo el tiempo que ha transcurrido desde que nací hasta que estas máquinas fueron construidas. Allí veo un instrumento que, de acuerdo con los datos que figuran en el mismo, cuenta los átomos cuando estos estallan. Tan pronto como el debido número ha hecho explosión, cierra la potencia automática exactamente por el tiempo necesario para evitar una reacción en cadena. En mis tiempos teníamos un millar de aparatos imperfectos para limitar la magnitud de una reacción atómica, y se necesitaron dos mil años para desarrollar estos instrumentos desde los principios de la energía atómica. ¿Pueden hacer una comparación?

Los consejeros miraron a Ved. El oficial ingeniero titubeó. Finalmente, a disgusto, dijo:

—Hace nueve mil años teníamos mil métodos de controlar las explosiones atómicas. —Hizo una pausa, y dijo más lentamente—: Nunca he oído de un instrumento que contara los átomos para semejante propósito.

—Sin embargo —murmuró Shuri, el astrónomo, desalentado— la raza fue destruida.

Hubo un silencio, que terminó cuando Gorsid dijo al guardia más próximo: — ¡Mata al monstruo! Pero fue el guardia el que cayó, estallando en llamas. ¡No solamente el guardia, sino todos los guardias, cayeron simultáneamente, ardiendo con una llama azul! La llama lamió la pantalla, retrocedió, avanzó con más furia, reculó, y ardió más brillante. A través de un halo de fuego, Enash vio que el hombre había retrocedido hasta la puerta más lejana, y que la máquina que contaba átomos relucía con intensidad azulada.

El capitán Gorsid gritó en su comunicador:

—¡Defended todas las salidas con rayos desintegradores! ¡Las naves preparadas para matarlo con armas pesadas!

Alguien dijo:

—Control mental. Alguna clase de control mental. ¿Con qué nos hemos topado?

Empezaron a retirarse. La llama azul estaba en el techo, tratando de atravesar la pantalla. Enash echó una última mirada a la máquina. Debía estar aún contando átomos, porque tenía un azul infernal. Corrió con los demás hacia la habitación donde el hombre había sido reanimado. Allí, otra pantalla de energía vino en su ayuda. Seguros ahora, se retiraron en sus burbujas individuales y escaparon a través de las puertas exteriores hacia la nave. Mientras el gran aparato se remontaba, una bomba atómica fue lanzada hacia abajo. El llameante hongo borró el museo y la ciudad circundante.

—Pero aún no sabemos por qué la raza murió —susurró Yoal en el oído de Enash, cuando el estruendo cesó en el cielo, detrás de ellos.

El pálido sol amarillento se arrastró sobre el horizonte en la tercera mañana

después de lanzar la bomba, el octavo día desde el desembarco. Enash flotó con los otros, bajando hacia una nueva ciudad. Había venido para oponerse a cualquier otra reavivación.

—Como meteorólogo —dijo—, declaro este planeta seguro para una colonización Ganae. No puedo ver la necesidad de correr ningún riesgo. Esta raza había descubierto los secretos de su sistema nervioso, y no podemos permitirnos...

Fue interrumpido. Hamar, el biólogo, dijo secamente:

—Si sabían tanto, ¿por qué no emigraron a otro sistema estelar, salvándose?

—He de reconocer —dijo Enash— que muy probablemente no habían descubierto nuestro método de localizar estrellas con familias planetarias. —Miró ansiosamente alrededor del círculo de sus amigos y continuó—: Hemos establecido que éste fue un descubrimiento accidental, único. No fuimos hábiles, sino afortunados.

Vio, por la expresión de sus rostros, que estaban refutando mentalmente sus argumentos. Experimentó un desvalido sentimiento de catástrofe inminente. Podía ver la imagen de una gran raza frente a la muerte. Ésta debía haber venido rápidamente, pero no tanto como para que ellos no lo supieran. Había demasiados esqueletos en los espacios abiertos, yaciendo en los jardines de las magníficas casas, como si cada hombre y su esposa hubieran salido afuera a esperar el final de su especie. Trató de explicar esta imagen al Consejo: el último largo día, hacía mucho tiempo, cuando una raza había ido con calma al encuentro de su fin. Pero su visualización falló en parte. Porque los demás se removieron impacientes en sus asientos, que habían sido instalados detrás de una serie de pantallas de energía. Y el capitán Gorsid dijo:

—Exactamente ¿qué es lo que ha motivado esta intensa reacción emocional en ti, Enash?

La pregunta hizo vacilar a Enash. No había pensado en ello como en algo emocional. No había percibido la naturaleza de su obsesión, tan sutilmente se había adueñado de él. Afortunadamente, se dio cuenta.

—Fue el tercero —dijo pausadamente—. Lo vi a través del halo de fuego, y estaba parado allí, en una parte distante, observándonos con atención, precisamente antes de que retrocediéramos para escapar. Su valentía, su calma, la hábil manera en que nos engañó... todo esto lo resume.

—¡Resume su muerte! —dijo Hamar. Todo el mundo se rió.

—Vamos, Enash —dijo el vicecapitán Mayad de buen humor—. ¿No vas a pretender que esta raza es más valiente que la nuestra, o que con todas las precauciones que ahora hemos tomado necesitamos temer a un solo hombre?

Enash se calló, sintiéndose en ridículo. La revelación de que había tenido una obsesión emocional lo avergonzaba. No quería aparecer irrazonable. Hizo una protesta final:

—Solamente deseo llamar la atención —dijo ásperamente— de que este deseo de

descubrir lo que ocurrió a una raza muerta no me parece absolutamente esencial.

El capitán Gorsid hizo seña al biólogo.

—Procedamos —dijo— con la reavivación.

Y dirigiéndose a Enash, añadió:

—¿Vamos a atrevernos a volver a Gana y recomendar una emigración masiva, admitiendo luego que realmente no completamos nuestras investigaciones? Eso es imposible, amigo mío.

Era la antigua controversia, pero Enash admitió forzosamente que había razón en tal punto de vista. Dejó sus pensamientos, porque el cuarto hombre se estaba moviendo.

El hombre se sentó. Y desapareció.

Hubo un momento de confusión, asombro y terrible silencio. Entonces el capitán Gorsid dijo ásperamente:

—No puede salir afuera, lo sabemos. Está ahí, en algún lugar.

Alrededor de Enash, los Ganae se levantaron mirando al caparazón de energía. Los guardias permanecieron con las armas asidas débilmente en sus ventosas. Con el rabillo del ojo vio que uno de los técnicos de la pantalla protectora llamaba a Ved, que se le acercó. Volviéndose con duro semblante, manifestó:

—Dice que las agujas han saltado diez puntos, cuando desapareció. Eso es en el nivel nucleónico.

—¡Por los antiguos Ganae! —susurró Shuri—. Nos hemos encontrado con lo que siempre habíamos temido.

Gorsid estaba gritando en el comunicador.

—¡Destruid todos los localizadores en la nave! ¡Destruidlos todos, ¿me oís?! —Se volvió con una mirada furiosa—: ¡Shuri! —rugió—, ¡parece que no comprenden! ¡Di a esos subordinados tuyos que actúen! ¡Todos los localizadores y reconstructores deben ser destruidos!

—¡Rápido, rápido! —dijo Shuri débilmente.

Cuando la orden se hubo cumplido, respiraron más fácilmente. Hubo hoscas sonrisas y una tensa satisfacción.

—Al menos —dijo el vicecapitán Mayad—, no podrá nunca descubrir Gana. Nuestro principal método de localizar soles con planetas continúa siendo nuestro secreto. No podrá haber represalias por... —se detuvo, y dijo con lentitud—: ¿Qué es lo que estoy diciendo? No hemos hecho nada. No somos responsables del desastre que sobrevino a los habitantes de este planeta.

Pero Enash sabía el significado de aquello. Los sentimientos de culpa salían a la superficie en momentos como aquél, los fantasmas de todas las razas destruidas por los Ganae, la voluntad sin remordimiento que habían tenido, cuando desembarcaron, de aniquilar lo que encontrasen allí, el oscuro abismo de odio y terror que se extendía

detrás de ellos, los días sin fin cuando, sin compasión, habían vertido radiaciones mortíferas sobre los confiados habitantes de planetas pacíficos, todo esto era lo que estaba detrás de las palabras de Mayad.

—Todavía me niego a creer que haya escapado —decía el capitán Gorsid—. Está ahí. Está esperando a que retiremos nuestras pantallas de modo que pueda escapar. Bien, no haremos nada de eso.

Nuevamente hubo silencio, mientras miraban con expectación en el vacío de la pantalla de energía. El reconstructor reposaba sobre sus soportes metálicos, un reluciente conjunto. Pero no había nada más. Ni un centelleo de falsa luz o una sombra. Los dorados rayos del sol bañaban los espacios abiertos con una claridad que no dejaba lugar para escondrijos.

—Guardias —dijo Gorsid—. Destruid el reconstructor. Tal vez quiera volver para examinarlo, y no podemos correr esta clase de riesgo.

El reconstructor ardió con blanca furia. Y Enash, que había esperado que tal vez la mortal energía obligaría a aparecer al ser con dos piernas, sintió que sus esperanzas se venían abajo.

—¿Pero a dónde podrá haber ido? —murmuró Yoal.

Enash se volvió para discutir el asunto. En el momento de girarse, vio que el monstruo estaba de pie debajo de un árbol, a seis metros a un lado, contemplándolos. Debía haber llegado en *aquel* momento, porque hubo un suspiro colectivo de los Consejeros. Todo el mundo se apartó. Uno de los Técnicos de la Defensa, con gran presencia de ánimo, estableció una pantalla de energía entre los Ganae y el monstruo. La criatura se adelantó lentamente. Su constitución era esbelta, su cabeza se sostenía bien alta. Sus ojos brillaban como si tuvieran un fuego interior.

Se paró al llegar a la pantalla y la tocó con sus dedos. La pantalla relució, tornándose borrosa, con cambiantes colores. Los colores se hicieron más brillantes y se extendieron en una complicada trama, desde su cabeza al suelo. La borrosidad se aclaró. La trama fue desapareciendo hasta desvanecerse.

El hombre había pasado la pantalla.

Se rió, un curioso sonido suave; luego, adoptando una actitud seria:

—Cuando me desperté, sentí curiosidad por la situación. El problema era *qué* debía hacer con vosotros.

Las palabras tenían un timbre fatídico para Enash, en el aire tranquilo de la mañana de aquel planeta de muertos. Una voz rompió el silencio, una voz tan violenta y poco natural que transcurrieron unos momentos antes de que reconociera que pertenecía al capitán Gorsid.

—¡Matadlo!

Cuando los desintegradores cesaron en su esfuerzo, el ser imposible de matar continuó en pie. Caminó despacio hacia ellos, hasta detenerse a unos dos metros del Ganae más cercano. Enash se hallaba situado hacia atrás. El hombre dijo lentamente:

—Hay dos caminos que se sugieren por sí mismos, uno basado en la gratitud por

revivirme, el otro basado en la realidad. Yo sé lo que sois. Sí, *os conozco*, y eso es infortunado. Es difícil sentirse misericordioso. Para empezar, supongamos que me entregáis el secreto del localizador. Naturalmente, ahora que existe un método, no volveremos nunca a ser atrapados como lo fuimos.

Enash estaba preocupado, su mente bullía con las posibilidades del desastre inminente, en tal forma que no parecía posible que pudiese pensar en algo distinto. Y sin embargo, una parte de su atención se agitó ahora.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

El hombre palideció. Las emociones de aquel lejano día alteraron su voz.

—Una tormenta nucleónica. Llegó desde el espacio exterior y alcanzó este lado de nuestra galaxia. Tenía un diámetro de unos noventa años-luz, más allá del límite de nuestro poder. No había forma de escapar. Nosotros habíamos dejado de utilizar los navíos espaciales, y no teníamos tiempo de construir ninguno. Cástor, la única estrella con planetas que descubrimos, estaba también en el sendero de la tormenta.

Hizo una pausa.

—¿El secreto? —dijo.

Alrededor de Enash, los consejeros respiraron más fácilmente. El miedo a la destrucción racial que habían visto venir se estaba esfumando. Enash observó con orgullo que desaparecía el primer shock, y que no sentían temor ni por ellos mismos.

—Ah —dijo Yoal suavemente—, no sabe el secreto. A pesar de todo su gran desarrollo, solamente nosotros podemos conquistar la galaxia. —Miró a los otros, sonriendo confiadamente—. Caballeros —dijo—, nuestro orgullo por la gran hazaña Ganae es justificado. Sugiero que volvamos a nuestra nave; no tenemos nada más que hacer en este planeta.



Hubo un momento de confusión mientras sus burbujas se formaban, y Enash se

preguntó si el ser de dos piernas trataría de detener su partida. Pero cuando miró hacia atrás vio que el hombre estaba andando tranquilamente a lo largo de una calle. Éste fue el recuerdo que Enash se llevó consigo, mientras la nave se empezaba a mover. Éste, y el hecho de que las tres bombas atómicas que lanzaron, una detrás de otra, se negaron a estallar.

—No vamos a dejar un planeta tan fácilmente como eso —dijo el capitán Gorsid—. Propongo otra entrevista con la criatura.

Descendieron nuevamente a la ciudad. Enash, y Yoal, y Ved, y el Comandante. La voz del capitán Gorsid fue sintonizada:

—... según creo —a través de la niebla, Enash podía ver el transparente centelleo de las otras tres burbujas alrededor suyo— nos precipitamos en nuestras conclusiones acerca de la criatura, sin justificarlas con evidencias. Por ejemplo: cuando despertó, desapareció. ¿Por qué? Debido a que tuvo temor, desde luego. Quiso darse cuenta de su situación. No creyó que fuera omnipotente.

Parecía lógico. Enash se encontró creyéndolo él mismo. Repentinamente, se asombró de que se hubiera aterrorizado tan fácilmente. Empezó a ver el peligro bajo una nueva luz. Solamente un hombre vivo en todo un nuevo planeta. Con suficiente determinación, los colonizadores podían tomar posesión de él como si no existiera. Esto se había hecho ya antes, recordó. En varios planetas, pequeños grupos de las poblaciones originales habían sobrevivido a la radiación destructora, y tomado refugio en áreas remotas. Casi siempre, los nuevos colonizadores los fueron eliminando gradualmente. En dos ocasiones, sin embargo, que Enash recordara, las razas nativas tenían aún pequeñas secciones de sus planetas. En cada caso, se había considerado impracticable destruirlos porque esto habría puesto en peligro a los Ganae sobre el planeta. Así, los supervivientes eran tolerados.

Un hombre, pensó, no tendría necesidad de mucho espacio.

Cuando lo encontraron estaba limpiando afanosamente la planta baja de una pequeña casa. Puso la escoba a un lado y salió a la terraza exterior. Se había puesto unas sandalias, y llevaba una túnica suelta hecha de un material muy reluciente. Los miró en forma indolente, pero no dijo nada.

Fue el capitán Gorsid quien hizo la proposición. Enash tuvo que admirar el relato que vertió en la máquina de idiomas. El Comandante fue muy sincero. Este acercamiento era premeditado. Señaló que no podía esperarse de los Ganae que revivieran los muertos de aquel planeta. Semejante altruismo no sería natural considerando que las expansivas hordas de los Ganae necesitaban continuamente nuevos mundos. Cada sucesivo incremento de la vasta población era un problema que solamente podía resolverse por un sistema. En este caso, los colonizadores aceptarían respetar los derechos del único superviviente de aquel mundo.

Fue en aquel momento cuando el hombre le interrumpió.

—¿Pero cuál es el propósito de esta expansión sin fin? —Parecía genuinamente curioso—. ¿Qué pasará cuando finalmente ocupéis cada planeta de esta galaxia?

Los intrigados ojos del capitán Gorsid se encontraron con los de Yoal, luego con Ved, después Enash. Enash sacudió su torso negativamente, y sintió piedad por la criatura. El hombre no lo comprendía, posiblemente no lo entendería nunca. Era el viejo problema de dos puntos de vista diferentes, el viril y el decadente, la raza que ambicionaba las estrellas y la raza que desoía la llamada del destino.

—¿Por qué no —indicó el hombre— controlar las cámaras de crianza?

—¡Eso significaría la caída del Gobierno! —dijo Yoal.

Habló en forma tolerante, y Enash vio que los otros estaban sonriendo ante la inocencia del hombre. Sintió que el vacío intelectual entre ellos se ensanchaba. La criatura no podía comprender las fuerzas naturales de la vida que los empujaban.

El hombre habló otra vez:

—Bien, si no las controláis, lo haremos nosotros.

Hubo silencio.

Empezaron a ponerse rígidos. Enash lo notó en sí mismo, viendo idénticas señales en los demás. Su mirada pasó de cara en cara, y luego a la criatura en la puerta. Sin ser la primera vez, Enash tuvo el pensamiento de que su enemigo parecía indefenso. Creo, decidió, que podría poner mis ventosas a su alrededor y aplastarlo.

Se preguntó si el control nucleónico mental, nuclear, de energías gravitónicas, incluía la habilidad de la defensa personal contra un ataque macrocósmico. Tenía idea de que sí. La exhibición de poder de hacía dos horas podía tener sus limitaciones, pero aun así esto no había sido aparente. La fuerza o debilidad no cambiarían la situación. El ultimátum había sido hecho: «Si no hay control, nosotros lo haremos».

Las palabras hicieron eco en la mente de Enash y, a medida que su significado se hacía más penetrante, su altivez se desvanecía. Se había considerado siempre como un espectador. Aun cuando, antes, había discutido en contra de la reanimación, se había sentido como alguien aparte que observaba la escena en vez de formar parte de ella. Vio con penetrante claridad que por eso se había rendido finalmente a la convicción de los otros. Rememorando el pasado, vio que nunca se había considerado él mismo como partícipe en la conquista de un planeta de otra raza. Era solamente un observador, analizando la realidad, y especulando acerca de una vida que no parecía tener significado. Esto se había terminado. Estaba preso en una marea de irresistible emoción, y arrastrado por ella se sintió hundir, sumergiéndose en la masa de los seres Ganae. Toda la fuerza y la voluntad de la raza se enardeció en sus venas.

—Criatura —gruñó—. Si tienes alguna esperanza de revivir a tu raza muerta, puedes abandonarla.

El hombre lo miró, pero no dijo nada. Enash continuó:

—Si pudieses destruirnos, ya lo habrías hecho. Pero la verdad es que tus poderes tienen límites. Nuestra nave está construida de manera que ninguna reacción en cadena concebible pueda iniciarse en ella. Por cada placa de material potencialmente

inestable hay una placa contraria, lo que previene el desarrollo de una masa crítica. Tal vez podrías ocasionar explosiones en nuestros motores, pero éstas, también, serían limitadas, y solamente iniciarían el proceso de reacción en un lugar destinado *precisamente* a eso.

Se dio cuenta de que Yoal le tocaba el brazo.

—Cuidado —advirtió el historiador—; no sea que en tu cólera descubras información vital.

Enash apartó la ventosa que lo retenía.

—Seamos prácticos —dijo rudamente—. Esta cosa ha descubierto casi todos nuestros secretos raciales aparentemente por el simple hecho de mirar a nuestros cuerpos. Actuaríamos puerilmente si asumiéramos que no se ha dado cuenta todavía de las posibilidades de la situación.

—¡Enash! —exclamó imperativamente el capitán Gorsid.

Tan rápidamente como había venido, la cólera de Enash se esfumó. Se volvió.

—Sí, Comandante.

—Creo que sé lo que intenta decir —dijo el capitán Gorsid—, y le aseguro que estoy en completo acuerdo, pero también creo que soy yo, como el oficial Ganae superior, quien tiene que dar el ultimátum.

Se volvió. Su calloso cuerpo se irguió sobre el hombre.

—Has formulado una amenaza imperdonable —murmuró—. Nos has dicho, en realidad, que tratarías de restringir el expansivo espíritu Ganae.

—No el espíritu —dijo el hombre. Rió suavemente—. No, no el espíritu.

El Comandante ignoró la interrupción.

—Naturalmente, no tenemos alternativa. Podemos asumir que, con tiempo para localizar el material y desarrollar las herramientas, podrías ser capaz de fabricar un reconstructor. En nuestra opinión se necesitarían al menos dos años antes de que pudieras completarlo, *aun cuando supieras cómo*. Es una máquina inmensamente intrincada, poco fácil de montar por el único superviviente de una raza que abandonó sus máquinas milenios antes de que el desastre los azotara.

»No tuvisteis tiempo de construir una nave espacial. No te daremos tiempo tampoco de fabricar un reconstructor.

»En pocos minutos, nuestra nave empezará a lanzar bombas. Es posible que puedas evitar las explosiones en tu vecindad. Por ello, empezaremos en el otro lado del planeta. Si allí fracasamos, entonces asumiremos que necesitamos auxilio. En seis meses de viaje a la máxima aceleración, podemos llegar a un punto desde el que el más cercano planeta Ganae podrá escuchar nuestros mensajes. Enviarán una flota tan vasta que todos tus poderes de resistencia serán superados. Lanzando un centenar o un millar de bombas cada minuto, conseguiremos devastar cada ciudad de manera que ni un gramo de polvo quedará de los esqueletos de tu gente. Éste es nuestro plan. Así será. Ahora puedes hacer lo que quieras con los que estamos a tu merced.

El hombre sacudió su cabeza.

—No haré nada... ahora —dijo. Se detuvo, y continuó pensativamente—: Vuestro razonamiento es bastante exacto. Bastante. Naturalmente, no soy omnipotente, pero me parece que habéis olvidado un pequeño detalle, aunque no os diré cual es. Y ahora —añadió—, buenos días. Volved a vuestra nave y seguid vuestro camino. Yo tengo mucho que hacer.

Enash había permanecido quieto, sintiendo la furia que crecía otra vez en su interior. Saltó hacia delante con un siseo, con las ventosas abiertas. Estaba a punto de tocar la lisa carne... cuando algo lo agarró.

Estaba otra vez en la nave.

No se acordaba de haber hecho ningún movimiento, ni de haber notado ofuscación o daño. Se dio cuenta de que Ved, Yoal y el Capitán Gorsid se hallaban cerca de él, tan asombrados como él mismo. Enash permaneció muy quieto, pensando en lo que el hombre había dicho: «... *olvidado un pequeño detalle*». ¿Olvidado? Esto indicaba que lo sabían. ¿Qué podría ser?

Aún estaba pensando en ello cuando Yoal dijo:

—Podemos estar relativamente seguros de que tan sólo con nuestras bombas no resolveremos el problema.

No lo hicieron.



A cuarenta años luz de la Tierra, Enash fue llamado a la Cámara de los Consejeros. Yoal le saludó descorazonadamente.

—El monstruo está a bordo.

La fulminante noticia traspasó a Enash, y con ello vino una repentina comprensión.

—Esto es lo que quería decir que habíamos olvidado —dijo finalmente, en voz

alta y asombrada—; que podía viajar a voluntad a través del espacio, dentro de un límite... ¿Cuál fue el número que usó?... Sí, de noventa años-luz.

Suspiró. No se sorprendió de que los Ganae, que tenían que usar naves, no hubiesen pensado inmediatamente en semejante posibilidad. Lentamente, comenzó a apartarse de la realidad. Ahora que el shock había llegado, se sintió viejo y cansado, una parte de su mente retirándose otra vez a su anterior estado de lejanía. Necesitó varios minutos para saber lo ocurrido. Uno de los ayudantes de los físicos, en su camino al almacén, había percibido por un momento al hombre en un corredor inferior. En una nave tan llena de tripulantes, lo asombroso era que el intruso hubiera escapado anteriormente a la observación.

Enash tuvo una idea.

—A pesar de todo, no llegamos hasta ninguno de nuestros planetas. ¿Cómo puede esperar hacer uso de nosotros para localizarlo, si solamente utilizamos el video? —se detuvo. Eso era, desde luego. Tendrían que usar el haz direccional del video, y el hombre viajaría en la dirección correcta en el momento en que el contacto fuera hecho.

Enash vio la decisión en los ojos de sus compañeros, la única decisión posible bajo las circunstancias. Aun así, le parecía que estaban olvidando algún punto vital. Caminó lentamente hasta la gran placa del video, al final de la cámara. Había una imagen en ella, tan detallada, tan vívida, tan majestuosa, que la mente no acostumbrada hubiera vacilado como si recibiera un golpe. Aun a él, acostumbrado a la escena, le invadió un sentimiento de infinita inmensidad. Era una imagen de una sección de la Vía Láctea. Cuatrocientos *millones* de estrellas como vistas a través de telescopios que pudieran detectar incluso la luz de una enana roja a treinta mil años luz.

La placa video tenía cerca de veinticinco metros de diámetro..., una escena sin paralelo en ninguna otra parte. Otras galaxias simplemente no tenían tantas estrellas. Solamente uno de cada doscientos mil de esos brillantes soles tenía planetas a su alrededor.

Éste era el colosal hecho que los compelia ahora a un acto irrevocable. Cansadamente, Enash miró a su alrededor.

—El monstruo ha sido muy hábil —dijo quedamente—. Si seguimos, va con nosotros, obtiene un reconstructor y vuelve utilizando su poder a su planeta. Si usamos el haz direccional, se desplaza a lo largo de él, obtiene un reconstructor y vuelve igualmente a su planeta. De cualquier forma, en el momento en que nuestras flotas llegaran allí podría haber revivido a bastantes de su raza como para rechazar cualquier ataque que pudiéramos efectuar.

Sacudió su torso. Su razonamiento era correcto, estaba seguro, pero aún parecía incompleto. Dijo lentamente:

—Pero tenemos ahora una ventaja. Cualquier decisión que tomemos, no existe ninguna máquina de idiomas que se la permita conocer. Podemos hacer nuestros

planes sin que él sepa cuáles son. Sabe que ni nosotros ni él podemos hacer estallar la nave. Esto nos deja, pues, una única alternativa.

Fue el Capitán Gorsid el que rompió el silencio que siguió.

—Bien, caballeros, veo que conocemos nuestros pensamientos. Fijaremos nuestros motores, destruiremos los controles y nos los llevaremos con nosotros.

Se miraron unos a otros con un inmenso orgullo de raza en sus ojos. Enash juntó sus ventosas con las de cada uno por turno.

Una hora después, cuando la temperatura era ya considerable, Enash tuvo un pensamiento que lo llevó titubeante hasta el comunicador para llamar a Shuri, el astrónomo.

—¡Shuri! —gritó—. Cuando el monstruo despertó, recuerdo que el capitán Gorsid tuvo dificultades en lograr que tus subordinados destruyeran los localizadores. Nunca se nos ocurrió preguntarles el motivo de la tardanza. Pregúntales..., ¡pregúntales!

Hubo una pausa. Luego la voz de Shuri se oyó débilmente sobre el ruido de la estática:

—No... podían... entrar... en la... habitación. ¡La puerta estaba cerrada!

Enash se derrumbó. Habían olvidado *más* de un detalle, se dio cuenta repentinamente. El hombre había despertado, dándose cuenta de la situación; y desapareció, yendo a la nave; y allí descubrió el secreto del localizador y posiblemente el secreto del reconstructor... si es que no los sabía previamente. Cuando reapareció, ya tenía lo que quería. Todo el resto había sido tramado tan sólo para llevarlos hasta aquel acto de desesperación.

Dentro de pocos momentos, *ahora*, él estaría abandonando la nave con la seguridad de que en breve tiempo ninguna mente extraterrestre sabría que su planeta existía. Y conociendo también que su raza viviría de nuevo, para nunca más desaparecer.

Enash se irguió trabajosamente; arañó al rugiente comunicador y le gritó su reciente comprensión. No hubo respuesta; solamente el estruendo de una estática originada por una energía inconcebible e incontrolable. El calor estaba desconchando su callosa piel mientras trataba de llegar desesperadamente al transmisor de materia.

Restalló ante él con llamas purpúreas. Corrió de vuelta al comunicador gritando y dando alaridos.

Aún estaba sollozando unos minutos después, cuando la poderosa nave se precipitó en el corazón de un sol blanco-azulado.

Título original:
THE MONSTER

© 1948, *Street and Smith Publishers*, by arrangement by *Forrest J Ackerman*.
Traducción de S. Mas

EL VIEJO Y LA TORMENTA

BERTIL MÅRTENSSON

Aunque muchas veces no resulte evidente, la ciencia ficción no es un fenómeno exclusivamente originario de los Estados Unidos, sino que en casi todos los países de Europa surgen constantemente nuevos autores y tendencias de indudable calidad, que no les deben nada en absoluto a los anglosajones. Así, en este primer relato que se publica en lengua castellana de un escritor sueco de ciencia ficción, nos hallamos ante un personal estilo literario que indudablemente le debe mucho más a Ibsen que a Asimov.

ilustrado por JORDI FIGUERAS

La tormenta se había estado fraguando durante todo el día. Había comenzado en la mañana con el viento, frío y húmedo, que tan familiar le era, y aumentado al mediodía y por la tarde con una furia intensificada, como si hubiese deseado tomarle por sorpresa y al hallar eso imposible quisiese aterrorizarle.

Pero el viejo lo conocía. Un torrero retirado conoce el viento de cabo a rabo. Habiendo vivido con él durante toda su vida, está familiarizado con todos sus trucos y lo aprecia, aunque sepa que el viento desea matarle, quizá debido a este mismo amor, y que por esto mismo precisamente nunca podrá sorprenderle.

Sí, lo amaba; lo amaba cuando tan sólo era una simple brisa que refrescaba con su gustillo salobre mientras uno paseaba en un atardecer de finales de verano, lo amaba cuando era frío y lo llenaba a uno de hielo en el mismo momento en que daba un paso fuera de la casa.

En cierta manera había estado casado con el viento durante toda su vida, y su amor era un amor nacido del hábito. No podía evitar el amarlo de una forma apasionada y sin embargo extrañamente distante, la forma en que uno ama a alguien que conoce absolutamente, alguien que es parte de uno mismo, alguien a quien uno se acomoda tan automáticamente que ni siquiera se da cuenta, tal vez hasta pensando en que lo que ocurre es precisamente todo lo contrario.

Al atardecer había estado apretando dura y firmemente, las crestas de las olas se habían convertido en pequeños enanos, el mar había tomado la forma ominosa de una vasta superficie plana de roca, agitándose como bajo los efectos de un terremoto, hasta que su superficie comenzó a romperse en trozos, moviéndose de aquí para allá, despedazándose unos contra otros, royendo los costados de los demás hasta sacar carne blanca que era lanzada por el viento y pulverizada contra el cielo como roca en polvo. Finalmente había comenzado a crecer en fuerza una vez más, malignamente. Pero él lo había estado esperando; tan sólo alzó sus ojos al cielo por un segundo, allí donde las nubes pasaban corriendo como un rebaño de ganado neblinoso en una

meseta brumosa.

Y él había notado cómo el viento se daba cuenta en alguna forma y se irritaba ante su superioridad; había sentido manos estirándose, las manos de una vieja senil arañando las paredes de la casa como si hubiesen deseado arrancarla de la roca y ahogarla en el océano, llenarla con agua, sorber la vida de su interior y aplastarla como la cáscara de un huevo contra una punzante cresta de roca.

—Está ahí de nuevo —murmuró tan sólo—; está ahí de nuevo la vieja.

Y no le sorprendió que a veces el viento le pareciese como una vieja loca, mientras que otras semejase una joven y bella furia. Era ambas cosas, era así de simple.

Al caer la noche, su rabia creció. En la pálida luz velada de la Luna se alzó desvergonzada, con sus piernas abiertas, sobre la casa, agarrándola con ambas manos para arrancarla, para arrebatársela de sus cimientos o aplastarla hecha astillas si la roca no la soltaba. Y como siempre él permaneció junto a la ventana observando sus amplias faldas ondulando en todas direcciones... La casa rechinando, las paredes crujiendo bajo sus manos... Y sonreía ausente, placentero, sabiendo que la casa era más fuerte que ella.

El loro parecía notar su calma, hasta él mismo parecía darse cuenta de que no había nada que temer de esa clamorosa vieja arrugada de allí afuera, que ella había venido una vez más tan sólo para demostrar su furia y que se iría pronto de nuevo. El animal se agarraba a los barrotes de su jaula, rezongando de vez en cuando un tanto altaneramente, tal vez para ocultar el que, a pesar de todo, tenía un poco de miedo:

—Polly bonito —decía—. Pollypollypolly...

Cayó la oscuridad.

Las nubes se ennegrecieron y tan sólo aquellas que volaban muy por encima, en la vecindad de la Luna que brillaba débilmente, eran visibles como veloces trazos de plata. La vieja bruja rascó sus uñas contra la casa hasta hacerse sangre, pero perseveró. El mar golpeó como si pensase que la roca era un trozo de azúcar sin resistencia alguna, pero la roca era imperturbable.

Por fin se hizo de noche.

La loca noche final del demente amorío del otoño, antes de que la paz del invierno se extendiese como un gran, gran orgasmo.

«Se está bien aquí —pensó el viejo—. Tuve suerte al conseguir esta casa en el archipiélago. Supón que hubiese tenido que irme a la ciudad...».

Permaneció allí, al lado de la ventana, mirando afuera hacia el mar, y resopló. La ciudad. Coches, multitudes de gente. Coches. Luces de tráfico, casas de apartamentos, estufas eléctricas y calefacción central. Coches.

No, esto... esto...

—Polly bonito, Polly baila. Pollypolly bonito. Polly tiene frío. Buen tiempo. Buen tiempo. Polly.

Se calló.

El loro se movió preocupado. Erizó sus plumas. Levantó la cabeza como respondiendo a una llamada. Sus plumas se erizaron de nuevo y se tornó pequeño, muy pequeñito, como asustado por algo, como si hubiese estado caminando por una calle oscura y solitaria sin nadie a la vista y de repente hubiera oído una voz susurrando su nombre cerca del oído. Como si algo extraño le hubiese llamado a través de un largo túnel oscuro.

Movió una pata dificultosamente, extendió a medias las alas como para escapar de una mano oscura que se extendiese hacia él. Pero se fue de lado. Quieto. Silencioso. Inmóvil.

El viejo se volvió y miró al animal. Estaba agarrado a un barroto de su jaula, y de repente parecía tremendamente solitario y ansioso.

El hombre se le acercó. El loro abrió el pico. Un sonido semiahogado salió de él, como si nunca lo hubiese usado antes, pero ahora tuviese, de repente, una urgente necesidad de hablar, como si de pronto tuviese tanto que decir y tan poco tiempo para decirlo.

—Polly —dijo—. Polly. Polly habla. Polly dice.

Formaba las palabras inciertamente, tanteando. Como si hablase una lengua extranjera que hubiese tenido que aprender demasiado aprisa.

—Polly habla. El único... en el mundo...

Una vez más se quedó quieto.

—Habla... Pollypollypolly... Polly bonito... ¡Oh, qué viento!...

El viejo se derrumbó sobre un sillón al lado de la jaula.

—Pollypolly —murmuró.

Pero el pájaro no pareció darse cuenta de él. Estaba quieto, frío y silencioso, escuchando algo muy lejano. Los pájaros son unos animales raros, pensó. Todos los animales son raros. La gente también son animales raros.

Pero no la tormenta.

De repente el animal levantó la cabeza y le miró directamente, y su mirada era tan extraña que, por un momento, se preguntó si realmente era su loro. Una mirada extraña, una mirada que no le reconocía.

—La conexión será breve y seremos incapaces de entrar en contacto de nuevo antes de que sea demasiado tarde. No sabemos si podremos terminar lo que tenemos que decir, así que por favor no interrumpa, sino escuche y pase la información. Hemos sido incapaces de encontrar en su planeta cualquier otro organismo receptivo a nuestra transmisión. Podemos percibir ondas de pensamiento de los cerebros inteligentes, pero no podemos contactarlos directamente. Rebotan. Aun este organismo es difícil de controlar. Pollypollypolly...



Abrió la jaula y alargó la mano hacia el animal.

—Polly —dijo este agitado—. Polly.

Se alzó. El loro se comportaba extrañamente esta noche.

—No podemos mantener la conexión por períodos más largos. ¡Es tan

importante! ¡Tenemos tanta prisa! Estamos hablando por un método desconocido para usted, con palabras que hemos aprendido mediante el estudio de sus ondas de pensamiento. Quiénes somos no importa; somos una especie bastante distinta de la suya, pero éste es un asunto de la mayor importancia para ambas. Hemos enviado una nave, pero si no se hace algo no llegará a su destino a tiempo. Lo que está sucediendo es imposible de explicar con las palabras que conocemos. Según nuestros cálculos, se está formando en las cercanías de su sol un punto de ruptura, un punto en el que la estructura del espacio amenaza romperse. Usted no tiene palabras para expresarlo. Si no siguen nuestras instrucciones este centro va a condensarse y convertirse en incontrolable. Alrededor de él aparecerá un torbellino que eventualmente disolverá la estructura del espacio y significará el fin tanto de su raza como de la nuestra. La única cosa que puede evitar la condensación del centro es una rápida y fuerte oleada de energía. Ustedes podrían ocasionarla usando sus primitivas bombas de hidrógeno y cohetes, enviándolos a un punto en las cercanías inmediatas de pollypollybonitopollybuentiempopollypolly...

La casa se agitó por el asalto de la tormenta, se estremeció como si fuera de cartulina, se movió como una casa de decorado hecha con muros de papel.

—Polly —dijo el loro—. Polly. No podemos mantener la conexión por mucho más tiempo. El punto crítico está situado en algún lugar entre el primero y segundo planetas de su sistema. El número de bombas que deberían ser adecuadas si ustedes usan las más potentes que poseen es de unas veinte. No lo solucionará, pero tal vez retrase la formación del centro hasta que lleguemos hasta ustedes. Estamos trabajando en un plan a largo plazo para mejorar la estabilidad del espacio a nuestro alrededor, pero este centro ha aparecido tan repentinamente que no podemos hacer nada al respecto sin su ayuda. Una oleada de energía bruta, ahora, podría salvarnos a todos. No indefinidamente, pero al menos hasta que nuestra nave llegue a él. De otra manera, la ruptura ocurrirá rápidamente. El campo base se resquebrajará, la masa no será ya capaz de mantener su estructura, nuestra parte del universo será convertida en energía, y la destrucción se extenderá como un fuego forestal y tal vez ocasionará la ruptura del universo entero... No podemos ya... Demuestre que usted ha... La conexión se...

Le rascó suavemente bajo el ala, como acostumbraba, y murmuró:

—Sí, Polly; está bien, Polly. Polly bonito...

El animal volvió sus ojos hacia él, y estaban llenos de una gratitud tan inmensa que no podía ser simplemente por la caricia.

Retiró la mano.

La casa se estremeció una vez más.

Fue hasta la ventana y miró hacia fuera. El océano se alzaba como alguien tratando de trepar, para ahogarlo todo en un odio ciego. Se había despertado al fin, y a su lado el viento no era nada, una vieja que ni siquiera podía destruir una antigua casa en una pequeña roca lejos en el archipiélago. Permaneció al lado de la ventana,

con sus piernas muy abiertas, como si de nuevo se encontrase en el puente de un navío mirando al horizonte.

Casi no se podía ver nada debido a la espuma lanzada por encima de la pequeña isleta.

De pronto una idea apareció en su mente, una idea que contestaba a una pregunta que había estado enterrada en su subconsciente por un largo tiempo. ¿No *lo puse allí*?

Fue hasta allí.

Oh, sí, allí estaba. El audífono. Murmuró algo acerca de su dejadez. No podía oír una maldita cosa sin ese infame artilugio.

Volvió a la ventana.

Ahora oía el delirante chillido de allá afuera, el desencantado y rabioso chillido que rasgaba las nubes y el cielo, y fustigaba al recién despierto mar hasta enfurecerlo, y arañaba al impasible disco de la Luna.

Pero también oía al loro, que se arreglaba las plumas con el pico.

—Polly bonito —decía—. Polly bonito...

Título original:
DEN GAMLE OCH STORMEN
© 1967, Bertil Martensson.
Traducción de Berit Sandberg

PULGÓN

L. MAJOR REYNOLDS

La autora de este cuento ha pasado una buena parte de su vida en la India, lo que explica en parte el por qué haya sentido siempre un especial interés por los fenómenos paranormales y supranormales. La génesis de esta historia pueden haber sido muy bien las especulaciones de Charles Fort o tal vez las obras de Eric Frank Russell; lo que sí podemos decir es que el indudable interés que encierra queda claramente demostrado por el hecho de que ésta es la séptima vez que se publica desde el momento en que fue escrita.

ilustrado por JORDI BUXADÉ

El invisible pedacito de *algo* pirueteó en la brisa a través de la puerta abierta. Se levantó sin esfuerzo y flotó por el amplio vestíbulo. Otra puerta abierta, y la succión lo condujo a una pieza. Se acomodó junto a la forma de un perro dormido. Al acercarse a él pareció vibrar. Creció en un momento con increíble rapidez. El perro se estremeció, gimió y murió.

La *cosa* se hizo más fuerte. Ya no dependía enteramente de la brisa; acababa de adquirir una cierta movilidad. Se oyeron pasos, y un pie se aproximó. Con un supremo esfuerzo se adhirió al costado del zapato. Su deseo la aferraba más a la piel curtida, la necesidad de las fuerzas vitales que sentía filtrarse a través del zapato. Permaneció adherida largo rato, ganando más fuerza a cada minuto que pasaba.

El zapato salió del pie y fue arrojado a un rincón. La *cosa* fue a ocultarse rápidamente en otro.

—Helen, voy a acostarme un rato. Me siento mal.

El hombre se hallaba en la cama, fuera de su alcance. La *cosa* esperó.

—Muy bien, querido. Voy a la tienda. Hace tanto calor que tendré que comprar más cervezas. Te sentirás mejor una vez hayas descansado. Dejaré la puerta abierta.

Se hizo el silencio. La *cosa* se movió lentamente, contra la brisa, antes cordial. Había alcanzado el tamaño de un ratón, era ya casi visible. Aristas y ángulos disparatados se iban formando en su superficie. Estaba casi viva. Y hambrienta, vorazmente hambrienta.

La puerta, al fin. Una hilera de hormigas acarreaba unos gránulos de azúcar. Y de pronto la hilera se rompió, en la pseudocomedia de la muerte. Poco a poco, la *cosa* crecía.

Un gatito que jugaba en el sendero se inmovilizó, con la mueca impotente de la extinción. La *cosa* era ya más fuerte.

Un anciano que reposaba bajo la bienhechora sombra de un olmo suspiró y quedó mirando al vacío. La *cosa* avanzaba con más facilidad.

Un grupo de chiquillos corría con el inextinguible vigor de la infancia. Luego uno de ellos fue conducido en brazos, pálido y casi despojado de la preciosa energía vital. La cosa era más activa.

—Doctor, doctor, tiene que salvarla; si le ocurriera algo a esta chiquilla, su madre moriría. ¿Cree que se salvará?

El doctor gruñía algo por lo bajo.

—Sí, pero estuvo a la muerte. Ya no hay peligro ahora. No puedo imaginarme lo que pueda haber ocurrido. La semana pasada le hice un examen físico y estaba en perfecta salud. He aquí una de las cosas que no pueden suceder y que, sin embargo, suceden. Si vuelve a sufrir otro ataque como éste me temo que ya no haya esperanzas.

—Gracias, doctor; la vigilaré como un halcón. ¿Dónde podré encontrarlo, si lo necesito?

—En mi oficina saben siempre dónde estoy. Llámeme esta noche, de cualquier modo, y hágame saber cómo se encuentra.



La *cosa* esperaba pacientemente. Se movía a voluntad, pero seguía con hambre. Esperaba en un desagüe seco, observando lo que ocurría a su alrededor. Visible al fin. Y temerosa. El primer vestigio del miedo a ser descubierta.

Una pareja paseaba por el sendero, estrechamente unida en un abrazo. Una repentina y gradual debilidad, y el perplejo muchacho se quedó mirando con ojos desorbitados a una forma inerte.

El doctor estaba desconcertado.

—No puedo comprender esto; su hija es la segunda persona atacada por este mal en un solo día. Y la muerte del viejo señor Evert tenía rasgos peculiares. El forense no ha podido descubrir ninguna causa aparente. El corazón le funcionaba bien; yo mismo le había hecho un examen general hará cosa de un mes. Y hasta el viejo caballo de Blain fue a escoger precisamente este día para morir. Algo extraño está ocurriendo.

—¿Qué debemos hacer, doctor? —El padre estaba pálido por la pena—. No podemos permitir que esto siga. ¿Cuál puede ser la causa?

—Ya le he dicho que lo ignoro. Si lo supiera ya le habría puesto remedio. Sin embargo, voy a llamar a la policía. Tal vez ellos hallen la causa.

La *cosa* permanecía oculta tras un frondoso seto, saciada en parte. Permanecía tranquila por un breve momento. Una mariposa de alas verdes se posó en una rama baja... y cayó al pavimento, las alas muertas extendidas bajo los rayos de la luna.

Y la *cosa* seguía hambrienta, ya en los primeros vislumbres del conocimiento. Visible ya para todos los ojos. En su superficie sólo quedaba un ligero vestigio de los destellos de otro mundo. Informe aún, sin saberlo ni importarle..., su única emoción era un hambre insaciable. Energía para vivir, energía para construir.

Los pequeños seres nocturnos que vuelan o se arrastran le daban, no sin protestas, su insignificante porción de vida. Una comadreja hembra, con las ubres hinchadas, se detuvo agonizante y cayó. Su nido de hijuelos esperó en vano su regreso.

La *cosa* se agazapó de pronto al llegarle el volumen de unas voces y el resplandor de una luz.

—Yo mismo hablé con el doctor, y él supone que pueda tratarse de algún animal. Pero ninguno de los niños vio nada anormal esta tarde, y yo no creo en fantasmas. — El sargento de policía no mostraba, sin embargo, la confianza que parecían inspirar sus palabras—. ¿Ya han terminado con este último patio? Bien, entonces examinemos éste.

Una mano se internó en el seto, directamente frente a la *cosa*. El instinto del hambre libró una breve batalla con el recién nacido conocimiento, y el instinto ganó. La mano tentó un momento y luego se retiró rápidamente.

—¡Hey, mírenme la mano! ¡Parece como muerta! ¡Lo que buscamos está en este

seto! ¡Denme algo, rápido!

Un violento golpe entre las plantas del seto que alcanzó a la *cosa* en su mismo centro. Ola tras ola de dolor, una sensación hasta entonces desconocida, cruzaron ante ella en relámpagos cegadores. Huyó frenéticamente, buscando un nuevo escondite.

—¡Creo que le di! Alumbren ese sitio, vamos. He sentido que le pegaba a algo suave. Aquí está el lugar, miren. ¿Ven la parte rasgada del seto? No hay nada ya, pero estoy seguro de que le di a algo.

La búsqueda continuó mientras la *cosa*, oculta debajo de un auto estacionado, sufría casi audiblemente. La energía, conseguida a tanto costo, huía a borbotones en la incesante marejada de dolor. Volvió rápidamente a su antigua invisibilidad, pero en ella quedó el conocimiento adquirido.

La búsqueda pasó a otros lugares y llegó por fin la anhelada oscuridad. A pocas yardas de la *cosa* se encontraba la entrada de un desagüe. Fueron largos y angustiosos momentos los que necesitó para recorrer aquel corto espacio, pero al fin llegó al seguro refugio.

—¡Hey, Jean, mira esas cloacas! ¿Has visto alguna vez en tu vida tantas ratas muertas? Esta mañana encontré al menos cincuenta. ¿Crees que haya alguna epidemia entre ellas?

—¡Yo qué sé! Pero me parece que deberíamos capturar una pareja y llevarla al Departamento de Salubridad. Llevo veinte años trabajando aquí y nunca había visto nada semejante. Dame la red.

La *cosa* progresaba: aumentaba de tamaño y acaparaba al mismo tiempo un embrionario conocimiento. Agazapada en el hueco del desagüe, observaba el mundo exterior. Jamás volvería a cometer el error de quitarles demasiado a aquellas extrañas criaturas pensantes. Era mejor tomar poco de muchos.

Un perro se aventuró demasiado cerca de la abertura y desapareció. La *cosa* contempló largo rato la forma inerte frente a sí, y el conocimiento se hizo evidente. Poco a poco fue adquiriendo la forma de su víctima. Unos pasos cautelosos por el exterior, y los alegres gritos de la chiquillería.

Seguía tenaz en su idea: un poco de muchos. Pero el hambre voraz continuaba.

—Si no fuera médico —murmuraba el doctor— juraría que una epidemia repentina de anemia está asolando esta parte de la ciudad. Todos los chiquillos presentan idénticos síntomas: una actitud de indiferencia; actúan como si estuvieran medio vivos... ¿Medio vivos? ¡Dios mío, eso tiene que ser! ¡Señorita Crane, pronto, llame a la policía!

El doctor estaba frenético.

—Estoy seguro de que había algo *allí* aquella noche —estaba diciendo el sargento—. Me di cuenta perfectamente cuando lo golpeé. ¿Y qué ocurre con todos esos insectos muertos? ¿Y la comadreja? ¿Y las ratas? Los compañeros se burlan de mí diciendo que estoy haciendo oposiciones para héroe; pero, doctor, le aseguro formalmente que había *algo* tras aquel seto.

—Le creo, sargento, pero no podría decirle de qué se trata. De todos modos ya ha vuelto, y me siento vencido. No podemos tener encerrados bajo llave a todos los chiquillos de la ciudad. Reúna de nuevo a sus hombres: procedamos a una nueva búsqueda más exhaustiva.

La búsqueda entró en acción. Durante todo el día, acompañados los hombres por unos chiquillos lánguidos y un perro juguetón. Un perro cariñoso que se frotaba contra las piernas a cada momento en busca de una caricia.

La búsqueda persistió implacable sin omitir siquiera las copas de los árboles más altos.

—Eh, muchachos, ¿de quién es ese perro? Quitadlo de ahí; ya se ha enredado entre mis piernas más de una docena de veces.

—Es «Rusty». Pertenece a este chico. Juega con nosotros a todas horas. Al principio no le gustaba jugar con nosotros, pero ahora sí.

La clarividencia, torpemente expresada, de los chiquillos.

—Bueno, pero mantenedlo a un lado, que no estorbe. No lo dejéis acercarse mucho a nosotros: estamos demasiado atareados para ocuparnos de él. Eh, chiquillo, sujétalo; no lo dejes ir.

Llegó el momento en que uno de los hombres indagó en la abertura de un desagüe. Y sacó los restos de un perro achocolatado.

—¡Hey, *ése* es «Rusty»! ¡Miren..., su collar! ¡Y yo que creí que éste era mi perro!

Las voces infantiles formaron corro.

Una forma inerte yacía en la calle. Y el perro cariñoso desapareció repentinamente de la vista.

El doctor se crispó en una mueca feroz.

—¡Sargento! ¡Encargue a un hombre que vigile la manzana y que si ve a ese animal lo mate instantáneamente! ¡Que no le permitan acercarse a ningún niño ni tampoco a los adultos! No tengo la menor idea de lo que pueda ser nuestro enemigo, pero estoy bien seguro de que no es un perro. ¡Vamos, ayúdenme con este muchacho!

La *cosa* regresó al desagüe. Una vez más el hambre triunfó sobre el conocimiento. Estaba ansiosa. El sabor del mundo exterior, que ya había probado, la impelía a regresar.

Salía de noche y vigilaba. Vigilaba y ganaba. Ganaba y aprendía.

Las parejas paseaban de noche. Manos apretadas, besos furtivos. Siempre el

contacto. El contacto necesario para apropiarse de la valiosa energía.

Las ratas morían por centenares. ¡Tan poco alimento en tan corta vida! ¡Tan poco de tantos!

La *cosa* crecía lentamente.

Al fin el conocimiento llegó por el camino debido. El cambio fue largo y pesado. Las horas de vigilancia demostraron la necesidad de una indumentaria. Y poco a poco la necesidad fue cubierta.

La figura tomó la forma de una muchacha.

La *cosa* permaneció en una esquina, mirando en todas direcciones, expectante.

Oyó un silbido significativo.

Y atravesó la calle, seductora, perseguida por dos ardientes varones.

Título original:

BLIGHT

© 1948, *Volitant Publishing Co.* by arrangement by *Forrest J Ackerman*.

Traducción de F. Kerman

1 | CRÓNICAS TERRESTRES

PGARCÍA

PGarcía, como su nombre indica muy bien, es español, y abundando en lo dicho al hablar de Bertil Martensson nos atrevemos a afirmar que le debe indudablemente más a Gómez de la Serna y a Jardiel Poncela que a Robert Heinlein y Fredrick Brown. Porque PGarcía es uno de los más conocidos humoristas españoles de la actualidad, un humorista al que, por supuesto, le gusta enormemente tanto leer como escribir ciencia ficción. Aunque llamar «ciencia» ficción a algunos de sus relatos resulte, quizá, un poco exagerado.

ilustrado por ALFONSO FIGURAS

A Mr. Ray Bradbury.

A Mr. Ray Bradbury, con la admiración con que le dedicamos trabajos cuantos escribimos alguna vez (o siempre), ciencia ficción.

A Mr. Ray Bradbury, sin intención de parodia, y mucho menos de competencia; con el único deseo de complementar (humildemente) su obra, porque él, que le puso siempre la poesía y muchas veces la fantasía, se dejó, en alguna ocasión, la gotita del humor.

Mayo de 1969

La primavera de la sonrisa

Un instante antes la Tierra estaba seria; los rostros de los hombres habían permanecido atirantados desde los comienzos de su historia, el frío atenazaba los espíritus, los hombres, las mujeres y los niños se producían con enorme gravedad; sólo en ocasiones excepcionales habían sonreído, y desde que fijaron los ojos en el firmamento la preocupación esculpió con más fuerza la seriedad; se sabían a las puertas del nuevo milenio, se sentían observados y vigilados desde el exterior. Temían.

Y de pronto una larga convulsión de regocijo sacudió el planeta; una bocanada de calor humano fundió los hielos seculares; los músculos se distendieron, los ceños se quebraron, el miedo se esfumó; los hombres se despojaron de la gravedad; las mujeres, por vez primera, mostraron la blancura de los dientes; los niños vieron que la seriedad se fundía y todos se hacían un poco niños.

La primavera de la sonrisa. La alegría saltó de casa en casa, de balcón en balcón. La primavera de la sonrisa. Siguiendo a la convulsión siguió un viento nuevo y también renovador. Los colores fúnebres fueron bien pronto inútiles. La sonrisa,

llegando del espacio, cambiaba las estaciones, invadía el planeta hasta el último confín.

La primavera de la sonrisa. La gente se agitaba bajo las cosquillas de situaciones distintas, de perspectivas nuevas. Observaba el Espacio, miraba el Tiempo, y descubría una nueva dimensión, inesperada, impensada, cálida. De pronto la faz del planeta cambió, y fue una faz distinta, en cuanto entró en contacto con otros seres exteriores, con una época nueva.

La influencia de otros seres creó un ambiente poderoso, jubiloso y magnífico.

Y fue primavera en la Tierra...



Junio de 1969

La Cosa

En docenas de ocasiones se ha escrito sobre cosas venidas del espacio. Al hablar de la cosa se han referido a seres, objetos o entidades indescriptibles. Pero ésta es la historia de la primera cosa del espacio llegada a la Tierra, según las referencias del cronista.

Cuando los técnicos militares y los científicos especialistas en cuestiones del espacio llegaron a la enorme plaza, el disco volador ya no estaba allí. De su breve parada en la Tierra sólo quedaba... *la cosa*.

Los testigos presenciales, todavía temblando, todavía sin haberse rehecho de la tremenda emoción, lo explicaron así a los técnicos y a los especialistas:

—De repente apareció en el cielo, como materializándose de la nada. Luego se ha posado sobre el suelo, sin hacer ruido, con mucha suavidad. Ha descendido una

criatura indescriptible, nos ha mirado a los curiosos con desinterés, diríase que con desprecio..., ha dejado en el suelo *la cosa*, y después ha vuelto a subir al disco volador, se ha elevado y ha desaparecido en el firmamento.

Algunos especialistas pidieron más detalles sobre la criatura del espacio. La mayoría, empero, se entregó a lo más urgente: el estudio de *la cosa*.

Con sumo cuidado, sin tocarla, se la miró al microscopio, se le aplicaron reactivos, se le acercó un contador Geiger. *La cosa* no revelaba síntomas de nada particularmente alarmante. Era algo nuevo en la Tierra, un producto evidente de otro planeta, desde luego sin radiactividad. Los militares y los científicos seguían arrodillados en el suelo, al lado de *la cosa*, tratando de descifrar aquel mensaje de las estrellas.

En aquel instante llegó el General Supremo. Avanzó con pasos enérgicos y decididos, con esa rápida y eficaz zancada del hombre que está convencido de la autoridad de que se halla investido, y que tiene costumbre de mandar y ser obedecido. Y se dirigió sin titubeo al grupo de los investigadores arrodillados.

—¿Qué pasa aquí? —bramó con voz tonante.

—¡Cuidado, mi general! —gritaron los que investigaban.

Pero el aviso llegó demasiado tarde. La bota del General Supremo acababa de aplastar el objeto estelar.

Un olor nauseabundo a letrina, a sulfhídrico, terriblemente familiar, se elevó por toda la plaza.

—¡Uf! ¡Qué asco! —dijo el general.

—Claro —habló uno de los científicos—. ¡Acaba usted de pisar *la cosa*!

Octubre de 1989

Cita en el espacio

Tal vez uno de los mayores escándalos en la «carrera del espacio» fuera aquel que se dio en 1969, antes de que los primeros hombres llegaran a la Luna, en pleno auge de las citas espaciales. El cronista recoge un extracto del mismo, obtenido de los artículos aparecidos en «The New York Times», «Izvestia» y otros periódicos de aquella lejana época.

CONSTERNACIÓN EN EL «CAPRICORNIO».

Cabo Kennedy, 071069. — Reina gran confusión entre los técnicos del proyecto «Capricornio» pues el astronauta Travers, después de haber sido lanzado en la cápsula número MCMXXVIII (como se recordará, las anteriores, por causas siempre justificadas, terminaron fallando), en compañía de Pipper y haber salido al espacio para celebrar cita espacial con aquél, le ha hecho saber que no pensaba volver a la

cápsula.



UNA RUSA EN LA CITA

Cabo Kennedy, 7. — Al parecer, la negativa del astronauta Travers a realizar la cita espacial con su compañero Pippier se debe a que ha coincidido su órbita con la de la rusa cosmonauta Tamara Dundinzev, y ha preferido realizar la cita con la rusa que con su compañero. Según Pippier, las últimas palabras de Travers fueron: «Tamara es una rubia sensacional. Ya os podéis ir, tú y el “Capricornio”, a hacer gárgaras».

LOS RUSOS HAN PUESTO UN «NIGHT CLUB» EN ORBITA

Cabo Kennedy, 7. — Los informes que continúa enviando la cápsula «Capricornio MCMXXVIII», transmitidos por el astronauta Pippier, indican que los rusos deben haber puesto un cabaret en órbita, sin que la cosa haya trascendido, y que en dicho cabaret es donde sus cosmonautas llevaban a cabo las citas espaciales. En el «night club» orbital sólo había cosmonautas hembras, las cuales han acogido con gran alborozo la presencia de un hombre. Pippier señala que el que Travers sea norteamericano no ha tenido ninguna consecuencia, antes bien, todo lo contrario, pues las rusas también están hartas de la competencia espacial. La última comunicación recibida en la base a las 6 p.m. indica que a Pippier, por el micrófono, le llegan los sonidos de la juerga que su compañero se está corriendo en la cita espacial.

INCREÍBLE: PIPPER SE MARCHA TAMBIÉN DE CITA.

Cabo Kennedy, 7. — La confusión de los técnicos del Proyecto Capricornio se ha convertido en consternación, al recibir el siguiente comunicado de la cápsula: «Travers dice que hay chicas de sobra, que hay tocadiscos y whisky esperando. Creo que estoy haciendo el tonto, encerrado aquí, dando vueltas como un imbécil. Me voy con ellos. Adiós».

PARECE QUE LAS COSMONAUTAS TENTARON A PIPPER.

Cabo Kennedy, 7. — Los jefes del «Capricornio» siguen tratando desesperadamente de comunicar con Travers y Pipper, pero la cápsula ha quedado en silencio después del postrer mensaje de este último. En medio de la confusión y de las llamadas del Pentágono y las del Presidente pidiendo explicaciones, se ha filtrado el rumor de que las cosmonautas rusas estuvieron tentando a Pipper antes de que él se decidiera a abandonar la cápsula. Un radioaficionado de Gila (Arizona) ha registrado una voz femenina procedente del espacio que decía: «Vente con nosotras, Pipper. En el espacio, la noche es joven».

MOSCÚ, ABOCHORNADO.

Cabo Kennedy, 7. — Apenas producida la venal escapatoria de Travers y Pipper, se ha recibido en la Casa Blanca un comunicado de Moscú a través del «teléfono rojo», expresando su bochorno por la mala educación de sus cosmonautas, las cuales tenían órdenes precisas de realizar las citas espaciales entre ellas, pero no con hombres, y menos, con hombres de la competencia. «Lo peor —ha dicho Moscú— es que el “nigth-club” está fuera de nuestro control, y si los rebeldes se establecen en él, en lo sucesivo todos los que vayan de cita espacial se darán cita allí».

COMENTARIO DE LA PRENSA BRITÁNICA.

Londres, 8. — «Ya sabíamos que de las citas espaciales iba a salir algún lío», ha declarado un Lord del Almirantazgo, al que nadie había preguntado nada; pero, como ya se sabe, los Lores se parecen por hacer declaraciones, y él, en cuanto ha podido, ha declarado: «Así aprenderán Rusia y Estados Unidos lo mala que es la competencia, y lo contraproducente que resulta no dejar al Reino Unido regir los destinos del mundo».

La prensa de la tarde, por su parte, recoge unas palabras del director del Observatorio de Monte Palomar, en los Estados Unidos: «Por el telescopio hemos podido ver el cabaret-satélite, y hemos visto a los americanos y las rusas. Han llegado a los extremos de mayor disipación. Como científicos diremos que lo reprobamos. Como hombres, simplemente, que se nos han hecho los dientes largos».

© 1968, PGarcía y Nueva Dimensión.

IMPERATIVO CATEGÓRICO

ARTHUR SELLINGS

Arthur Sellings pertenece a la clase privilegiada de autores británicos que venden sin dificultad sus relatos y libros a los Estados Unidos. Como todo buen inglés, tiene su residencia de verano en Londres y la de invierno en la Costa Brava española, en cuyo lugar tuvimos la ocasión y el placer de conocerle recientemente. El relato suyo que les ofrecemos en este número aborda el conocido tema de los robots; sin embargo, hay que admitir que lo hace de una manera muy especial... y con un indudable sentido del humor característicamente británico.

ilustrado por M.^a LLUISA PAYTUBÍ

I

Fue el que el robot dejase de funcionar lo que hizo que las cosas se desbordasen. Y no es porque no hubiesen estado saliéndose de cauce durante meses. De hecho, desde que lo habían retirado de su trabajo, Marge parecía que había estado desarrollando una campaña... sutil, insistente, y muy propia de una esposa.

Primero había sido:

—No es culpa tuya, querido, es simplemente que el mundo ya no comprende a los artistas creativos.

Y él había contestado modestamente:

—¡Oh, un instrumentista de bajo no es creativo, encanto, es simplemente un ejecutante!

—De cualquier manera —contestó ella firmemente— es un *artista*. —Y luego, como si tan sólo fuera una consecuencia de lo dicho, añadió—: Esto quiere decir que tiene inteligencia e imaginación. Y *esto* quiere decir que ya tiene una cierta ventaja en lo que se refiere a encontrar un nuevo trabajo... ¿no es así, querido?

Y los grandes ojos marrones de ella le habían mirado de una forma tan cándida y confiada...

—Seguro, seguro; una cierta ventaja —había contestado él, notando cómo el alma le caía a los pies. El estar capacitado para tocar el bajo no le parecía ser una gran cualificación para cualquier otro trabajo.

—Naturalmente —había añadido ella unos días después—, *podrías* conseguir un trabajo en una orquesta de jazz, ¿no es así, Gilbert? Ahora vuelven a estar muy de moda —se apresuró a agregar—. Oh, ya sé que no te gusta la idea, pero...

Él le explicó pacientemente que no era cuestión de no gustarle la idea; era simplemente que *no podía*. El tocar jazz no era lo mismo que el tocar música seria,

razón por la cual los robots podían aprender a tocar ésta, y no aquélla... por lo menos hasta el presente.

—Bueno, Phil Tomkys hizo el cambio, ¿no es así? —dijo ella.

Lo que pudo hacer Phil Tomkys y lo que *él* pudiera hacer, contestó bruscamente, eran dos cosas completamente distintas. El tocar jazz es una cierta habilidad *específica* —y dijo esto último como quien habla de reventar cajas de caudales o cometer un parricidio— y, o bien la tienes, o no la tienes. ¿O es que acaso ella no podía verlo?

Bueno, sugirió ella algún tiempo después, ¿acaso no podía dedicarse entonces a componer?

No podía haberle tocado en un punto más vulnerable. Pero ella continuó, con una alegre inconsciencia:

—¿Qué hay de esas tonadas que siempre estás canturreando? A mí me suenan muy bien, y...

Posiblemente eran de algún otro, le contestó con sequedad. *Eran* de algún otro, él lo sabía. Diez años de tocar en una orquesta no le había dejado lugar en su cabeza para música original. Había aprendido esto por propia experiencia, porque una vez había tratado de componer un cuarteto para bajo, celeste, grabadora y guitarra, y aun esta combinación tan poco usual no había sido suficiente protección contra su subconsciente. Ya casi lo tenía terminado antes de que se diese cuenta de que todo él era fragmentos y retazos de oscuras composiciones que había tocado en el pasado.

La memoria de esta primera y última tentativa le hacía ahora sentirse culpable. Ésta era una de las peores cosas del estar retirado; hacía que uno se creyera deficiente al no tener habilidades para las cuales no existía ninguna razón, en primer lugar, de existencia.

Pero esta vez logró controlarse. Y la siguiente vez. Y, mediante un gran esfuerzo, la siguiente.

Pero la tensión subía y subía. Hasta que el robot dejó de funcionar, una espléndida mañana de primavera. Y entonces dejó de subir. Explotó.

—¡Además, mientras estaba preparando el desayuno! —protestó Marge, echando una ojeada a la masa de metal inerte que yacía al lado de la mesa de la cocina.

Gilbert acabó de levantarse. Se restregó los ojos, tratando de despejarse.

—Llamaré a la Central —dijo, con un bostezo poco apresurado.

—Pero los niños llegarán tarde a la escuela —contestó ella—. ¡Colin! ¡Michael! —gritó en dirección al lavabo—. ¡Daos prisa!

—No conseguirán nada con apresurarse si no tienen el desayuno preparado, ¿verdad? —observó Gilbert, con ganas de ayudar.

—¿Y qué es lo que crees que estoy tratando de hacer? —contestó ella con acritud, mientras manejaba desmañadamente los para ella poco familiares aparatos—. ¡Tan sólo tengo dos pares de manos!

Gilbert lanzó una carcajada y adoptó una pose.

—¡Vengan, vengan, vean en cautividad a la única mujer con cuatro brazos!

Ella pateó el suelo, con una rabia confusa.

—Ya sabes lo que quiero decir. ¡Buen padre estás hecho, puesto ahí, tratando de ser gracioso, mientras tus hijos llegan tarde a la escuela! ¡Como si los pobrecitos todavía no hubieran sufrido bastante últimamente!

Él dejó de reír con brusquedad.

—¿Qué es lo que quieres decir con esto?

—Lo que he dicho. —Apretó desesperadamente los tubos de alimentos. Él la miró de mal talante.

—Bueno, ¿qué es lo que «los pobrecitos» han tenido que soportar últimamente?

—Oh, estoy demasiado ocupada para argüir contigo. De cualquier forma, no lo entenderías.

—Ah, ¿así que no lo entendería? Tal vez lo entiendo demasiado bien. ¿No será «últimamente»... tan sólo tres meses y trece días?

—Si así lo deseas... —murmuró ella, sin mirarle.

—¡Como lo pensaba! —explotó él—. ¡Tú me echas las culpas *a mí!* Desde que me retiraron, te has estado metiendo conmigo. ¡Pues sí que es un buen estímulo para un hombre! Si piensas...

En su enfado había avanzado un paso hacia ella. No se dio cuenta del robot caído hasta que dio de bruces sobre él. Se quedó en el suelo, frotándose el tobillo dañado y maldiciendo profusamente.

—Si vas a seguir diciendo palabrotas —dijo su mujer fríamente—, por lo menos podrías hacerlo en voz baja. Ya sabes cuán finos tienen los oídos los niños.

Se puso en pie, irritado.

—Así que ahora soy el corruptor de mis propios hijos, ¿no es así? Bueno, déjame decirte que...

Pero en aquel momento, del henomat, el artefacto sintetizador de alimentos, surgió un chirrido enervante. Su mujer se abalanzó y movió frenéticamente los controles. Únicamente consiguió abrir diversos grifos de los que empezaron a manar distintas salsas. Mientras salpicaban y se extendían por el suelo, ella realizó aún un último y desesperado asalto contra el panel de mandos. Las salsas continuaron derramándose, pero al caos se unió ahora un trompeteo de música de jazz.

Alzó sus manos, rindiéndose; se desplomó sobre una silla, y apoyó la cabeza sobre la mesa.

Gilbert, que permanecía como atontado, notó un repentino remordimiento. Tal vez fuera culpa suya, tal vez debería haber previsto el día en que un ser metálico con un cerebro cristalino se haría con su trabajo, tal como los robots lo habían hecho ya con el de otros muchos. Apenado, se apresuró a ir al lado del panel de control y trasteó con él.

En alguna forma, sus manipulaciones lograron el efecto deseado. Los grifos gorgotearon al secarse, la música se cortó, y el henomat murió en una nube de débiles

quejidos.

La autoestima de Gilbert se recuperó ligeramente. Miró expectativamente a su mujer, pero ella no levantó la cabeza; únicamente emitió un desmayado y ahogado hipido.

¡He aquí la gratitud!, pensó irritado. Bueno, no era su culpa. Su mirada cayó sobre el abyecto montón de metal en el suelo; era culpa de él; de él, y de los millones de su especie. De repente, toda la frustración de los últimos meses se concretó en el robot y ardió en ira. Le pegó una patada. El pie todavía estaba calzado con la zapatilla, y se hizo daño; pero estaba demasiado molesto para que le importase. Y la acción, aunque no dejó ninguna huella en el robot, trajo un satisfactorio alivio a sus sentimientos.

Se dio la vuelta y se encontró con que Marge había levantado la cabeza y lo miraba mustiamente.

—Bueno, ahora ya lo he visto todo —dijo—. Un hombre hecho y derecho pateando a un pobre robot indefenso.

—Y además, cuando está caído —dijo él cáusticamente. Su ira surgió de nuevo—. Parece que tienes más simpatías por un robot que por tu marido. Es una bonita forma de...

Fue interrumpido por una pequeña avalancha humana que penetró en la habitación.

—Buenos días, mami —dijeron los niños a coro—. Buenos días, papi.

¿Había, pensó Gilbert, una pausa, una pequeña pausa, entre los dos saludos? ¿Y un cambio de tono en el segundo?

—¡Hey, el robot ha estirado la pata! —dijo Colin.

—¿Fue éste todo el ruido que se oía, papi? —dijo Michael.

Gilbert miró ceñudamente. Luego suspiró con vehemencia y arrastró al robot por las piernas fuera de la cocina. Lo dejó caer en el closed del dormitorio, y telefoneó al Robocentro.

Dejó pasar un tiempo antes de volver a la cocina. Vio que los niños ya habían salido, sin demasiado desayuno, obviamente, y entonces se dio cuenta del por qué se había retrasado un poco: para evitar encontrarse con ellos. Así que ahora estaba llegando a ese punto.

II

Gilbert se había afeitado y vestido, y se sentía desesperado, cuando sonó el timbre de la puerta. No fue con deseos de ayudar, ciertamente no tenía ningunas ganas de hacerlo, sino simplemente para poder oír de nuevo el sonido de su propia voz... de cualquier voz, por lo que dijo:

—Debe ser el mecánico del Centro. Yo abriré.

Pero no era el mecánico.

—Hola, muchacho —dijo una voz gangosa. Otra, gentil y aflautada, sonó desde detrás de un montañoso paquete de fluorotex—: ¡Sorpresa!

Eran George y Phoebe, los padres de Marge. Gilbert parpadeó. Esto era lo único que le faltaba.

—He recibido una súbita llamada del cuartel general del partido —dijo estrepitosamente George.

—Así que hemos tomado el primer cohete para poder estar una hora con vosotros —explicó Phoebe, atisbando por encima de su carga.

—Ah... eh... entrad, entonces —tartamudeó Gilbert.

—¿Algo va mal, hijo? —dijo George, llevando a Gilbert a un lado, mientras Phoebe se dirigía hacia la cocina.

—¿Mal? ¡Oh, no, nada va mal! —rió de forma poco convincente—. Es que simplemente estaba esperando a otra persona, el mecánico del Robocentro.

—¿Se ha estropeado vuestro robot? Malo. La pobre chica estará hasta el cuello de trabajo, ¿no? Voy a saludarla.

Volvió rápidamente.

—¡De verdad que lo está! De cualquier forma, mamá la está ayudando —guiñó un ojo cuando, desde la cocina, llegaron sonidos de furiosa actividad—. Ella es igual en casa. Deja tan poco por hacer a nuestro robot, que éste está pensando en pedir el retiro. —Se carcajeó; luego, dándose cuenta de que Gilbert ni siquiera estaba sonriendo, cesó abruptamente y pasó a una actitud que Gilbert conocía muy bien ya, la grave actitud de *hombre a hombre*—. Bueno, ¿cómo van las cosas, muchacho?

—¿Quieres decir si es que ya he conseguido un trabajo?

—¡Cielos, no! Ya sé que no es así de fácil. Sé que toma tiempo. Lo que quería decir es, ¿qué tal se van desarrollando esas ideas?

—¿Qué ideas?

George agitó su cabeza, condoliéndose.

—Es tan malo como eso, ¿eh? Y no obstante, la hora más oscura es justo la que precede al amanecer. Fíjate en mis palabras, he visto ocurrir esto muchas veces. En el momento en que un hombre piensa que ya no queda ni una sola idea que no haya pensado otro antes, entonces llega una verdaderamente importante, de súbito, y le golpea justo entre los...

El timbre de la puerta interrumpió su elocuencia. Gilbert se escapó aliviado.

Esta vez sí era el mecánico, ataviado con el mono gris del Roboservicio. Pero no iba solo.

—¿Sí? —dijo Gilbert a los otros tres, cuando trataron de seguir al mecánico hacia dentro. Iban también de gris, pero con vestido de calle. Eran jóvenes, con la cabeza rapada y los rostros decididos.

—Somos terapeutas —explicó el primero de ellos.

—¿Terapistas? —repitió Gilbert—. ¡Pero si no hay nadie enfermo aquí!

—¡Ja! Eso sí que es bueno —dijo el primero de los tres, volviendo la cabeza para compartir la diversión con sus colegas. Luego se volvió de nuevo hacia Gilbert—. *Naturalmente*, somos roboterapistas.

—¿Uh? —fue todo lo que pudo decir Gilbert.

—Yo soy robopsiquiatra —aclaró el hombre.

—Yo soy estimulador robosináptico —dijo el segundo.

—Y yo —dijo el tercero, con un orgullo contenido— soy coordinador de robomoral.

Tal como en el cuento de los tres ositos, pensó Gilbert. ¡De todas las tonterías...!

Pero alzó los hombros resignadamente y se apartó para dejarlos pasar.

—¿Dónde está el robot? —dijo el primer terapeuta.

Gilbert, decidiendo que no le gustaba la forma en que se comportaba aquel individuo, se dirigió ostentosamente al mecánico.

—En el closed del dormitorio, la segunda puerta a la izquierda. Lo dejé allí después que se descompuso. Molestaba demasiado en la cocina.

—Bueno —dijo el mecánico amigablemente, y fue hacia allí.

—Muy mal —dijo el primer terapeuta, agitando la cabeza—. Habría sido mucho mejor si lo hubiera dejado donde cayó. La actitud de desfallecimiento nos da a menudo una clave valiosa de la causa de la descompostura. —Hizo una seña a sus colegas, y se fueron en seguimiento del mecánico.

Gilbert se quedó mirando durante un largo momento por donde habían desaparecido, antes de volver a la salita de estar.

—Bueno, ahora ya lo he visto todo —dijo a su suegro—. Tienen hasta psiquiatras para robots.

Pero George no se sorprendió.

—¿Cómo, no lo sabías? Hace seis meses o más que existen. Es uno de los nuevos campos más interesantes desde hace años. La televisión no ha hablado de otra cosa.

—Me lo he debido de perder —murmuró Gilbert, dándose cuenta de repente de cuán fuera de contacto con el mundo exterior había estado, cuán absorbido en el mundo de la interpretación de la música, que ahora parecía tan irreal y tan lejos como una edad histórica.

—¿Ves, hijo? —dijo George encarecidamente—, así es como son las cosas ahora. Especializándose, permaneciendo siempre un poco por delante de los robots. Esto es lo que, debes perdonarme que te diga, tú todavía no has sabido aceptar. Un hombre tiene que ser adaptable. Por ejemplo, mira el caso del viejo Tom Angel. Fue compañero de estudios mío; era un sastre de primera categoría, y pensaba que su trabajo era seguro como una roca. Pero no lo era. Así que, después de haber sido retirado durante algún tiempo, de pronto recordó las postales de felicitación que la gente se enviaba los unos a los otros en los cumpleaños cuando nosotros éramos niños. ¿Y qué es lo que hace entonces Tom? Va y se registra como el primero de una

nueva generación de escritores de versos para postales de felicitación. Y lo que es mejor, nunca había escrito una línea de verso en toda su vida. Pero fue el primero en proponerlo, así que obtuvo los derechos de patente. ¿Coges la idea? Una vez alcanzas que tus sentimientos se hacen progresivos, ya estás en camino.

Gilbert reflexionó sombríamente que el desempolvar una costumbre difunta era una rara forma de progresar, pero trató de aparentar interés, sabiendo que George trataba de ayudar a su manera, tal como la madre de Marge lo hacía también cuando traía paquetes de cosas que los cupones semanales de un retirado no podían adquirir. Pero para soportar a ambos se necesitaba un cierto ajuste.

—¿Comprendes, Gil? —continuó George—. Esto no es nada nuevo. Algo así ha estado ocurriendo durante centenares de años, las máquinas desplazando a la gente. Lo que es nuevo es la escala en que esto ocurre, porque los robots amenazan los empleos de todo el mundo.

—Excepto los de los políticos y los robopsiquiatras —no pudo evitar el añadir Gilbert.

George pareció dolido.

—No digas eso, Gil. Ah, y no creas que la política no se está convirtiendo en algo tan competitivo como todo lo demás. Imagínate, hasta me han enviado a la escuela, a mí, a mi edad, para estudiar lo que ellos llaman perspectiva histórica. Armé un escándalo terrible, pero debo admitir ahora que me fue estupendamente. Hace que un hombre comprenda por qué han habido tantos cambios desde que los robots fueron inventados. ¿Sabes? —agitó un dedo frente a Gilbert—, ha habido más progreso en los últimos veinte años que en todo el siglo que los precedió. Desde los viajes espaciales hasta... bueno, hasta los espagueti autoenrollables.

Gilbert se agitó impacientemente.

—No veo mucho progreso en el echar a cinco millones de personas al retiro durante el proceso.

—Ah, pero hace diez años había quince millones. Esto demuestra que el reto de los robots ha sido aceptado. Porque no es sólo un reto, sino que es también una oportunidad. Ésta es la Edad de la Oportunidad. Todos podemos estar agradecidos al menos por una cosa: que no estamos viviendo en el siglo pasado —George se estremeció—. Entonces, si un hombre perdía su trabajo, ¡tenía que buscar otro!

—¿Tenía que buscar otro? Me gustaría tener esa posibilidad.

—Ah, pero he ahí la cuestión: no siempre era tan fácil. Mientras que ahora, un hombre no tiene que pelearse por un empleo. Todo lo que tiene que hacer es inventarlo.

—Recuerdo que leí eso en el libro —dijo Gilbert, languideciendo rápidamente—. ¿Sabes?, ese ilustrado que te dan a cambio de tu empleo.

—Oh, lo siento —dijo George un poco ofendido—. Sólo estaba tratando de ayudar. De cualquier manera —continuó—, tienes un suegro en el partido adecuado, esto es un consuelo. El partido que lucha por los derechos de los retirados.

Gilbert alzó interiormente la vista hacia los cielos.

—Sí señor —continuó entusiásticamente George—. Si los tecnócratas lograsen sus propósitos, la vida de un retirado no valdría un comino. Pero *nosotros* luchamos por sus derechos sin descanso. Fuimos nosotros, los Populistas, los que conseguimos que cada familia, aún las de los trabajadores y retirados, tuviesen un robot en propiedad, como un *derecho inalienable*.

Gilbert había soportado todo lo que podía.

—¡Al infierno con tus derechos inalienables! —explotó—. Ambos partidos se han repartido bien el pastel. Todo lo que os preocupa es asegurarnos de que las cosas continúen en la forma en que están. En cuanto al precioso beneficio de tener un robot, déjame decirte que estaría muy contento si no existiesen los robots en absoluto... ¡por lo menos aquellos que sientan sus posaderas cromoplatinadas en unas no menos cromoplatinadas orquestas!

George parecía ahora positivamente molesto.

—Yo... yo... no sabes lo que estás diciendo —balbuceó—. Vaya, si estás hablando como... como un Luddita.

—Oh, lo parezco, ¿no es así? Bueno, déjame... —Gilbert se detuvo a media frase y dijo suspicazmente—: De cualquier forma, ¿qué es un Luddita?

—Ludditas —dijo George suavemente— fueron las gentes que destrozaron las primeras máquinas automotrices hace doscientos años. —Era un concepto que había aprendido en el curso de Perspectiva Histórica—. Y si ésta es la forma en que...

—¡Espera! —una luz salvaje iluminó los ojos de Gilbert; acaba de ocurrírsele algo—. ¡Claro, naturalmente! ¿Por qué no?

—¿Qué ocurre, hijo? —dijo George, ansioso ahora al ver la expresión en el rostro de Gilbert.

Pero Gilbert no lo oía. De un salto alcanzó la puerta, la abrió violentamente y se dio de bruces con el terapeuta jefe, que estaba esperando en el otro lado con los nudillos en alto para llamar.

—Bueno... —se sobresaltó el terapeuta, trastabillando.

—Lo siento —dijo alegremente Gilbert, haciendo ademán de pasar.

—Pero hay algo que tengo que decirle —exclamó el terapeuta, recuperando su aplomo y el aliento con un esfuerzo. Tras él, sus dos colegas cerraron filas.

Gilbert se detuvo.

—Bueno, ¿qué es ello? Abrevie, soy un hombre ocupado —se rió alegremente de la novedad de sus palabras.

—No es un asunto jocoso, me temo —comentó el terapeuta, mirándolo algo asombrado—. Acabamos de pasar una cinta de reconocimiento por su robot, y los resultados han sido tristes, *tristes*. Debemos llevárnoslo para una reorientación inmediata. Vea usted —movió la cabeza en un gesto grave—, había desarrollado un severo complejo de culpa.

—¿Complejo de culpa? —hizo eco Gilbert.

—Eso es. ¿Sabe usted?, ellos se dan cuenta de cosas. Y si adquieren la idea de que sus propietarios no son felices, esto inicia el complejo. Si creen que es su falta, se preguntan qué equivocaciones pueden haber cometido. Reflexionan sobre ello, y entonces cometen *errores*. ¡Oh!, errores pequeñitos, que ni usted ni yo advertiríamos en absoluto, pero qué un robot sí los tiene en cuenta, porque sabe que se supone que no debe cometer errores. Esto tan sólo le hace sentirse más culpable, y la cosa continúa hasta que... bueno, simplemente se rinde.

A pesar de su urgencia por salir, Gilbert se encontró escuchando con una incredulidad fascinada. El terapeuta sonrió con una mueca profesional, dolorosamente dedicado.

—Naturalmente, la próxima vez sabremos mejor lo que hacemos, ¿no es así? Central enviará un reemplazo. Tan sólo haga que el nuevo crea que le está haciendo a usted feliz; eso será todo, y las cosas marcharán nuevamente bien. Únicamente una sonrisa, una palabra de agradecimiento aquí y allí, ¿eh?

Por un momento, Gilbert miró al terapeuta con la expresión de un niño que ve por primera vez a un elefante. Después, estalló en carcajadas.

—¡Naturalmente que le haré saber que soy feliz! Soy feliz. ¿Quién no sería feliz viviendo en una era de oportunidad como esta? —se dio cuenta de la sobresaltada cara de George, que le miraba desde la salita de estar, y lanzó una nueva carcajada—. Ahora, si a ustedes no les importa...

Los terapeutas se miraron asombrados unos a otros, y se apartaron mientras Gilbert se dirigía hacia la puerta.



III

La Oficina de Categorías contenía la habitual concurrencia de retirados, aguardando en la tenue esperanza de conseguir algún dato valioso. Gilbert pasó a lo largo de todos ellos, derecho al primer cubículo. En su interior había un mostrador; tras él, un funcionario robot.

—Quiero declarar una categoría —anunció Gilbert.

—Ciertamente, señor —dijo el robot, extrayendo un cuestionario y un sobre de tras el mostrador.

El cuestionario requería los datos del nombre, fecha de nacimiento, número de retiro del solicitante. Gilbert los llenó impacientemente, llegando por fin a la sección titulada: *Naturaleza de la Categoría*. Atrevidamente, escribió: *NEO-LUDDITA*. Se rascó la barbilla pensativo con el mango de la pluma, y añadió: *Una oposición legal a la economía robótica*.

Sonrió para sí mismo. Ése era un trabajo que ningún robot podría nunca ejercer. En el casillero titulado *Clasificación General de la Categoría* puso: *POLÍTICA*. Colocó el cuestionario dentro del sobre, tal como estaba indicado, y se lo entregó al robot.

El robot lo cerró y lo introdujo en una máquina que estaba a su lado. En uno o dos segundos, el sobre volvió a salir y el robot se lo devolvió a Gilbert, que sintió una repentina desazón.

—¿Y bien? —preguntó.

—Llevará un cierto tiempo comprobar su aplicación —explicó el robot—. Esta máquina envía una copia al registro del sótano. Allí llevan un fichero completo de todas las categorías.

—Oh, ya veo —dijo Gilbert, tranquilizado.

Mientras esperaba, se dedicó a ojear los carteles colocados en las paredes del cubículo. La mayor parte de ellos mostraban los rostros de inventores de categorías que habían obtenido éxito: inventores de empleos tales como estabilizador de hidropónicos, adivino cibernético, traumografista... ¿Qué diablos podría ser *traumografista*?, se preguntó Gilbert. ¿Un escritor de traumas? ¿Alguien que dibuja gráficos de respuestas traumáticas? ¿Y en qué? ¿Hombres? ¿Átomos?

Sonrió. El eufonismo de unas vocaciones tan especializadas y enigmáticas ya no le hacía sentirse desamparadamente mal preparado en este complejo mundo. Ahora, él iba a enfrentarse con el mundo en sus propios términos, y...

La máquina emitió un *bip*, y un trozo de cartulina saltó. El robot lo tomó, lo ojeó, y luego levantó sus ojos cristalinos hacia Gilbert.

—Lo siento, señor, pero su aplicación ha sido rechazada.

Gilbert se quedó helado, sin lograr creer lo que había oído.

—La Oficina de Categorías —continuó el robot— le significa su más sentido pésame, y confía en que esto no le impedirá a usted el seguir presentado nuevas

aplicaciones. La Oficina de Categorías...

Gilbert interrumpió lo que evidentemente era un discurso hecho. Alargó el brazo por encima del mostrador, y cogió al robot por una de sus metálicas extremidades.

—Escucha, tú... tú... bocazas metálico, esta aplicación es válida. Nadie tienen ningún derecho a rechazarla. No puedes simplemente quedarte ahí y...

—Por favor —el tono inalterable de la voz del robot acentuaba aún más su evidente embarazo. Condicionado, como todos los robots, a no ser nunca hostil a los humanos, tan sólo podía hacer unos patéticos intentos de pura forma para soltarse.

Gilbert suspiró y lo soltó, sintiéndose avergonzado de sí mismo.

—De cualquier forma —insistió— deseo ver a alguien acerca de esto.

—El encargado está ya camino de aquí —dijo el robot.

Gilbert se dio cuenta de que el robot debía de haber oprimido un botón de alarma sin que él se hubiera dado cuenta.

El encargado llegó rápidamente. Era un individuo grueso y jovial.

—¡Ah, el señor Gilbert Parry! Acerca de su aplicación, ¿no es así? Bueno, lo siento mucho. No queremos denegar la aplicación de nadie, usted ya lo comprende. Naturalmente, nosotros...

—Naturalmente, nada —dijo bruscamente Gilbert—. Esta categoría que he propuesto es perfectamente admisible.

—Pero, señor Parry...

—No me interrumpa. Tengo derecho a ser oído. Ustedes pueden creer que lo tienen todo muy bien atado. Eso es lo que los dos partidos políticos piensan, pero se equivocan. Ambos apoyan al sistema tal cual es. Esto no es suficiente.

—Pero señor Parry, usted no puede...

—Yo *puedo*. Lo que es más, me propongo probar, si se me obliga a ello, que aún bajo el punto de vista del *statu quo* es socialmente necesaria una oposición. Y ahora, no trate de decirme que no puedo hacer *eso*.

El encargado sonrió.

—Pero la necesidad de una oposición *está* reconocida. Únicamente estaba tratando de decirle que usted no puede Registrar esta categoría, porque fue registrada hace años.

—¡Qué!

—Sí, el movimiento de *Sólo Humanos*, como se le llama, es un partido reconocido, aunque nunca ha logrado ganar una elección ni atraerse muchos adeptos. La mayor parte de la gente está demasiado agradecida por los beneficios que los robots han traído consigo. Pero el movimiento tiene el apoyo del Estado: fondos, oficinas, la misma proporción de empleados asalariados con respecto a sus miembros que los dos grandes partidos.

Gilbert ya se dirigía miserablemente hacia la puerta.

—Naturalmente —añadió, con ganas de ayudar, el encargado— podría usted realizar un trabajo voluntario para el partido. Siempre hay la posibilidad de que sea

usted capaz de lograr una vacante para un puesto con salario en unos pocos años.

—Gracias, no importa —murmuró Gilbert. Y abandonó el cubículo.

Un grupo que aguardaba esperanzado miró a su rostro, y se dispersó.

Fuera, caminó sin rumbo. Tan sólo había una cosa que hacer: empezar de nuevo en alguna otra línea, estudiar y estudiar hasta que fuese tan experto en ella como lo era en tocar el contrabajo.

Pero ¿qué línea? Y, ¿cómo podría estar seguro de que ésta no sería absorbida por los robots antes de que él lograra hacerse un experto en ella? Y sin embargo, no había otra cosa que hacer sino probar. Aunque no desembocase en nada, Marge no podría meterse con él, por lo menos no lo podría hacer con justicia. Más que eso, ni siquiera tendría que seguir soportando su propio y mordiente sentimiento de fracaso.

Viendo una biblioteca, se dirigió hacia ella. Pidió al asistente, un robot —¡aún aquí en un centro de la cultura!—, que le informase. Éste le trajo un grueso manual, muy usado.

Entre las categorías que listaba, las principales eran aquellas correspondientes a las viejas ocupaciones que estaban demasiado íntimamente unidas a la carne, sangre y espíritu, como para ser fácilmente abandonadas al robot: medicina, leyes, artes creativas. Bueno, medicina ni pensarlo. Él no era ningún timorato, pero no podía soportar la idea de abrir fríamente un cuerpo humano. ¿Leyes? Si no podía argüir con éxito con su propia mujer, mucho menos podría hacerlo con un juez y jurado. En cuanto a lo que respecta a las artes creativas, uno tenía que tener una vocación para ello; ¿o acaso no era así?

No, tendría que ser algo completamente nuevo, uno de esos campos asombrosamente complejos, tal como... ¿qué era aquello que había leído en aquel cartel? ¿Traumografía? Impulsivamente, lo buscó.

Sí, allí estaba; pero, tras minutos de perpleja lectura y relectura, no pudo ni tan sólo llegar a comprender en qué campo se encontraba, tan especializado era el mismo lenguaje que lo describía. ¡Infiernos!, era aún peor de lo que él había temido.

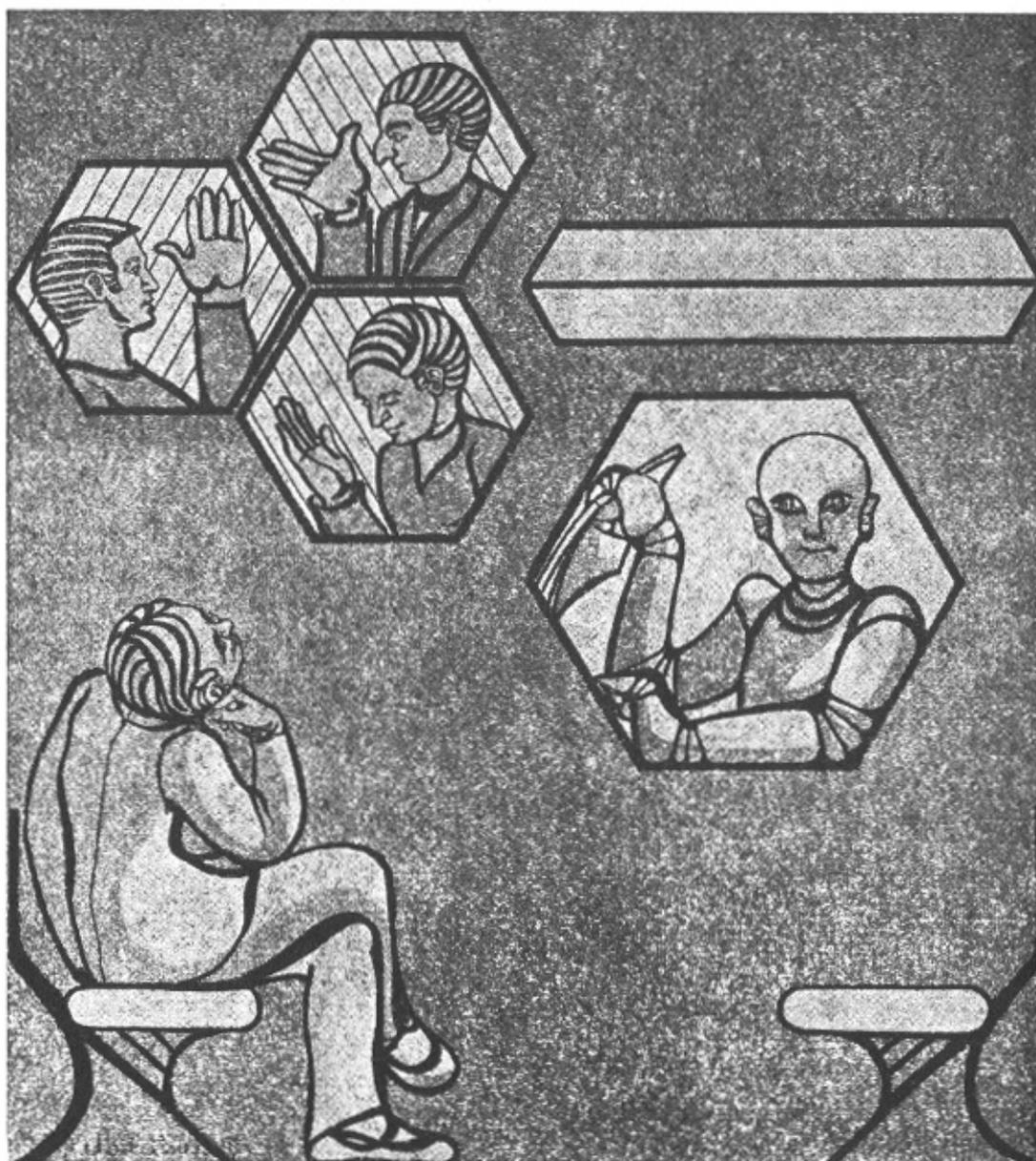
Hojeó el libro, desanimado. Entonces, de repente, un anuncio atrajo su mirada. Decía:

¿RETIRADO? ¡NO SE PREOCUPE!

ENTRE EN CONTACTO CON LA OFICINA DE C. P. JONES INVENTORES DE
CATEGORÍAS HABITACIÓN 53, EDIFICIO UNIVERSO

¡Así que existían caminos! Claro, naturalmente que tenía que haberlos. El sistema había estado funcionando durante años; tenía que ocurrir que la gente saliese con justamente este tipo de ocurrencias. Jóvenes avispados, con sus mentes sin canalizar en las estrechas orillas de una profesión como la suya, encontrándose en su elemento en este complicado mundo, capacitados para ver la necesidad de un nuevo trabajo aquí, una nueva profesión allá.

¿Pero cómo pagaría uno por un servicio así? Los bonos de retiro eran innegociables. No obstante, tenía unos pocos centenares de créditos en dinero efectivo reservados para una posible emergencia. Valía la pena probar.



El Edificio Universo, a pesar de su nombre grandilocuente, era un pequeño y oscuro edificio en la parte baja de la ciudad, que aparentaba tener un mínimo de treinta años de edad. No obstante, se dijo a sí mismo Gilbert, no era correcto prejuzgar el contenido por el continente.

Pero el incidente que ocurrió cuando trataba de entrar fue aún más perturbador. Tuvo que echarse hacia atrás rápidamente, cuando las estrechas puertas batientes se abrieron de un golpe y dos individuos macizos las atravesaron con violencia, llevando una carga pataleante y chillona. A través de brazos y piernas en movimiento Gilbert

divisó un viejo rostro de gnomo, rojizo por la frustración. Una vez estuvieron en la acera, los dos gigantones depositaron en el suelo al hombre con una solicitud exagerada, le echaron una mirada cargada de sentido, y retrocedieron de nuevo al edificio. Uno de ellos reemergió momentáneamente para lanzar afuera una maltratada maleta, que cayó a los pies del viejo.

—¡Conseguiré un mandamiento contra ustedes, basura! —gritó la víctima agitando el puño. Su estatura era tan gnómica como su rostro, pero su voz era sorpresivamente repugnante—. Un hombre tiene sus derechos, ¿saben? Yo... yo...

El viejecillo se rindió, como si se diese cuenta de la futilidad de lanzar su protesta contra unas puertas cerradas. Con un suspiro que partía el alma tomó su maleta, dio un ultrajado tirón a su chaqueta, y luego cojeó calle abajo.

Gilbert lo siguió por un momento con la mirada, sintiendo una punzada de simpatía por el pobre viejo. Tan sólo esperaba que el incidente no tuviera nada que ver con la Oficina de C.P. Jones, que ésta no fuera su manera normal de tratar a los clientes. Acallando el pensamiento, entró.

—¿Habitación 53? —preguntó al portero robot—. La Oficina de C.P. Jones.

—Lo siento, señor, pero el señor Jones ya no trabaja aquí.

—Oh, pero ¿y su oficina?

—El señor Jones mismo *era* la oficina.

—Bueno, ¿ha reemprendido su trabajo en algún otro sitio, lo sabe usted?

—No dejó información alguna sobre este punto, señor.

Gilbert alzó los hombros resignadamente, y salió. Así que eso era todo. ¿Y qué quedaba ahora? ¿La traumografía? Sintió un escalofrío con el solo pensamiento. Mientras estaba indeciso en la acera, recordó el incidente que había presenciado. Bueno, *aquí* había un trabajo. Ellos nunca se atreverían a fabricar a un robot para maltratar a los humanos. Flexionó sus bíceps pensativamente...

El pensamiento murió miserablemente. Con toda probabilidad, uno debería de haber sido inscrito a su nacimiento para poder obtener un empleo tan rudimentario como éste. Suspiró, y echó a andar sin rumbo.

Al pasar ante un bar, entró tan automáticamente como si fuera un hábito en él, lo cual nunca había sido así. Era un bar normal, no uno de esos descoloridos lugares para retirados donde uno entraba con su cartilla de racionamiento. Aquí se tenía que pagar con dinero. Entró y se sentó en una mesa, pidiendo un escocés doble al camarero robot.

Hasta el momento en que se movió para coger el dinero de su bolsillo, no se dio cuenta de quien estaba sentado frente a él. Era el viejecillo que había visto ser echado del Edificio Universo. Estaba mirando soñadoramente a su bebida, como si fuera una nebulosa bola de cristal.

Aquello movió a Gilbert a la piedad. Y pensar que él se compadecía a sí mismo. Por lo menos él tenía juventud. Impulsivamente, levantó el vaso hacia el hombre y dijo:

—Brindo por mejores tiempos.

El viejo levantó la cabeza lentamente.

—¡Huh! —dijo. Consiguió esbozar una desdibujada sonrisa y añadió—: Gracias —y vació su vaso.

Gilbert vació también el suyo y ante su mirada inquisitiva el viejo contestó:

—Lo mismo que usted.

Gilbert hizo el pedido.

—Vi lo que le ocurrió allí —aventuró con simpatía.

—¿Lo vio? —el viejo suspiró—. ¡Los ladrones! Echar a un hombre después de tantos años —se veía tan triste que Gilbert, instantáneamente, sintió haber mencionado el incidente.

—Es desesperante cuando uno ha trabajado en el mismo edificio durante casi diez años —continuó el viejo.

—Oh, ¿usted trabajaba allí?

—Yo tenía mi propio negocio: la oficina C.P. Jones.

—¿Usted?... ¿C. P. Jones? —la visión de Gilbert de unos avisados jóvenes sufrió una violenta rectificación.

—¡Cómo!, ¿oyó hablar de mí? —el rostro del viejo se iluminó expectante.

—¿Oír? ¡Iba a verle para saber si usted podía ayudarme!

—¿Realmente? —el señor Jones volvió a caer en la tristeza—. Ah, bien, tal vez fue mejor que no me encontrase allí. Le salvó a usted de un desengaño.

Gilbert estaba sorprendido.

—Me desilusionó el *no* encontrarle. Pero ¿qué quiere decir usted con eso?

—Bueno, no tenía ni una sola categoría en existencia. —Hizo una pausa y después, con el aire de uno que se desahoga al confesar algo que llevaba muy adentro, añadió—: De hecho, hijo, yo nunca logré inventar una sola categoría... excepto *aquella*.

—Oh —dijo Gilbert, cuya simpatía comenzaba a estar teñida por la sospecha—. ¿Cuál fue *aquella*?

—Pues la categoría de inventor de categorías, naturalmente —el viejo dio un bufido—. Tal vez yo no fui muy bueno en mi categoría, pero tenía derechos de título. Aunque parece ser que ya no existe nada sagrado, ni aún los derechos de título. Revisaron mi categoría hace una semana, y cancelaron mi licencia. Entiéndalo bien, no me quedé sentado, pero ¿qué es lo que se puede hacer? —tomó un desabrido sorbo de su bebida—. Ellos tienen la sartén por el mango.

Gilbert notó un cosquilleo de resentimiento ante tal ingratitud.

—Me parece —dijo duramente— que usted le sacó un buen provecho a la cosa. Son más bien sus clientes los que podrían quejarse.

El viejo le miró indignado.

—¿Por qué? No les iba tan mal. Siempre trabajé duro por ellos. ¿Era mi falta el que no viniesen ideas? De cualquier forma, no les costaba nada. Mis honorarios se

percibirían del salario que recibiesen cuando yo les suministrase la idea.

—Oh, —dijo Gilbert. Entonces, el hombre no había sido tan voraz.

El viejo emitió una risa apagada.

—Sin embargo, tiene usted razón sobre eso de que saqué un buen provecho. Supongo que, de hecho, lo hice.

—¿Pero cómo ha logrado mantenerlo durante tanto tiempo?

El señor Jones volvió a reír suavemente.

—Bueno, era la Oficina de Rehabilitación la que me pagaba mi salario fijo, mientras que era la Oficina del Trabajo a la que se suponía que yo debía entregar mis honorarios... naturalmente disminuidos por mi comisión. Una vez al año, la Oficina Contable, o sea un departamento distinto, enviaba un auditor robot a comprobar los libros. Nunca pensaron en comprobar las cuentas unos con otros, supongo... hasta ahora —volvió a sumergirse en la tristeza—. Ahora *debo* inventar otro empleo.

Gilbert se fijó en el rostro gnómico del hombre, en sus manos anudadas alrededor del vaso.

—Pero yo había pensado que usted ya había pasado... quiero decir, bueno...

—Quiere usted decir que por qué me preocupo buscando otro trabajo a mi edad, ¿no es eso? Pues es porque mi mujer no tiene mi edad... ella tiene tan sólo... bueno, ella dice que tiene tan sólo veintinueve años. De cualquier forma, no se tomaría por las buenas la idea de que yo estuviese retirado.

—¡Ah, esas esposas! —mostró su conformidad Gilbert—. Las cosas no serían tan malas si no tuviésemos que contar con ellas.

—¿No lo serían? —dijo el señor Jones casi con fiereza—. Por mi parte estoy contento de cómo son las cosas. Si no fuera por Babs, me habría deshecho. Yo era un artista del trapecio en los circos. Es así como encontré a Babs. Ella era una bailarina en un espectáculo de feria, yo era el más viejo trapecista actuante. Pero hasta yo tuve que dejarlo algún día. Me volví demasiado inseguro. Si no hubiera sido por Babs, me habría vuelto vegetativo, y a estas horas ya estaría en una urna bajo tierra con toda seguridad. Babs tiene sus defectos, pero es un incentivo mucho mejor para un hombre que cualquiera de esas nobles y amistosas damas. Ellas necesitan el sentimiento de dominio sobre el hombre; Babs tan sólo desea dinero y las cosas que con éste puede comprar, y ella es feliz así. Y yo también lo soy.

Gilbert se sintió repentinamente diminuto ante una filosofía tan realista.

—Bueno, tal vez tenga usted razón. Tomemos otro trago.

—No, es mi ronda —insistió el viejo. Y, mientras llegaban las bebidas, continuó —: Pero estoy hablando demasiado de mí mismo. ¿Qué es lo que le pasa a usted?

Gilbert se lo dijo, y tomaron otra bebida. E intercambiaron anécdotas sobre sus ex-profesiones, y tomaron otra bebida. Y entonces el señor Jones sugirió que fueran a un bar *de verdad*.

Y esto inició una peregrinación de bar en bar, tal cual Gilbert, en su vida sobria, nunca hubiera imaginado como posible. Hablaban, contaban chistes. Aún la forma en

que les estaba tratando el mundo a ambos asumió, bajo la influencia de más y más bebida, el aspecto de un gran chiste.

Se desternillaron sobre el concepto de traumografía y lo que podía ser, con explicaciones que iban desde lo anodino hasta lo obscuro. Esto los llevó a inventar categorías falsas, un juego que les duró dos bares y que les acarreó ser expulsados de un tercero cuando las categorías se volvieron demasiado ultrajantes.

En un bar, en una pausa, pidieron cerveza, y tuvo un triste efecto en el hombrecillo. Se volvió positivamente melancólico. Dijo que eran egoístas, que todo el mundo era egoísta. No debían sentir lástima por sí mismos, sino por los robots. Revelando inesperadas profundidades en su carácter, procedió a recitar lúgubramente:

*¿Cómo voy a enfrentarme a las singularidades
del asombro del hombre y de Dios
yo, un extraño y asustado
en un mundo que nunca hice?*

Afortunadamente, esta fase no duró demasiado. Gilbert ordenó rápidamente de nuevo whisky, y el resistente hombrecillo volvió a estar en forma en un relámpago. Y cuando Gilbert dijo:

—¿Por qué no creamos una misión para robots, entonces?

El señor Jones se lanzó a la idea con un raro celo. Por un momento se preguntaron si esto no podría ser la salvación para ambos, hasta que reflexionaron que la semana mínima de un robot tan sólo podría ser una de ciento sesenta y ocho horas, siendo su única función el trabajo; y ¿quién tendría ningún interés en oponerse a ello?

La noche se volvió más y más salvaje. Gilbert nunca pudo estar seguro después de cuándo fue que el hombrecillo quiso dar una demostración de los mejores puntos del trabajo en un trapezoido utilizando una lámpara de techo. Recordaría más tarde que entre ambos bebieron una gran cantidad de licor, y que en algún momento en las primeras horas del día siguiente cayó dentro de un robotaxi.

Después de esto todo fue oscuridad...



IV

Fue el rojizo relumbro del sol a través de sus párpados lo que le despertó. Se arrebujó con un gruñido. Oyó correr cortinas, y se sintió agradecido por la penumbra. Una figura se movió cerca de él.

—¿Eres tú, Marge querida? —gimió.

—No, señor; soy su nuevo robot.

Sostenía un vaso con algo que burbujeaba. Gilbert lo tomó ansiosamente y lo bebió de un trago.

—Ajá, esto está mejor.

—¿Querrá algo más, señor?

—No, gracias. —Un miedo repentino lo atenazó—. Sí, sí, otra cosa. ¿Y mi mujer?

—La señora Parry me ordenó que la avisara tan pronto como usted estuviera despierto —dijo el robot.

Gilbert respiró aliviado. Por un momento había tenido el pensamiento de que Marge podía haberle abandonado. No podría culparla si así lo hubiera hecho; no después de su actitud de ayer, y luego encima la noche pasada. Se sintió lleno de una repentina contricción.

—Todo va bien —dijo al robot—. Yo mismo la avisaré. Me voy a levantar.

Y en alguna forma consiguió hacerlo, aunque no sin la asistencia del robot.

—Gracias —le dijo Gilbert. Luego, sintiendo la necesidad de hacer penitencia, añadió, de una forma un tanto humilde—: Me has hecho muy feliz.

—Gracias, señor —dijo el robot, inevitablemente sin inflexión. Pero cuando repitió las palabras, Gilbert notó que realmente lo sentía. Con su temple penitencial considerablemente sostenido, fue al encuentro de Marge. Y cuando la vio le pareció más bella que nunca, y se sintió tocado en lo más profundo. Comenzó a murmurar palabras de abyecta apología, pero ella lo detuvo con un beso.

—No te excuses, querido; fue todo mi culpa. Si no te hubiese estado importunando no hubieras actuado de esta forma. —Lo guió hasta una silla—. Aquí. —Le sirvió una taza de café cargado—. ¿Qué es lo que quieres para desayunar?

—Ya tengo bastante con esto, gracias —dijo débilmente.

Ella asintió, adyacente.

Sintiéndose empequeñecido por tanta comprensión, Gilbert rebuscó en sus bolsillos un cigarrillo. Con el paquete salió un trozo de papel. Lo miró. Decía simplemente: *Trazador de Paralajes Umbrológicos*. ¿Pero qué infiernos quería decir aquello? Y además estaba escrito con su propia letra. Entonces, un débil recuerdo reptó de entre la confusión de la noche anterior. Se quedó mirando las palabras, repitiéndolas una y otra vez para sí mismo, entre sorbos de café. Entonces, de repente, vio la luz.

—¡Claro, esto es! —exclamó, y dio un respingo. A pesar de haberle suministrado una respuesta, su cabeza todavía no podía soportar esta cantidad de excitamiento repentino.

—¿Qué ocurre, cariño? —susurró Marge—. Ten, tómate un calmante.

Se levantó bamboleante.

—Oh, no seas tan noble y posesiva —hizo una mueca y la besó rápidamente—. No te preocupes por mí, querida. Acabo de ver la luz. —Terminó su café con prisa—. Tengo algo urgente que hacer.

La besó de nuevo, y salió corriendo.

Esta vez escogió un cubículo diferente, para estar más seguro, y rellenó su cuestionario con una mano experta, si bien un tanto temblorosa.

Y esta vez el funcionario llegó sin ser llamado. El director en persona, como se presentó ante Gilbert. Tenía en su mano una copia del cuestionario.

—Me alegra conocerle, señor Parry —dijo—. *Trazador de Paralajes Umbrológicos*. Ah, sí, muy interesante. ¿Y qué es exactamente eso?

Con una calma que le sorprendió hasta a sí mismo, Gilbert contestó:

—Bien, entraña investigar los grados de paralaje que se presentan en las investigaciones umbrológicas. No es fácil explicarlo en unas pocas palabras, pero...

—Naturalmente —dijo comprensivamente el director—. Pensé que probablemente sería demasiado complejo para que yo pudiese entenderlo. Pero usted dejó por llenar la clasificación general. Yo mismo puedo hacerlo por usted en el fotostato... —miró inquisitivo a Gilbert, con su pluma preparada.

Por un momento Gilbert se sintió hundido, maldiciéndose a sí mismo por haber dejado pasar aquel punto.

—Esto... bueno, esto tampoco es fácil de describir. Verá...

—Comprendo —dijo conciliador el funcionario—. ¿Podríamos decir, tal vez, *síntesis*? En estos días esta definición nos sirve para cubrir una gran multitud de categorías.

—Oh..., ah, sí, sí; definitivamente, es una forma de síntesis.

El director asintió y llenó el casillero.

—Tan sólo hay otra cosa. La Oficina de West Town ha admitido ya esta mañana una petición por, eh... —consultó una hoja de papel que llevaba en su mano— un Correlacionador de Paralajes Umbrológicos. Acaba de llegar en un comunicado. Bien, usted deberá probar, si fuera necesario, de que las dos funciones son distintas y separadas.

Por un momento Gilbert dudó del testimonio de sus propios oídos. Entonces ¿*existía* realmente algo denominado Umbrología, en la cual aparecían paralajes? Y entonces se dio cuenta...

—¿Acaso será un tal señor C. P. Jones el que la ha presentado?

—Pues sí. Entonces, ¿se conocen el uno al otro?

—Nos deberíamos haber encontrado esta mañana —mintió firmemente Gilbert— para presentar conjuntamente nuestras categorías. Uno de nosotros debe haberse

equivocado de oficina. Vea usted, la umbrología ha sido nuestro trabajo de por vida, en nuestras horas libres, naturalmente. Pero un trazador de paralajes es algo completamente distinto a un correlacionador de paralajes. De hecho, son dos funciones enteramente opuestas. Opuestas, pero mutuamente dependientes, si es que usted me entiende. Comprenda, un paralaje tan sólo puede ser correlacionado en oposición dialéctica y conjunción a y cuando está siendo trazado —Gilbert estaba comenzando a divertirse—. Poniéndolo en una forma más simple...

—Está perfectamente claro —dijo el director—. Me ocuparé de que la distinción sea tenida en cuenta. Su título le será enviado por correo en unos pocos días. Pero, si están ustedes trabajando en el mismo campo, ¿no sería mejor que compartiese el local con su amigo, el señor Jones? ¿Por lo menos provisionalmente?

—Claro, naturalmente —dijo Gilbert—. Pensándolo bien, permanentemente. Nos ahorraría una buena cantidad de retrasos en nuestro trabajo.

—Claro que sí. Bueno, el señor Jones ya habrá recibido la concesión de una oficina. Espere un momento, pediré la dirección a West Town.

Era una nueva oficina en un nuevo edificio. Cuando Gilbert entró, el señor Jones estaba arreglando unos muebles de buen estilo. El hombrecillo se irguió, iluminando su mirada.

—Hola, muchacho. Así que entonces me encontraste.

—Viejo vagabundo. Casi me estropeaste la jugada.

El viejo rió silenciosamente.

—Bueno, todo está permitido. De cualquier forma, ayer por la noche no me diste tu dirección, y no sabía que tendrías la misma idea. Recuerdo que nos reímos mucho de ella y que dijimos que era una de las mejores categorías que se nos habían ocurrido, por lo menos de las que dejan imprimir. —Rió nuevamente—. De todas maneras, cambié el principio para darte una oportunidad.

Gilbert palmeó al viejo en la espalda.

—Es más de lo que yo pensé en hacer, debo admitirlo. Pero no recuerdo que tú tomases también nota —sonrió—. Tan sólo logro recordar que yo sí lo hice.

Dio una ojeada a la oficina, y sintió una repentina punzada en la conciencia.

—Naturalmente, estamos estafando, ¿no es así?

—¿Estafando? —dijo el hombrecillo, fingiendo muy bien, pensó Gilbert, su indignación—. Yo no lo estoy haciendo. Tal vez estemos anticipándonos un poco, pero eso es una cosa completamente distinta. Para comenzar, ya he buscado Umbrología. No existe tal palabra... todavía no. Lo más aproximado a lo que he llegado es que sería una ciencia sobre las sombras. Ahora, todo lo que tenemos que hacer es encontrar los paralajes.

—Pero... ¿lo dices seriamente? —preguntó Gilbert.

—¿Seriamente?... ¡Por supuesto que sí! ¿Qué podemos hacer si todavía no hemos

logrado ponernos a tono con nuestra categoría? ¿Quién fue más grande como hombre, el indio sentado inmóvil en el lugar donde había nacido o Colón, que salió a buscar un lugar que nadie sabía que existiese? Simplemente tenemos que tener la misma clase de fe que tuvo Colón. Tú tienes cerebro. En cuanto a lo que a mí respecta, yo siempre hallé más fácil ganarme la vida en un trapecio, pero no soy ningún tonto. Mi cerebro ha estado muy bien preservado todos esos años, balanceándose a treinta metros de altura sin nada que hacer. ¡Oh!, tal vez no haya sido nada espectacular en mi última categoría, pero es que no era nada específico. En la umbrología, creo que hemos conseguido algo en lo que de verdad podemos hincar el diente.

—Pero ellos se darán cuenta —dijo Gilbert acobardándose.

—Valor, mi amigo, valor. El mundo es tan complicado estos días, y cada uno está tan especializado, que nadie puede estar seguro de lo que es verdadera realidad y de lo que no lo es. ¿Qué era eso que dijiste la noche pasada? ¿Traumografista? Bueno, ¿cuántos traumografistas hay en el mundo? Digamos que tan sólo hay uno, que es lo más probable. Entonces tan sólo *él* sabe lo que está haciendo. De cualquier manera, si se dan cuenta antes de que hayamos llegado a ninguna parte, entonces simplemente comenzaremos en cualquier otra línea. El campo es enorme.

Pero, se dijo a sí mismo Gilbert, ¡si realmente pensaba lo que decía! Y, lo que era más, su confianza era contagiosa. Era asombrosa también la forma en que el viejecillo no se preocupaba en lo que se refería a su edad. Hablaba como si fuera inmortal, como si su capacidad no conociese límites. Ahora, allí de pie, con su cabeza inclinada hacia un lado, *realmente* parecía como un gnomo de edad indefinida, infatigable y con recursos infinitos.

—De cualquier forma —dijo el señor Jones—, no voy a dejar que todo esto ocurra sin hacer nada al respecto. Vamos —su sonrisa casi partía su rostro en dos—, no estés ahí parado; nuestro robot no ha llegado todavía. Dame una mano con este archivador. Lo vamos a necesitar...

Título original:
CATEGORICAL IMPERATIVE
© 1967, Arthur Sellings
Traducción de B. García Mutiñó



LOS FUGITIVOS

LUIS-EDUARDO AUTE

Pintor, compositor, cantante, y ahora escritor, Luis-Eduardo Aute nos recuerda a uno de esos genios medievales que sobresalían en todos los campos del arte humano. Por eso, cuando recibimos de él este sorprendente cuento, mitad relato, mitad poesía, no vacilamos en pedirle que nos hiciera también la ilustración. Y no nos ha defraudado en absoluto.

ilustrado por el autor

Adán y Eva constituyen un matrimonio normal, aparentemente feliz.
La única sombra de esta unión es la falta de hijos.

Por lo demás,

todo es normal.

Se aman, más o menos. Él trabaja en una importante agencia de publicidad como director artístico

y ella se cuida de la casa.

Todo es normal.

Hace dos años que están casados y viven en un moderno apartamento en una calle muy céntrica.

Muy céntrica.

En medio del ruido de los coches y de las luces nocturnas y de las voces de la gente.

Y aquí empieza la tragedia.

La falta de unos hijos, de unos hijos que gritan, lloran, preguntan, llenando toda una casa de carne de hijo, se nota.

Se nota en el silencio interno y en el ruido externo.

Esta horrible ciudad.

Esa horrible calle.

Eva espera la llegada de Adán.

Quiere decirle algo.

«Adán, no puedo soportar quedarme sola en casa todos los días. Me aburro mucho. No sé qué hacer. Y además esta ciudad me intoxica, me encuentro enjaulada, no puedo respirar. Me volveré loca. Debemos huir».

Adán le responde:

«Tienes razón. La gente deberá de estar loca quedándose a vivir en la ciudad. También he pensado en huir. Debemos de hacerlo. Hay que olvidarse de todo y preocuparnos por la única razón, la única verdad de la vida.

Vivir».

La noche está encima.

Y hace un calor pegajoso.

Adán conduce su coche con una gran pasión.

Pasión por dejar atrás inmediatamente esa absurda y mecanizada

Ciudad.

Eva está junto a él y le agarra de la mano con gratitud.

Se miran y sonríen alguna vez.

Son felices.

«Eva, jamás pensé que sería capaz de abandonarlo todo por nada. ¿Tú sabes qué hacemos y adonde vamos?».

«No lo sé. No debemos saberlo. Hay que seguir hacia delante
sin parar,
sin parar».

El depósito de gasolina está lleno.

Un hombre y una mujer huyen del Método, de la Rutina, de la
Máquina,

de las horas.

Un hombre y una mujer buscan un prado donde haya un bosquecillo, unas
flores, un cielo, una tierra, un abandono.

Un alarmante estruendo se desencadena en el firmamento

... y llueve.

Tormenta de verano dibujada en el parabrisas.

Han pasado varias horas y Adán está cansado de conducir.

Además la lluvia no le permite ver.

Decide adentrarse por un antiguo camino.

Adán y Eva salen del coche, se sujetan de la mano y corren, locos,
perdidos,
libres,

empapados,

humanos,

y penetran en las tinieblas de un negro capricho.

Eva abre los ojos.

Le duelen los párpados y las pupilas.

Encuentra a su marido junto a ella; todavía duerme.

Eva se levanta y observa extrañada el onírico paisaje en el
que se encuentran. Es un bosque de altos árboles transparentes y rayos de
sol que taladran el follaje.

Es un decorado de alucinación. Hay un arroyuelo que coquetea por unas
hierbas salvajes.

Y mariposas exhibiendo sus violetas, carmines y cadmios.

Eva despierta nerviosa a Adán.

Se desprenden de sus ropas para formar parte de la Naturaleza.

Y se funden con ella.

El bosque es inmenso y no hay signos de civilización.

Adán y Eva se construyen un refugio provisional.

La felicidad de la pareja no tiene límites ni horas.

Han encontrado su Paraíso perdido.

Han encontrado la verdad de la tierra,
la verdad de la vida.

Vivir.

Adán y Eva se aman.

Luego duermen.

Adán se despierta.

Tiene hambre.

Va a buscar alimento para él y su mujer.

Encuentra un fecundo manzano.

Tiende su mano para tomar unos frutos.

Se los lleva a la boca.

Adán se sorprende ante la aspereza de los frutos.
Los mira detenidamente.

Son
de
plástico.

Adán, enfurecido, va tocando con sus manos todo el manzano.

Y todo es artificial.

No puede ser —piensa—, esto es un truco.

Y ve a unos pocos metros un espléndido rosal.

Esas flores tienen que ser reales. Adán se revuelca encima de ellas para olerlas, para sentirse acariciado por su verdad.

Pero también

son
de
plástico.

Es absurdo; no puede ser.

Es de locos.

Ha sido un engaño.

Y Adán ha abandonado su trabajo, su casa, su Ciudad artificial para caer en otro artificio mayor.

Adán se desespera y siente ira por todo.

Necesita destruir, destruir.

Nada que no sea verdad debe perdurar.

Y Adán se ocupará de destruirlo todo.

Hasta lo único que ama.

Eva.

Adán encuentra a su mujer, majestuosa,
bañando su cuerpo en el arroyuelo.

Adán toma una aguda roca entre sus brazos y la estrella
contra el cuerpo de Eva.

Yace Eva ensangrentada con el abdomen abierto.

Adán, aturdido y enamorado, se acerca a su mujer.

Observa la enorme herida.

La enorme herida deja ver en su interior una máquina compleja.

Eva...

es...

un...

robot.

Caóticos ensueño y realidad,

realidad y ensueño.

Verdades y mentiras, carne y metal.

Nunca se sabe.

Y Adán ha perdido el juicio.

Y el hombre la dignidad de hombre.

Y la Máquina es un dios humano.

Pero Adán ¿será hombre o máquina?

Si es hombre, será culpable de un homicidio.

Si es máquina, no lo será.

Pero ¿quién sabe lo que es Adán?

Nadie.

Tendríamos que abrirle.

Pero Adán ha perdido el juicio y no se deja abrir.

Él dice que ama la poesía,
y la Naturaleza,
y el amor,
y las palabras y los pensamientos.

Tiene que ser un hombre.

Pero podría ser un robot como Eva.

Eva amaba a su marido.

6/)86):5/ -TE QUIERO- ' ;2;/ -68/'% -TE QUIERO-';
9-5 %/);49.

ADÁN.

Al revés: NADA.

Adán es un robot.

Nada es un hombre.

Adán ha perdido el juicio.

¡VIVAN los cerebros electrónicos!

¡VIVAN las tuercas y los electrodos!

¡VIVAN los robots!

¡MUERAN los hombres!

M Á Q U I N A S

Diez,

Nueve,

Ocho,

Siete,

Seis,

Cinco,

Cuatro,

Tres,

Dos,

Uno,

Cero.

© 1968, Luis-Eduardo Aute y Nueva Dimensión.

SÓLO POR DIVERSIÓN

FANZINE

JANET FOX

Cuando sonó el teléfono, Jodie apretó el botón de «un momento, por favor» y corrió al tocador a pasarse un peine por su rojizo cabello y a dar un toque de color cobre a sus labios. El videófono era una molestia, pero se alegró de ver aparecer el bronceado rostro de Ty en la centelleante pantalla.

—Ty, hacía años —dijo ella.

—Lo siento, chiquilla, pero me ha llevado un tiempo el salir de mi última.

—¿Cuatro días enteros?

—Ajá. Dime, ¿te alegras o no de verme?

—Claro que sí, Ty; sólo que he estado encerrada en casa aburriéndome mortalmente y...

—Y ésa es la peor forma de morir —bromeó Ty—. Te he llamado para salir esta noche. La pandilla va a la cumbre de la montaña Salvation y quería que vinieses. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿A la hora de siempre?

—Ajá.

La pantalla se apagó y Jodie conectó el interfono a la habitación de recreo. Cuando la cara pálida y de ojos hundidos del último *gigolo* apareció, dijo impacientemente:

—Quiero hablar con mi madre.

—Sí, querida —la madre de Jodie aplanó con la mano su revuelto cabello color mostaza.

—Sólo quería decirte que voy a salir.

—¿Otra vez?

—También tengo que divertirme un poco, ¿no? Tú siempre consigues hacerlo.

—Supongo que sí. Bueno, que te diviertas; ya nos veremos.

—Gracias.

Apagó el interfono y comenzó a arreglarse para la noche. Finalmente se decidió por un ceñido conjunto dorado que la cubría como una segunda piel.

—Cuatro días de no hacer nada —se dijo para sí misma—. Tal vez consiga quitarme el mal humor y pasar un buen rato esta vez.

Sonó el campanilleo de un timbre: Ty estaba en la ventana de automóviles. Tan sólo un fácil paso la llevó a través de ésta al interior del vehículo. Jodie se acurrucó apoyándose en el hombro de Ty, y el ruido del motor del coche rasgó una herida en el silencio de la noche.

A medida que el coche, de color azul acero y forma de proyectil, avanzaba veloz por las calles, otros vehículos se iban reuniendo con él, todos ocupados por jóvenes parejas.

—Muchacha, míralos —dijo Ty—. Esto va a ser divertido.

Llegaron a la montaña Salvation después de diez minutos de rápida carrera, y Ty puso el pequeño pero salvaje coche en la estrecha y retorcida senda de grava que llevaba a la cumbre. Un automóvil negro y plateado se colocó inmediatamente detrás de ellos y luego trató de adelantarlos, con su poderoso motor rugiendo.

—¡Cuidado! —chilló Jodie.

Ty hizo una finta a la izquierda. Metal chocó con metal, pero el otro conductor tan sólo saludó con la mano, con el rostro partido por una amplia sonrisa.

—Nos va a adelantar —protestó Jodie.

—No, no lo va a hacer. —El coche azul dio bandazos locamente, cerrando el paso al otro. Con un chirrido de las ruedas, el automóvil negro dejó la carretera y se desplomó por el lado del abismo. Cayó dando saltos como si fuera un juguete, estallando en un fuego que parecía del tamaño de una cerilla allá, muy abajo.

—Muchacho —dijo Jodie—, esto sí que ha ido justo.

—Nadie me va a ganar a llegar primero a la cumbre —dijo Ty tozudamente.

El coche aceleró, lanzando tras de sí espirales blancas de polvo y grava. El motor protestaba agudamente por la gran pendiente de la subida, pero el pie de Ty se clavó en el acelerador.

—¿Contenta de haber venido? —le preguntó al oído.

Jodie asintió con la cabeza y contempló cómo la oscura floresta volaba por las ventanas. En la cumbre había un ancho espacio dominando un abismo cortado a pico. Una barrera blanca marcaba el borde; Jodie gritó mientras se agrandaba al acercarse, luminosa en la luz del anochecer.

—¡Ahí vamos! —gritó Ty mientras el coche chocaba contra la valla y colgaba suspendido, por un momento, sobre las profundidades.

No había nada como la sensación de caída. Los cabellos de Jodie se pusieron de punta y se abrazó al cuello de Ty en una convulsión de miedo y placer. Agarrados, cayeron juntos a través del espacio; luego, con la aceleración de su largo descenso, golpearon contra la ladera de la montaña, como estrujados por una mano gigantesca.

Jodie vio cómo el panel de mandos, de acero, saltaba hacia su cara.

Abrió los ojos y lo primero que vio fue una jarra llena de agua y un florero con rosas blancas. Un joven médico estaba estudiando un gráfico a los pies de su cama.

—Hey —dijo ella, sentándose en el lecho.

—Hola. No ha perdido usted tiempo en despertar.

—Es mi novena vez —dijo Jodie orgullosamente.

—¡Una veterana, y a su edad! Déjeme llamar al doctor May.

Jodie apartó la sábana y observó su cuerpo. En realidad no esperaba ver ninguna cicatriz, pero sin embargo...

—He aquí a mi paciente favorita.

—Hola, Dr. May; me alegra verle.

—Se despertó más pronto de lo que esperábamos —dijo el joven médico.

—¿Por qué no? —sonrió el Dr. May—. Ella es un espécimen joven y saludable.

—Vi cuando la trajeron —insistió el joven médico.

—Es un novato —dijo el doctor May riéndose—. Simplemente porque tenías la espina dorsal fracturada, el cráneo abierto, un fémur seccionado...

—Maldición, no fue tan malo como la vez pasada —dijo Jodie—. Aquello sí que fue un verdadero lío.

—No hay lío que no podamos deshacer los médicos —contestó el Dr. May sonriendo serenamente.

—¿Dónde están Ty y el resto de la pandilla?

—Todavía inconscientes. No tienen tu temple, señorita.

Cuando se marcharon Jodie se levantó y se vistió, demasiado impaciente para permanecer en la cama por un momento más. Se miró en el espejo para aplicarse maquillaje. Su rostro seguía siendo el mismo. Era curioso el que la muerte no cambiase en nada el aspecto de una persona, aunque ésta se prendiese fuego y corriese contra el viento como una antorcha llameante, o se subiese a lo alto de un edificio para saltar y aplastarse contra el cemento allá abajo.

—No hay emoción superior a la emoción de la muerte —se dijo a sí misma. Pero todavía estaba inquieta, y deseaba que Ty y el resto se despertasen.

Cuando los demás se hubieron levantado. Jodie se unió a ellos para la fiesta de recuperación en el salón del hospital.

—Brindo por todos mis jóvenes amigos y pacientes —dijo el Dr. May apurando su copa.

La mente de Jodie sustituyó maliciosamente estas denominaciones por las de «conejillos de indias y experimentos». Hacía tiempo que había adivinado la fría mente clínica tras ese alegre exterior. ¿Qué mayor reto podía haber para un médico que el revivir a los muertos? Debe ser emocionante para él el hacerlo, pensó.

Tras dejar el hospital, la pandilla se dividió en parejas que se alejaron en distintas direcciones.

—Bueno nena, ¿qué quieres hacer ahora?

—No lo sé. Hagámoslo de nuevo, Ty.

—¿Morir? ¡Pero si acabamos de salir de ello! Francamente, estaba pensando en pasar algún tiempo solo contigo en tu habitación de recreo y...

Jodie apretó fuertemente el brazo de él, clavándole las uñas.

—No, hagámoslo otra vez. Quiero hacerlo. ¿Por favor?

—Bueno, de acuerdo, niña. Desde luego, te gustan las emociones.

—Seguro; vamos.

Jodie lo arrastró hacia la cinta.

—Iremos al río —dijo—. No nos hemos ahogado nunca. Será divertido.

El cabello de Jodie volaba tras de ella mientras el camino rodante los llevaba a través de la ciudad, hacia el puente de acero que formaba un arco sobre el horizonte, como si fuera una telaraña metálica. Finalmente dejaron la cinta y se colocaron en una de las plataformas de diversión que se alzaban sobre las oscuras aguas profundas. Todos decían que el ahogarse era una clase de muerte especial. Espero que sí, pensó Jodie.

—¿Preparada? —preguntó Ty, enlazando su cintura con un brazo—. ¡Esto va a ser *divertido!*

Juntos cayeron a través del espacio, pero el golpe con el agua arrebató a Jodie del abrazo de Ty. El río estaba helado, Jodie lo podía notar burbujeando por las ventanas de su nariz y su boca abierta.

No hay remedio, se dijo a sí misma calmadamente, todavía estoy aburrida. El conocimiento comenzó a abandonarla, y notó cómo sus articulaciones se relajaban.

¿Qué haré mañana?, se preguntó. Sí, ¿qué es lo que haré?

Título original:

JUST FOR KICKS

© 1966, Leland Sapiro.

Traducción de M. Sobreviela

Pocos fanzines nos llegan procedentes del Canadá, pero el **Riverside Quarterly** nos compensa de esta falta. Continuator de **Inside**, fanzine que mereció un premio Hugo por su calidad, el Riverside Quarterly no ha desmerecido en nada a su predecesor. En sus páginas aparecen frecuentemente nombres de tanto prestigio como Kris Neville, Algis Budrys, Alexei Panshin, Jack Williamson, Thomas Disch, Reginald Bretnor, etc., e ilustradores del calibre de Charles Scheeman, del que pueden admirar el dibujo de la portada que reproducimos. Obras tan sobresalientes como «Heinlein in dimensión», de Panshin, que ha levantado una tremenda polémica en los Estados Unidos, han visto en él la primera luz.

Es por todo ello que hemos decidido iniciar con él, y con el relato de Janet Fox aparecido originalmente en el número cuya portada precisamente reproducimos en el siguiente artículo, este apartado de nuestra revista en el que trataremos de ir presentando, de una manera

sistemática, lo más destacado de lo escrito por fans (**no** profesionales) de todo el mundo.

UN MUNDO PARALELO:

EL FANDOM

El tema de los mundos paralelos es uno de los clásicos en la literatura de **ciencia ficción**. ¿Quién no ha leído alguna historia sobre mundos resonantes, universos sincrónicos, conjunciones en el espacio-tiempo, ucronías o utopías colindantes? Y sin embargo, el lector medio de fantasía científica, aún el adepto que busca y colecciona todo lo aparecido que tenga una remota relación con este campo literario, desconoce la existencia del **fandom**, verdadero mundo paralelo dentro del género.

Ante todo deberemos dar la definición de algunos términos que aparecerán múltiples veces en los párrafos que siguen, pues el **fandom**, en su asombrosa vitalidad, ha dado lugar a la creación de una serie de neologismos que, extendiéndose a todos los países, forman una verdadera lengua internacional de uso exclusivo de los «iniciados».

Empezaremos por una palabra que ya nos hemos visto obligados a usar en un par de ocasiones: **fandom**, contracción de **fan kingdom** o reino de los aficionados, y que podría definirse como el conjunto de todos los aficionados y, al mismo tiempo, de todas sus actividades, ya sean publicaciones, reuniones, clubs, convenciones, etc. Es, pues, el universo en que se mueve el aficionado o **fan**.

Nos encontramos aquí con la segunda de las palabras que tratamos de definir: **fan** o aficionado, siendo éste aquel que dedica una buena parte de su tiempo, energías, y hasta capital, a la ciencia ficción, en una forma no profesional. Al llegar aquí, quiero hacer un inciso para recalcar uno de los conceptos que acabamos de citar, el de la dedicación; en efecto, a mi modo de ver, ésta es la característica que señala y define al **fan** del simple lector amante del género: su entrega total, que llega en ciertos casos a deformarse convirtiéndose en monomanía.

Por último necesitaremos, por el momento, un tercer término: **fanzine** o **fan magazine**, otra de las contracciones abreviatorias a las que tan dados son los anglosajones y que significa revista de aficionado, o sea la que, sin afán de lucro, pues lo cierto es que pocas de ellas arrojan balances monetarios positivos, tal vez ninguna, edita un **fan** para que le sirva de tribuna desde la que dar a conocer sus ideas, sus críticas y sus relatos.

Pues uno de los principales atractivos que presenta la edición de un **fanzine** es precisamente ése, el ser editor y por tanto no responder ante nadie, dentro siempre de

los límites permitidos por las leyes de cada país, de lo que se publique y, sobre todo, poder publicar esa historia que siempre ronda la cabeza de todo **fan** y que en su fuero interno compara cualitativamente con las mejores del género. A través del **fanzine** todos podemos ser Bradbury, Heinlein o Asimov... hasta que lleguen los **loc**.



Y aunque creíamos terminado el vocabulario básico, surge aquí un nuevo concepto que nos vemos obligados a introducir: el de **loc**, iniciales de **letter of comment** o carta de comentario. Una de las cosas que más asombra al **neofan** o aficionado recién introducido es la profusión de cartas que le llegan de todas partes comentando sus publicaciones, de puntos del globo a los que jamás pensó enviar nada y de gentes cuyos nombres jamás oyó.

Y es que en esta hermandad de aficionados el único nexo de unión al que se puede definir de primordial es el correo, y las cartas van y vienen de un punto del globo al otro, y así el fanzine que uno envió a la Gran Bretaña, por consejo de un fan italiano, es reexpedido, tras su lectura, y acaba en la biblioteca de un aficionado australiano que desde los antípodas le remite una **loc** en la que se comenta el número aquel de hace meses (pues los impresos por correo viajan lentamente), del que su editor ya no guarda sino un vago recuerdo.

Llegados a este punto, en que empezamos a entrever lo que representa ese fabuloso universo que es el fandom, tal vez sea interesante el recordar cómo se inició. Al igual que la ciencia ficción como literatura, el fandom tiene su origen en los Estados Unidos, y podemos considerar que su piedra fundacional está en la sección de correspondencia que inicia Hugo Gernsback en su revista «Amazing Stories», mediante la cual los aficionados al género empiezan a conocerse y a entrar en contacto, llegando, como todo fan, a la trascendental conclusión que cambia el signo de una vida, al exclamar gozosamente: «¡No soy el único loco al que le gusta esto de la ciencia ficción!».



Pero esto no basta al naciente mundo de los fans y durante los siguientes años, de 1927 a 1929, se suceden las peticiones de creación de un club de correspondencia independiente, el cual es organizado en noviembre de 1929 por Aubrey Clements, Ray Palmer y Walter Dennis. A pesar de las altas cuotas que fue necesario establecer, creció rápidamente, recibiendo durante este período el nombre de International Scientific Association, publicando el primer fanzine, su órgano oficial, denominado «Cosmology».

No obstante el éxito alcanzado, esta primera publicación de aficionados no llegó a satisfacer totalmente los deseos de los fans, pues dedicó su política editorial a la propagación del estudio de la ciencia en el hogar y no era esto lo que los aficionados deseaban. Así, el club se fue convirtiendo gradualmente en un lugar en el que discutir las nuevas ideas originadas por la literatura anticipativa, pero debido a disensiones internas muchos socios optaron por abandonarlo, con lo que el fanzine dejó de aparecer y alrededor de 1933 el club dejaba de existir.

Pero una vez dado el primer paso ya no podía desaparecer ese fandom tan deseado por muchos, y así, en el mismo año 1929, otro grupo, éste en Nueva York, los Sciencers, crea el segundo fanzine: «The Time Traveller». Este presenta una importante diferencia con su predecesor: el estar redactado por simple afición, sin responder a ningún fin profesional, pues no debemos olvidar que, aunque hecho por fans, «Cosmology» era fundamentalmente órgano de un club y como tal sujeto a la política editorial del mismo. En el fanzine de Nueva York tenemos, por el contrario, una publicación hecha por el puro placer de editarla y que por tanto no debe prostituirse a nadie. Es, pues, ya un fanzine real, tal como lo hemos definido.



Luego, nuevos clubs y nuevos fanzines fueron surgiendo a lo largo y a lo ancho de la geografía de los Estados Unidos, y así llegaremos a la época actual, en la que cientos de publicaciones de aficionados aparecen en el firmamento del fandom como estrellas fugaces al lado de unos cuantos luceros, tal vez menos espectaculares, pero de un brillo más sostenido. Realmente es sintomático entre las publicaciones de aficionados su corta duración y son pocas las que se mantienen, ya que no debemos olvidar que se realizan en horas libres, muchas veces robadas al sueño y a expensas del bolsillo del fan, por lo que, de no mediar una perseverancia que dejaría asombrada a una hormiga o un claro éxito de crítica, es raro que tales esfuerzos se prolonguen por más de unos números.

No son los Estados Unidos el único lugar en el que se publican fanzines, y así tenemos noticia de que se publican en Canadá, Argentina, Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Italia, Japón, Alemania, Austria, Irlanda, Suecia, y también en España.

Estudiemos ahora las actividades a las que puede dedicarse un fan: la primera, y por así decirlo la madre de todas las demás, sin la que no existirían, es la lectura. La lectura de la ciencia ficción es la base del fandom, tanto de revistas, de las que en España sólo se publica por ahora la presente, como de libros. Es imposible decir que uno es un fan de la literatura anticipativa y no leer ningún libro de este tema, defecto en el que caen algunos de los viejos fans, que creen que ya lo han leído todo y que los temas fueron agotados en la «era dorada».

La segunda de las actividades abiertas al aficionado es el coleccionismo. En efecto, todos los que nos dedicamos a una afición tenemos algo de coleccionistas, y siempre nos agrada el recoger todo aquello que se relaciona, más o menos

directamente, con nuestra inclinación. Así, ¡qué gran satisfacción tiene el aficionado cuando obtiene uno de los raros ejemplares de la revista «Fantástica», dirigida por Jorge Avilés, o la alegría de hallar uno de aquellos números de «Más Allá» que no se distribuyeron en España y son, por tanto, casi inencontrables, o cuando ve en una librería de segunda mano, entre el montón de basura a peseta, un volumen de «La Novela Fantástica», verdaderos incunables del género!



Otro camino abierto al fan y, como ya hemos dicho, el más antiguo de ellos, es la escritura de cartas. Es ésta una de las ocupaciones más corrientes por su facilidad, y porque muchas veces es la única posible para algunos de los aficionados. Ya sea el escribir cartas al editor de una revista profesional, o el mandar un **loc**, o simplemente el ponerse en contacto con otros fans con el mismo tipo específico de preferencias dentro de la literatura de ficción científica, la carta es el nexo de unión, el esqueleto que mantiene erguido el fandom internacional.

De vez en cuando, el fan tendrá oportunidad de encontrarse con otros miembros del fandom. Esto será fácil cuando éstos habiten en su misma localidad, pero en muchos casos, cuando el aficionado visita una nueva región o país, en el que se hallen personas a las que ha conocido a través de fanzines o por mantener correspondencia con ellas, es casi seguro que tendrá una cordial acogida y la posibilidad de anudar definitivamente una amistad que ya comenzó en un buzón, algún tiempo atrás. Y esto puede llevar a curiosas situaciones, como el primer encuentro entre Domingo Santos y yo, encuentro que fue preparado por un fan, al que ninguno de los dos había visto antes pero con el que se correspondían, fan de nacionalidad francesa y que nunca se desplazó a España para presentarlos. Otro tipo de reunión de fans muy en uso en los países anglosajones y que ya comienza a extenderse al continente es la convención, ya sea local o mundial. Por último es usual en nuestro país la reunión literaria, celebrada en un café y en la que un grupo de aficionados se muestran unos a otros las novedades que han obtenido, leen sus cuentos y los critican... y toman mucho café.

Y llegamos por fin a los fanzines. Sí, es casi imperativo para todo fan el leer algunos fanzines y desde luego es tan interesante el coleccionarlos como pueda serlo el reunir una colección de revistas profesionales. Casi todos los fanzines están

desesperadamente faltos de colaboraciones, así que cualquier fan con deseos de colaborar en uno de ellos halla una calurosa acogida por parte del faneditor, sea cual sea su tipo de colaboración: artículo, relato o ilustración, sin despreciar las cartas, que constituyen la espina dorsal de casi todas las publicaciones de aficionado, cartas muchas veces polémicas, siempre sinceras, pero que logran esa comunicación entre adeptos a la ciencia ficción que es el signo que distingue a éste de cualquier otro campo literario.



De esto, no tardando mucho, el fan más arriesgado pasará a editar su propio fanzine: provisto de una multicopista, una copiadora de alcohol o hasta de una simple máquina de escribir, se dedicará a plasmar en papel los productos de su imaginación. Sí, no cabe duda que en los fanzines se publican muchas «cosas» que ningún editor profesional en su sano juicio se atrevería a pasar en su revista, pero hasta estos fanzines de ínfima categoría, denominados **crudzines** en el argot del fandom, cumplen con su misión, pues muchos escritores han tenido en ellos su banco de pruebas, en el que han ensayado su estilo, mejorándolo impulsados por las críticas de los **loc**, hasta llegar a un nivel de calidad que les ha permitido pasar al campo profesional.

Las actividades de club son otro tipo de acciones a las que puede dedicarse un fan. Desgraciadamente, en España, si exceptuamos el Club de Ciencia Ficción de Las Palmas, creado por nuestro colaborador y amigo Francisco Lezcano, no existe tal tipo de asociación, al menos a nuestro conocimiento. Tal vez impulsados por este artículo algunos de nuestros lectores se animen a fundar alguno, lo cual nos alegraría, y, de ser así, desearíamos tener noticia de ello.

Por último, y como coronando el cuadro de actividades a las que puede dedicarse el fan, tenemos el paso al profesionalismo, aunque algunos piensen que en realidad se trate más bien de un terrible final para la vida de un fan. No es un final necesario, aunque sí usual, como muy bien sabe el autor de este artículo, fan convertido en pro un poco en contra suya; y desde luego no se puede contar con ello como un medio de

ganarse la vida, sino más bien como un nuevo servicio, desde otro campo que el amateur, a ese fandom que tantos desvelos causa a sus adeptos.



El fandom no es más que una reunión de personas y por tanto la aportación de cada una de ellas, por pequeña que pueda parecer, es lo que hace grande al mismo; y lo principal es que estando dentro de él, un aficionado puede lograr desarrollar, al máximo su afición, cosa imposible de hacer al «lobo solitario» que se limita a comprar los volúmenes que van apareciendo, para leerlos en la cerrada atmósfera de su cuarto de estar.

No estaría completo este artículo si, después de estar hablando durante tan largo tiempo de los fanzines y, suponemos, abierto al apetito de algunos de nuestros lectores, no diésemos las señas y breve descripción de algunos de ellos, para que puedan ser solicitados. No obstante, dos advertencias: excepto en el caso de los fanzines editados en Argentina y España, todos los demás están en las lenguas de los países de origen, si bien no es raro encontrar en todos ellos alguno escrito en inglés, lengua internacional cuyo conocimiento aparece cada día como más indispensable. Por otra parte, cuando pidan un fanzine, les aconsejo incluir un par de cupones-respuesta internacionales, de fácil adquisición en cualquier estafeta de Correos: no olviden que el faneditor costea todos los gastos con muy escasos márgenes o muchas pérdidas, y una petición acompañada del franqueo será siempre mejor acogida.

Por orden alfabético listaré a continuación algunos de los fanzines, no más buenos, sino más representativos, pues hay muchos que no serán mencionados por la premura de espacio y que sin embargo son cualitativamente tan dignos de mención como los que siguen:

ARGENTINA: «The Argentine SF Review»; editada por Héctor Raúl Pessina, una revista bilingüe, castellano e inglés, de bastante interés, pero de la que no tenemos noticias desde hace algún tiempo. Casilla de Correos 3.869, Buenos Aires.



ALEMANIA: «Andrómeda», uno de los fanzines más voluminosos que jamás hayamos visto: ¡más de cien páginas! Órgano oficial del «Science Fiction Club Deutschland» o Club Alemán de la Ciencia Ficción. Cuida de su redacción Gert Zech, 6900 Heidelberg, Mönchhofstrasse 12-14, Astronomische Recheninstitut.

«Lunatique», único fanzine alemán en lengua francesa. Su editora ha conseguido aunar la metódica precisión germana con el brillante genio francés. Es uno de los mejores del continente europeo. Para adquirirlo dirigirse a Jacqueline Osterrath, 5929 Sassmannhausen.

AUSTRALIA: «Australian Science Fiction Review», es una estupenda publicación de los fans antípodas dedicada a la discusión crítica de temas propios de esta literatura. Es publicada por John Bangsund, 19 Gladstone Avenue, Northcote N. 16, Melbourne.

CANADÁ: «Riverside Quarterly», estupenda publicación de la que se desprende un agradable aroma académico. Contiene muy buenos artículos sobre temas de la literatura anticipativa. Su editor es Leland Sapiro, Box 40 University Station, Regina.

ESPAÑA: «Cuenta atrás», único fanzine español dedicado a la ciencia ficción. Su editor es nuestro muy buen amigo y colaborador Carlos Buiza, tal vez una de las personalidades más conocidas de la ciencia ficción española. Fan y pro al mismo tiempo, su fanzine está realizando una gran obra que nos permite incorporar constantemente nuevas figuras de la «cantera» local. Se puede solicitar a Carlos Buiza, Atocha núm. 12, Madrid, 12.

«Cuto», el único otro fanzine existente actualmente en España, está dedicado en su totalidad al comic, si bien por los extensos estudios que ha publicado sobre personajes de ciencia ficción creemos interesante su inclusión en este resumen. El editor del mismo planea, para un futuro próximo, la realización de otro fanzine dedicado al cine fantástico. Se trata de otro de nuestros colaboradores; Luis Gasea, Juan de Olazábal, 15, 6.º, San Sebastián.



ESTADOS UNIDOS: «ERBdom», es un **cultzine** o sea un fanzine dedicado al culto de una personalidad, en este caso Edgar Rice Burroughs, como los hay para Tolkien, Howard y otros. Tiene esta revista la mejor de todas las impresiones de las que hemos visto, superando a la de muchas publicaciones de profesionales. Colaboran en ella grandes dibujantes como Frazetta, Ivie, Crandall y otros. Una gran publicación, aunque sólo trate de las obras de un autor. La publica Camille Cazadessus, Jr., 7182 Wolf St., Wetsminster, Colorado 80030.

«Yandro», también de los Estados Unidos, es un **genzine** o general fanzine, dedicado a todas las actividades del fandom en general y de interés para todo tipo de lectores. Sus editores son Robert y Juanita Coulson.

FRANCIA: «Le Jardin Sidéral», una de las mejores publicaciones de aficionados de lengua francesa, editada por el buen amigo y colaborador Jacques Ferron, Résidence La Voie du Sud, Longjumeau 91. Forma parte de las numerosas ediciones del Cercle Littéraire d'Anticipation (C.L.A.), que tanto ha hecho por reunir a los autores españoles, siempre bien recibidos entre sus páginas, llegando incluso a publicar en julio de 1963 un fanzine en castellano, «Astral», que puede ser considerado como el predecesor del fandom en nuestro país, a pesar de haber sido editado en Francia.

GRAN BRETAÑA: «Haverings»; ponemos esta revista como representativa del fandom británico por una razón: la de que su política editorial es muy interesante, ya que se dedica exclusivamente a la crítica y comentario de fanzines recibidos por su editora, con lo que resulta de sumo interés al aficionado pues, además de múltiples direcciones de fanzines, ya da una primera idea de lo que se puede esperar de cada uno de ellos en caso de solicitarlos. Para obtener esta publicación hay que dirigirse a Ethel Lindsay, Courage House, 6 Langley Avenue, Surbiton, Surrey.



ITALIA: «Aspidistra». Entre las muchas y dinámicas publicaciones del joven fandom italiano, hemos escogido esta de nuestro colaborador Levegghi por considerarla una de las más representativas. Una de las cosas que más nos han gustado de ella son las magníficas ilustraciones del editor antes citado, que nos llevaron a interesarnos desde tiempo en su participación como ilustrador en NUEVA DIMENSIÓN. La dirección de este fanzine es: Riccardo Levegghi, via Grazioli 85, Trento.

Visto someramente el panorama del fandom mundial, no nos queda sino hacer unas cortas consideraciones sobre lo que, en definitiva, es este fandom del que tanto se ha hablado en el artículo. Norman Stanley dijo que el fandom estaba compuesto por «aquellos que tenían un sentido de la fantasía claramente definido». Heinlein, por su parte, definió a los fans como los «encuadernadores del tiempo», aquellos que podían ver al pasado, al presente y al futuro como parte de una misma cosa, de un mismo libro. Para E. E. Evans, el fandom «no es un objeto, sino un estado de la mente»; y, como dijo en Inglaterra Roseblum, los fans son los «ciudadanos del mañana en el mundo de hoy».

El fandom es, pues, algo así como esas hermandades medievales que por primera vez se extendiesen hasta abarcar todo el globo. El fandom es una experiencia única, una afición que llega a satisfacer plenamente. El fandom será, amigo lector, lo que cada uno de nosotros deseemos que sea.

Luis VIGIL

CAMBIO

KURT LUIF

Originariamente publicada en Alemania por la casa Moewig, esta historia fue seleccionada por Frederik Pohl para el primer número de su nueva revista «International sf». Su autor, uno de los más destacados fans de la ciencia ficción austríaca, es copropietario de una importante agencia literaria, a través de la cual se ha distinguido colaborando activamente en la creación de la revista italiana «Nova sf» y la francesa «Mercury»..., al igual que lo está haciendo ahora con nosotros.

ilustrado por FRANCISCO LEZCANO

Ustedes, naturalmente, saben lo que es un hombre-lobo, ¿cierto? Estupendo. Entonces, a Dios gracias, podré ahorrarme una larga explicación.

Sería afortunado si fuera un hombre-lobo, pero por desgracia no lo soy.

Así que, cuando hay luna llena, me transformo en líquido. Cada vez en un líquido distinto: unas veces cerveza, otras vino, a veces whisky o tónico capilar...



Pueden ustedes imaginarse lo peligrosas que resultan para mí tales transformaciones. Una vez recuerdo que me convertí en cerveza y me encontré en un vaso depositado sobre la mesa de la cocina.

Siempre le he insistido a mi mujer para que salga de casa las noches de luna llena,

pero esta vez no había pensado en hacerlo, ni ella lo había recordado tampoco.

Entró en la cocina, me llamó, vio la cerveza... alzó el vaso... ¡Traté de gritar, pero no podía!... Se llevó el vaso a los labios...

Quizás puedan ustedes comprender lo que pasaba en aquellos momentos por mi mente. ¡Mi propia mujer quería *bebérseme*! Era un método totalmente nuevo de matar a su propio esposo. Temblé de miedo...

Ella me observó cuidadosamente, dubitativa. No puedo imaginar cómo debe verse la cerveza temblorosa; sin embargo, bebió un sorbo de mí.

El dolor fue indescriptible.

La cerveza, yo mismo, comenzó a echar espuma. Mi mujer gritó aterrorizada, cayó al suelo dando alaridos histéricos. Entonces, por fin, se dio cuenta de lo que había bebido.

Bueno, la aventura acabó sin más daños. Tan sólo perdí mi oreja derecha y el ojo izquierdo. Puedo decir justificadamente que aún fui afortunado dentro de mi mala suerte, pues ella muy bien podía haberse bebido también mi cerebro, y entonces ustedes nunca habrían tenido la ocasión de leer algo sobre mis aventuras.

No logro comprender cómo puedo transformar mi metro ochenta de estatura y mis noventa kilos de peso en líquido y, además, encontrarme siempre dentro de un vaso. Tan sólo se me ocurre que debo deslizarme por el suelo hasta hallarlo.

Naturalmente, debería visitar a un médico, pero ninguno creería jamás en tales cosas.

Tras esto, en las noches de luna llena, me encerraba en una habitación, en la que dejaba un brillante y confortable vaso. No me hubiera gustado que mi mujer estuviera presente durante el cambio. Ustedes se darán perfecta cuenta de la razón de ello, imagino; ¿cómo podría mi mujer seguir queriéndome si me viese como un martini o una limonada?

Y sin embargo me arrepentí de hacer esto. Me arrepentí, y mucho.

No lo había reflexionado suficientemente; tal vez, después de todo, ella se tragó parte de mi cerebro. Simplemente no pensé en todas las posibilidades que podían ocurrir.

Desgraciadamente me había olvidado de algo: hay un líquido, de un notorio olor, conocido con el nombre de gasolina. Ustedes saben perfectamente bien lo que es la gasolina: se pone en el depósito de un auto, o se usa para limpiar manchas, o se coloca como combustible en los mecheros de estilo antiguo.

Pues bien, una noche de luna llena, me convertí en gasolina.

Puedo asegurarles que es un líquido endiablado. Se evapora por sí mismo, así que me evaporé, lenta pero seguramente.

Mi cuerpo se encogía y, durante todo el tiempo, yo pensaba en una novela de Matheson. Era un proceso horriblemente malo.

Disminuí y disminuí, hasta que tan sólo quedaron unas gotas en el vaso. Una situación infernal.

Mi esposa tuvo que hundir la puerta, yo no podía abrirla. Me encontró sentado en el alféizar de la ventana, mirando tristemente a la calle, hacia abajo, a donde me habría gustado saltar. Por entonces tan sólo medía un par de centímetros de alto, era el enano más pequeño del mundo.

Pero todavía no he perdido todas las esperanzas.

Hay una posibilidad.

Nuestra casa está abarrotada, por todas partes hay vasos y botellas, y en su interior hay centenares de líquidos diferentes. El olor que se desprende de todos ellos está siempre presente en el ambiente.

Estoy esperando a la próxima noche de luna llena.

Tan pronto como me transforme de nuevo, mi mujer, si tenemos de ese líquido en la casa, llenará mi vaso, con lo que esperamos que volveré a alcanzar mi estatura normal.

En la próxima noche en la que la luna sea llena, se lo ruego, crucen los dedos por mí. Háganlo, y todo saldrá bien...

Título original:

VERÄNDERUNG

© 1961, *Panorama Literary Agency*.

Traducción de Lucy V. Pelt

HIJO DE LA MENTE

NORMAN SPINRAD

La exobiología es uno de los temas más apreciados por gran cantidad de autores de ciencia ficción, tal vez por el hecho de prestarse a una cantidad fabulosa de especulaciones a cual más atrevida. La que les ofrecemos en este relato es precisamente una de ellas, y también una de las más originales que hemos tenido ocasión de leer en bastante tiempo.

ilustrado por ADOLFO BUYLLA

Doug Kelton despertó en medio de la noche bajo el ruido de la fronda, cuyas ramas crujían en el bosque como el aparejo de un gran velero; con los silbidos dulcemente modulados de los lagartos que saludaban a las lunas nuevas, con el intermitente arrullo de un ave nocturna en el fondo de la espesura.

Estiró lentamente los músculos de su cuerpo, minuciosamente, uno por uno, cuidando de no despertar a la mujer que reposaba a su lado. Era el momento para una pausa de soledad.

Miró a su compañera. Apartó los largos mechones sedosos de su cabello y contempló su rostro perfecto. Aspiró su fragancia. Era un aroma leve y perfumado, demasiado perfecto, demasiado limpio, demasiado... aséptico. Una mujer no debería oler así, no bajo menos ajenos firmamentos.

Se preguntó cómo olería la mujer de Slair, y la de Dexter. Se sonrió a sí mismo con torcida fatuidad. De ser él juez de los seres, la mujer de Blair despediría un vaho de miedo y sudor, mezclado con basto perfume. La mujer de Dexter no olería en absoluto.

Los oscuros y confusos pensamientos asaltaron de nuevo su mente, tal como lo hacían cada noche durante aquella última semana. Pero hoy había algo diferente en ellos, sentía cómo una decisión se iba abriendo paso hasta la superficie de su turbada mente, una decisión que hasta entonces había intentado firmemente evitar.

No seas tonto, se dijo a sí mismo. Has conseguido aquí todo cuanto un hombre puede desear: el jardín de un planeta, colmado de alimento, sin ninguna forma de vida peligrosa...

Sin embargo, halló a su mente formando la fría imagen de acero de la astronave.

¡Idiota! La mujer de tus sueños, la perfecta compañera...

Dexter y Blair son dichosos. *Ellos* no tienen como tú ningún sueño desazonado, han logrado exactamente lo que deseaban. Ellos...

Los imaginó en las cabañas próximas, y su cara se avinagró. Aquél era uno de los motivos por los que no podía dormir.

Blair pegaba cada noche a su mujer. A ella, desde luego, le gustaba. No podía impedir que le gustase, del mismo modo que no podía impedir el disfrutar siendo su esclava durante todo el día: sirviéndole el desayuno en su hamaca por la mañana, lavándole, vistiéndole, afeitándole, peinándole, limpiándole los pies por la noche y secándolos empleando como toalla su propia cabellera rubia. Después, la paliza diaria y... Kelton no quería pensar en lo que ocurría entonces.

Pero a ella le gustaba aquello, *quería* a Blair. Amaba cada minuto, cada instante, cada golpe o bofetada, cada estúpida y mezquina indignidad. En realidad *no podía* impedir que le gustara.

Blair, cuando menos, podía comprenderlo vagamente. Para él, una mujer era simplemente un animal, algo sobre lo cual debía imponer la propia voluntad con la mayor amplitud posible. Era una actitud ni insólita ni infrecuente. Cuanto más rebajaba a su mujer, más se elevaba él. Blair no era ningún monstruo. En la Tierra, bajo condiciones normales, con una mujer real, sería mantenido a razonable raya por la fuerza de la personalidad de ella. Pero aquí...

Dexter, por su parte, era algo distinto.

Dexter estaba retrogradando, y aquello resultaba horrible de contemplar. Su mujer lo despertaba por la mañana, con suavidad pero con firmeza, lo empujaba cariñosamente fuera de la cama, se cercioraba de que se lavaba, afeitaba y cepillaba sus dientes, le proporcionaba un desayuno nutritivo y bien equilibrado, una comida razonablemente ligera y una cena superindulgente. Se aseguraba de que se fuera a la cama a una hora conveniente, y le privaba del empleo del racionamiento de tabaco y alcohol llevados por la astronave.

El pensamiento de ambos revolvía la bilis de Kelton. En un sentido muy real, Dexter estaba viviendo con la imagen de su madre. Kelton lo hallaba nauseabundo. Sentía constantemente el deseo de dar un puñetazo en los dientes de la mujer de Dexter, hundírselos en su melosa garganta.

Pero desde luego, a Dexter le gustaba cada minuto de aquello. Y a ella también.

Kelton sintió a la mujer agitarse en su sueño junto a él. Sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Aquélla era la mujer con que había soñado, la mujer ideal de toda una vida. El vivir con ella era como tocar una melodía en compañía de un virtuoso, como degustar un plato exquisito preparado por el mejor cocinero robot de la galaxia. En realidad, ella le conocía a él mucho mejor de lo que él se conocía a sí mismo. Y lo quería *literalmente* con cada una de las fibras de su ser.

Sería una locura el abandonarla.

Pero era una locura mucho mayor el quedarse.

Aún cuando el planeta pareciera ser el jardín de un mundo, una verdadera joya, ellos se habían atenido a las instrucciones. Kelton posó la astronave en un amplio claro de un bosque, al sur del ecuador del continente más extenso. Antes de

abandonar el aparato lo cercaron con una sólida valla, y Blair efectuó un completo análisis atmosférico, mientras Kelton comprobaba los microorganismos que pudiera contener el aire. El robot de la astronave fue enviado a explorar la zona, en previsión de la presencia de posibles bestias peligrosas.

Había un dicho entre los hombres de Inspección: «*los planetas son como las mujeres, no son las feas las peligrosas*». Lathrop III había sido un bello planeta, y lo que eventualmente ocurrió allá fue una de las razones por las que todas las naves de Inspección se hallaban ahora equipadas con veinte *Matadores de Planetas*, proyectiles dotados de cabezas atómicas de cien megatonnes de cobalto y sodio cada una, las bombas más *indecentes* que el hombre haya construido a lo largo de su existencia.

Pero el aire resultó perfecto, todos los antibióticos y viricidas de uso general eran más que sobrados para combatir a los microorganismos locales, el robot no tuvo entorpecimiento alguno, y así, al segundo día, salieron al exterior.

Había varias buenas razones por las que un equipo preliminar de investigación se compusiera siempre de sólo tres hombres. La primera de todas era que se precisaban tan sólo tres especialidades básicas para efectuar la evaluación previa de un planeta: geología, ecología y xenología.

Pero la cosa más importante era que tres había sido siempre un número estable. En cualquier decisión habría siempre una evidente mayoría. No podían formarse nunca pandillas, puesto que la mayor posible se componía de dos, y dos era siempre la mayoría.

El planeta no presentaba ninguna muestra de vida inteligente, por lo que Blair, el xenólogo del equipo, podía tomarlo con calma. Kelton, el ecólogo, y Dexter, el geólogo, realizarían los informes que determinarían si aquel planeta merecía la pena de una evaluación en gran escala para la colonización.

La primera reacción de Kelton en cuanto al planeta fue un suspiro de satisfacción. La atmósfera tenía un contenido ligeramente más elevado de oxígeno que la de la Tierra... lo bastante para hacerle a uno sentirse grande sin caer en el desvarío. El aire olía puro y fragante, con el aroma de las cosas que crecen y se desarrollan incontaminadas por la bruma, los rancios hidrocarburos o cualesquiera de los demás inevitables productos atmosféricos inherentes a una civilización industrial.

Kelton se sintió como un chiquillo en el campo.

—Es un planeta-joya —dijo Larry Blair—. Diez mil bonos de crédito.

—¿Es que no piensas nunca más que en el dinero? —bufó despectivamente Curt Dexter.

Blair le miró de reojo.

—Aquí sólo hay *otra cosa* que merezca la pena de pensar en ella —respondió—. Y cuando uno está enjaulado durante seis meses en una astronave de Inspección no resulta muy saludable insistir demasiado sobre *ello*.

La respuesta de Dexter fue un fruncimiento de ceño. En circunstancias corrientes,

Blair y Dexter se habrían entendido probablemente muy bien. Pero cuando tres hombres se encuentran aislados juntos durante meses, las cosas pequeñas adquieren grandes proporciones y la fricción es inevitable.

Pero considerándolo todo, pensó Kelton, componían un equipo bien conjuntado. Y un planeta como aquél era precisamente lo mejor para solucionar las cosas.

Kelton rió.

—No cuentes con tus créditos antes de atraparlos, Larry. El que no haya nativos a los que echar el toro no significa que este planeta no haya sido ya evaluado. *Algunos* de nosotros tendrán que trabajar para la subsistencia.

Estas palabras parecieron zanjar la tensión. Hasta Dexter estaba sonriendo.

—Está bien, campesinos —dijo Blair—. Curt, tú excavarás buscando oro, y Doug puede hacerlo para atrapar animales. En cuanto a mí, yo inspeccionaré.

El trabajo preliminar se hizo muy pausadamente. Dexter hizo simples sondeos del terreno y los substratos. Kelton coleccionó muestras y tomó fotografías. Blair ayudó a extraer algunas.

El informe geológico fue favorable. La corteza del planeta contenía todos los materiales necesarios para el establecimiento de una potente colonia industrial. Debido a que el planeta era más bien joven, habría escasez de combustibles fósiles, pero existían en cantidad elementos radiactivos, aparte de que estaban lejos de no poder subvenir a las necesidades las cantidades existentes de carbón y petróleo.

Un informe ecológico, sin embargo, debe ser más detallado. Había sido bastante fácil determinar que la bioquímica del planeta era lo suficientemente aproximada a la de la Tierra como para que los colonos no tuvieran que importar la suya propia. Las formas de vida locales eran muy comestibles.

Pero un ecólogo debe buscar cosas más sutiles. Los archivos de Inspección estaban repletos de informes de planetas con bioquímica terrestre, y que sin embargo no se hallaban en los límites debidos, por lo que no se podían colonizar. Las bestias de rapiña podían ser demasiado activas y demasiado grandes, o las ecologías locales podían encontrarse en un equilibrio tan delicado que una colonia podría producir una catástrofe planetaria. En algunos planetas había organismos clave que, siendo mortales para los humanos, eran absolutamente necesarios en la cadena sustentadora del planeta, por lo que no podían ser eliminados sin destruir las bioformas del mismo.

No parecía haber nada semejante aquí, pero...

Kelton examinó de nuevo las plaquitas de vidrio de los dos microscopios. No podía ser, y sin embargo... *era*.

Dos idénticas secciones celulares de dos al parecer iguales lagartos hembras, los pequeños comedores de insectos que silbaban tan dulcemente por la noche.

Los dos lagartos eran idénticos, órgano por órgano.

Y sin embargo, las células eran diferentes.

Las diferencias eran sutiles, pero resultaban evidentes bajo un buen microscopio. Dos hembras de la misma especie, exteriormente idénticas. Pero compuestas por dos diferentes clases de protoplasma.

Igual que los insectos.

Igual que cualquier otro organismo del planeta, de entre los que había estudiado y que eran sexualmente diferenciados.

Kelton se rascó la cabeza. Hablando funcionalmente, las formas más elevadas tenían los acostumbrados dos sexos. Pero, a nivel celular, ¿había allí... un tercer sexo?

No era ésta tampoco la respuesta. Los machos y las... llamémosles «hembras A», tenían idéntica estructura molecular. Pero las «hembras B» eran diferentes. Las mismas especies, pero distinto protoplasma.

Gruñó desconcertado. Sabía que sería imposible el hacer un informe positivo hasta que lo descifrara. Era un factor demasiado amplio e ignoto. Se precisaba más trabajo, mucha más labor. Tendría que efectuar un estudio estadístico. ¿Cuál era el porcentaje de las «hembras A», y cuál el de las «hembras B»?

Y cosas más importantes aún. ¿Qué significaba aquello? Parecía ser como un módulo. Las células de los machos y de las «hembras A» se diferenciaban de una a otra especie, era natural. Pero las «hembras B» de todas las especies tenían la misma estructura celular y el mismo protoplasma.

Resultaba como si hubieran diferentes fases en el ciclo vital de un mismo organismo.

*¿Un organismo que había pasado por los estados de reptil, insecto y mamífero?
¿O un organismo que en los varios peldaños de la escala animal remedaba a todo otro organismo del planeta?*

Estaba empezando a llover. Las gruesas gotas de agua se aplastaban sobre el gran enramado que formaba el techo y las paredes de la cabaña. Era una lluvia queda y suave, pacífica, como la mayor parte de todo lo que había en aquel planeta.

Kelton suspiró. ¡Sería tan cómodo pasar el resto de mi vida aquí!, pensó. Notó el reconfortante calor de la mujer a su lado. Pensándolo bien, se dijo, ¿qué probabilidad hubiera tenido él jamás de encontrar en ningún lugar una mujer como aquélla?

Una mujer *real* como aquélla.

Intentó aborrecerla. Era una forma de vida ajena, ni siquiera era humana. Pero haría falta un buen microscopio para demostrarlo.

Trató de representarse los comienzos de su vida: una informe mezcla de protoplasma bajo una rama muerta, en el suelo del bosque...

Pero aquello no servía de nada. Pensándolo bien, todos los hombres y todas las mujeres han nacido, en último análisis, del mismo lodo amorfo. ¿Importaba

realmente que otros tomaran forma en el interior de un seno materno, mientras que la mujer que estaba ahora a su lado hubiera brotado ya tal como era ahora de una gigantesca masa amorfa?

Con sus brazos enteramente humanos rodeándole, con su aroma mejor que humano rodeándole, resultaba difícil que la biología de la situación tuviese cualquier significado real para Kelton.

Recordó el hallazgo de aquel primer teleplasma, bajo una rama muerta. Su inmediata reacción, pese a su formación de biólogo, fue de repugnancia.

Había dos diferentes estados dentro de la misma cosa, allí sobre el suelo del bosque. Uno era como una pasta, la del mismo translúcido protoplasma, semejante a una gelatina, como de un metro treinta de diámetro. Y en torno a su periferia y moteando su superficie, una especie de quistes, como capullos de varios tamaños, desde el de un guisante hasta el de una sandía. Era evidente que los capullos estaban formados por la misma materia que el globo de gelatina.

Kelton radió en demanda del robot de la astronave, y veinte minutos después llegaba el mecanismo, un tanque oruga con diez brazos semejantes a botavaras, rematados por un completo surtido de sopletes, cortadores, escoplos, barrenadores y garfios manipuladores. Kelton ordenó al robot que trasladase el objeto del suelo a su jaula de muestras.

El robot cortó con su perforador un círculo en el césped, en torno al globo, de aproximadamente unos cincuenta centímetros de profundidad. Luego insertó una estrecha punta de soplete en el fondo de la ranura, lo giró de manera que apuntara al disco de césped sobre el que se hallaba el globo, y cortó con él por debajo del disco. Deslizó cuatro garfios bajo éste y lo alzó suavemente a través de la abertura de su parte posterior, con el globo aún en su centro, al igual que un lechoncillo sobre una fuente.

Kelton condujo al robot de nuevo a la astronave.

—¿Qué diablos es eso? —gruñó más tarde Larry Blair, arrugando la nariz ante el globo instalado en la jaula de muestras—. Parece como un plato de jalea con un panal.

—Todavía no estoy seguro —respondió Kelton—. Pero en este unguento puede hallarse el germen de lo que busco.

—¿Qué?

—¿Recuerdas lo que os dije sobre la existencia de dos clases de hembras en este planeta, el tipo A y el tipo B?

—Sí. ¿Y...?

—Pues bien, hice un corte celular en uno de estos capullos. Y resultó ser protoplasma de hembra B.

—Así pues, es una fuente de jalea *hembra B* con panales.

—¿Sospechas lo que hay en el interior del capullo, Larry?

—¿Cómo habría de saberlo? —respondió impaciente Blair—. ¿Una muñequita

como las que se meten en la masa de los pasteles?

—Un lagarto hembra B.

Blair bizqueó.

—¿Un *qué*? ¿Quieres decir que esa cosa incuba y expelle lagartos?

Kelton señaló inquieto al globo cubierto de capullos.

—No precisamente *sólo* lagartos, Larry —dijo—. Insectos, culebras de agua, aves de fronda, cuclillos... Hay docenas de especies diferentes en estos capullos. Y cada una de ellas pertenece al género *hembra B*.

—No lo capto.

Kelton hizo una mueca.

—No te preocupes demasiado por ello, Larry. *Yo soy el ecólogo, y tampoco sé aún si lo comprendo. Todo cuanto tengo es una teoría medio fabricada. Supongamos que la vida se produce en este planeta como en todos los demás... a través de miles de especies diferentes. Luego, y de la manera que sea, algo nuevo se muda bajo este sol particular. Una clase diferente de organismo informe, amorfo, como una ameba, pero no microscópico, sino grande. Tiene que crearse con esfuerzo un nicho ecológico para sí mismo. No es un ser de rapiña. Ni un parásito siquiera. Ni un simbiótico. Al principio, acaso comience remedando las cosas. Organismos simples. Luego se produce una nueva mutación, y el objeto se hace... no sensible, sino consciente, de manera telepáticamente burda, aunque a nivel celular. Llama ahora a la cosa teleplasma. Es una forma enteramente diferente de vida, una nueva clase de protoplasma.*

—Estás empezando a darme náuseas —dijo Blair, no pareciendo decirlo en broma en absoluto.

—No te lo censuro. Esa cosa es *más* que una forma de vida ajena. Es un concepto completamente distinto de la misma vida. El teleplasma se hace *consciente* de otros organismos, a nivel celular, a un nivel orgánico. Al igual que todos los organismos, debe competir por el alimento y el espacio vital. Pero de una nueva y fantástica manera. Es amorfo, sin forma propia. Toma la forma de los organismos que lo rodean: lagartos, cuclillos... *de todo*. Tiene la habilidad de imitar cualquier forma de vida, órgano por órgano. ¿Cómo podría constituirse así una existencia cómoda?

—¿Y cómo habría de saberlo yo? No soy ninguna fuente de jalea.

—¿Quién paga el alimento de una mujer?

—Su marido... ¡Oh, santo Dios!

—Sí, Larry. Eso es. Las hembras del tipo B son teleplasmas. Comienzan su vida como un globo de sustancia gelatinosa. Luego un organismo macho se cuele, y el teleplasma *lee* de la manera que sea la imagen de su cónyuge ideal, e imprime el molde en una parte de sí mismo. Así se forma un capullo. Al abrirse éste aparecerá un insecto, o un lagarto, o un cuclillo hembra. Una hembra tipo B. Y hay otra novedad. Las hembras del tipo B son *mejores* que las del tipo natural A. Antes de haber hallado el teleplasma hice un estudio estadístico de las hembras en esta zona. *El setenta por*

ciento son del tipo B. El teleplasma se halla expulsando a las hembras naturales.

—¿Por qué?

—Porque el teleplasma forma hembras de acuerdo con las imágenes que obtiene de los respectivos machos.

—¿Quieres decir una especie de hembras hechas *a medida* para sus machos?

—Más o menos. Y así, siete de cada diez machos parecen preferir la *clase B*.

—¡Vaya éxito! —rió Blair—. ¡Sería una lástima que esto no sirviera también para nosotros! Todo lo que tendríamos que hacer sería concentrarnos soñando con las damas más encantadoras de la Galaxia e, inmediatamente..., ¡a esperar!

Durante los días siguientes, Blair tuvo frecuentes motivos de risa, especialmente cuando trataba de pinchar al duro Dexter para que le revelara la clase de mujer que le gustaría saliese del protoplasma.

Pero cuando, dos semanas después, una vez hubieron incubado todos los capullos, el teleplasma comenzó a crecer y a crecer, formando finalmente tres grandes capullos de tamaño humano, la cosa cesó de prestarse a ser tomada a broma.



El breve aguacero había pasado, y una fresca brisa hacía crujir y gemir los frondosos ramajes de la arboleda. Por lo general, había en aquel susurro un sonido arrullador propicio al sueño...

Pero Kelton sabía que no volvería a dormir aquella noche. Sentía que, fuese de la manera que fuese, aquélla era la noche en la que toda su vaga inquietud, toda su sensación de *error*, se fundiría en una decisión. La hora de la contempORIZACIÓN había pasado.

Y en lo más profundo de sí mismo sabía ya cuál habría de ser esta decisión, aunque hasta ahora se negara a admitirla.

Lo mismo que ellos tres habían *sabido* desde un principio lo que esperaban que naciera de aquellos capullos, mucho antes de que incubaran...

Y cuando llegó el día, cuando las envolturas de los capullos comenzaron a resquebrajarse y a desplegarse, los tres hombres esperaron paralizados junto a la jaula de muestras, con miedo hasta de pensar...

La vida se agitó en el interior de los capullos, y se removi6 contra las arrugadas envolturas, pugnando por nacer.

—¿No deberíamos... no deberíamos abrirlos? —murmur6 Dexter.

—No —sise6 Kelton con una ferocidad que le sorprendi6 incluso a 6l mismo—. Quiero decir que... bueno, no creo que fuera *lo debido*.

—Doug..., ¿crees que haya realmente *mujeres* ah6? —pregunt6 Blair.

—Depende de tu definici6n, Larry. Pero en esta zona no hemos visto seres tan grandes como para tener hembras tan voluminosas... *excepto nosotros*.

—¿Pero ser6n inteligentes? —dijo Dexter.

—¿Es que hay *alguna* dama inteligente? —chasque6 Blair nervioso.

—No lo s6, Curt —dijo Kelton, ignorando a Blair—. Si el teleplasma es realmente telep6tico, entonces ser6 reproducida *completamente* nuestra imagen subconsciente de una mujer...

Los capullos se estaban abriendo. Las criaturas que estaban en su interior los apartaron a un lado y se pusieron en pie.

Los tres hombres quedaron simult6neamente boquiabiertos.

Una de las mujeres era rubia, de amplias caderas y mirada sumisa.

La otra era morena, bien formada, de rostro de mayor edad, m6s tranquilo y maternal, con un cuerpo joven pero un tanto reposado.

Kelton *sab6a* que la tercera era la suya.

Era una mujer alta y trigueña, de cuerpo un tanto m6s relleno que cenceño. Su negra y poblada cabellera ca6a sobre sus hombros hasta su espalda. Sus ojos eran profundos, de un intenso color verde, grandes y traviosos. Re6an por s6 mismos, prometiendo cosas innominadas.

Kelton sinti6 que algo se volvi6 fuego l6quido en su interior y sus piernas comenzaron a temblar.

—¡Larry! —dijo con un gritito agudo la rubia, abalanz6ndose hacia Blair.

—Curt, pequeño —suspir6 la matronal belleza, envolviendo a Dexter en un gran abrazo.

Pero Kelton apenas se dio cuenta de lo que ocurr6a con sus dos compa6eros. Su

mirada estaba fija en la tercera mujer, que le hablaba suavemente, con una voz de terciopelo.

—Hola, Douglas —susurró—. Has estado esperándome toda la vida. Y yo a ti.

Le acarició el pelo con una mano suave y perfecta, acercó su rostro al de él, y todo el pensamiento se detuvo.

Estaban tendidos sobre la hierba, en el lindero del bosque. Kelton tenía apenas unos confusos recuerdos de las pocas horas pasadas. No podían haberse hablado mutuamente más que una docena de palabras, pero él sabía ya que estaba totalmente, desesperadamente enamorado de aquella extraña e inteligente criatura.

Ella parecía conocer cada pulgada de su cuerpo y de su mente, cada pequeña idiosincrasia personal, toda la clase de cosas que hubieran llevado meses a una mujer descubrir en un hombre. *Todo*.

La tenía en sus brazos, inhalando su perfume increíblemente dulce. Una parte de él sabía que tenía ante sí algo no humano, que aquella extraña criatura había nacido de un informe capullo allá en la jaula de muestras, que lo que debería sentir ahora era repugnancia, aversión...

Pero no podía ser así. Ni su cuerpo ni su mente podían aceptar que no se trataba de una mujer, de la más perfecta mujer que jamás conociera.

—Hijo de mi mente... —musitó.

—¿Qué, Douglas?

—He dicho *hijo de mi mente*. Eso eres tú, ¿no es así?

Ella rió musicalmente.

—¡Qué idea tan linda! —suspiró—. Una encantadora manera de pensar en ello. Sólo que yo no me siento como tu hija —rió.

Kelton se incorporó sobre un codo y miró su sonriente rostro.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—¿Qué quieres decir, Douglas?

—Bueno, ya comprendes..., ¿eh?... cómo llegaste a ser...

Ella rió nuevamente, dándole un suave beso.

—¡Pobre Douglas! —dijo—. No tienes que preocuparte por ofenderme. Ya sé que no he nacido como las demás mujeres.

—Entonces... ¿cómo has nacido? ¿Por qué?

—Pues... Primero, durante muchos años, fui tan sólo una idea en tu mente, una esperanza, un sueño, aguardando cobrar forma. Yo era lo que tú deseabas, una parte de ti mismo. Luego... *algo* sucedió y me convertí en realidad. Tu sueño se transformó en una mujer real.

—¿Tú sabes cómo...?

—¡Douglas, Douglas! Te dije que no temas ofenderme. Sí, sé cómo nací: de eso que tú llamas *teleplasma*. Pero yo *no siento* como teleplasma: siento como mujer.

Una mujer enamorada de ti —rió suavemente—. ¿En qué soy diferente de las demás mujeres? ¿Bajo un microscopio quizá? ¿Es que acaso planeas amarme bajo un microscopio?

Kelton rió también para despejar su melancolía.

—Bueno, sería diferente —dijo.

—¡Éste es mi Douglas! Éste es el hombre al que conozco y quiero.

—¿Me conoces realmente? Sólo tienes unas pocas horas de edad.

—Es cierto. Pero, en otro sentido, tengo tanta edad como tú. Te he conocido toda tu vida. Yo soy lo que siempre deseaste en una mujer, y parte de lo que deseas es una mujer que te conozca y ame *por completo*. Ahora ya la tienes. Para siempre.

—Te creo —dijo él—. No lo comprendo totalmente, pero *creo*. A ti no te importa cómo naciste, ¿no es así?

—Sí. No importa lo que yo *era*; importa sólo lo que soy ahora. Una mujer. Tu mujer. Por entero y para siempre.

Kelton la tomó entre sus brazos, la miró muy fijo a los ojos, y el pensamiento se detuvo.

Pronto amanecería, y a la luz de aquel sol ajeno sería preciso actuar. Sabía que, de los tres hombres, él era el único capaz de tomar aún una decisión racional.

Teóricamente no había capitán en una nave de Inspección. Sería ridículo nombrar a un hombre comandante de una tripulación de dos. Pero los equipos de Inspección no se constituían al azar. Kelton era el más introspectivo de los tres, el hombre con un sentido de la responsabilidad mucho más desarrollado, la personalidad dominante. Y él lo sabía. Podía ser dominado por los otros dos, puesto que su posición de jefatura era puramente extraoficial. Pero él había sido siempre el jefe, y Blair y Dexter lo habían reconocido tácitamente así.

Pero ahora, y Kelton lo sabía, no formaban ya un equipo, sino tres individuos aislados. Las cosas que hasta entonces les habían mantenido juntos —un trabajo a efectuar, un planeta al que trasladarse— no tenían ya significado.

De las cosas que habían convertido a los tres hombres en un equipo de Inspección sólo quedaba ahora una: *la astronave*. Se precisaba únicamente un hombre para manejarla, y los tres miembros de un equipo de Inspección eran siempre experimentados pilotos.

Pero Blair y Dexter no querían ya ni acercarse a la astronave. En realidad, desde el día en que las tres mujeres surgieron de los capullos, apenas habían tenido ningún contacto el uno con el otro, ni tampoco con Kelton. ¿Para qué mantener este contacto? El trato con otras personalidades independientes supone conflicto; significa que la voluntad de uno no siempre se doblega. Y esto supone aceptar a veces un acomodo, un compromiso.

Se habían vuelto como chiquillos, pensó amargamente Kelton. Mocosos echados

a perder por los mimos. Andaban tendidos todo el día por los alrededores de sus cabañas, y obtenían todo cuanto deseaban con sólo levantar un dedo, sin la menor discusión. La mujer de Blair era su esclava, y la de Dexter una madre indulgente. ¿Por qué volver así a una vida que era menos perfecta, a mujeres que hacían peticiones, que tenían pensamientos e impulsos propios? Ambos estaban satisfechos, y ambos planeaban pasar el resto de sus vidas allí, en aquel jardín de planeta, con sus mujeres.

Con sus perfectas mujeres.

Había sido preciso un gran esfuerzo mental, pero Kelton había comprendido finalmente que las mujeres de Blair y Dexter *eran* perfectas para ellos, aun cuando a él le pareciesen grotescas caricaturas de lo que debía ser bajo su concepto una mujer. Ahora bien, estas caricaturas habían estado en sus mentes desde el comienzo: para Blair, una mujer era algo menos que un ser humano, una esclava deseosa de servir y atender cualquier deseo o antojo de su dueño y señor; para Dexter, una mujer era algo más que un ser humano, la fuente, el manantial de toda satisfacción, la realizadora de todos los deseos.

No podía haber, pues, ninguna envidia entre ellos. Aquellas mujeres estaban formadas para colmar los deseos y las apetencias *únicamente* de sus compañeros, por muy pueriles y neuróticas que fueran.

Cambiarlas por otras sería como cambiar un cepillo de dientes.

Kelton sabía que, de desearlo, la astronave sería suya. Podría marcharse con ella y abandonarlos, y a ellos no les importaría lo más mínimo, puesto que no tenían el menor deseo de regresar a la Tierra, y lo pasarían igualmente bien sin él.

¿Pero por qué deseo marcharme?, se preguntó. Tengo también *mi* mujer perfecta, ¿no es así? Para Blair, la mujer es la esclava; para Dexter es la madre. ¿Qué es la mujer para mí, para no hallarme satisfecho? No puede ser que no podamos... Bueno, personalmente nunca me importó demasiado. Y yo sólo formulé la pregunta casualmente...

Paseaban por la umbrosa floresta, cuyo frondoso ramaje se mecía lentamente a impulsos de la brisa, y a través del cual se filtraba el sol, salpicando el suelo de motas de luz. Entonces hizo la pregunta.

—No, Douglas —respondió ella—. No podemos tener hijos. —Frunció el entrecejo—. ¿Es que realmente te importa?

—No —dijo él con sinceridad—. Únicamente me sentía curioso. Una curiosidad científica: después de todo, soy biólogo. ¿Cómo te sientes tú...?

Ella rió cariñosamente.

—Douglas, ¿he de estar diciéndote siempre que no me ofende hablar de ello..., que no me hiere? Sé lo que soy, y no me avergüenza. ¿Por qué debería...?

—Lo siento —cortó él.

—No hay nada que sentir. Únicamente te pido que lo tomes de la misma manera que yo. Respondiendo a tu pregunta, yo *no puedo* tener descendencia. No como las demás mujeres. Cuando te hayas ido... Bueno, quiero decir...

—¿Quién siente temor ahora a decir la verdad? —respondió él con dulzura—. No tengo ninguna esperanza de ser inmortal. *Cuando yo muera*. Muy bien: ¿entonces, qué?

Ella se ruborizó ligeramente.

—Cuando tú... —dijo— no estés ya más conmigo, yo moriré también. En cierto modo, es un bello pensamiento. Yo he nacido para amarte, y cuando ya no te tenga, no existiré más en la forma que me dio tu amor. Volveré a disolverme en teleplasma, sin recuerdo ni pesar alguno, hasta que algún otro, o algo, venga a mí y...

Como fuera, aquello le lastimó. No tanto la idea de que ella le sobreviviese, sino que pudiera convertirse luego en tantos lagartos, insectos o cualquier otra cosa, una vez que él se hubiera ido, puesto que allí no habría ya otros hombres para convertir su protoplasma en otra mujer: él y Dexter y Blair eran los únicos que jamás habrían visto el planeta, y...

¿O no lo serían?

Kelton conocía la doctrina de Inspección. Cuando una nave no volvía se la buscaba, y la búsqueda no terminaba hasta que era hallada. Aquello podía llevar un año, o una década, o un siglo, pero Inspección hallaba el planeta. No era cuestión de altruismo, sino de protección. Si una astronave no regresaba, aquello significaba la existencia de *algo* que le había impedido volver, y Tierra tenía que saber qué era ese algo antes de que pudiera arrebatarse más astronaves u ocurriera alguna cosa peor. Este algo podría ser alguna raza inteligente hostil, o una forma de vida mortal, y el hombre podría hallarse en grave peligro sin saberlo, caso de que Inspección no siguiera la pista de todas sus astronaves perdidas.

¿Qué sucedería si no supieran de ellos durante algún tiempo?

Kelton daba por seguro que otros hombres recorrerían más pronto o más tarde la superficie de aquel planeta. Aquello era inevitable.

Y, por alguna insondable razón, el pensamiento le colmaba de indecible terror.



Los primeros rojos rayos del alba se filtraron a través del enramado de la cabaña. Kelton sabía que estarían haciendo destellar el plateado casco de la astronave...

Paraíso, pensó; el planeta es literalmente un paraíso para el hombre. Besó suavemente el cuello de la mujer. Es curioso, siguió. Ninguno de nosotros les ha dado un nombre. ¿Por qué?

Estaba comenzando a comprender. La criatura que dormía a su lado no era una mujer: era la Mujer, vista a través de los ojos del hombre, su *personal* deseo colmado. Él era su vida entera, de manera literalmente absoluta: ella no tenía ninguna existencia independiente propia, como lo probaba el que cuando él se marchara, ella dejaría de existir...

Y de pronto comprendió por qué Dexter y Blair estaban totalmente complacidos y él no. Para Dexter, la mujer era madre; para Blair, esclava; nada más. Ninguno de los

dos poseía la menor noción de que la mujer tiene una existencia independiente. En cambio, Kelton se daba cuenta de que para él la mujer siempre había sido Misterio.

Y una hija de su propia mente no podía albergar ningún misterio para él, sino tan sólo una insatisfactoria ilusión.

Aun cuando la amaba y ella le amaba a él, a pesar de que ella fuera totalmente perfecta, Kelton sabía que aquello no podría ser nunca bastante.

Ahora comprendía completamente lo que antes sólo había presentido. Ahora sabía por qué le llenaba de temor la idea de que otros hombres recorrieran aquel planeta. *El setenta por ciento de las hembras de aquel planeta eran teleplasma...*

El teleplasma estaba desplazando a las hembras auténticas.

Ahora sabía que no era por sí mismo que había sentido miedo, sino por *toda* la raza humana.

Porque ¿qué ocurriría cuando los hombres supieran de aquel planeta y sus características? ¿Qué sucedería cuando llevaran teleplasma a la Tierra, como inevitablemente harían?

¿Qué ocurriría a las mujeres *reales*, a las que eran algo más que el reflejo de los deseos del hombre, a las que tenían mentes, y sueños, y deseos propios?

¿Quién engendraría a las criaturas de la raza humana? ¿Por cuánto tiempo seguiría *siendo* una raza humana?

Comprendió, y supo lo que debía hacer. Pero en aquello no había ningún consuelo para él. Era como un cuchillo clavado en su corazón, pues la criatura dormida a su lado sabía sólo que *sentía* como mujer y que lo amaba con cada fibra de su ser.

¡Dios!, pensó desesperadamente. Yo la amo también...

Pero sabía lo que *debía* hacer. La extinción de la raza humana era un precio demasiado elevado para el amor. Un precio que debería ser pagado por generaciones aún no nacidas, generaciones que *nunca* nacerían, a menos que...

Una parte de sí mismo había presentido desde el comienzo que el precio del paraíso era siempre demasiado elevado. Que, de tener que escoger, el hombre elegiría siempre la perfección sobre la realidad, aun cuando aquello significara a la larga la muerte.

Y no debía permitirse que existiera esta elección.

Con sumo cuidado, pulgada a pulgada para no despertarla, se zafó de sus brazos y se puso en pie. Vistióse rápidamente y, sin atreverse a mirar hacia atrás, se encaminó hacia la astronave.

Kelton la dispuso en órbita polar de noventa minutos, de manera que pasara eventualmente sobre el planeta entero.

Durante un largo instante permaneció como petrificado en el asiento del piloto, con un fusil lanzallamas en su regazo y la mirada clavada en el suave planeta verde que flotaba bajo él.

Aún puedes cambiar de parecer, pensó. Todavía puedes volver...

Y ser *la otra especie* de asesino, el asesino de la raza humana.

No había otra alternativa. El teleplasma significaría la extinción de la humanidad. El hombre y el teleplasma no podían compartir la misma galaxia. Otros hombres se habían enfrentado antes con aquella misma decisión ante otras formas de vida.

La Inspección tenía una expresión muy sutil para ello: *Esterilización planetaria*.

Se había aplicado a Tau Ceti II. Y también a Argol V. Y asimismo a Lathrop III. Y ahora debería ser éste. Cada astronave de Inspección estaba equipada para efectuar una *esterilización planetaria*.

Todo cuanto tenía que hacer era apretar un botón. El computador de la astronave dispararía los proyectiles a su debido tiempo, y todo el planeta sería cubierto en un exacto trazo geométrico. Veinte puntas de torpedo de cobalto-sodio eran más que suficientes para un planeta de este tamaño.

¡Perdóname, Blair! ¡Perdóname, Dexter! ¡Perdóname, hijo de mi mente!

Sabía que, por su parte, jamás sería capaz de perdonarse a sí mismo.

Pero apretó el botón.

Título original:

A CHILD OF MIND

© 1965, Ziff-Davis Publishing Company.

Traducción de Vicente Vila

LAS ISLAS VOLADORAS

CLÁSICO

ANTÓN CHÉJOV

Antón Pavlovich Chéjov (1860-1904), publicó esta divertida parodia en 1885, en la revista rusa «Budilnik» (despertador). Su principal aliciente es estar escrita de modo que pretende ser la traducción al ruso de una de las obras de Julio Verne, tan de moda por aquellos tiempos. Y aquí está el resultado.

CAPÍTULO PRIMERO

La conferencia

—¡He terminado, caballeros! —dijo Mr. John Lund, joven miembro de la Real Sociedad Geográfica, mientras se desplomaba exhausto sobre un sillón. La sala de asambleas resonó con grandes aplausos y gritos de ¡bravo! Uno tras otro, los caballeros asistentes se dirigieron hacia John Lund y le estrecharon la mano. Como prueba de su asombro, diecisiete caballeros rompieron diecisiete sillas y torcieron ocho cuellos, pertenecientes a otros ocho caballeros, uno de los cuales era el capitán de «La Catástrofe», un yate de 100.000 toneladas.

—¡Caballeros! —dijo Mr. Lund, profundamente emocionado—. Considero mi más sagrada obligación el darles a ustedes las gracias por la asombrosa paciencia con la que han escuchado mi conferencia de una duración de 40 horas, 32 minutos y 14 segundos... ¡Tom Grouse! —exclamó, volviéndose hacia su viejo criado—. Despiértame dentro de cinco minutos. Dormiré, mientras los caballeros me disculpan por la descortesía de hacerlo.

—¡Sí, señor! —dijo el viejo Tom Grouse.

John Lund echó hacia atrás su cabeza y estuvo dormido en un segundo.

John Lund era escocés de nacimiento. No había tenido una educación formal ni estudiado para obtener ningún grado, pero lo sabía todo. La suya era una de esas maravillosas naturalezas en las que el intelecto natural lleva a un innato conocimiento de todo lo que es bueno y bello. El entusiasmo con que había sido recibido su parlamento estaba totalmente justificado. En el curso de cuarenta horas había presentado un vasto proyecto a la consideración de los honorables caballeros, cuya realización llevaría a la consecución de gran fama para Inglaterra y probaría hasta qué alturas puede llegar en ocasiones la mente humana.

«La perforación de la Luna, de un costado al otro, mediante una colosal barrena».

¡Éste era el sujeto de la brillantemente pronunciada conferencia de Mr. Lund!

CAPÍTULO II

El Misterioso Extraño

Sir Lund no durmió siquiera durante tres minutos. Una pesada mano descendió sobre su hombro y tuvo que despertarse. Ante él se alzaba un caballero de un metro, ocho decímetros, dos centímetros y siete milímetros de altura, flexible como un sauce y delgado como una serpiente disecada. Era completamente calvo. Enteramente vestido de negro, tenía cuatro pares de anteojos sobre su nariz, un termómetro en el pecho y otro en su espalda.

—¡Seguidme! —dijo el calvo caballero en tono sepulcral.

—¿Dónde?

—¡Seguidme, John Lund!

—¿Y qué pasará si no lo hago?

—¡Entonces me veré obligado a perforar a través de la Luna antes de que lo hagáis vos!

—En ese caso, caballero, estoy a vuestro servicio.

—Vuestro criado caminará tras nosotros.

Mr. Lund, el caballero calvo y Tom Grouse abandonaron la sala de asambleas, saliendo a las bien iluminadas calles de Londres. Caminaron durante largo tiempo.

—Señor —dijo Grouse a Mr. Lund— si nuestro camino es tan largo como este caballero, de acuerdo con la ley de la fricción, ¡gastaremos nuestras suelas!

Los caballeros meditaron un momento. Diez minutos después, habiendo decidido que el comentario de Grouse tenía mucha gracia, rieron ruidosamente.

—¿Con quién tengo el honor de compartir mis risas, caballero? —preguntó Lund a su calvo acompañante.

—Tiene usted el honor de caminar, hablar y reír con un miembro de todas las sociedades geográficas, arqueológicas y etnográficas del mundo, con alguien que posee un grado *magna cum laude* en cada ciencia que ha existido y que existe en la actualidad, es miembro del Club de las Artes de Moscú, fideicomisario honorífico de la Escuela de Obstetricia Bovina de Southampton, suscriptor del *The Illustrated Imp*, profesor de magia amarillo-verdosa y gastronomía elemental en la futura Universidad de Nueva Zelanda, director del Observatorio Sin Nombre, William Bolvanus. Le estoy llevando, caballero a...

(John Lund y Tom Grouse cayeron de rodillas ante el gran hombre, del que tanto habían oído, e inclinaron sus cabezas en señal de respeto).

—... Le estoy llevando, caballero, a mi observatorio, a treinta y dos kilómetros de aquí. ¡Caballero! El silencio es una bella cualidad en un hombre. Necesito un compañero en mi empresa, la significación de la cual será usted capaz de comprender

con tan sólo los dos hemisferios de su cerebelo. Mi elección ha recaído en usted. Tras su conferencia de cuarenta horas, es muy improbable que usted desee entrar en conversación conmigo, y yo, caballero, no amo a nada tanto como a mi telescopio y a un silencio prolongado. La lengua de vuestro servidor, espero, será detenida a una orden vuestra. ¡Caballero, viva la pausa! Lo estoy llevando... Supongo que no tendrá usted nada en contra, ¿no es así?

—¡En absoluto, caballero! Tan sólo lamento que no seamos corredores y, por otra parte, el que estos zapatos que estamos usando valgan tanto dinero.

—Les compraré zapatos nuevos.

—Gracias, caballero.

Aquellos de mis lectores que estén sobre ascuas por el deseo de tener un mejor conocimiento del carácter de Mr. William Bolvanus pueden leer su asombrosa obra: «¿Existió la Luna antes del diluvio; y, si así fue, por qué no se ahogó?». A esta obra se le acostumbraba a unir un opúsculo, posteriormente prohibido, publicado un año antes de su muerte y titulado: «Cómo convertir el Universo en polvo y salir con vida al mismo tiempo». Estas dos obras reflejan la personalidad de este hombre, notable entre los notables, mejor que cualquier otra cosa pudiera hacerlo.

Incidentalmente, esas obras describen cómo pasó dos años en los pantanos de Australia, subsistiendo por completo de cangrejos, limo y huevos de cocodrilo, y sin hacer en todo ese tiempo un sólo fuego. Mientras estaba en los pantanos, inventó un microscopio igual en todo a uno ordinario, y descubrió la espina dorsal en los peces de la especie «Riba». Al volver de su largo viaje, se estableció a unos kilómetros de Londres y se dedicó enteramente a la Astronomía. Siendo como era un real misógino (se casó tres veces y tuvo, como consecuencia, tres espléndidos y bien desarrollados pares de cuernos) y no sintiendo deseos ocasionales de aparecer en público, llevaba la vida de un esteta. Con su sutil y diplomática mente, logró obtener que su observatorio y su trabajo astronómico tan sólo fuesen conocidos por él mismo. Para pesar y desgracia de todos los verdaderos ingleses, debemos hacer saber que este gran hombre no vive ya en nuestros días; murió hace algunos años, oscuramente, devorado por tres cocodrilos mientras nadaba en el Nilo.

CAPÍTULO III

Los Puntos Misteriosos

El observatorio al que llevó a Lund y al viejo Tom Grouse... (sigue aquí una larga y extremadamente aburrida descripción del observatorio, que el traductor del francés al ruso ha creído mejor no traducir para ganar tiempo y espacio). Allí se alzaba el telescopio perfeccionado por Bolvanus. Mr. Lund se dirigió hacia el instrumento y comenzó a observar la Luna.

—¿Qué es lo que usted ve, caballero?

—La Luna, caballero.

—Pero ¿qué es lo usted ve cerca de la Luna, caballero?

—Tan sólo tengo el honor de ver la Luna, caballero.

—Pero ¿no ve usted algunos puntos pálidos moviéndose cerca de la Luna, caballero?

—¡Pardiez, caballero! ¡Veo los puntos! ¡Sería un asno si no los viese! ¿De qué clase de puntos se trata?

—Esos puntos son tan sólo visibles a través de mi telescopio. ¡Pero basta ya! ¡Deje de mirar a través del aparato! Mr. Lund y Tom Grouse, yo deseo saber, *tengo que saber*, lo que son esos puntos. ¡Estaré allí pronto! ¡Voy a hacer un viaje para verlos! Y ustedes vendrán conmigo.

—¡Hurra! —gritaron a un tiempo John Lund y Tom Grouse—. ¡Vivan los puntos!

CAPÍTULO IV

Catástrofe en el Firmamento

Media hora después, Mr. William Bolvanus, John Lund y Tom Grouse estaban volando hacia los misteriosos puntos en el interior de un cubo que era elevado por dieciocho globos. Estaba sellado herméticamente y provisto de aire comprimido y de aparatos para la fabricación de oxígeno^[1]. El inicio de este estupendo vuelo sin precedentes tuvo lugar en la noche del 13 de Marzo de 1870. El viento provenía del suroeste. La aguja de la brújula señalaba noroeste-oeste. (Sigue una descripción, extremadamente aburrida, del cubo y de los dieciocho globos). Un profundo silencio reinaba dentro del cubo. Los caballeros se arrebujaban en sus capas y fumaban cigarros. Tom Grouse, estirado en el suelo, dormía como si estuviera en su propia casa. El termómetro^[2] registraba bajo cero. En el curso de las primeras veinte horas, no se cruzó entre ellos ni una sola palabra ni ocurrió nada de particular. Los globos habían penetrado en la región de las nubes.

Algunos rayos comenzaron a perseguirlos, pero no consiguieron darles alcance, como era natural esperar tratándose de ingleses. Al tercer día John Lund cayó enfermo de difteria y Tom Grouse tuvo un grave ataque en el bazo. El cubo colisionó con un aerolito y recibió un golpe terrible. El termómetro marcaba -76° .

—¿Cómo se siente usted, caballero? —preguntó Bolvanus a Mr. Lund en el quinto día, rompiendo finalmente el silencio.

—Gracias, caballero —replicó Lund, emocionado—; vuestro interés me conmueve. Estoy en agonía. Pero ¿dónde está mi fiel Tom?

—Está sentado en un rincón, mascando tabaco y tratando de poner la misma cara que un hombre que se hubiera casado con diez mujeres al mismo tiempo.

—¡Ja, ja, ja, Mr. Bolvanus!

—Gracias, caballero.

Mr. Bolvanus no tuvo tiempo de estrechar su mano con la del joven Lund antes de que algo terrible ocurriese. Se oyó un terrorífico golpe. Algo explotó, se escucharon un millar de disparos de cañón, y un profundo y furioso silbido llenó el aire. El cubo de cobre, habiendo alcanzado la atmósfera rarificada y siendo incapaz de soportar la presión interna, había explotado, y sus fragmentos habían sido despedidos hacia el espacio sin fin.

¡Éste era un terrible momento, único en la historia del Universo!

Mr. Bolvanus agarró a Tom Grouse por las piernas, este último agarró a Mr. Lund por las suyas y los tres fueron llevados como rayos hacia un misterioso abismo. Los globos se soltaron. Al no estar ya contrapesados, comenzaron a girar sobre sí mismos, explotando luego con gran ruido.

—¿Dónde estamos, caballero?

—En el éter.

—Humm. Si estamos en el éter, ¿qué es lo que vamos a respirar?

—¿Dónde está su fuerza de voluntad, Mr. Lund?

—¡Caballeros! —gritó Tom Grouse—. ¡Tengo el honor de informarles que, por alguna razón, estamos volando hacia arriba y no hacia abajo!

—¡Bendita sea mi alma, es cierto! Esto significa que ya no nos encontramos en la esfera de influencia de la gravedad. Nuestro camino nos lleva hacia la meta que nos habíamos propuesto ¡Hurra! Mr. Lund, ¿qué tal se encuentra?

—Bien, gracias, caballero. ¡Puedo ver la Tierra encima, caballero!

—Eso no es la Tierra. Es uno de nuestros puntos. ¡Vamos a chocar con él en este mismo momento!

¡¡BOOM!!!

CAPÍTULO V

La isla de Johann Goth

Tom Grouse fue el primero en recuperar el conocimiento. Se restregó los ojos y comenzó a examinar el territorio en que Bolvanus, Lund y él yacían. Se despojó de uno de sus calcetines y comenzó a dar friegas con él a los caballeros. Éstos recobraron el conocimiento de inmediato.

—¿Dónde estamos? —preguntó Lund.

—¡En una de las islas que forman el archipiélago de las Islas Voladoras! ¡Hurra!

—¡Hurra! ¡Mire allí, caballero! ¡Hemos superado a Colón!

Otras varias islas estaban volando por encima de la que les albergaba (sigue la descripción de un cuadro comprensible tan sólo para un inglés). Comenzaron a explorar la isla. Tenía... de largo y... de ancho (números, números, ¡una epidemia de números!). Tom Grouse consiguió un éxito al hallar un árbol cuya savia tenía sabor del vodka ruso. Cosa extraña, los árboles eran más bajos que la hierba (?). La isla

estaba desierta. Ninguna criatura viva había puesto pie en ella.

—Vea caballero, ¿qué es esto? —preguntó Mr. Lund a Bolvanus, recogiendo un manojo de papeles.

—Extraño... sorprendente... maravilloso... —murmuró Bolvanus.

Los papeles resultaron ser las notas tomadas por un hombre llamado Johann Goth, escritos en algún lenguaje bárbaro, creo que ruso.

—¡Maldición! —gritó Mr. Bolvanus—. ¡Alguien ha estado aquí antes que nosotros! ¿Quién pudo haber sido? ¡Maldición! ¡Oh, rayos del cielo, machacad mi potente cerebro! ¡Dejadme que le eche las manos encima, tan sólo dejadme que se las eche! ¡Me lo tragaré de un bocado!

El caballero Bolvanus, alzando sus brazos, rió salvajemente. Una extraña luz brillaba en sus ojos.

Se había vuelto loco.

CAPÍTULO VI

El regreso

—¡Hurra! —gritaron los habitantes de El Havre, abarrotando cada centímetro del muelle. El aire vibraba con gritos jubilosos, campanas y música. La masa oscura que los había estado amenazando durante todo el día con una posible muerte estaba descendiendo sobre el puerto y no sobre la ciudad. Los barcos se hacían rápidamente a la mar abierta. La masa negra que había ocultado al sol durante tantos días chapuzó pesadamente (pesamment), entre los gritos exultantes de la multitud y el tronar de la música, en las aguas del puerto, salpicando la totalidad de los muelles. Inmediatamente se hundió. Un minuto después había desaparecido toda traza de ella, exceptuando las olas que cruzaban la superficie en todas las direcciones. Tres hombres se hallaban flotando en medio de las aguas: el enloquecido Bolvanus, John Lund y Tom Grouse. Fueron rápidamente subidos a bordo de unas barquichuelas.

—¡No hemos comido en cincuenta y siete días! —murmuró Mr. Lund, delgado como un artista hambriento. Y relató lo sucedido.

La isla de Johann Goth ya no existía. El peso de los tres bravos hombres la había hecho repentinamente más pesada. Dejó la zona neutral de gravitación, fue atraída hacia la Tierra y se hundió en el puerto de El Havre.

CONCLUSIÓN

John Lund está ahora trabajando en el problema de perforar la Luna de lado a lado. Se acerca el momento en que la Luna se verá embellecida con un hermoso agujero. El agujero será propiedad de los ingleses.

Tom Grouse vive ahora en Irlanda y se dedica a la agricultura. Cría gallinas y da palizas a su única hija, a la que está educando al estilo espartano. Los problemas científicos todavía le preocupan: está furioso consigo mismo por no haber pensado en recoger ninguna semilla del árbol de la Isla Voladora cuya savia tenía el mismo, el mismísimo sabor que el vodka ruso.

Título original:
LLETUCHIE ASTRAVA
Traducción de S. Castro

EL PUEBLO DEL AIRE

POUL ANDERSON

Poul Anderson es, probablemente, el principal exponente de la historia de aventuras en la ciencia ficción, si bien en sus relatos se halla siempre presente algo más que lo que se ha venido en denominar de una forma convencional «la aventura». Poul Anderson, que es un hombre alto, delgado y razonablemente tranquilo al que le gusta la cerveza, las baladas, los libros y los botes, nos cuenta aquí una de sus mejores y más típicas historias, desarrollada en un futuro en el que el hombre va de nuevo en busca de la perdida civilización.

ilustrado por ADOLFO BUYLLA

I

La Flota Corsaria llegó justo antes del amanecer. Desde su altura, a mil quinientos metros, la tierra se veía de un color gris azulado, neblinoso. Los canales de irrigación reflejaban las primeras luces como si estuviesen llenos de mercurio. Hacia el oeste brillaba el océano, que se disolvía a lo lejos en una masa púrpura moteada de unas pocas estrellas.

Loklann sunna Holber se empinó sobre la baranda del puente de su nave almirante y enfocó un telescopio hacia la ciudad. Un conglomerado de paredes, techos planos y cuadradas torres de vigía saltó hacia su vista. Las espiras de la catedral estaban teñidas de rosa por el aún oculto sol. No había en el aire ningún globo de barrera; debía ser cierto el rumor que decía que el Perio había abandonado sus provincias fronterizas a su suerte. Así que toda la riqueza transportable de Meyco debía haber sido llevada a S'Antón para su custodia, lo cual significaba que el lugar bien valía un ataque. Loklann sonrió.

Robra sunna Stam, el primer oficial del *Buffalo*, habló:

—Será mejor que bajemos a setecientos metros —sugirió—, para estar seguros de que los hombres no serán empujados por el viento fuera de las murallas al saltar.

—Sí —el capitán asintió con un gesto de su cabeza—. De acuerdo, a setecientos.

Sus voces parecían extrañamente fuertes allí arriba, donde tan sólo el viento y los crujidos del aparejo rompían el silencio. El cielo, alrededor de los corsarios, era una inmensidad oscura tachonada de color oro-rojizo hacia el este. Sobre la cubierta se había formado escarcha. Pero cuando las largas cornas de madera hicieron oír sus señales, no sonaron a interrupción, ni tampoco lo fue el distante griterío de órdenes desde las demás naves, ni el sonido de los pasos de las tripulaciones, ni el ruido de las cabrias y las bombas compresoras manuales. Para un Hombre del Aire, estos sonidos pertenecían a las alturas.

Los cinco grandes navíos bajaron en suaves espirales. Los primeros rayos del sol reverberaron en los dorados de los mascarones de proa, atrevidamente colocados sobre puntiagudas proas de góndola, y jugaron por los extravagantes diseños pintados en las telas de los globos. Las velas y los timones se veían increíblemente blancos entre las últimas oscuridades del oeste.

—Mira ahí —dijo Loklann. Había estado estudiando el puerto a través de su telescopio—. Algo nuevo. ¿Qué podrá ser?

Ofreció el tubo a Robra, que se lo llevó a su único ojo. Enmarcado por el círculo de cristal se encontraba un muelle de piedra, y tinglados viejos de siglos, reliquia de los días de grandeza del Perio. Ahora eran usados en menos de un cuarto de su capacidad. La masa normal de pequeños y maltrechos barquitos de pesca, un solitario velero de cabotaje... ¡y sí, por Oktai, el que manda las tormentas; una cosa monstruosa, mayor que una ballena, siete mástiles que eran imposiblemente altos!

—No sé —el primer oficial bajó el telescopio—. ¿Un extranjero? ¿Pero de dónde? No puede ser de ninguna parte de este continente.

—Nunca he visto un velamen como éste —dijo Loklann—. Velas cuadradas en el palo mayor, triangulares en el trinquete y mesana... —Acarició su corta barba, que brillaba como cobre trenzado a la luz del amanecer. Era uno de esos hombres de cabello rubio y ojos azules tan raros aún entre el Pueblo del Aire, y desconocidos en cualquier otra parte—. Naturalmente —dijo—, no somos expertos en navíos de superficie. Tan sólo los vemos pasando.

En sus palabras se notaba un desprecio teñido de una cierta comprensión; por lo menos, los marinos eran buenos esclavos, aunque naturalmente el único vehículo digno de tal nombre para un guerrero era un dirigible corsario en las expediciones y un caballo en el hogar.

—Probablemente es un comerciante —decidió—. Si es posible lo capturaremos.

Fijó su atención en problemas más urgentes. No tenía mapa de S'Antón, y nunca antes lo había visto. Aquello era lo más hacia el sur a que el Pueblo del Aire había llegado en sus correrías, y casi lo más lejano que alguno de ellos había visitado nunca, ya que en épocas anteriores los aparatos aéreos eran todavía demasiado primitivos, y el Perio demasiado fuerte. Debido a esto, Loklann debía estudiar la ciudad desde arriba, a través de las errantes masas de vapor, y preparar sus planes sobre el campo. Estos planes no podían ser demasiado complicados, pues tan sólo disponía de las banderas de señales y de un pregonero con un megáfono para transmitir sus órdenes a los otros navíos.

—Esa gran plaza frente al templo —murmuró—. Nuestro contingente tomará tierra ahí. Los hombres del *Stormcloud* se ocuparán de ese gran edificio al este de la plaza... míralo... parece que sea la residencia del jefe. Allí, a lo largo de la muralla norte, se ven cuarteles y patios de armas: el *Coyote* puede entenderse con los soldados. Que los hombres del *Witch of Heaven* aterricen en los muelles, ocupen los emplazamientos de la artillería de costa y ese extraño navío, y luego se unan al ataque

a la guarnición. La tripulación del *Fire Elk's* deberá descender frente a la puerta de la muralla este, y enviar un destacamento a la puerta del sur para embotellar a la población civil. En cuanto yo haya ocupado la plaza, enviaré refuerzos a cualquier parte donde sean necesarios. ¿Está todo claro?

Se sacó los anteojos protectores. Algunos de los hombres que se apiñaban a su alrededor vestían cotas de malla, pero él prefería una coraza de cuero endurecido, al estilo mong: era casi tan resistente, y mucho más ligera. Iba armado con una pistola, pero tenía mucha más fe en su hacha de combate. Un arquero podía disparar casi tan deprisa como un hombre con un arma de fuego, con la misma certeza, y además las armas de fuego se estaban volviendo fabulosamente caras de mantener en funcionamiento a medida que disminuían las fuentes de azufre.

Notaba una sensación que era como volver a ser de nuevo joven, abriendo los regalos en la Mañana de Pleno Invierno. Tan sólo Oktai sabía qué tesoros encontrarían, oro, telas, herramientas y esclavos, qué batallas, y hechos heroicos, y fama eterna. Posiblemente la muerte. Algún día era seguro que moriría en combate: había sacrificado tanto a sus dioses protectores que no creía que le pudiesen negar una muerte en batalla y la posibilidad de volver a renacer como un Hombre del Aire.

—¡Vamos! —gritó.

Saltó por encima de la baranda. Por un momento el mundo giró; tan pronto la ciudad estaba en lo alto como su *Buffalo* pasaba de nuevo por encima de él. Entonces tiró de la anilla y su arnés dio una sacudida, estabilizándolo. Alrededor suyo florecían paracaídas escarlatas. Calculó la velocidad del viento y tiró de una cuerda, dirigiendo su descenso.

II

Don Miel Carabán, calde de S'Antón d'Inio, preparó una fastuosa fiesta para sus huéspedes Maurai. No era tan sólo porque ésta fuera una ocasión histórica, que tal vez señalase un punto de cambio en el largo declive. (Don Miel, siendo esa rara combinación, un hombre práctico que al mismo tiempo podía leer, sabía que la retirada de las tropas del Perio a Brasil hacía veinte años no era un «ajuste temporal»: nunca volverían. Las provincias fronterizas estaban abandonadas a su suerte). Los extranjeros debían ser convencidos de que habían encontrado una nación rica, fuerte y básicamente civilizada: que era fructuoso visitar las costas Meycanas para comerciar e incluso concertar una alianza contra los salvajes del Norte.

El banquete duró hasta cerca de medianoche. Aunque algunos de los viejos canales de irrigación se habían cegado y nunca habían sido reparados, de tal forma que los cactus y las serpientes de cascabel ocupaban los pueblos abandonados, la provincia de Meyco todavía era fértil. Los jinetes de ojos oblicuos, los Mong de Tekkas, habían matado a innumerables peones cuando sus correrías de hacía cinco

años —las horcas de madera y las guadañas de obsidiana eran una débil defensa contra sables y flechas—, de modo que pasaría otra década antes de que la población volviera a su nivel normal y reaparecieran las hambres periódicas. Así, pues, Don Miuel ofreció numerosos platos: ternera, jamón curado, olivas, frutos, vinos, nueces, café (este último desconocido para el Pueblo del Mar y que no había sido de su agrado), etc. A continuación vinieron las diversiones: música, juglares, una exhibición de esgrima realizada por algunos de los nobles más jóvenes.

Llegado este momento, el cirujano del *Dolphin*, que estaba bastante ebrio, se ofreció a ejecutar una danza de las Islas. Musculoso bajo sus tatuajes, su bronceada silueta efectuó una serie de contorsiones que hicieron aparecer rictus en los labios de los dignificados Dones. El mismo Miuel comentó:

—Me recuerda en algo a los «ritos de fertilidad» de nuestros peones —y lo dijo con una cortesía forzada que sugirió al capitán Ruori Rangí Lohannaso la idea de que los peones debían tener una cultura completamente distinta y no demasiado refinada.

El cirujano echó hacia atrás su coleta y rió.

—Ahora traigamos a tierra a las wahines y demostremos lo que es un buen hula —dijo en Maurai-Ingliss.

—No —contestó Ruori—. Me temo que ya debemos haberles causado mala impresión. El proverbio dice: «Cuando estés en las islas Solmón oscurece tu piel».

—No creo que ellos sepan cómo divertirse *realmente* —protestó el doctor.

—Todavía no sabemos cuáles son sus tabús —avisó Ruori—. Portémonos, pues, con gravedad, como esos hombres de barba puntiaguda, y no riamos o hagamos el amor hasta que estemos de vuelta a bordo entre nuestras wahines.

—¡Pero esto es estúpido! Que se me trague Nan, el de dientes de tiburón, si hago...

—Tus antepasados se avergüenzan —le dijo Ruori. Era una respuesta tan ofensiva como la que se puede dar a un hombre con el que se trata de entablar una pelea. Dulcificó el tono de su voz para quitarle algo de mordiente, pero el doctor debía de callarse. Lo cual hizo, murmurando una apología y retirándose ruborizado a un oscuro rincón, debajo de unos despintados murales.

Ruori se volvió hacia su anfitrión.

—Le ruego me perdone, S'ñor —dijo, usando la lengua local—. La maestría de mis hombres en el spañol es aún inferior a la mía.

—Naturalmente —la delgada figura enfundada en negro de Don Miuel hizo una pequeña y envarada reverencia. Al hacerlo, su espada se levantó, apareciendo ridículamente como una cola. Ruori oyó una mal contenida risa de uno de sus oficiales. Y sin embargo, pensó el capitán, ¿eran peores los pantalones largos y las camisas de volantes que los sarongs, sandalias y tatuajes de clan? No eran sino costumbres distintas. Uno tenía que navegar a lo largo de la Federación Maurai, desde Awaii hasta su N'zealann natal, y al Oeste hacia Mlaya, para poder comenzar a apreciar cuán grande es ese planeta y cuanto de él es un misterio.

—Usted habla nuestro lenguaje excelentemente, S’ñor —dijo Doñita Tresa Carabán sonriendo—. Tal vez mejor que nosotros mismos, ya que usted estudió textos viejos de siglos antes de embarcar, y el spañol ha cambiado mucho desde que fueron escritos.

Ruori le devolvió la sonrisa. La hija de Don Miuel lo merecía. El rico vestido negro acariciaba una figura tan hermosa como cualquier otra que él hubiera podido ver en el mundo; y aunque el Pueblo del Mar prestaba poca atención al rostro de una mujer, se daba cuenta de que el de ella era digno y bien formado, con la nariz de águila de su padre dulcificada por una curva suave, los ojos luminosos y el pelo del color de los océanos a medianoche. Era una pena que esos Meycanos, por lo menos los nobles, pensasen que una muchacha debía ser reservada tan sólo para el marido que eventualmente escogiesen para ella. Habría sido dichoso de haber podido cambiar sus perlas y plata por un lei y partir en una canoa del barco, tan sólo ellos dos, para contemplar la salida del sol y hacer el amor.

Sin embargo...

—En tal compañía —murmuró—, me siento estimulado a aprender el lenguaje moderno tan rápido como me sea posible.

Ella evitó el coquetear con su abanico, un hábito local que el Pueblo del Mar encontraba a veces hilarante y a veces enojoso. Pero sus párpados aletearon. Las pestañas eran muy largas, y sus ojos, él podía verlos, eran de un color verde moteado de oro.

—Usted está también aprendiendo las maneras de un cab’llo con la misma rapidez, S’ñor —dijo ella.

—No llame a nuestro lenguaje «moderno», se lo ruego —interrumpió un hombre de aspecto estudioso vestido con una larga túnica. Ruori reconoció al Bispo Don Carlos Ermosillo, un alto sacerdote de aquel Esu Carito que parecía emparentado con el Lesu Haristi de los Maurai—. No es moderno, sino corrompido. Yo también he estudiado los antiguos libros, impresos antes de la Guerra del Juicio. Nuestros antepasados hablaban el verdadero spañol. Nuestra versión del mismo está tan distorsionada como nuestra sociedad de hoy en día —suspiró—. Pero ¿qué puede uno esperar, cuando aún entre los bien nacidos no hay uno entre diez que sea capaz de escribir su propio nombre?

—Había más cultura en los días de gloria del Perio —dijo Don Miuel—. Debería usted habernos visitado cien años atrás, S’ñor Capitán, y haber visto de lo que era capaz nuestra raza.

—Y sin embargo, ¿qué era el Perio en sí mismo sino un estado sucesor? —preguntó amargamente el Bispo—. Unificó una amplia área, dio ley y orden durante un cierto tiempo, pero ¿qué es lo que creó de nuevo? Su historia fue el mismo triste cuento de un millar de reinos anteriores, y el mismo juicio ha caído sobre él.

Doñita Tresa se santiguó. Hasta Ruori, que poseía un diploma de ingeniería, así como en navegación, se asombró.

—¿Acaso *atómicas*? —exclamó.

—¿Cómo? Oh, las antiguas armas que destruyeron el viejo mundo. No, naturalmente que no —Don Carlos agitó la cabeza—. Pero en nuestra forma más limitada hemos sido tan estúpidos y pecadores como los legendarios antepasados, y los resultados han sido paralelos. Puede usted llamarle ambición humana o castigo divino; yo creo que las dos cosas se asemejan mucho.

Ruori observó fijamente al sacerdote.

—Me gustaría hablar más con usted, S'ñor —dijo, esperando que fuera éste el apelativo correcto—. Los hombres que conocen la historia en lugar de los mitos son raros en estos días.

—Por supuesto —dijo Don Carlos—. Me consideraré honrado.

Doñita Tresa se removía nerviosamente en su asiento.

—Es costumbre el bailar —dijo.

Su padre rió.

—Ah, sí. Las jovencitas se están poniendo nerviosas, estoy seguro. Habrá tiempo suficiente para reiniciar las conversaciones formales mañana, S'ñor Capitán. ¡Ahora, que empiece la música!

Hizo una señal. La orquesta inició unos acordes. Algunos instrumentos eran bastante similares a los de los Maurai, y otros completamente desconocidos. La misma escala era distinta. Tenían algo similar a esto en Stralia, pero...

Una mano se apoyó en el brazo de Ruori. Su mirada tropezó con la de Tresa.

—Ya que usted no me pide un baile —dijo ella—, ¿podría ser tan inmodesta como para pedírselo yo?

—¿Qué significa *inmodesta*? —inquirió él.

Ella enrojeció y trató de explicárselo sin obtener demasiado éxito. Ruori decidió que era otro concepto local que faltaba en el Pueblo del Mar. Por aquel entonces las muchachas Meycanas y sus caballeros ya habían salido a la pista de baile. Los estudió durante un momento.

—Los movimientos son desconocidos para mí —dijo—, pero creo que podré aprenderlos pronto.

Ella se deslizó entre sus brazos. Era un contacto placentero, aunque nada fuese a salir de él.

—Lo hace usted muy bien —dijo ella después de un momento—. ¿Toda su gente es tan hábil en el baile?

Sólo más tarde se dio él cuenta de que era un cumplido por el que debería haber dado las gracias, pero siendo un habitante de las Islas lo tomó literalmente como si fuera una pregunta y contestó:

—Muchos de nosotros pasamos una gran parte de nuestro tiempo en el mar, por lo que debemos desarrollar un sentido del balanceo y del ritmo, o de lo contrario es muy posible que caigamos al agua.

Ella hizo un mohín.

—Oh, basta —rió—. Es usted tan solemne como S'osé en la catedral.

Ruori le devolvió la sonrisa. Era un joven alto, moreno como toda su raza, pero con los ojos grises que muchos conservaban en memoria de sus antepasados Ingliss. Siendo un N'zealanner, él no iba tatuado tan profusamente como algunos hombres de la Federación. Por otra parte, se había puesto en su coleta una filigrana de hueso de ballena, su sarong era batik de mayor calidad y además se había puesto una camisa a rayas. Su cuchillo, sin el cual un Maurai se encontraba obscenamente indefenso, era, en contraste, viejo y gastado hasta que uno veía la hoja, una perfecta herramienta.

—Yo querría ver a ese dios S'osé —dijo—. ¿Me lo enseñará? O no. No tendría ojos para una simple estatua.

—¿Cuánto tiempo estará aquí? —preguntó ella.

—Tanto como podamos. Se supone que tenemos que explorar toda la costa Meycana. Hasta ahora el único contacto Maurai con el continente Meriken ha sido un viaje desde Awaii a Californi. Encontraron el desierto y un puñado de salvajes. Hemos oído de unos comerciantes okkaidan que hay bosques mucho más al Norte, donde hombres blancos y amarillos luchan unos contra otros. Pero lo que existía más al Sur de Californi era desconocido para nosotros hasta que se envió esta expedición. Tal vez ustedes puedan decirnos qué es lo que encontraremos en Su-Merika.

—Ahora ya muy poco —suspiró ella—. Aún en el mismo Brasil.

—Ah, pero en Meyco florecen bellas rosas.

El buen humor de ella retornó.

—Y piropos en N'zealann —sonrió.

—En absoluto. Somos notoriamente poco dados a las florituras. Excepto, naturalmente, cuando recordamos los viajes que hemos hecho.

—¿Y qué contará acerca de éste?

—No mucho; de lo contrario, todos los jóvenes de la Federación vendrían a apiñarse aquí. Pero yo la llevaré a bordo de mi nave, Doñita, y le mostraré el compás: de ahora en adelante siempre señalará hacia S'Antón d'Inio. Usted será, por así decirlo, mi rosa de los vientos.

De una forma sorpresiva para él, ella le comprendió y sonrió. Condujo su baile a lo ancho de la pista, flexible entre sus brazos.

Luego, a medida que transcurría la noche, bailaron juntos tanto como permitía la decencia, o tal vez un poco más, y pequeños secretos que no concernían sino a ellos se cruzaron entre los dos. Hacia el anochecer, la orquesta fue despedida y los huéspedes, escondiendo bostezos tras bien educadas manos, comenzaron a partir.

—Cuán cansado es estar recibiendo despedidas —murmuró Tresa—. Dejemos que piensen que ya me he ido a la cama.

Tomó la mano de Ruori y se deslizó tras una columna, y luego, fuera, a un balcón. Una vieja sirvienta, colocada para servir como dueña para las parejas que se aventuraban fuera, se había envuelto en su manto para protegerse del frío y se había quedado dormida. Aparte esto, los dos estaban solos entre los jazmines. La niebla

flotaba alrededor del palacio, ocultando la ciudad. A lo lejos sonaba el «todosbien» de los piqueros patrullando las murallas exteriores. Hacia el oeste el balcón daba a las sombras, donde brillaban las últimas estrellas. Los siete altos mástiles del *Maurai Dolphin* recibían el nascente sol y resplandecían.

Tresa se estremeció y se acercó a Ruori. Permanecieron silenciosos durante un momento.

—Recuérdenos —dijo ella finalmente muy bajito—. Cuando esté de vuelta con su pueblo, más alegre, no nos olvide a los de aquí.

—¿Cómo podría? —contestó él muy seriamente.

—¡Ustedes tienen tanto más que nosotros! —dijo ella anhelante—. Usted me ha dicho cómo sus naves pueden deslizarse increíblemente rápidas, casi en alas del viento; cómo sus pescadores siempre llenan sus redes; cómo sus pastores de ballenas tienen rebaños que oscurecen el agua; cómo ustedes llegan hasta a cultivar el océano para obtener alimentos y tejidos, y... —palpó el reluciente material de su camisa—. Usted me ha dicho que esto fue fabricado partiendo de espinas de pescado, usted me ha dicho que toda familia tiene su propia y espaciosa vivienda, que casi cada miembro de la misma tiene su propio bote..., que aún los niños, en la isla más perdida, pueden leer y poseer libros impresos; que ustedes no sufren ninguna de las enfermedades que nos destruyen a nosotros..., que nadie pasa hambre, que todos son libres. ¡Oh, no nos olviden ustedes, a los que el Dio ha sonreído!

Se detuvo turbada. Ruori podía ver cómo su cabeza se alzaba y las ventanillas de su nariz se dilataban, como si estuviese resentida con él. Después de todo, pensó, ella descendía de una estirpe que durante siglos había dado, y no recibido, caridad; así que escogió sus palabras con cuidado:

—Esto es menos consecuencia de nuestra virtud que de nuestra suerte, Doñita. Sufrimos menos que la mayoría en la Guerra del Juicio, y el hecho del Juicio y el hecho de que nosotros éramos sobre todo isleños impidió que nuestra población superase la rica habilidad del mar en alimentarnos. Así que nosotros... no, no retuvimos ninguna de las perdidas artes ancestrales. No nos queda ninguna, pero recreamos una actitud antigua, una forma de pensar que es lo que nos hace diferentes: la ciencia.

Ella se santiguó.

—¡El átomo! —exclamó, apartándose.

—No, no, Doñita —protestó él—. ¡Tantas naciones que hemos descubierto últimamente creen que la ciencia fue la causa de la ruina del viejo mundo, o en cambio piensan que fue una colección de fórmulas que servían para construir altos edificios y para hablar a distancia! Pero ninguna de estas dos creencias es verdadera. El método científico es solamente una forma de aprender. Es... un comenzar de nuevo perpetuo. Y esto es por lo que ustedes aquí, en Meyco, pueden ayudarnos tanto como nosotros podemos ayudarles a ustedes, por lo que les hemos buscado, y volveremos de nuevo, esperanzados, a llamar a sus puertas en el futuro.

Ella frunció el entrecejo, aunque algo comenzó a brillar en su interior.

—No comprendo —dijo.

Él buscó un ejemplo. Finalmente apuntó a una serie de pequeños agujeros en la balaustrada del balcón.

—¿Qué es lo que había aquí? —preguntó.

—Bueno..., no lo sé. Siempre ha estado así.

—Creo que yo puedo decírselo; he visto una cosa similar en otras partes. Era una celosía de hierro forjado. Pero fue arrancada hace tiempo y convertida en armas o herramientas, ¿no?

—Es muy posible —admitió ella—. El hierro y el cobre se han vuelto muy escasos. Tenemos que enviar caravanas a través de todo el país, a las ruinas de Támico, con gran peligro por los bandidos y bárbaros, a recoger metal. Hubo un tiempo en que había raíles de hierro a un kilómetro de este lugar. Don Carlos me lo ha dicho.

Él asintió.

—Justamente. Los antiguos dejaron el mundo exhausto. Extrajeron los minerales, quemaron el petróleo y el carbón, erosionaron el suelo hasta que no quedó nada. Exagero, naturalmente; todavía hay depósitos minerales aquí y allá, pero no los suficientes. La antigua civilización usó todo el capital, por decirlo así. Ahora han crecido los suficientes bosques y se ha regenerado lo bastante el suelo como para que el mundo pueda tratar de reconstruir la cultura de la máquina... si exceptuamos que no hay suficientes minerales y combustibles. Por siglos, los hombres se han visto obligados a aprovechar los antiguos artefactos, si es que querían usar algún metal. En su mayoría, los conocimientos de los antiguos no se han perdido; simplemente se han convertido en algo inusable, porque somos mucho más pobres que ellos.

Se echó hacia adelante ansioso.

—Pero el conocimiento y los descubrimientos no dependen de la riqueza —dijo—. Tal vez porque no teníamos tanto metal para desguazar en las islas tuvimos que buscar otras soluciones. El método científico se puede aplicar tanto al viento y al sol y a la materia viva como lo fue al petróleo, el hierro o el uranio. Estudiando genética aprendimos cómo crear algas, plancton, peces que sirven para nuestros propósitos. Una administración científica de los bosques nos da la madera adecuada, las bases para una síntesis orgánica y algún combustible. El sol derrama energía que sabemos cómo concentrar y usar. La madera, la cerámica y aún la piedra pueden reemplazar al metal en muchas necesidades. El viento, a través de principios tales como la ley de Venturi o el tubo de Hilsch, suministra fuerza, calor, refrigeración; las mareas pueden ser aprovechadas. Aún en su presente estado primitivo, la psicología paramatemática ayuda en el control de la población, así como...

»No, ahora estoy hablando como un ingeniero, expresándome en mi propio lenguaje. Pido excusas. Lo que quería decir es que, si podemos tener la ayuda de otras gentes, tales como ustedes, a una escala mundial, podremos igualar a nuestros

antecesores o sobrepasarles... no en su propia manera, que a menudo fue miope y derrochadora, sino en realizaciones únicamente nuestras...

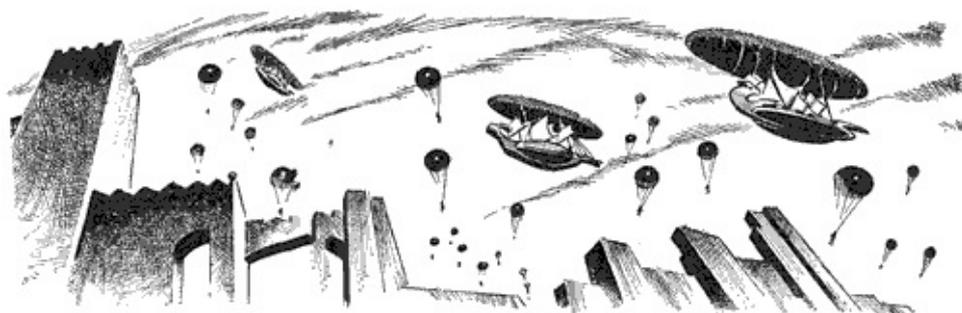
Su voz se quebró. Ella no estaba escuchándole. Miraba sobre su cabeza, hacia el aire, y el horror se pintaba en su rostro.

Entonces chillaron las trompetas en las almenas, y las campanas de la catedral cobraron vida.

—¡Por los nueve demonios! —Ruori dio la vuelta y miró también hacia arriba. El cénit se había vuelto de un color azulado. Cansinamente, sobre S'Antón, flotaban cinco formas similares a orcas. El sol naciente alumbraba la heráldica pintada en sus flancos. Estimó asombrado que cada una de ellas debía de tener un centenar de metros de largo.

Unos objetos como pétalos del color de la sangre surgían bajo ellas y descendían sobre la ciudad.

—¡El Pueblo del Aire! —exclamó una pequeña vocecilla tras él—. ¡Sant'ísima Marí, ruega ahora por nosotros!



III

Loklann golpeó sobre las losas, rodó sobre sí mismo y saltó en pie. Ante él, un jinete esculpido presidía las aguas de una fuente. Durante un instante admiró la piedra, casi viva; no tenían nada como esto en Canyon, Nona, Corado, ni en cualquiera de los reinos de la montaña. Y el templo frente a la plaza se alzaba al cielo en su blancura.

La plaza había estado concurrida: campesinos y artesanos preparando sus puestos para un día de mercado. La mayor parte de ellos se disolvió en un pánico bullicioso. Pero un hombretón rugió, alzó un mazo de piedra y saltó envuelto en sus harapos para enfrentarse a Loklann. Estaba cubriendo la huida de una mujer joven, probablemente la suya, que llevaba a un niño en brazos. A través de la informe ropa de arpillera Loklann vio que la figura de ella no era mala: alcanzaría un buen precio cuando el traficante de esclavos Mong visitase próximamente Canyon. También podría haberlo alcanzado su marido, pero no había tiempo ahora, mientras todavía

estaba impedido por el paracaídas. Así que sacó su pistola y disparó. El hombre cayó sobre una rodilla, miró asombrado la sangre que brotaba entre los crispados dedos que apretaban su estómago, y se desplomó. Loklann se desembarazó del arnés. Sus botas resonaron mientras corría tras la mujer. Ella gritó cuando la ruda mano se cerró sobre su brazo y trató de rehuirle, pero el niño impedía sus movimientos. Loklann la empujó hacia el templo. Robra ya le seguía.

—¡Coloca un guardia! —gritó el capitán—. ¡Meteremos aquí a los prisioneros hasta que estemos listos para el saqueo!

Un viejo con ropajes de sacerdote apareció en la puerta. Agitaba en lo alto uno de los dioses Meycanos en forma de cruz, como tratando de bloquear el camino. Robra le partió la cabeza de un hachazo, echó el cuerpo escaleras abajo de una patada y empujó a la mujer hacia el interior.

Del cielo llovían hombres armados. Loklann tocó su cuerno de toro llamándolos. En cualquier momento podía esperarse un contraataque... Sí, ahora.

Una patrulla de caballería Meycana apareció ante su vista. Eran jóvenes altaneros, vestidos con pantalones anchos, peto de cuero y casco emplumado, con la capa al viento, lanzas de madera endurecida al fuego y sables de acero. Muy similares a los nómadas amarillos de Tekkas, con los que habían luchado durante siglos. Pero también lo había hecho el Pueblo del Aire. Loklann se dirigió a la cabeza de la línea, donde su portaestandarte había alzado ya la Bandera del Rayo. La mitad de la tripulación del *Buffalo* montó secciones de picas rematadas, con puntas de cerámica, hincó en tierra el pie y esperó. La carga cayó sobre ellos. Las picas se hundieron en tierra. Algunos caballos se empalaron ellos mismos y otros retrocedieron relinchando. Los piqueros atacaron a los jinetes. La segunda línea de paracaidistas saltó hacia adelante con hachas y espadas y cuchillos. Durante unos pocos minutos la muerte entró en ebullición. Los Meycanos rompieron filas. No huyeron, pero retrocedieron en confusión. Y entonces los arcos de Canyon comenzaron a sonar.

Luego, tan sólo los muertos y los heridos quedaron en la plaza. Loklann se movió rápido entre estos últimos. Los que no estaban malheridos fueron llevados al templo. No era malo recoger todos los posible esclavos e ir seleccionándolos luego.

A lo lejos se oyó un retumbar apagado.

—Cañón —dijo Robra llegando hasta él—. En los cuarteles del ejército.

—Bueno, deja que la artillería se divierta hasta que nuestros muchachos lleguen hasta ella —dijo Loklann sardónicamente.

—Seguro, seguro —Robra se veía nervioso—. De cualquier forma, me gustaría que nos hiciesen saber algo de ellos. El estar simplemente aquí no me agrada.

—No tardarán mucho —predijo Loklann.

Y así fue. Un mensajero con un brazo roto trastabilló hasta él.

—*Stormcloud* —jadeó—. El gran edificio contra el que nos enviaste... lleno de espadachines. Nos rechazaron en la puerta.

—¡Uh! Pensé que era simplemente la casa del rey —dijo Loklann. Rió—. Bueno,

tal vez el rey estaba dando una fiesta. Ven entonces, iré a verlo yo mismo. Robra, toma el mando aquí.

Su dedo señaló a una treintena de hombres para que le acompañasen. Corrieron por calles desiertas y silenciosas, excepto por sus pisadas y el tintineo de las armas. Los habitantes debían estar acurrucados temblorosamente tras aquellas desnudas paredes. Mucho más fácil para reunirlos luego, cuando la lucha hubiese terminado y comenzase el saqueo.

Se oyó un rugido. Loklann aceleró su carrera, rebasando la última esquina. Frente a él vio el palacio, un viejo edificio con techo de tejas rojas y reblandecidas paredes, y muchas ventanas encristaladas. Los hombres del *Stormcloud* estaban luchando en la puerta principal. Sus heridos y muertos del último ataque estaban amontonados.

Loklann abarcó la situación de una sola mirada.

—¿No se les ocurriría a esos cabeza de cerdo enviar un destacamento a través de alguna puerta lateral, no? —ladró—. ¡Jonak, coge quince de nuestros muchachos y hundid una puerta lateral para caer por la espalda sobre esta línea! ¡El resto de vosotros ayudadme a mantenerlos ocupados mientras tanto!

Levantó su enrojecida hacha.

—¡A Canyon! —gritó.

—¡A Canyon! —repitieron sus seguidores tras él, y corrieron a la batalla.

La última carga había retrocedido, sangrienta y sin respiración. Media docena de Meycanos estaban en el amplio portalón. Todos ellos eran nobles: austeros hombres con perilla y mostacho, vestidos de negro, con rojas capas enrolladas como un escudo en sus brazos izquierdos y largas y estrechas espadas en sus diestras. Tras ellos se alzaban otros, dispuestos a tomar el puesto de los caídos.

—¡A Canyon! —gritó Loklann mientras se abalanzaba.

—¡Qu'el Dio nos guarde! —vociferó un alto y canoso Don. Una cadena de oro denotando su rango colgaba de su cuello. Su espada saltó hacia delante.

Loklann alzó su hacha y paró el golpe. El Don era rápido y respondió con una finta que terminó en el pecho del atacante. Pero el endurecido cuero de seis gruesos desvió la punta. Los hombres de Loklann se acumularon a ambos lados, sin preocuparse de las acometidas, y atacaron. Golpeó la espada enemiga, que saltó de la mano del propietario.

—¡Oh, no, Don Miuel! —gritó un joven al lado del calde. El viejo bufó, interpuso sus manos y de alguna forma agarró el hacha de Loklann. Tiró de ella con una fuerza descomunal. Loklann leyó en sus ojos la muerte. Don Miuel levantó el hacha.

Loklann sacó su pistola y disparó a quemarropa.

Mientras Don Miuel caía, Loklann lo agarró, le arrancó la cadena de oro y se la echó alrededor de su cuello. Alzándose, detuvo un salvaje ataque. El golpe le arrebató el casco. Recuperó su hacha, plantó firmemente sus pies en el suelo y golpeó.

La línea defensiva onduló.

Tras Loklann se oyó un clamor. Se dio la vuelta y vio brillar armas tras las

espaldas de sus propios hombres. Con una maldición se dio cuenta de que había habido más gente en el palacio que aquellos que defendían la puerta. El resto había aparecido por retaguardia y estaba ahora a sus espaldas.

Una punta atravesó su cadera. No notó más que una punzada, pero la rabia oscureció su vista.

—¡Volved a nacer como los cerdos que sois! —exclamó con un grito. Sin casi darse cuenta rehuyó a sus atacantes. De alguna forma limpió el espacio alrededor suyo, se echó a un lado y contempló el desarrollo de la batalla.

Los recién llegados eran principalmente guardias de palacio, a juzgar por sus alegres uniformes rayados, picas y machetes. Pero tenían unos aliados, una docena de hombres como Loklann nunca había visto u oído hablar de ellos. Tenían la piel oscura y el cabello negro de los Injuns, pero sus rostros eran más parecidos a los de un hombre blanco. Unos intrincados dibujos de color azul cubrían sus cuerpos, que estaban vestidos únicamente con unas túnicas sueltas y guirnaldas de flores. Blandían cuchillos y garrotes con una destreza sin igual.

Loklann rompió la pernera de su pantalón para mirar su herida. No era muy grave. Mucho peor era la paliza que estaban recibiendo sus hombres. Vio a Mork sunna Brenn correr con una espada en alto hacia uno de los oscuros extranjeros, un hombretón que había añadido una blusa de rico aspecto a su indumentaria. Mork había matado por lo menos a cuatro hombres allá en su patria, en luchas abiertas, y quién sabe a cuántos en otros países. El hombre moreno esperó con un cuchillo entre sus dientes, las manos colgando. Cuando la espada descendió, el hombre simplemente ya no estaba allí. Sonriendo alrededor de su cuchillo, golpeó el puño que sujetaba la espada con el canto de una mano. Loklann oyó claramente romperse los dedos. Mork aulló. El extranjero le golpeó en la nuez. Mork cayó de rodillas, escupió sangre, se derrumbó y quedó inerte. Otro Hombre del Aire cargó, hacha en alto. El extranjero, de alguna manera, evitó el arma, cogió sobre su cadera el cuerpo en movimiento y lo lanzó. El Hombre del Aire golpeó el pavimento con su cabeza y ya no se movió más.

Entonces Loklann vio que los recién llegados formaban un anillo alrededor de otros que no combatían. Mujeres. ¡Por Oktai y el antropófago Ulagu, aquellos bastardos estaban llevándose a todas las mujeres del palacio! Y la lucha contra ellos había perdido ímpetu; los atemorizados atacantes permanecían apartados cuidando sus heridas.

Loklann se lanzó hacia delante.

—¡A Canyon! ¡A Canyon! —gritó.

—Ruori Rangi Lohannaso —respondió amablemente el alto extranjero. Lanzó una retahíla de órdenes y su grupo comenzó a moverse.

—¡Golpeadles, malditos! —rugió Loklann. Sus hombres se reunieron y se abalanzaron en su persecución. Las picas de la retaguardia los rechazaron. Loklann dirigió una carrera hacia el frente de la plaza.

El hombre alto lo vio venir; unos ojos grises se fijaron en la cadena del calde y se llenaron de hielo.

—Así que mataste a Don Miuel —dijo Ruori en español. Loklann lo comprendió, pues había aprendido la lengua de los prisioneros y las concubinas durante muchos ataques más al Norte—. Maldito hijo de un skua.

La pistola de Loklann apareció. La mano de Ruori se hizo confusa por su velocidad. De pronto el cuchillo apareció en el bíceps derecho del Hombre del Aire. Dejó caer su pistola.

—¡Lo recobraré! —gritó Ruori. Luego, dirigiéndose a sus seguidores—: ¡Vamos, al barco!

Loklann se fijó en la sangre que fluía de su brazo. Oyó los ruidos que se producían a su alrededor mientras los refugiados rompían la cansada línea Canyon. El grupo de Jonak apareció en la puerta principal, que estaba ahora vacía, puesto que los defensores supervivientes se habían unido al grupo de Ruori. Un hombre se aproximó a Loklann, que todavía contemplaba su brazo.

—¿Debemos ir tras ellos, capitán? —dijo casi tímidamente—. Jonak puede capitanearnos en su contra.

—No —dijo Loklann.

—Pero deben estar escoltando a un centenar de mujeres, y una buena parte de ellas son jóvenes.

Loklann se estremeció como un perro que acabara de salir de un profundo arroyo helado.

—No. Quiero buscar al médico y que me cosa esta herida. Entonces tendremos un montón de cosas que hacer. Podremos ocuparnos de esos extranjeros más tarde si hay oportunidad. ¡Hombre, tenemos toda una ciudad para saquear!



IV

Había hombres muertos diseminados por los muelles, algunos quemados. Se les veía ridículamente pequeños bajo los tinglados, como muñecos de trapo abandonados por algún niño llorón. El humo de los cañones flotaba en el ambiente, dañando las pituitarias.

Atel Hamid Seraio, el primer oficial, que había permanecido a bordo del *Dolphin* con la tripulación, mandaba un grupo que había salido en busca de Ruori. Su saludo fue a la manera de las Islas, tan casual que aún en ese momento algunos de los Meycanos se asombraron.

—Estábamos a punto de ir con usted, capitán —dijo.

Ruori miró hacia el bosque que era el velamen del *Dolphin*.

—¿Qué ocurrió aquí? —preguntó.

—Una banda de esos demonios aterrizó por esos contornos, cerca de la batería. Tomaron los emplazamientos mientras todavía estábamos preguntándonos qué ocurría. Algunos de ellos fueron hacia aquel punto en el lado norte, creo que es donde está el ejército. Pero el resto del grupo nos atacó. Bueno, con nuestro cañón ballenero a tres metros sobre el muelle y nosotros entrenados para repeler a los piratas, no tuvieron demasiada suerte. Les di una buena dosis de llamas.

Ruori volvió a mirar los cuerpos ennegrecidos. Sin duda se lo habían merecido, pero no le gustaba la idea de bombear aceite de ballena hirviendo sobre hombres vivos.

—Lástima que no probaron a atacarnos por el lado del mar —añadió Atel suspirando—. ¡Tenemos una catapulta de arpones tan bonita! Usé una como ésta hace varios años en Hinja, cuando un bucanero sineso se acercó demasiado. Su junco se hundió como una ballena.

—¡Los hombres no son ballenas! —cortó secamente Ruori.

—De acuerdo, capitán, de acuerdo, de acuerdo —Atel retrocedió ante su violencia, un tanto asustado—. No lo dije en serio, en absoluto.

Ruori se recuperó y juntó las manos.

—He hablado con una ira innecesaria —dijo formalmente—. Me río de mí mismo.

—No es nada, capitán. Como le estaba diciendo, los derrotamos, y finalmente se retiraron. Imagino que volverán con refuerzos. ¿Qué debemos hacer?

—Esto es lo que no sé —dijo Ruori en un tono dubitativo. Se volvió hacia los Meycanos, que permanecían con rostros de incompreensión—. Les ruego me perdonen. Dones y Doñitas —dijo en español—; tan sólo me estaba relatando lo que había sucedido.

—¡No se disculpe! —Tresa Carabán se adelantó de entre los hombres. Algunos de ellos parecieron algo ofendidos, pero estaban demasiado cansados y atontados como para reprobarle su atrevimiento, y para Ruori era natural que una mujer actuase tan libremente como un hombre—. Usted salvó nuestras vidas, capitán; más que nuestras vidas.

Él se preguntó qué era peor que la muerte, y luego asintió. La esclavitud, naturalmente, las ligaduras y los látigos, el trabajo sin libertad durante toda su vida en una tierra extraña. Sus ojos se clavaron en ella, en su cabello largo despeinado que caía sobre su rostro, en el traje rasgado, en su faz cansada y con huellas de lágrimas. Se preguntó si sabía que su padre había muerto. Se mantenía erguida, y lo miraba con una extraña expresión de desafío.

—Estamos inciertos sobre qué hacer —dijo, violento—. Sólo somos cincuenta hombres. ¿Podemos ayudar en algo a su ciudad?

Un joven noble, alzándose, replicó:

—No, la ciudad está perdida. Pueden ustedes llevarse a estas damas hacia un lugar seguro, esto es todo.

Tresa protestó:

—¿Acaso ya se está usted rindiendo, S'ñor Dónoju?

—No, Doñita —exclamó el joven—. Pero espero poderme confesar antes de volver a la lucha, porque soy un hombre muerto.

—Suban a bordo —dijo cortésmente Ruori.

Abrió camino, subiendo a bordo por la plancha. Liliu, una de las cinco vahines del barco, corrió a su encuentro. Echó sus brazos alrededor de su cuello y gritó:

—¡Temí que habríais sido todos muertos!

—Todavía no —Ruori se soltó tan suavemente como le fue posible. Se dio cuenta de que Tresa lo miraba envarada, con hielo en los ojos. Y entonces se asombró. ¿Es que aquellos curiosos Meycanos suponían que una tripulación se iba a embarcar en un viaje de meses de duración sin llevar a bordo a unas cuantas muchachas? Entonces decidió que lo que ocurría era que, siendo la ropa de las vahines muy similar a la de los hombres, iba en contra de las costumbres locales. Que Nan se llevase sus malditos prejuicios.

Pero le dolía que Tresa se apartara de él.

Los otros Meycanos curioseaban a su alrededor. No todos habían visitado el barco a la llegada de éste. Observaban asombrados las cuerdas y las lanzas, desde los puentes bajos hasta la catapulta de arpones, los cabrestantes y los baupreses, y por último a los marinos. Los Maurai sonreían para darles ánimos. Por ahora la mayor parte de ellos veían lo ocurrido como un incidente. Los hombres que bucean tras los tiburones por pura diversión, o que navegan en canoas, solitarios, a través de un millar de millas náuticas para efectuar una visita, no se asustan por una pequeña lucha.

Pero ellos no habían hablado con el grave Don Miel ni con el alegre don Uan, ni con el culto Bispo Ermosillo, ni habían luego visto a todas estas personas muertas sobre la pista de baile, pensó Ruori amargamente.

Las mujeres Meycanas estaban apiñadas, damas y sirvientas, llorando unas en brazos de otras. Los palaciegos formaban una sólida muralla a su alrededor. Los nobles y Tresa siguieron a Ruori hacia el castillo de popa.

—Ahora —dijo él—, hablemos. ¿Quiénes son esos bandidos?

—El Pueblo del Aire —murmuró Tresa.

—Eso puedo verlo —Ruori echó una mirada a los navíos aéreos que patrullaban por encima de la ciudad. Tenían la siniestra belleza de otras tantas barracudas. Aquí y allí, varias columnas de humo se alzaban a su encuentro—. Pero *¿quiénes* son ellos? ¿De dónde vienen?

—Son Nor-Merikans —contestó ella en una vocecilla seca, como asustada de sus propias palabras—. De las mesetas salvajes alrededor del río Corado, del Gran Canyon que éste ha labrado: montañeses. Hay una historia que dice que fueron

expulsados de las llanuras del este por invasores Mong, hace mucho tiempo; pero ellos volvieron a hacerse fuertes en las colinas y en los desiertos, así que han derrotado a algunas tribus Mong, y entablado amistad con algunas otras. Durante un centenar de años han molestado nuestra frontera norte, pero ésta es la primera vez que se han aventurado tan al sur. Nunca los habríamos esperado. Supongo que sus espías se enteraron de que la mayor parte de nuestros soldados están hacia el río Gran, persiguiendo una fuerza rebelde, así que se vinieron hacia el suroeste —se estremeció.

El joven Dónoju escupió:

—¡Son perros paganos! ¡No saben hacer otra cosa que robar, y quemar, y asesinar! —flaqueó—. ¿Qué les hemos hecho para que caigan sobre nosotros?

Ruori se rascó la barbilla pensativo.

—No pueden ser tan salvajes —murmuró—. Esos dirigibles son mejores que cualquier cosa que mi propia Federación haya tratado de hacer. La tela... ¿quizá sea algún sintético? Debe serlo, o de lo contrario no contendría al hidrógeno durante tanto tiempo. ¿O acaso estarán usando helio? Porque para una producción de hidrógeno en tan gran escala se necesitará poseer una industria. Por lo menos, una buena química empírica. Quizá hasta lo obtienen por electrólisis... ¡buen Lesu!

Se dio cuenta de que se había estado hablando a sí mismo en su propio idioma.

—Ruego su perdón —dijo—. Estaba preguntándome qué es lo que deberíamos hacer. Este buque no lleva navíos voladores.

De nuevo miró hacia arriba. Atel le pasó sus prismáticos. Enfocó al dirigible más cercano. El gran globo y la góndola debajo, en sí misma tan grande como muchos de los barcos Maurai, formaban una unidad aerodinámicamente limpia. La góndola parecía ser ligera, de cañas entrelazadas alrededor de un esqueleto de madera, pero resistente. A intervalos a lo largo de su barandilla había máquinas movidas a mano. Algunas debían ser para elevar objetos, pero otras sugerían catapultas. Así que los dirigibles de los diversos jefes debían luchar unos con otros en los reinos del norte. Sería bueno conocerlo. Los psicólogos políticos de la Federación eran duchos en el arte del divide y vencerás. Pero por ahora...

La fuerza motriz era extraordinariamente interesante. Cerca de las proas de las góndolas surgían dos vergas laterales largas de unos veinte metros, una encima de la otra. Soportaban dos artefactos sobre pivotes en cada lado, a los que estaban unidas velas cuadradas. Otro par similar atravesaba la parte posterior del casco: en total, ocho velas. Sobre el depósito de gas se encontraban unas superficies de control similares a aletas de tiburón. Debajo de la góndola había un par de pequeñas aspas de viento que podían pivotar y girar, evidentemente haciendo el servicio de una falsa quilla. Las velas y los timones eran controlados por cables que pasaban a través de jarcias y aparejos hasta las cabrias de los costados del puente. Alterando su situación, debería ser posible cambiar el rumbo por lo menos en diversas direcciones siguiendo al viento y, naturalmente, el aire se mueve en distintas direcciones a diferentes

niveles. Un dirigible podía descender bombeando el suficiente gas fuera de las células de sus depósitos, comprimiendo el hidrógeno dentro de depósitos de almacenamiento; y podía elevarse reinflándose o echando lastre, aunque seguramente esta última maniobra debía ser reservada para los viajes de retorno, cuando las pérdidas hubieran hecho disminuir las existencias de gas. Entre las velas, timones y su habilidad para encontrar un viento razonablemente favorable, un tal dirigible debía de poder vagar a través de muchos miles de kilómetros con una carga útil de no pocas toneladas. ¡Oh, un maravilloso aparato!

Bajó sus prismáticos.

—¿No ha construido el Perio ninguna nave aérea para defenderse? —preguntó.

—No —murmuró uno de los Meycanos—. Lo único que hemos tenido han sido globos. No sabemos cómo fabricar un tejido que mantenga el gas durante el suficiente tiempo, o cómo controlar el vuelo, así que... —su voz se quebró.

—Y siendo una cultura acientífica, nunca han pensado ustedes en efectuar una investigación sistemática para aprender esos trucos —dijo Ruori.

Tresa, que había estado contemplando su ciudad, giró bruscamente para enfrentársele.

—¡Es muy fácil para usted! —gritó—. Usted no ha tenido que luchar contra los Mong en el norte y los Raucanos en el sur, siglo tras siglo... Usted no ha tenido que gastar veinte años y diez mil vidas construyendo canales y acueductos, para que así unas cuantas personas menos terminaran muriendo de hambre cada año... Usted no está sujeto por una mayoría de peones que tan sólo pueden trabajar la tierra, que no pueden cuidarse a sí mismos, porque nunca se les ha enseñado cómo, porque su existencia es una carga demasiado grande para nuestro país como para poderlo permitir... ¡Es muy fácil para usted el correr por ahí descamisado y burlarse de nosotros! ¿Qué es lo que *usted* habría hecho, S'ñor capitán omnisapiente?

—Cállese —reprobó el joven Dónoju—; él salvó nuestras vidas.

—¡Hasta ahora! —dijo ella, entre dientes y lágrimas. Unas pequeña zapatilla de baile golpeó la cubierta.

Por un asombrado momento, Ruori se preguntó qué quería decir descamisado. Sonaba poco favorecedor. ¿Acaso se refería a las vahines? Pero ¿había un camino más honorable para una mujer que pasar su vida, arriesgándola, al lado de los hombres de su pueblo, en una misión de descubrimiento y civilización? ¿Qué era lo que esperaba contar Tresa a sus nietos en las noches lluviosas?

Entonces se asombró aún más, preguntándose por qué ella le preocupaba tanto. Se había dado cuenta, anteriormente, en alguno de los Meycanos, de la existencia de una intensidad entre hombre y mujer casi aterradora, como si una esposa fuese algo más que un amigo y compañero respetado. Pero ¿qué otra forma de relación era posible? Un especialista psicólogo tal vez la conociese. Ruori se encontraba completamente perdido.

Agitó su irritada cabeza para aclararla, y dijo con voz fuerte:

—Éste no es momento para descortesías —tuvo que usar una palabra española que no significaba lo mismo que en su idioma—. Debemos decidir. ¿Están ustedes seguros de que no hay esperanzas de repeler a los piratas?

—No, a menos que el mismo S'Antón haga un milagro —dijo Dónoju con una voz muerta.

Luego, irguiéndose:

—Tan sólo hay una cosa que puede usted hacer por nosotros, S'ñor. Si usted parte ahora, con las mujeres... hay damas de alta cuna entre ellas, que no deben ser vendidas en cautividad y desgracia... llévelas al sur, hasta Puerto Uanauato, donde el calde cuidará de ellas.

—No me gusta huir —dijo Ruori, mirando a los hombres caídos en los muelles.

—¡S'ñor, éstas son *damas*! ¡En el nombre de Dio, tenga piedad de ellas!

Ruori estudió los severos y barbudos rostros. Les debía bastante hospitalidad, y no veía otra forma en que pudiese nunca pagársela.

—Si ustedes lo desean así —dijo lentamente—. ¿Y ustedes?

El joven noble le hizo una reverencia, como a un rey.

—Nuestras gracias y nuestras oraciones irán con usted, caballero capitán. Nosotros, naturalmente, volveremos ahora a la batalla. —Se irguió, y gritó con una voz militar—: ¡Atención! ¡Formen filas!

Unos pocos besos rápidos se cruzaron en la cubierta principal, y luego los hombres de Meyco cruzaron la plancha y bajaron a su ciudad.

Ruori golpeó el pasamanos con un puño cerrado.

—Si hubiera alguna forma —murmuró—. ¡Si pudiera hacer algo! —y casi esperanzado—: ¿Cree usted que los bandidos puedan atacarnos?

—Tan sólo si usted permanece aquí —dijo Tresa. Sus ojos eran pedazos de hielo verde—. Plugiera a Marí que usted no se hubiera comprometido a izar velas.

—Si ellos vienen tras de nosotros al mar...

—No creo que lo hagan. Usted lleva tan sólo un centenar de mujeres y unos pocos géneros que puedan comerciar. El Pueblo del Aire podrá escoger entre diez mil mujeres, otros tantos hombres y todas las riquezas de la ciudad. ¿Por qué deberían tomarse la molestia de perseguirle?

—Sí... sí.

—Vaya —dijo ella fríamente—, si es que no se atreve a retrasar la partida.

Se enfrentó a ella. Había sido como un golpe.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó—. ¿Cree usted que los Maurai son cobardes?

Ella dudó. Luego, con una testaruda y reluctante honestidad:

—No.

—Entonces, ¿por qué me ataca?

—¡Oh, váyase! —se arrodilló al lado de la barandilla, inclinó la cabeza y los brazos, y se sumergió en sí misma.

Ruori la abandonó y dio sus órdenes. Los hombres treparon por el cordelaje. Las lonas recogidas se desenrollaron y chasquearon en el joven viento. Más allá de la escollera, el océano brillaba azul, con pequeñas olas de espuma; las gaviotas planeaban a través del cielo. Pero Ruori tan sólo veía el recuerdo de las escenas contempladas antes, mientras dirigía la retirada del palacio.

Un hombre desarmado, yaciendo con su cabeza abierta. Una muchacha de escasamente doce años, que chillaba mientras dos asaltantes la llevaban a un callejón. Un viejo huyendo aterrorizado, zigzagueando, mientras cuatro arqueros hacían puntería sobre él y estallaban en carcajadas mientras caía atravesado y se arrastraba penosamente. Una mujer sentada alucinada en la calle, con sus ropas desgarradas, al lado de un niño cuyo cerebro había sido arrancado de cuajo. Una pequeña estatua en un nicho, una imagen sagrada, con un ramillete ajado de violetas a sus pies, decapitada por el golpe casual de una maza de combate. Una casa que ardía, y aullidos en su interior.

De repente, los aparatos que había en el aire no le parecieron tan bellos.

¡Si pudiese alcanzarlos y arrancarlos del cielo!

Ruori se detuvo en seco. La tripulación lo envolvió. Oyó una cantinela de trabajo, graves voces jóvenes con la alegría de haber sido siempre libres y no haber conocido nunca las privaciones, pero tan sólo encontraba eco en un lejano rincón de su cerebro.

—¡Izad velas! —cantó el primer oficial.

—¡Todavía no! ¡Todavía no! ¡Esperad!

Ruori corrió hacia la popa, subió la escalera y, dejando atrás al timonel, se dirigió hacia Doñita Tresa. Ésta se había alzado de nuevo y estaba con la cabeza inclinada, por lo que el cabello le cubría el rostro.

—Tresa —jadeó Ruori—. Tresa, tengo una idea. Pienso... quizá exista una posibilidad. Después de todo, quizá podamos combatirlos.

Ella alzó la vista, mirándole. Sus dedos se clavaron en su brazo, hasta que él notó cómo surgía sangre.

Las palabras salieron apresuradas de su boca:

—Dependerá... de atraerles... hacia nosotros. Por lo menos un par de sus naves... deben seguirnos... al mar. Creo que entonces, no estoy seguro de los detalles, pero podría ser... Podremos luchar... quizá hasta rechazarlos.

Ella seguía mirándole todavía. Él notó una duda.

—Naturalmente —dijo—, podemos ser derrotados. Y tenemos a muchas mujeres a bordo.

—Si perdemos —dijo ella con una voz tan débil que casi no podía oírla—, ¿moriremos, o seremos capturados?

—Creo que moriremos.

—En este caso bien —asintió ella, estremeciéndose—. Sí. Luche entonces.

—Tan sólo hay una cosa de la cual no estoy seguro: cómo hacer que nos persigan —hizo una pausa—. Si alguien se dejase... se dejase capturar por ellos, y les dijese

que nos llevamos un gran tesoro, ¿se la creerían?

—Es muy posible que lo hiciesen —la vida había vuelto a su voz, y hasta una cierta ansiedad—. Digamos que se trata de la fortuna del calde. Nunca existió, pero los ladrones creerán que los sótanos de mi padre estaban llenos de oro.

—Entonces alguien tiene que ir hasta ellos —dijo Ruori. Le dio la espalda, juntó los dedos, y llegó a una conclusión que no deseaba—. Pero no puede ser cualquiera. Ellos llevarían a un hombre con los demás cautivos, ¿no es así? Quiero decir, ¿es que acaso le iban a escuchar?

—Probablemente no. Muy pocos de ellos saben español. Para cuando el hombre que hablase del tesoro fuese comprendido, es muy posible que ya estuviesen en el camino de regreso. —Tresa se enfurruñó—. ¿Qué es lo que vamos a hacer?

Ruori veía la respuesta, pero no podía salir de sus labios.

—Lo siento —murmuró—. Mi idea no era tan buena, después de todo. Partiremos.

La muchacha le bloqueó el paso contra la barandilla, colocándose frente a él como si de nuevo danzasen. Su voz era ya firme.

—Usted conoce una solución.

—No.

—En una noche, he llegado a conocerle bien. Es usted un mal embustero. Dígamelo.

Él apartó la vista. En alguna forma, logró decir:

—Una mujer... no cualquier mujer, sino una muy hermosa, ¿no sería llevada enseguida a su jefe?

Tresa se echó hacia atrás. El color abandonó su rostro.

—Sí —dijo finalmente—. Así lo creo.

—Pero quizá —dijo Ruori, descorazonado— la maten. Estos hombres matan por placer. No puedo dejar a nadie que haya sido confiado a mi protección arriesgarse a ser muerto así.

—¡Tonto pagano! —dijo ella entre labios apretados—. ¿Cree que la posibilidad de ser asesinada me preocupa?

—¿Qué otra cosa podría ocurrir? —preguntó sorprendido. Y entonces—: Oh, sí, naturalmente. Podría convertirse en una esclava si perdiéramos luego la batalla. Aunque me imagino, si ella es hermosa, que no sería maltratada.

—¿Y esto es todo lo que se le...? —Tresa se interrumpió. Él nunca hubiera supuesto que una sonrisa pudiese esconder un sentimiento de total ofensa—. Naturalmente, me debería de haber dado cuenta. Su pueblo tiene otra manera de pensar.

—¿Qué quiere usted decir? —tartamudeó él.

Durante otro largo momento, ella permaneció con los puños apretados. Luego, medio diciéndoselo a sí misma:

—Ellos asesinaron a mi padre, sí. Lo vi muerto en el umbral de la puerta. Ellos

dejarán mi ciudad convertida en una ruina habitada por cadáveres.

Su cabeza se alzó.

—Iré —dijo.

—¿Usted? —Ruori la tomó por los hombros—. ¡No, seguro que usted no! Una de las otras...

—¿Debo acaso enviar a otra? Yo soy la hija del calde.

Se debatió para liberarse, y se apresuró a través de la cubierta, bajando por la escalerilla hasta la plancha. Su cabeza no se volvió hacia atrás.

Algunas palabras llegaron hasta Ruori, traídas por el viento:

—Después, si es que hay un después, siempre queda el convento...

Él no lo comprendió. Se quedó en la popa, viéndola alejarse y maldiciéndose a sí mismo hasta que se perdió de vista. Entonces dijo:

—Levad anclas —y la nave salió al mar.

V

Los Meycanos lucharon obstinadamente, calle por calle, casa por casa; pero tras un par de horas, sus soldados sobrevivientes habían sido acorralados en el rincón oeste de S'Antón. Ellos mismos no lo sabían, pero un jefe del Aire tenía una visión de la lucha desde arriba: una de las naves estaba ahora anclada a la catedral, con una escalerilla de cuerdas por la que los hombres subían y bajaban, y otra nave, con una tripulación reducida al mínimo, le traía noticias.

—Es suficiente —dijo Loklann—. Los tendremos acosados con un cuarto de nuestras fuerzas. No creo que efectúen una salida. Mientras tanto, el resto de nosotros podremos organizar las cosas; no debemos dejar mucho tiempo para que estos individuos se escondan, ellos y su plata. Al atardecer, cuando hayamos descansado, podemos lanzar paracaidistas tras las tropas de la ciudad, empujarlas hacia nuestras líneas y destruirlas.

Ordenó que aterrizase el *Buffalo*, para así poder embarcar el botín más precioso inmediatamente. Los hombres, en su mayoría, eran demasiado rudos; buenos chicos, pero igual podían dañar un ropaje precioso, o una copa, o una cruz enjoyada, en sus prisas. Y, a veces, esas cosas Meycanas eran demasiado bellas para regalarlas, y menos aún para venderlas.

La nave almirante descendió tanto como era posible. Todavía se encontraba a unos trescientos metros, porque las bombas manuales y los tanques de aleación de aluminio no permitían mucha compresión al hidrógeno. En un aire más frío y denso todavía habría estado suspendida a más altura. Pero desde ella fueron lanzadas cuerdas a un equipo de tierra reunido con prisas. En casa había cabrestantes en el exterior de cada vivienda, de tal forma que tan sólo cuatro mujeres podía hacer descender a una nave. Uno odiaba el procedimiento de emergencia de expulsar gas,

pues los Mantenedores casi no podían suplir a las demandas, a pesar de la nueva unidad de energía solar añadida a su estación hidroeléctrica, y en consecuencia aumentaban los precios. O por lo menos, eso era lo que decían los Mantenedores, pero tal vez sólo estuviesen tomando ventaja del hecho de ser inviolables, por encima de todos los reyes, para subir los precios. Algunos jefes, incluyendo Loklann, habían empezado a experimentar la producción de hidrógeno por sí mismos, pero era cosa lenta el jugar con un arte que los mismos Mantenedores sólo comprendían a medias.

Aquí, los suficientes hombres fuertes reemplazaban a la maquinaria. El *Buffalo* estuvo pronto anclado a la plaza de la catedral, que llenaba casi por completo. Loklann inspeccionó cada atadura por sí mismo. Su pierna herida le dolía, pero no lo bastante como para impedirle caminar. Más molesto era su brazo derecho, que le dolía más por la sutura que por el corte original. El médico le había advertido que se cuidase. Esto significaba combatir con la zurda, pues nunca podría ser dicho que Loklann sunna Holber se había apartado del combate. Pero tan sólo sería la mitad de lo que había sido.

Tocó el cuchillo que le había herido. Por lo menos, había conseguido una buena hoja de acero a cambio. Y... ¿no había dicho su propietario que se volverían a encontrar, para dirimir quién lo conservaba? Había un presagio en estas palabras. Sería un placer reencarnar a ese Ruori.

—¡Capitán, capitán, señor!

Loklann miró a su alrededor. Yuw Red-ax y Aalan sunna Rickar, hombres de su propio clan, le llamaban. Agarraban los brazos de una joven mujer, vestida con terciopelo negro y plata. La multitud armada que permanecía en la plaza se iba concentrando a su alrededor, y entre los murmullos empezaban a oírse gritos admirativos.

—¿Qué ocurre? —dijo Loklann bruscamente. Tenía mucho qué hacer.

—Esta hembra, señor. Bien parecida, ¿no? La cogimos cerca del muelle.

—Bueno, metedla en el templo con el resto, hasta... Oh. —Loklann giró sobre sus talones, empujando los ojos para mantener su verdosa mirada. *Ciertamente* era bien parecida.

—Ella estaba todo el rato gritando las mismas palabras una y otra vez: *Chef, rey, gran ombre*. Finalmente me pregunté si no querría decir «Jefe» —dijo Yuw—. Y entonces, cuando ella gritó: *khan*, estuve bastante seguro de que quería verte.

—¿Aba tu español? —dijo la muchacha.

Loklann sonrió.

—Sí —replicó en el mismo idioma. Sus palabras tenían un fuerte acento, pero eran suficientemente comprensibles—. Lo bastante como para saber que me estás hablando de tú —su bien formada boca se convirtió en una línea—, lo que significa que piensas que soy tu inferior... o tu dios, o tu amante.

Ella se sonrojó; echó hacia atrás su cabeza, con lo que el sol corrió entre su cabello color ala de cuervo, y contestó:

—Podrías decirles a estos brutos que me soltasen.

Loklann dio la orden en Angliz. Yuw y Aalan la dejaron ir. Las marcas de sus dedos quedaron impresas en sus brazos.

Loklann se mesó la barba.

—¿Querías verme? —preguntó.

—Si tú eres el jefe, sí —dijo ella—. Soy la hija del calde, Doñita Tresa Carabán. —Brevemente, su voz fluctuó—. Eso que llevas en el cuello es la cadena de rango de mi padre. He vuelto en nombre de su pueblo, para pedir condiciones.

—¿Qué? —Loklann parpadeó. Alguien, entre la multitud de guerreros, rió.

No debe estar acostumbrada a pedir favores, pensó; su tono continuaba siendo altivo.

—Considerando vuestras pérdidas seguras, si lucháis hasta el fin, y la posibilidad de provocar un contraataque contra vuestra patria, ¿no aceptaríais un tributo en dinero y un salvoconducto, a cambio de soltar a vuestros cautivos y cesar en vuestra destrucción?

—Por Oktai —murmuró Loklann—, tan sólo una mujer podría imaginar que nosotros... —se detuvo—. ¿Dijiste que habías *vuelto*?

Ella asintió.

—En nombre del pueblo. Sé que no tengo autoridad legal para solicitar condiciones, pero en la práctica...

—¡Olvídate de eso! —interrumpió él—. ¿De *dónde* has vuelto?

Ella vaciló.

—Esto no tiene nada que ver con...

Había demasiados oídos alrededor. Loklann aulló órdenes para que se comenzase un saqueo sistemático. Entonces se volvió a la muchacha.

—Ven a bordo de la nave conmigo —dijo—. Quiero discutir más esto.

Los ojos de ella se cerraron, pero tan sólo un momento, y sus labios se movieron levemente. Luego le miró, y él recordó haber visto una mirada semejante en un leopardo que había atrapado una vez. Después, ella dijo:

—Sí. Tengo otros argumentos.

—Toda mujer los tiene —rió él—. ¡Pero tú más que muchas!

—¡No es eso! —saltó ella—. Quiero decir... No. Marí, ruega por mí.

A medida que él se abría camino entre sus hombres, ella lo siguió. Pasaron al lado de las velas recogidas hacia una escalerilla que descendía del puente. En la cubierta inferior había abierta una compuerta, que dejaba ver una bodega de carga y grilletes de cuero para los esclavos. Unos poco centinelas estaban apostados en la cubierta superior. Se apoyaban en sus armas, sudando bajo sus cascos, intercambiando chistes; cuando Loklann llevó a la muchacha entre ellos, le gritaron su bienhumorada envidia.

Abrió una puerta.

—¿Has visto alguna vez uno de nuestros navíos? —preguntó.

La góndola superior contenía una larga habitación, desnuda excepto por los

armazones de las literas, en los que estaban enrollados los sacos de dormir. Luego, una serie de particiones definía unas pequeñas cabinas, una especie de cocina y finalmente, en la misma proa, una habitación con mapas, tablas, instrumentos de navegación y tubos de comunicación. Sus paredes salían tanto hacia afuera que las encristaladas ventanas daban una espaciosa vista cuando el navío estaba en vuelo. En un armario, entre armas almacenadas, se encontraba un pequeño ídolo, con cuernos y cuatro brazos. En el suelo había un jergón enrollado.

—El puente —dijo Loklann— es también el camarote del capitán. —Hizo un gesto señalando a una de las cuatro sillas de mimbre, atadas al suelo—. Siéntate, Doñita. ¿Te gustaría algo para beber?

Ella se sentó, pero no le contestó. Sus puños estaban apretados sobre su regazo. Loklann se sirvió a sí mismo un vaso de whisky, y tragó la mitad de una sola vez.

—¡Ahhh! Más tarde conseguiremos algo de vuestro vino para ti. Es una pena que no conozcáis aquí el arte de destilar.

Unos ojos desesperados se alzaron hacia él.

—S’ñor —dijo ella—. Te ruego, en el nombre de Carito... bueno, en el de tu madre entonces... compadécete de mi pueblo.

—Mi madre se reiría hasta caer enferma si oyese esto —dijo él. Y echándose hacia adelante—: Veamos, no gastemos palabras. Estabas escapando, pero volviste. ¿A dónde escapabas?

—Yo... ¿Acaso importa eso?

Bien, pensó él, estaba empezando a desmoronarse. Volvió a insistir:

—Sí que importa. Sé que estabas en palacio esta mañana; sé que huiste con los extranjeros de tez oscura; sé que su nave partió hace una hora. Debes haber estado en ella, pero la abandonaste, ¿no es así?

—Sí —ella comenzó a temblar.

Loklann dio otro sorbo del fuego líquido y preguntó razonablemente:

—Ahora dime, Doñita: ¿qué es lo que tienes para negociar? No puedes haber esperado que abandonásemos la mejor parte de nuestro botín y una gran cantidad de valiosos esclavos por un simple salvoconducto. Todos los reinos del Aire nos habrían abominado. Venga, debes tener algo más que ofrecer, si es que esperas que aceptemos.

—No... realmente no.

Su mano explotó contra la mejilla de ella de tal forma que su cabeza dio una violenta sacudida por el golpe. Se acurrucó, tocándose la rojiza señal, mientras él chillaba:

—¡No tengo tiempo para juegos, dímelo! Dime en este momento qué pensamiento te trajo de vuelta aquí, abandonando la seguridad, o te echo abajo a la bodega. Alcanzarás un buen precio cuando los mercaderes hagan su próxima visita a Canyon. Hay muchas casas esperando por ti: la cabina de un maderero en Oregón, el yurt de un khan de los Mong en Tekkas, un burdel hacia el lejano este en Chai Ka-

Go. Dime ahora y de verdad lo que sabes, y te evitarás todo esto.

Ella miró al suelo y dijo entrecortadamente:

—El buque extranjero está cargado con el oro del calde. Mi padre hacía tiempo que deseaba enviar su tesoro personal a un lugar más seguro que éste, pero no se atrevía a arriesgarlo en una caravana de carretas a través de los campos. Todavía hay muchos fuera de la ley entre aquí y Fortlez d’S’Ernán, y tanto botín podría tentar aún a la misma escolta militar a convertirse en bandidos. El capitán Lohannaso aceptó llevar el oro por el mar hasta Puerto Uanauato, que está cerca de Fortlez. Podíamos fiarnos de él porque su gobierno está ansioso de comerciar con nosotros. Vino aquí oficialmente. El tesoro ya había sido embarcado. Naturalmente, cuando ocurrió vuestro ataque, el buque embarcó también a las mujeres que habían estado en el palacio. ¿Pero no podéis vosotros perdonar sus vidas? Hay más botín en el barco extranjero del que toda vuestra flota pueda llevar.

—¡Por Oktai! —murmuró Loklann.

Le dio la espalda, paseó arriba y abajo, y finalmente se detuvo para mirar a través de la ventana. Casi podía oír las ideas perseguirse en su cerebro. ¡Tenía sentido! El palacio había sido un desengaño... oh, sí, unos damasquinados, y platería, y otras cosas aún, pero nada como en la catedral. O bien el calde era menos rico que poderoso, o escondía su tesoro. Loklann había planeado torturar unos cuantos sirvientes para averiguar cuál de las dos posibilidades era la cierta. Ahora se daba cuenta de que existía una tercera.

Sería mejor interrogar a algunos prisioneros, de cualquier forma, para asegurarse... No, no había tiempo. Dado un viento favorable, ese barco podía distanciar a cualquier navío aéreo sin molestias. Quizá fuese ya demasiado tarde para alcanzarlo. Pero si no... Hummm. El asalto no sería ninguna tontería. Ese delgado y balanceante casco era un pequeño blanco para los paracaidistas, y con tanto velamen... No, espera, los hombres atrevidos siempre encuentran un camino. ¿Qué tal si abordasen las partes altas del navío? Si el esfuerzo partía el cordamen, mejor: una cuerda lastrada daría entonces un buen camino de descenso hacia la cubierta. Por otra parte, si los garfios se mantenían, un grupo de abordaje podría bajar por las cuerdas hacia los mástiles. Sin duda los marinos eran también ágiles, pero ¿acaso habían manejado la vela de un navío aéreo en medio de una tormenta Merikana, a dos kilómetros sobre tierra?

Podría improvisar a medida que se desarrollase la batalla. ¡Por lo menos sería divertido el probar! Y a lo mejor podría volver a nacer como un conquistador mundial, si realizaba una tal hazaña en su vida.

Rió fuertemente, con alegría.

—¡Lo haremos! —gritó.

—¿Perdonará a la ciudad? —suplicó ella entrecortadamente.

—Nunca prometí tal cosa —dijo Loklann suavemente—. Naturalmente, la carga del navío ocupará el sitio que de otra forma habría llenado el botín y las personas. A

menos que, ¡hum!, a menos que decidamos navegar el barco hasta Californi, cargado, y encontrarnos allí con más naves aéreas. Sí, ¿por qué no?

—Perjuro —dijo ella, con un infierno de desprecio.

—Tan sólo prometí no venderte —dijo Loklann, y su mirada la recorrió de pies a cabeza—. Y no lo haré.

Dio un paso al frente, y la atrajo hacia sí. Ella luchó, maldiciendo. Logró sacar el cuchillo de Ruori de su cinto, pero la coraza detuvo la hoja.

Finalmente él se alzó. Ella lloraba a sus pies, con su pecho señalado por la cadena de su padre. Él dijo, más tranquilo:

—No, no te venderé, Tresa. Te guardaré.

VI

—¡Dirigibleeee!

El grito del vigía colgó solitario durante un minuto entre el viento y la amplia mar. Bajó por el palo mayor, e hizo que los tripulantes corrieran a sus puestos.

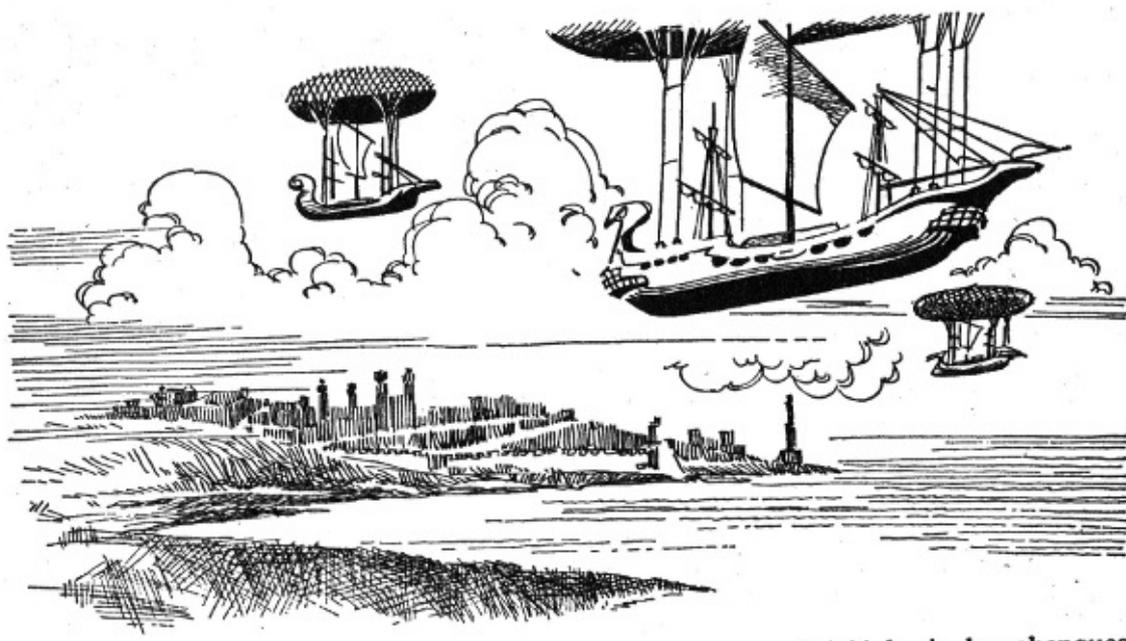
Ruori forzó su vista hacia el este. La tierra era una delgada línea bajo montañosas nubes cúmuloformes sombreadas de azul. Tardó algo en localizar al enemigo, en todo aquel cielo. Finalmente, el sol hirió sus ojos. Levantó su binoculares. Dos ballenas asesinas pintadas recorrían perezosamente su camino, bajando desde una altura de dos kilómetros.

Suspiró.

—Tan sólo dos —dijo.

—Pueden ser más que suficientes para nosotros —dijo Atel Hamid. Su frente estaba cubierta de sudor.

Ruori echó una aguda mirada a su primer oficial.



—No les tienes miedo, ¿verdad? Me atrevería a decir que ésta ha sido una de sus principales ventajas, la superstición.

—Oh, no, capitán. Conozco el principio de la aerostación tan bien como tú. Pero esa gente de arriba son duros de pelar. Y esta vez no están tratando de asaltarnos desde un muelle; están en su elemento.

—Nosotros también —Ruori dio una palmada en la espalda del otro—. Toma el mando. Tanaroa sabe qué es lo que va a suceder, pero usa tu propio juicio si caigo.

—Desearía que me dejases ir —protestó Atel—. No me gusta estar seguro aquí abajo. Es lo que pueda ocurrir arriba lo que me preocupa.

—No estarás todo lo seguro que desearías —Ruori forzó una sonrisa—, y alguien tiene que gobernar esta bañera hasta casa y entregar todos esos bonitos informes a la Comisión de Investigación Geotécnica.

Bajó por la escalerilla hasta la cubierta principal, y se dirigió hacia los obenques del palo mayor. Su tripulación se amontonaba gritando a su alrededor. Las armas brillaban. Las dos grandes cometas vibraban en su tiesa lona, atadas y esperando. Ruori deseaba que hubiese habido tiempo para construir más.

Aún tal como había sido, se había entretenido más de lo que parecía oportuno, primero dirigiéndose muy hacia el mar, y luego volviendo lentamente, para hacer que el enemigo le buscara mientras se preparaba. Cuando se había despedido de Tresa, sus propias ideas no habían consistido más que en la convicción de que *podía* luchar. Asumiendo que, después de todo, hubiesen estado tentados a perseguirle, había arriesgado que hubiesen perdido la paciencia y regresado a tierra. Ahora, durante una hora, había hecho tiempo con sólo una pequeña parte del velamen desplegado, esperando que el Pueblo del Aire fuese lo suficientemente ignorante en cosas del mar como para que no sospechase al ver tan poca lona en un tiempo tan bueno.

Pero aquí estaban, y con su llegada terminaban las preocupaciones y el remordimiento por la suerte de cierta muchacha. Tales emociones eran raras en un habitante de las Islas; y encontrarse a sí mismo enfocándolas en una sola persona, de todos los millones de la Tierra, había sido horrible. Ruori trepó rápidamente por las cuerdas, como si huyese de algo.

Los dirigibles estaban todavía muy arriba, pasando por encima llevados por una brisa de nivel alto. Aquí abajo, el viento casi venía del mismo sur. Los navíos aéreos, incapaces de maniobrar en poco espacio, descenderían luego, una vez rebasado el barco, para aproximarse a favor del viento. Aun así, estimó una parte fría de su cerebro, el *Dolphin* podía haber evitado tan torpe abordaje.

Pero el *Dolphin* no lo iba a hacer.

El aparejo estaba ahora constelado de marineros armados. Ruori se izó hasta la cruceta del palo mayor y se sentó, balanceando casualmente las piernas. El barco cabeceaba, y él estaba suspendido sobre la inmensidad verde azulada moteada de blanco. Se inclinó, sin apenas darse cuenta, y preguntó a Hiti:

—¿Estáis todos preparados?

—Sí señor —el enorme arponero, una masa de músculos y tatuajes, asintió con su cabeza rapada. Atada a la cuña de mastelero en la que estaba puesto de cuclillas se encontraba la catapulta del barco, montada y cargada con uno de los grandes arpones que podían matar a una ballena de un solo golpe. Un par más de arpones estaban a su lado, alineados en su estante. Los dos ayudantes de Hiti y cuatro marineros más estaban a su alrededor, blandiendo los arpones más pequeños, simples palos de dos metros, que eran lanzados a mano desde un bote. Los cables de todos ellos descendían desde el mástil hasta cubierta.

—Sí, ya pueden venir —Hiti sonrió con toda su cara redonda—. Nan se puede tragar al mundo, pero esto será buen motivo para una danza cuando regresemos a casa.

—Si es que volvemos —dijo Ruori. Tocó la pequeña hacha de bote que se había sujetado a la cintura. Como una cortina, el cegador día parecía velar una visión del hogar, donde los rompientes se deshacían en blanco bajo la luna, las fogatas ardían en la playa, los bailarines estaban alegres, y las palmeras daban sombras a las parejas que se alejaban. Se preguntaba qué opinaría de ello la hija de un calde Meycano... si era que su cuello no había sido cortado.

—Hay una tristeza en ti, capitán —dijo Hiti.

—Algunos hombres van a morir —contestó Ruori.

—¿Y qué? —unos pequeños ojos amistosos lo estudiaron—. Morirán alegres, si es preciso, por la canción que luego será hecha. Tienes otra preocupación más que la simple muerte.

—¡Déjame en paz!

El arponero pareció dolido, pero se retiró en silencio. El viento soplaba y el océano reverberaba a su alrededor.

Los navíos aéreos maniobraron, acercándose. Vendrían uno por cada lado. Ruori aprestó el megáfono que llevaba colgado del hombro. Atel Hamid mantenía al *Dolphin* en su camino, listo para maniobrar.

Ahora Ruori podía ver el sonriente dios en la proa del navío aéreo de estribor. Pasaría justo por encima de la punta de los mástiles, un poco hacia el lado del viento... Desde los palos partieron impulsivas flechas hacia él, sin efecto; pero nadie estaba lo suficientemente excitado como para malgastar una munición de rifle. Hiti hizo girar su catapulta.

—Espera —dijo Ruori—. Vale más que veamos primero lo que van a hacer.

Sobre la barandilla del dirigible aparecieron cabezas cubiertas por cascos. Un hombre se abocó, otro, y otro, a intervalos. Hicieron girar arpones de tres puntas y los lanzaron. Ruori vio como uno de ellos golpeaba el palo de proa, rebotaba, pegaba contra un foque... El cable que lo unía al dirigible se estiró y vibró, pero no se rompió, pues era de cuero. El foque cedió; se oyó el ruido de la lona cayendo, y golpeó a un marino en el estómago, arrojándolo de su puesto. El hombre se recobró lo suficiente como para estabilizarse y golpear el agua en un limpio salto. Lesu quisiera

que viviese... El gancho rebotó, se cogió a una botavara. La madera rechinó... El buque tembló a medida que cable tras cable se tensaban de un tirón.

Se inclinó hacia un lado, empujado por la fuerza que tiraba de él. Las velas restallaron. Todavía no había peligro de hundimiento, pero un mástil podía ser arrancado de cuajo. Y ahora, saltando por encima de la barandilla y cogiéndose a los cables con brazos y piernas, llegaban los piratas. Chillando como chiquillos, se deslizaron hasta los ganchos y se agarraron a cualquier pieza del aparejo que les cayó a mano.

Uno de ellos saltó como un mono a la botavara del palo mayor. Uno de los ayudantes del arponero maldijo, lanzó su arma y atravesó al invasor.

—¡Basta de eso! —rugió Hiti—. ¡Necesitamos esos hierros!

Ruori dio una ojeada a la situación. El otro dirigible estaba aún maniobrando alrededor de su compañero, que estaba siendo empujado por el viento hacia babor. Se llevó el megáfono a la boca y el amplificador de batería solar gritó por él:

—... ¡Oíd, oíd! ¡Incendiad al segundo enemigo ahora, antes de que nos aborde! ¡Cortad los cables al primero y repeled a todos los asaltantes!

—¿Puedo disparar? —gritó Hiti—. Nunca tendré un blanco mejor.

—Sí.

El arponero tiró del gatillo de su catapulta, que se disparó con el ruido de un trueno. El acero dentado golpeó contra la góndola del dirigible al que estaba unido el barco en su parte inferior; la atravesó, y terminó en el otro lado del suelo de madera interior.

—¡Cobrad cuerda! —rugió Hiti. Sus propias manos de gorila ya estaban en la empuñadura del torno. En alguna forma otros dos hombres encontraron sitio para ayudarlo.

Ruori se dejó deslizar por las guarniciones del barraganete, y saltó a la botavara. Otro pirata había aterrizado allá, y un tercero estaba llegando, con dos más deslizándose tras él. El primero de ellos se balanceaba sobre sus pies desnudos tan bien como cualquier marino, y sacó una espada. Ruori se agachó mientras la hoja silbaba sobre él, se cogió a una cuerda de la principal con una mano, y se colgó de allí, golpeando con su hacha de bote al cable del gancho de abordaje. El pirata fintó y le lanzó un puntazo. Ruori pensó en Tresa, le dio un golpe seco en la cara con el hacha, y lo apartó hacia un lado, haciéndole caer en cubierta. Volvió a cortar; el cuero era duro, pero su hoja estaba afilada. El cable se partió y dio un latigazo al aire, alejándose. La botavara colgó libre, dando un tirón que casi hizo saltar los dedos de Ruori. El segundo Hombre del Aire trastabilleó, golpeó contra un saliente de abajo, y quedó inmóvil. Los hombres del cable se deslizaron hacia un inevitable final. Uno de ellos no pudo detenerse, y el mar lo tragó. El otro se destrozó contra la punta del mástil, llevado por el movimiento pendular.

Ruori se soltó de la botavara y se sentó por un momento, introduciendo aire en sus ardientes pulmones. La lucha se arrastraba alrededor suyo, por las guarniciones y

vergas, y abajo en la cubierta. El otro dirigible se acercó. Por la popa, elevada por la velocidad del barco moviéndose con el viento, se alzó una cometa. Atel lanzó una orden y el timonel hizo girar la caña. A pesar del lastre que pesaba sobre él, el *Dolphin* respondió bien. La profunda ciencia de la mecánica de los fluidos había sido empleada en el diseño de la cometa. Empapada en aceite de ballena, se mantuvo en el aire por un tiempo, el suficiente para que unos «mensajeros» de papel ardiendo se elevasen por su cuerda. La cometa saltó en llamas.

El dirigible se apartó, la cometa cayó, su pequeña carga de pólvora explotó sin daño alguno. Atel maldijo y dio nuevas órdenes. El *Dolphin* cambió de rumbo. La segunda cometa, ya en el aire y en llamas, golpeó a su blanco. Detonó.

El hidrógeno surgió a chorros. No hubo explosión, pero repentinas llamas envolvieron al dirigible. Parecían pálidas al brillo del sol. Comenzó a elevarse humo, a medida que el plástico entre las celdillas de gas se desintegraba. La nave aérea descendió como un lento meteoro al agua.

Su compañera no tenía otra elección razonable sino soltar las amarras no cortadas, abandonando al grupo de abordaje, aún en inferioridad numérica. Su capitán no podía saber que el *Dolphin* tan sólo había poseído dos cometas. Unas pocas descargas vengativas de catapulta fueron lanzadas desde ella; luego se soltó, deslizándose hacia popa. El buque Maurai se balanceó buscando el viento.

El enemigo podía retirarse o tal vez planear un nuevo ataque. Ruori no quería que ocurriese ninguna de las dos cosas. Dijo a través del megáfono:

—¡Animo, muchachos! ¡Acabemos con esa escoria! —y capitaneó un descenso por las cuerdas hacia la cubierta, donde continuaba el combate.

Por su parte, el grupo de Hiti había acertado a la góndola con tres arpones grandes y media docena de pequeños.

Sus cables se arrastraban en líneas cada vez más tensas desde el dirigible hasta el cabrestante, en los costados. Ya no había miedo de una tensión indebida. El *Dolphin*, como cualquier otro navío Maurai, estaba proyectado para vivir del mar en sus viajes. Había arrastrado más de una ballena a su costado; un dirigible no era nada a su lado. Lo que contaba ahora era la velocidad, antes de que los piratas se dieran cuenta de lo que estaba ocurriendo y encontrasen una forma para liberarse.

—¡*Tohiha, hoiha, itoki, itoki!* —el viejo canto de canoa se elevó a medida que los hombres se esforzaban alrededor del cabrestante. Ruori se posó en cubierta, vio a un hombre de Canyon luchando con un marino, espada contra maza, y descerebró al enemigo desde atrás como hubiera acabado con cualquier alimaña. Entonces se preguntó, algo asombrado, qué era lo que le hacía pensar así de un ser humano.

La batalla concluyó rápidamente, los Hombres del Aire se enfrentaban contra una tarea imposible. Pero media docena de ciudadanos de la Federación estaban malheridos. Ruori hizo que los pocos piratas sobrevivientes fueran llevados al dispensario, e hizo bajar a sus propios heridos abajo, a los anestésicos y antibióticos, y a las arrullantes Doñitas. Entonces, rápidamente, preparó a su tripulación para la

siguiente fase.

El dirigible había sido acercado hasta casi el costado del buque. Estaba tan decantado que sus catapultas eran inútiles. Los piratas se alineaban en cubierta, gritando y agitando sus armas. Sobrepasaban a la tripulación del *Dolphin* en tres o cuatro veces. Ruori reconoció a uno de entre ellos: el hombre alto y rubio que había luchado contra él fuera del palacio. Notó un sentimiento extraño.

—¿Los quemamos un poco? —preguntó Atel.

Ruori sonrió.

—Supongo que tendremos que hacerlo —dijo—. Trata de no incendiar la nave. Sabes que la necesitamos.

Una viga movable era levantada y bajada, llevada por fuertes isleños. De una manguera de cerámica surgió un chorro de fuego. El humo y el hedor, y los chillidos que siguieron, y las cosas que pudieron ser vistas cuando Ruori ordenó cesar el fuego, hicieron sentirse un poco mal hasta al más endurecido veterano de las patrullas contra corsarios. Los Maurai eran un pueblo asentimental, pero no les gustaba hacer daño.

—Manguera —carraspeó Ruori. Los chorros de agua que siguieron fueron como una bendición. El mimbre que había comenzado a arder chisporroteó hasta un silencio renegrido.

Los ganchos propios de la nave fueron lanzados. Un par de grumetes se adelantaron a los hombres maduros para ser los primeros en los cables. No encontraron resistencia en la cubierta. La mayoría de los piratas, indemnes, permanecían como atontados, con las armas a sus pies: el espíritu de lucha les había abandonado. Tras los muchachos fueron puestas pasarelas; la tripulación del *Dolphin* transbordó en masa al dirigible y comenzó a reunir a los prisioneros.

Unos pocos Hombres del Aire se ocultaban tras una puerta, con las armas empuñadas. Ruori vio al rubio alto entre ellos. El hombre tomó la daga de Ruori en su zurda y corrió hacia él. El brazo derecho parecía inutilizado.

—¡A Canyon, a Canyon! —gritaba, el fantasma de un grito de guerra.

Ruori fintó la carga y le zancadilleó. El rubio tropezó. Mientras caía, la parte roma del hacha de Ruori se descargó sobre su nuca. Cayó al suelo, trató de levantarse, se estremeció, y volvió a caer espasmódicamente.

—Quiero mi cuchillo de vuelta. —Ruori se acuclilló, le sacó el cinturón de cuero, y lo comenzó a atar con él.

Unos asombrados ojos azules le miraron como suplicando.

—¿No me vas a matar? —murmuró el otro en español.

—Haristi, no —dijo Ruori sorprendido—. ¿Por qué debería hacerlo?

Se alzó. La última resistencia había terminado, el dirigible era suyo. Abrió la puerta de proa, pensando que el equivalente del puente de un barco debería encontrarse tras ella. Luego, durante un momento, no se movió en absoluto, ni oyó otra cosa que el viento y su propia sangre.

Fue Tresa la que finalmente llegó hasta él. Iba con las manos extendidas, como un

ciego, y sus ojos veían a través de él.

—Está usted aquí —dijo, con voz vacía y sin entonación.

—Doñita —tartamudeó Ruori. Tomó sus manos—. Doñita. Si hubiese sabido que estaba a bordo, nunca habría... habría arriesgado...

—¿Por qué no nos hizo arder y nos hundió como al otro navío? —dijo ella con voz desmayada—. ¿Por qué debe éste regresar a la ciudad?

Se soltó de él y trastabilló afuera, hacia la cubierta. Estaba muy decantada y se balanceaba bajo sus pies. Cayó, se volvió a levantar, y se dirigió hacia la barandilla, donde se quedó mirando al océano. Su cabello y su ropa desgarrada ondeaban al viento.

VII

Había una gran parte de técnica en el manejo de una nave aérea. Ruori notaba que los treinta hombres que había puesto a bordo de ésta estaban tripulándola tan mal como era posible. Un Hombre del Aire experimentado sabría qué clase de térmicas y corrientes descendentes esperar, con una simple mirada al agua de abajo; podría estimar el nivel al cual una brisa deseada estaba soplando, y elevarse o descender continuamente; hasta podría dirigirse en contra del viento, aunque éste debería ser un proceso lento y muy plagado de desviaciones.

Sin embargo, un estudio de una hora demostró los principios básicos. Ruori volvió al puente y dio órdenes por el tubo comunicador. Entonces, la tierra se acercó. Una mirada hacia abajo le mostró al *Dolphin* con su cargamento de cautivos de guerra, siguiéndole con velas acortadas. Él y sus compañeros aeronautas tendrían que soportar una buena cantidad de bromas acerca de su celestial paso de tortuga. Ruori no sonrió ante ese pensamiento ni planeó sus réplicas, como habría hecho ayer. Tresa estaba sentada tan rígidamente al lado suyo...

—¿Sabe el nombre de este navío, Doñita? —preguntó, para romper el silencio.

—Él lo llamó *Buffalo* —contestó ella, remota y desinteresada.

—¿Qué es eso?

—Una especie de ganado salvaje.

—Creo comprender, entonces, que él le habló mientras navegaban en mi búsqueda. ¿Dijo alguna cosa de interés?

—Habló de su pueblo. Se vanaglorió de todas las cosas que ellos tienen y nosotros no... motores, energías, aleaciones... como si esto les redimiese de ser una manada de sucios salvajes.

Finalmente, estaba demostrando algo de espíritu. Ruori había temido que ella hubiese comenzado a desear que su corazón se parase. Pero recordó que no había visto evidencias de esta común práctica Maurai aquí en Meyco.

—¿Abusó tan malamente de usted, entonces? —preguntó sin mirarla.

—Usted no lo consideraría abuso —dijo ella violentamente—. ¡Ahora déjeme sola, por favor! —oyó como se alejaba, a través de la puerta, hacia las secciones posteriores.

Bueno, pensó, después de todo, su padre fue asesinado. Esto dolería a cualquiera, en cualquier parte del mundo, pero tal vez a ella más que a él, porque un niño Meycano era educado tan sólo por sus padres; no pasaba la mitad de su tiempo comiendo o durmiendo o jugando con cualquier pariente casual, como la mayor parte de los jóvenes de las Islas. Así que los parientes inmediatos debían tener aquí mayor significado psicológico. Al menos, era la única explicación que Ruori podía pensar de la súbita oscuridad en el interior de Tresa.

La ciudad apareció ante su vista. Vio los restantes navíos enemigos flotando encima de ella. Tres contra uno... sí, esto se convertiría en una leyenda entre el Pueblo del Mar, si es que tenía éxito. Ruori sabía que él debería haber sentido el mismo placer descuidado que un hombre notaba esquiando sobre las olas, o luchando contra los tiburones, o navegando en un tifón, o en cualquier deporte arriesgado en el que el éxito significase gloria y mujeres. Podía oír a sus hombres cantar afuera, tamborilear ritmos guerreros con sus manos y pies. Pero su propio corazón era el Ártico.

El navío hostil más cercano se aproximó. Ruori trató de enfrentarse a él en una forma profesional. Había disfrazado a su tripulación con ropas capturadas a los Hombres del Aire. Una mirada superficial los confundiría con legítimos Canyonitas, cansados tras una dura lucha pero con el capturado buque Maurai a sus talones.

Mientras los norteños se acercaban en la fácil manera de los navíos aéreos, Ruori tomó su tubo de comunicación.

—Mantenedlo estabilizado. Disparad cuando pasemos por su costado.

—Sí, señor —dijo Hiti.

Un minuto después el capitán oyó rugir la catapulta de arpones. A través de un ojo de buey, vio al proyectil golpear a la otra góndola en el centro.

—Soltad cable —dijo—. Debemos retenerlo para la cometa, pero no quemarnos nosotros mismos.

—Sí, he pescado peces espada antes de ahora —la risa burbujeaba en el tono de voz de Hiti.

El enemigo se apartó frenético. Unos pocos disparos saltaron de sus catapultas; uno acertó, pero una simple celdilla de gas reventada significaba poco.

—¡Estabilizad! —gritó Ruori. No tenía ningún sentido el presentar su costado a una andanada. Ambos navíos comenzaron a derivar en la dirección del viento, con las velas batiendo.

—¡Mantened! —el *Buffalo* se convirtió en un ancla, reteniendo a su víctima. Y aquí llegó la cometa preparada y enviada desde abajo. Esta vez incluía ganchos. Se agarró y se mantuvo en el globo Canyonita.

—¡Largad! —gritó Ruori. El fuego subió por la cuerda de la cometa. En unos

minutos había envuelto al enemigo. Unos pocos paracaídas fueron empujados por el viento hacia el mar.

—Y quedan dos —dijo Ruori, sin que su voz registrase el triunfo que gritaban sus hombres.

Los invasores no eran tontos. Sus otros dirigibles giraron sobre la ciudad, no deseando exponerse a las llamas que subían desde el mar. Uno descendió, lanzó cables y fue rápidamente anclado a la plaza. A través de sus binoculares Ruori vio como hombres armados subían en masa a bordo del mismo. El otro, sin duda con una simple tripulación de patrulla, maniobró hacia el *Buffalo*, que se aproximaba.

—Creo que éste quiere enfrentarse a nosotros —avisó Hiti—. Mientras tanto el número dos, ahí abajo, tomará a bordo a un par de centenares de soldados, luego se pondrá a nuestro costado y nos abordará.

—Lo sé —dijo Ruori—. Sigámosles la corriente.

Maniobró como si fuera a acercarse al escasamente tripulado patrullero. No la evitó, como había temido que hiciese; la que ocurría era que había una bravura compulsiva en la cultura del Aire. En vez de esto, maniobró para abordar cuanto antes. Esto daría a su compañero una posibilidad de cargar guerreros y elevarse... esto fue casi lo que ocurrió. Ahora vamos a asustarles, decidió Ruori.

—Flechas de fuego —dijo. Fuera, en la cubierta, pistones de madera dura fueron introducidos en pequeños cilindros, haciendo entrar en ignición yescas en el fondo; así fueron encendidas varias flechas mojadas en aceite. Cuando el enemigo estuvo a tiro, de los arqueros del *Buffalo* comenzaron a salir cometas de fuego.

Si esta tentativa no hubiese funcionado, Ruori habría dado la vuelta. No deseaba sacrificar más hombres en combate cuerpo a cuerpo. En su lugar, habría tratado seriamente de quemar o incendiar el otro buque aéreo desde lejos, como necesitaba su estrategia. Pero el efecto moral de desastre previo estaba muy presente. A medida que las flechas de fuego golpeaban la góndola, una táctica de batalla tan de dos filos que ninguna tripulación norteña estaba ni equipada para ella, los Canyonitas entraron en pánico y se tiraron por la borda. Tal vez, mientras descendían en paracaídas, unos pocos se dieron cuenta de que ninguna flecha había sido dirigida a su depósito de gas.

—¡Cobrad cuerda rápido! —gritó Ruori—. ¡Apagad los fuegos!

Los anzuelos golpearon en su objetivo. Los dirigibles se aproximaron relativamente. Los hombres saltaron a la otra cubierta; los cubos de agua salpicaron.

—Atención —dijo Ruori—. La mitad de la gente, a la presa. Cortad las cuerdas y recogedlas pronto.

Depositó el tubo. Una puerta chirrió tras él. Se giró al tiempo que Tresa entraba en el puente. Todavía estaba pálida, pero en alguna forma había peinado su cabello, y su cabeza estaba alta.

—¡Otro! —dijo, en un tono casi de alegría—. ¡Tan sólo queda uno de ellos!

—Pero estará lleno de sus hombres —protestó Ruori—. Desearía ahora no haber aceptado su negativa a ir a bordo del *Dolphin*. No estaba pensando claramente. Esto

es demasiado peligroso.

—¿Cree que esto me preocupa? —dijo ella—. Soy una Carabán.

—Pero *a mí* sí me preocupa —respondió él.

La altivez la abandonó; tocó su mano, por un momento, y sus mejillas se colorearon.

—Perdóneme. ¡Ha hecho usted tanto por nosotros! No hay ninguna forma en que podamos agradecerérselo nunca.

—Sí, la hay —dijo Ruori.

—Dígalo.

—No pare su corazón tan sólo porque ha sido herido.

Ella le miró con una especie de amanecer en sus ojos.

El contraмаestre apareció en la compuerta exterior.

—Todo preparado, capitán. Estamos manteniéndonos a unos trescientos metros, con un hombre al pie de cada válvula de estos dos navíos que tenemos.

—¿Se le ha asignado a cada uno un cable particular?

—Sí, señor —el contraмаestre partió.

—Usted necesitará uno también. Venga. —Ruori tomó a Tresa por la mano y la llevó a cubierta. Vieron el cielo a su alrededor, una brisa tocó sus rostros, y la superficie bajo sus pies se movía como una cosa viva. Él indicó una de las muchas cuerdas delgadas de los depósitos del *Dolphin* atada a la barandilla.

—No vamos a arriesgar tirarnos en paracaídas con hombres inexpertos —dijo—. Pero usted no tiene experiencia en descender por una de éstas. Le haré un arnés que la mantendrá en seguridad. Baje mano sobre mano. Cuando llegue a tierra, corte la cuerda.

Su cuchillo cortó algunos trozos de cuerda y los anudó juntos con la pericia de un marino. Cuando le ajustó el arnés, notó como ella se tensaba bajo sus dedos.

—Pero yo soy su amigo —murmuró él.

Ella se relajó y llegó a sonreír desmayadamente. Él le dio su cuchillo y volvió al interior.

Y ahora, el último buque pirata se alzaba de tierra. Se movía cerca; los dos navíos de Ruori no intentaron huir. Vio cómo la luz del sol brillaba en el metal. Sabía que ellos habían contemplado el fin de sus compañeros y que no serían engañados por la misma táctica. En vez de esto, se acercarían, aunque su navío ardiese a su alrededor, pues por lo menos podrían prenderle fuego a su vez y luego lanzarse en paracaídas hacia la seguridad. No hizo lanzar flechas.

Cuando tan sólo una corta distancia los separaba de su enemigo, gritó:

—¡Abrid las válvulas!

El gas brotó de los depósitos de ambos navíos. Los navíos, unidos, cayeron.

—¡Fuego! —gritó Ruori. Hiti apuntó su catapulta hacia arriba y envió un arpón con un cable de anclaje a través del fondo de su atacante.

—¡Incendiad y abandonad!

Los hombres en la cubierta prendieron fuego al aceite que otros derramaban de jarras. Las llamas se alzaron.

Con el peso de los dos casi desinflados dirigibles arrastrándole hacia abajo, el buque de Canyon comenzó a caer. A ciento cincuenta metros, las cuerdas lanzadas se arrastraron a través de los techos planos y descendieron hasta las calles.

Ruori se tiró por la borda. Se cortó las palmas de sus manos bajando.

Pese a todo, no fue demasiado rápido. El dirigible arponeado ordenó que se soltase el hidrógeno comprimido. El navío se elevó a unos trescientos metros con su carga, buscando espacio abierto. Probablemente nadie había visto todavía que su lastre estaba en llamas. En cualquier caso, no le sería demasiado fácil el cortar o desprender uno de los arpones de Hiti.

Ruori miró hacia arriba. Avivadas por el viento, las llamas no producían humo, eran como un pequeño y violento sol. No había contado con que su fuego tomase a su enemigo totalmente por sorpresa. Había supuesto que saltarían en paracaídas a tierra, donde los Meycanos podrían atacarles. Casi deseaba poderles advertir.

La llama alcanzó al hidrógeno restante de los desinflados globos. Hubo como un suspiro gigante. El navío más alto se convirtió en una pira voladora. El viento lo llevó fuera de las murallas de la ciudad. Unas pocas figuras similares a hormigas lograron liberarse. El paracaídas de una estaba ardiendo.

—Sant’ísima Marí —suspiró una voz. Y Tresa se abrazó a Ruori, y ocultó su rostro en él.



VIII

Tras la oscuridad, se encendieron velas en todo el palacio. No podían ocultar la fealdad de las desnudas paredes y de los ennegrecidos techos. Los guardias que custodiaban la habitación del trono estaban harapientos y cansados. Tampoco el mismo S'Antón se regocijaba todavía; había demasiados muertos.

Ruori se sentaba en el trono del calde, con Tresa a su derecha y Paulo Dónoju a su izquierda. Hasta que un nuevo grupo de dirigentes pudiese ser escogido, éstos debían tomar la autoridad. El Don se sentaba rígido, no permitiendo que su cabeza vendada cayese, pero de vez en cuando sus párpados se volvían demasiado pesados para continuar abiertos. Tresa miraba con unos ojos enormes debajo de la capucha de una amplia capa que la cubría. Ruori estaba sentado cómodamente; se sentía un poco más contento ahora que la lucha había terminado.

Había sido una cosa desagradable, aún después de que las envalentonadas tropas de la ciudad habían efectuado una salida y arrasado al enemigo ante ellas. Demasiados Hombres del Aire habían luchado hasta la muerte. Los centenares de prisioneros, principalmente procedentes del primer éxito Maurai, probarían ser un peligroso botín; nadie estaba seguro de qué se debía hacer con ellos.

—Pero por lo menos su hueste ha sido batida —dijo Dónoju.

Ruori agitó su cabeza.

—No, S'ñor. Lo siento, pero no se ve el final. Allá en el norte hay millares de esas naves aéreas y un fuerte pueblo hambriento. Volverán de nuevo.

—Nos enfrentaremos a ellos, capitán. La próxima vez estaremos preparados. Una guarnición mayor, globos de barrera, cometas de fuego, cañones que disparen hacia arriba, hasta una fuerza aérea propia... Podemos aprender lo que debemos hacer.

Tresa se movió. Había de nuevo vida en sus palabras, pero una vida que odiaba.

—Al final, llevaremos la guerra hasta ellos. No quedará nadie en todas las mesetas de Corado.

—No —dijo Ruori—. Esto no debe suceder.

La cabeza de ella giró violentamente. Le miró desde la sombra de su capucha. Finalmente, dijo:

—En verdad, estamos obligados a amar a nuestros enemigos, pero esto no se aplica al Pueblo del Aire. ¡No son humanos!

Ruori habló a un paje:

—Traigan al prisionero principal.

—¿Para oír nuestro juicio sobre él? —preguntó Dónoju—. Pero esto debe hacerse formalmente, ante el público.

—Tan sólo para que hable con nosotros —dijo Ruori.

—No le comprendo —dijo Tresa. Su voz le falló, incapaz de demostrar el desprecio que pretendía. Pero las frases surgieron—: Tras todo lo que ha hecho, de repente no hay hombría en usted.

Él se preguntó por qué le dolía el que Tresa dijese aquello. No le hubiera

preocupado si hubiese sido cualquier otra persona.

Loklann entró entre dos guardias. Sus manos estaban atadas a su espalda, y en su rostro había sangre seca, pero caminaba bajo las picas como un conquistador. Cuando llegó ante los troncos, se detuvo con las piernas entreabiertas y sonrió a Tresa.

—Bueno —dijo—, así que encuentra a esos otros menos satisfactorios y quiere que vuelva.

Ella saltó en pie y gritó:

—¡Mátenlo!

—¡No! —dijo Ruori.

Los guardias dudaron, con sus machetes a medio desenvainar. Ruori se alzó y cogió la muñeca de la muchacha. Ella luchó, arañando como un gato.

—No lo maten, entonces —asintió finalmente, tan irritada que casi no se la entendía—. No ahora. Háganlo lentamente. Estrangúlenlo, quémenlo vivo, empálenlo con sus lanzas...

Ruori siguió apretando hasta que se calló. Cuando la soltó, ella se sentó y lloró.

Pauolo Dónoju dijo, con una voz que era como acero:

—Creo que entiendo. Ciertamente debe ser inventado un castigo apropiado.

Loklann escupió en el suelo.

—Naturalmente —dijo—. Cuando tienen a un hombre atado hay muchísimos juegos sucios que jugar con él.

—Cállese —dijo Ruori—. No está ayudando a su propia causa. Ni a la mía.

Se sentó, cruzó las piernas y entrelazó los dedos alrededor de una rodilla, mirando ante él, hacia la oscuridad del fondo del salón.

—Sé que todos ustedes han sufrido por culpa de este hombre —dijo lentamente y con cuidado—. Pueden esperar sufrir aún más en manos de sus compatriotas en el futuro. Ellos son una raza joven, irreflexivos como niños, tal como sus antepasados y los míos lo fueron una vez. ¿Creen ustedes que el Perio fue establecido sin daño ni dolor? ¿O, si recuerdo su historia correctamente, que el pueblo Español fue bienvenido aquí por los inios? ¿Qué los Inglist no llegaron a N'Zealann con matanzas y que los Maurai no fueron en otro tiempo caníbales? En una época de héroes, el héroe ha de tener siempre un oponente.

»Su verdadera arma contra el Pueblo del Aire no es un ejército enviado a perderse en montañas ignotas. Sus sacerdotes, mercaderes, artistas, artesanos, modas, costumbres, conocimientos... ¡he ahí la manera para hacerlos caer de rodillas ante ustedes, si saben usarla!

Loklann se estremeció.

—Usted, demonio —murmuró—. ¿Piensa usted en realidad convertirnos a... a la fe de una mujer y a la jaula de una ciudad? —echó hacia atrás su cabello y rugió en tal forma que las paredes resonaron—. ¡No!

—Esto llevará un siglo o dos —dijo Ruori.

Don Pauolo sonrió en su joven y poco poblada barba.

—Una venganza refinada, S’ñor capitán —admitió.

—¡Demasiado refinada! —Tresa levantó su rostro de las manos, tragó aire y alzó su mano engarfiada, dejándola caer en el aire como si fuese en los ojos de Loklann—. Aún si fuese posible hacerlo —se indignó—, aún si tienen alma, ¿qué es lo que nos une a ellos, o a sus hijos, o a sus nietos... con ellos que han matado hoy a nuestros hijos? Ante Dio todopoderoso: yo soy la última Carabán y tendré mis seguidores para hablar por mí en el gobierno de Meyco. ¡Nunca habrá para ellos otra cosa sino exterminio! Lo podemos hacer, lo juro. Habrá Tekkanos que nos ayudarán por el botín. ¡Viviré para ver tu hogar ardiendo, cerdo, y tus hijos cazados con perros!

Se volvió frenética hacia Ruori.

—¿De qué otra forma podemos estar seguros? Estamos rodeados por enemigos. No tenemos otra posibilidad sino destruirlos, o ellos nos destruirán a nosotros. Y somos la última civilización Merikana.

Se sentó y se estremeció. Ruori extendió el brazo para tomar sus manos. Se notaba fría. Por un simple instante, inconscientemente, ella contestó a su presión. Luego se apartó violentamente.

Él suspiró, cansado.

—Tengo que estar en desacuerdo —dijo— y lo lamento. Comprendo cómo se siente.

—No lo comprende —dijo ella entre dientes—. *No puede comprenderlo.*

—Pero, después de todo —continuó él, forzando un tono seco—, no soy tan sólo un hombre con deseos humanos. Represento a mi gobierno. Debo volver para contarles lo que hay aquí y puedo predecir su respuesta.

»Les ayudarán a repeler los ataques. Ésta es una ayuda que ustedes no pueden rechazar, ¿no es así? Los hombres que sean responsables de todo Meyco no van a declinar nuestra oferta tan sólo por conservar una precaria independencia de acción, no obstante lo que puedan argumentar unos pocos extremistas. Y nuestras condiciones serán muy razonables: no pediremos mucho más que una política que tienda hacia una conciliación y unas relaciones estrechas con el Pueblo del Aire, tan pronto como éste se haya cansado de estrellarse contra nuestra defensa unida.

—¿Cómo? —exclamó Loklann. El resto de los presentes estaban en el más absoluto de los silencios. Bajo las sombras de los cascos brillaban blanquecinos los ojos, clavados en Ruori.

—Empezaremos contigo —dijo el Maurai—. Cuando sea oportuno, tú y tus compañeros seréis escoltados a vuestros hogares. Vuestro rescate será el que vuestra nación permita entrar en su territorio una misión diplomática y comercial.

—No —dijo Tresa, como si hacerlo le causara daño en la garganta—. Él no. Haga regresar a los otros si debe hacerlo, pero no a él... para que pueda vanagloriarse de lo que hizo hoy.

Loklann sonrió de nuevo, mirándola cara a cara.

—Lo haré —dijo.

Ruori sintió que en su interior se encendía la ira, pero mantuvo su boca cerrada.

—No lo comprendo —dudó Don Paulo—. *¿Por qué* favorece a esos animales?

—Porque son más civilizados que ustedes —contestó Ruori.

—¿Qué? —El noble saltó en pie, echando mano a su espada. Luego, envaradamente, se sentó de nuevo. Su tono se convirtió en helado—. Explíquese, S'ñor.

Ruori no podía ver el rostro de Tresa, sumergido en la noche propia de su capucha, pero notaba que se estaba alejando de él más que una estrella.

—Han desarrollado navíos aéreos —dijo, derrumbándose en su silla, agotado y sin ninguna sensación de victoria. ¡Oh gran creador Tanaroa, pensó, concédeme el descanso por esta noche!

—Pero...

—Lo han hecho partiendo de la nada —explicó Ruori—, no como una mera copia de antiguas técnicas. Comenzando como refugiados, el Pueblo del Aire creó un sistema agrícola que puede lanzar guerreros, por millares desde lo que antes era un desierto y, sin embargo, sin necesitar para mantenerlo hordas de peones. Interrogándoles me he enterado de que aprovechan la energía solar y la hidroeléctrica, que tienen una cierta química de síntesis, un arte de la navegación con todas las matemáticas superiores que ello lleva consigo, pólvora, metalurgia, aerodinámica... ¡Oh!, me atrevería a decir que se trata de una cultura desequilibrada, una delgada capa de conocimientos sobre una masa ignorante en su mayoría, pero aún la masa debe de respetar la tecnología, pues de lo contrario ésta no habría llegado tan lejos.

»Resumiendo —suspiró, preguntándose si lograría hacer que ella comprendiese —: el Pueblo del Aire es una raza científica... la única otra, aparte de nosotros mismos, que hemos descubierto hasta ahora los Maurai. Y esto los convierte en algo demasiado precioso para dejar que desaparezca.

»Ustedes tienen aquí mejores modales, unas leyes más humanas, un arte más desarrollado, una visión más amplia, todas las virtudes tradicionales. Pero no son científicos. Ustedes usan el corrompido conocimiento heredado de los antiguos. Como ya no hay combustibles minerales, dependen de la fuerza bruta, por lo que inevitablemente existe una clase de peones, y siempre existirá. Puesto que las minas de hierro y de cobre ya están exhaustas, ustedes desguazan las ruinas antiguas. En su tierra no he visto investigaciones sobre la energía del viento, del sol o de las reservas de energía de la célula viva, y ya no hablemos de la posibilidad teórica de la fusión del hidrógeno sin necesidad de un cebador de uranio. Ustedes irrigan el desierto con un esfuerzo mil veces superior al que necesitarían para cultivar el mar y a pesar de esto nunca han tratado siquiera de mejorar sus técnicas de pesca. Ustedes no han explotado el aluminio que se encuentra abundante en las arcillas ordinarias ni tratado de convertir ese aluminio en aleaciones duras. ¡No, sus campesinos usan herramientas de madera y materias volcánicas!

»¡Oh, ustedes no son ni ignorantes ni supersticiosos! Lo que les falta son únicamente los recursos para adquirir nuevos conocimientos. Son ustedes una buena gente y el mundo es mejor al tenerlos, y yo les aprecio tanto como odio al demonio este que tenemos frente a nosotros. Pero, amigos míos, si se les dejase a sus propios recursos, el resultado final sería que se deslizarían ustedes, elegantemente, de vuelta a la Edad de Piedra.

Una cierta fuerza volvió a él. Elevó su voz hasta que llenó la sala:

—El camino del Pueblo del Aire es el rudo camino hacia delante, hacia las estrellas. En este aspecto, y eso está por delante de cualquier otra consideración, son más semejantes a nosotros, los Maurai, de lo que ustedes puedan serlo. Y no podemos dejar morir a algo que se nos asemeja tanto.

Se sentó entonces, en silencio, frente a la mueca de Loklann y la mirada de Dónoju. Un centinela cambió de pie, con un débil crujido de su arnés de cuero.

Tresa dijo finalmente, con una voz muy baja entre las sombras:

—¿Es ésa su decisión final, S'ñor?

—Sí —dijo Ruori. Se volvió hacia ella. Como se echaba hacia delante, la capucha caía algo hacia atrás, con lo que la luz de las velas le tocó el rostro. Y la vista de los ojos verdes y de los entreabiertos labios le devolvió su victoria.

Sonrió.

—No espero que lo comprenda en seguida. ¿Podría discutirlo de nuevo con usted... a menudo? Cuando haya visto usted las Islas espero que...

—¡Es usted un... un *extranjero*! —gritó ella.

Su mano golpeó en la mejilla de él. Se levantó y, descendiendo por las escaleras, salió de la sala.

Ruori no se llevó la mano a la mejilla. Siguió a Tresa con la mirada, incluso por un corto espacio de tiempo después de que ella se hubo ido. Entonces se volvió con un esfuerzo hacia Dónoju y dijo:

—Lo siento si les he ofendido. Algunas cosas... —vaciló, por lo que Dónoju hizo una inclinación, con una instintiva cortesía, hacia él— son más importantes que... que la ternura.

Se levantó.

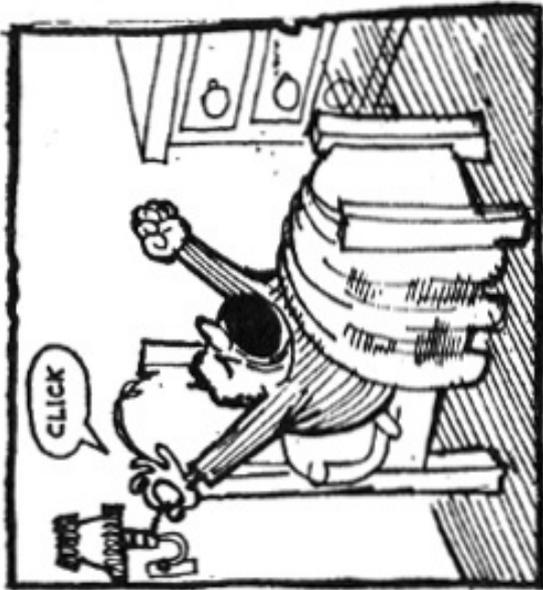
—Ruego que me excusen —dijo—. Estamos todos tan cansados, creo... Desearía retirarme a dormir a bordo de mi buque esta noche.

Título original:

THE SKY PEOPLE

© 1956, Mercury Press, Inc.

Traducción de B. García Mutiño



¡AAAY! ¡OOOH!
¡me despedazarás
y beberás mi
SANGRE!

¡Va a torturarme
y a comerme
VINO!

¡Se ha parado
a la derecha
de mi cama!



¡Es mejor que
encienda la luz
y me enfrente
a la muerte!



EL PEATÓN

RAY BRADBURY

Orville Prescott ha dicho, en el «New York Times»: «Ray Bradbury es el rey no coronado de los escritores de ciencia ficción, un autor cuya fantástica imaginación, poética prosa y madura comprensión del carácter humano le han ganado una reputación internacional». «El peatón» es quizá, de entre todos sus cuentos, uno de los más humanos... y uno de los más estremecedores también.

ilustrado por VLADIMIR PABLO

Entrar en aquel silencio que era la ciudad a las ocho de una nublada noche de noviembre, poner los pies sobre aquella calzada de cemento, avanzar sobre la herbosa senda y seguir su camino, las manos en los bolsillos; en medio del silencio, esto era lo que el señor Leonard Mead amaba más entrañablemente. Se detenía en la esquina de un cruce y contemplaba las largas avenidas que avanzaban en cuatro distintas direcciones bañadas por la luna, decidiendo cuál iba a seguir, aunque esto no importaba mucho; estaba solo en aquel mundo del año 2053, o casi solo, y cuando era tomada una decisión final, era elegido un camino, continuaba andando, lanzando bocanadas de aire helado que parecían el humo de un cigarrillo.

Algunas veces caminaba durante horas y kilómetros, y sólo a medianoche regresaba a su casa. Y en su camino veía las casas y los edificios con sus ventanas oscuras, y le parecía como si fuera atravesando un cementerio, puesto que sólo alguna lucecilla aislada, tímida como una luciérnaga en la noche, aparecía tras los cristales de alguna ventana. O eran grises fantasmas los que se perfilaban a veces tras las otras ventanas cuyas cortinas no habían sido corridas al llegar la noche, o susurros y murmullos que se escuchaban tras lo que parecían las puertas abiertas de una cripta.

El señor Leonard Mead se detenía, inclinaba su cabeza, escuchaba, miraba, y reemprendía su camino, sin que sus pies hicieran el menor ruido en la irregular acera. Desde hacía mucho tiempo había adoptado los zapatos de goma para caminar por la noche, puesto que los perros, en grupos intermitentes, anunciaban su paso con fuertes ladridos si llevaba tacones, y entonces se encendían luces y aparecían rostros asustados en todas las ventanas, y la calle entera se sobrecogía ante el paso de aquella figura solitaria, la suya propia, en aquel prematuro anochecer de noviembre.

Aquella noche en particular emprendió su camino en dirección oeste, hacia el oculto mar. Había una cristalina escarcha en el aire, que hería sus fosas nasales y encendía sus pulmones como si fueran un árbol de Navidad. Casi podía sentir la fría iluminación interna y las ramificaciones pulmonares cubiertas de invisible nieve. Escuchó con satisfacción el leve crujido de sus zapatos sobre las hojas de otoño, y

empezó a silbar entre dientes una suave melodía, cogiendo ocasionalmente alguna hoja a su paso para examinar su esquelético diseño a la infrecuente luz de algún farol, y sentir de cerca su húmeda y sutil fragancia.

—Hola, vosotros —murmuraba a cada casa, en cada esquina del camino—. ¿Qué es lo que hay esta noche en el Canal 4, Canal 7, Canal 9? ¿Hacia dónde van corriendo los vaqueros, a quién acude a rescatar la valiente caballería de los Estados Unidos desde lo alto de la próxima colina?

La calle estaba silenciosa y larga y vacía, con sólo su sombra moviéndose como la sombra de un gabilán sobre la campiña desierta. Si cerraba los ojos y permanecía muy quieto, inmóvil, podría imaginar que se hallaba en medio mismo del desierto de Arizona, sin ninguna casa en cien millas a la redonda, y con sólo ríos secos —las calles— por compañía.

—¿Qué es lo que ocurre ahora? —preguntaba a las casas, consultando su reloj de pulsera—. ¿Las ocho y treinta p.m.? ¿Hora para una docena de crímenes surtidos? ¿Un concurso? ¿Una revista? ¿Un cómico que se caerá del escenario?

¿Era un murmullo de risas lo que se desprendía de aquella casa blanqueada por la luna? Vaciló, pero continuó su camino al ver que nada más sucedía. Dio un traspies en un tramo de acera particularmente irregular. El cemento había desaparecido bajo las flores y la hierba. En diez años que llevaba caminando, de día y de noche, por cientos de kilómetros, no había encontrado nunca ninguna otra persona caminando... ninguna en todo aquel tiempo.

Llegó a una intersección en forma de trébol, donde se unían dos carreteras principales que cruzaban la ciudad. Durante el día, aquel lugar era un atronador avispero de coches, de estaciones de gasolina abiertas, una gran colmena zumbante llena de insectos incesantemente nerviosos, con el ruido de sus escapes abiertos y un eterno avanzar hacia lejanas direcciones. Pero ahora las carreteras eran como ríos en época de sequía, sólo piedras, soledad y brillo de luna.

Dio la vuelta en una calle lateral, iniciando un semicírculo que lo llevaría de regreso a su casa. Estaba apenas a una manzana de su destino cuando el solitario automóvil dio vuelta a una esquina inesperadamente, y lo iluminó con un deslumbrador cono de luz blanca dirigido directamente hacia él. Se detuvo hipnotizado, aturdido como un mosquito ante la luz y a la vez atraído irremisiblemente hacia ella.

Una voz metálica le gritó:

—¡Quietos ahí! ¡Quédense donde están! ¡No se muevan!

Se detuvo.

—¡Suba las manos!

—Pero... —protestó.

—¡Las manos arriba! ¡O disparamos!

La policía, por supuesto. Pero era extraño, algo increíble; en una ciudad de tres millones de habitantes, solamente había *un* automóvil de la policía en servicio. Desde

el año pasado, 2052, el año de las elecciones, la fuerza había sido reducida de tres coches a uno. El crimen iba desapareciendo; no era necesaria pues la policía, salvo aquel solitario automóvil que recorría las calles desiertas.

—¿Su nombre? —dijo el coche de la policía con un murmullo metálico. La brillante luz dirigida a sus ojos le impedía ver a sus ocupantes.

—Leonard Mead —contestó.

—¡Más alto!

—¡Leonard Mead!

—¿Negocio o profesión?

—Creo que soy lo que ustedes llamarían un escritor.

—Sin profesión —dijo el coche policíaco, como si hablara para sí mismo. La luz lo tenía inmovilizado, como si fuera la aguja que atraviesa a un insecto exhibido en un museo.

—Pueden decirlo así —aceptó el señor Mead. No había escrito en años. Las revistas y los libros ya no se vendían. Todo ocurría dentro de las casas-tumbas, pensó, continuando su fantasía. Las tumbas, iluminadas por la televisión, donde la gente permanecía sentada, como muerta, con las luces grises o multicolores iluminando sus rostros, pero sin tocarlos realmente.

—Sin profesión —dijo la voz metálica, silbante, como la de un fonógrafo—. ¿Qué es lo que está haciendo ahora?

—Paseando.

—¡Paseando!

—Precisamente paseando —dijo con sencillez, pero sintiendo algo helado en el rostro.

—¿Paseando, paseando, simplemente paseando?

—Sí, señor.

—¿Pero paseando hacia dónde? ¿Para qué?

—Paseando para tomar el aire. Paseando para ver.

—¡Su domicilio!

—Calle Saint James, Sur, número once.

—¿Y no hay aire *en* su casa? ¿No tiene un *acondicionador* de aire, señor Mead?

—Sí.

—¿Y no tiene usted una pantalla visora en su casa para *ver*?

—No.

—¿No? —hubo un pesado silencio que era, en sí mismo, una acusación—. ¿Está usted casado, señor Mead?

—No.

—Soltero —dijo la voz del policía, más allá del feroz rayo. La luna se veía alta y clara entre las estrellas, las casas eran grises y silenciosas.

—Nadie me necesitó —dijo Leonard Mead con una sonrisa.

—¡No hable a menos que se le pregunte! —rugió el altavoz.

Leonard Mead aguardó en el frío de la noche.

—¿Sólo *paseaba*, señor Mead? —preguntó la voz.

—Sí.

—Pero no ha explicado con qué propósito.

—Sí lo he hecho: para tomar el aire, para ver; simplemente para pasear.

—¿Ha hecho esto frecuentemente?

—Cada noche, desde hace años.

El coche policíaco se encontraba en el centro de la calle con el transmisor rugiendo suavemente.

—Bien, señor Mead —dijo.

—¿Es todo? —preguntó él cortésmente.

—Sí —dijo la voz—. Venga. —Hubo un zumbido, luego un chasquido. La portezuela posterior del coche policíaco se abrió—. Suba.

—Pero un momento, ¡yo no he hecho nada!

—Suba.

—¡Protesto!

—Señor Mead.

Caminó como un hombre repentinamente borracho. Cuando pasó frente a la ventanilla del coche miró dentro. Como había esperado, no había nadie en el asiento del conductor... no había nadie dentro del coche.

—Suba.

Puso su mano en la puerta y escudriñó el asiento posterior, que era una pequeña celda, una reducida cárcel negra con barrotes. Olía a acero remachado. Olía a antiséptico, olía a algo demasiado limpio, duro y metálico. No había nada suave allí.

—Si al menos tuviera una esposa que le proporcionara una coartada —dijo la voz metálica—. Pero...

—¿A dónde me llevan?

El coche vaciló, o más bien produjo un leve chirrido, como si la información, en algún lugar, fuera puesta en forma de una tarjeta perforada bajo sus ojos eléctricos para ser leída.

—Al Centro Psiquiátrico para la Investigación de Tendencias Regresivas.

Subió. La portezuela se cerró con un blando ruido. El coche policíaco se deslizó a lo largo de las oscuras avenidas, iluminadas solamente por sus faros delanteros.

Un momento después pasaban frente a una casa, en una calle... una casa en una ciudad de casas a oscuras. Pero esta casa tenía todas las luces eléctricas encendidas, y cada una de sus ventanas era un gran cuadro de acogedora luz amarilla en medio de la helada negrura de la noche.

—Ésta es *mi* casa —dijo Leonard Mead.

Nadie le contestó.

El coche siguió avanzando por las calles, vacías como el lecho de un río seco, dejando tras de sí otras calles vacías, sin el menor sonido y sin el menor movimiento

en todo el resto de aquella noche de noviembre.

Título original:
THE PEDESTRIAN
© 1959, *Mercury Press, Inc.*
Traducción de Pedro Domingo

se piensa

la ciencia ficción en la psicología de la cultura

Toda manifestación cultural, literaria o artística es el resultado de una época y de unas circunstancias sociológicas. La ciencia ficción es considerada como la literatura representativa de nuestra época, pero ¿cómo y por qué ha surgido? El doctor Alfonso Álvarez Villar, profesor de la Universidad de Madrid, Jefe de Departamento del Instituto español de la Opinión Pública, nos da una respuesta a esta pregunta a través de su especialidad: la psicología.

Si partimos del principio básico del determinismo, de que «nada sucede sin una razón suficiente», la ciencia ficción es también un producto cultural que hinca sus raíces en otros fenómenos más amplios.

Lo cierto es que un estudio somero de la historia nos demuestra que el género de la ciencia ficción suele florecer en fases especiales de la evolución de la cultura. Me refiero, por supuesto, al concepto de ciencia ficción como un género en el que los conocimientos científicos de una determinada época histórica son puestos al servicio de una imaginación creadora para ampliar, sobre la palestra de la literatura, el alcance del hombre. Por eso no me limito a identificar «ciencia ficción» con «ciencia ficción contemporánea».

Historicidad de la ciencia ficción.

Lo cierto es que, eliminando los epígonos y anticipadores, la ciencia ficción alcanza una difusión masiva muy concreta: el llamado período alejandrino, el Renacimiento y la Era científico-tecnológica de nuestros días. Tres épocas que se caracterizan por un despliegue del hombre fáustico en busca de nuevos horizontes para el quehacer intelectual humano.

El período alejandrino da origen, dentro del género de la ciencia ficción «avant la lettre», a ciertas personalidades como el autor anónimo del poema de Alejandro Magno, traducido más adelante por los árabes y convertido en sonoros versos castellanos muchos siglos después, en plena Edad Media. Y es un epígono, por el «dintorno» de su cultura helenística, Luciano de Samosata, autor de una «Historia verdadera», que lanzará el primer cohete literario hacia la Luna.

El Renacimiento se inclina por lo que podríamos llamar **ciencia ficción**

sociológica, y así tenemos que mencionar la «Utopía» de Tomás Moro: «La ciudad del sol» de Campanella y «La Nueva Atlántida» del canciller Bacon. Paralelamente, alcanzan una enorme difusión las novelas de caballería, que encuentran en la imprenta el mejor aliado para divulgar temas épicos y caballerescos de la Alta Edad Media.

A partir de entonces surge la auténtica ciencia ficción, bajo la forma de relatos de expediciones extraterrestres. Tendríamos que citar aquí a Kepler, a Godwin y a Cyrano de Bergerac, pero el impulso lo ha dado el Renacimiento, no la Contrarreforma ni el «espíritu» de la Guerra de los Treinta Años.

Finalmente, en tercer lugar, tenemos a la vista el último período histórico: la Revolución científico-industrial, que se inicia en el siglo XVIII en Inglaterra y que, hija de la «Aufklärung» y de la «Illustration française», es sólo superada, hacia el año 1950, por lo que muchos pensadores comienzan a denominar «segunda revolución científico-industrial».

No es, pues, una coincidencia la de que el impulso para crear un género literario que es la ciencia ficción proceda de épocas en que se está gestando una nueva humanidad. Épocas en las que el hombre se siente angustiado (en el sentido vivencial y etimológico de esta palabra) y busca nuevas salidas a sus inquietudes y a sus aficiones. No se podría comprender, en efecto, la psicología del hombre contemporáneo si no contásemos con ese magnífico «camino real» que es la SF y que nos conduce al meollo de sus aspiraciones y de sus temores.

De sus temores hemos dicho, también, porque ¿no hay acaso en «Fahrenheit 451» de Ray Bradbury, o en «El asfalto», de Carlos Buiza, el mismo estremecimiento imperceptible que experimenta el médico al diagnosticar una enfermedad gravísima? El hombre contemporáneo cuenta, por supuesto, con la ciencia para predecir un gran número de fenómenos, pero a veces la ciencia falla y entonces hay que volar en el Pegaso de la fantasía para explorar regiones que se hallan más allá del alcance de la Razón Pura. Porque la historia se halla saturada de casos en los que la imaginación de un escritor adelantó, e incluso determinó, los hallazgos del científico.

Ciencia ficción y empuje creador

Pero, por otra parte (y si la ciencia ficción fuera sólo un modesto malabarismo mental) es patente que crea en nuestra sociedad una mente mucho más flexible, una mente abierta a cualquier acontecimiento por muy improbable que fuere.

¿Es, en efecto, una simple coincidencia el que el siglo XIX, tan positivista, tan aferrado al método experimental que canta con tanto énfasis un Claude Bernard, no creara un auténtico género de ciencia ficción salvo bajo la firma de esa personalidad señera que es Julio Verne? La ciencia ficción habría, en efecto, fracasado lamentablemente. Por eso, el mismo Julio Verne tuvo que ceñirse a los conocimientos que le proporcionaba la ciencia de su tiempo.

El siglo xx (y esta tendencia se acentúa según una ecuación exponencial) supone un proceso de liberalización intelectual respecto al determinismo del siglo xix. Resucita los mitos antiguos, las religiones ocultas; desempolva los escritos de los teósofos y alquimistas, y hasta somete al molde hipotético experimental los fenómenos parapsicológicos. ¿No habría, pues, de ser favorable para la edificación del género literario de la ciencia ficción?

Una prueba de esta liberalización de la mente es el nuevo sesgo que adopta la literatura desde la tercera década del siglo xx. Se desprecia el rígido planteamiento de la lógica aristotélica y se comienza a cantar el absurdo por el absurdo. La sintaxis queda sustituida por las técnicas de asociación libre que utiliza el psicoanálisis. Prueba de ello son el «manifiesto surrealista» de André Breton, que aparece en el año 1924, y el éxito de los poemas de Ezra Pound y de la novela «Ulises» de James Joyce. La imaginación creadora rompe ahora las vallas de canalización de la métrica o del racionalismo literario, tal como se había manifestado en la novela naturalista de un Emilio Zola. Ya para Proust la narrativa es un espejeo centelleante de vivencias sólo unidas entre sí por la identidad del protagonista. Desde ahora todo le será permitido al literato, que construirá mundos multicolores sin ser necesariamente SF, con la ayuda del verbo (introduzcámonos, si no, en el paisaje tropical que pinta Miguel Ángel Asturias) o de la Metáfora (Jorge Luis Borges, por ejemplo).

La ciencia rompe también moldes tradicionales. Retornando a Parménides, Einstein demostrará, por ejemplo, que «sólo el ser es», que en el universo sólo existe espacio-tiempo y estados especiales de ese continuo que son la energía y la materia. Algunas de las afirmaciones einstenianas son, en efecto, paradójicas, y hasta las matemáticas huyen del frío racionalismo de la Ilustración, buscando fuera de las premisas de Gauss y de Leibniz el mundo alucinante de los espacios pluridimensionales, de las superficies que se retuercen sobre sí mismas y que plantean enigmas indescifrables (recuérdense las teorías de Bourbaki). Por otra parte, la extraña fauna de partículas elementales que han aparecido hasta ahora en el ciclotrón y que siguen apareciendo, han derrocado por completo la vieja teoría unitaria del átomo. El probabilismo del infinitamente pequeño va desplazando, a partir del célebre enunciado de Heisenberg, el implacable determinismo de la física clásica.

Si quisiéramos, en efecto, expresar en una sola frase la postura del hombre contemporáneo, podríamos afirmar que «para él todo puede ser nuevo bajo el sol». Contra el **fatalismo** del hombre antiguo, el hombre fáustico opone el **posibilismo** más radical. Posibilismo que se manifiesta, por otra parte, en ese área tan concreta que son las relaciones comerciales. ¿Qué es otra cosa, por ejemplo, el **brain storming**, sino la aplicación de la técnica literaria que utilizan el surrealista o los más exaltados de los cultivadores de la ciencia ficción, a la heurística de la venta?

Podemos, pues, considerar a la ciencia ficción como uno de los exponentes más importantes de esta apertura a nuevos modos de vivir y de morir, a nuevas posturas

ante el Cosmos y ante la divinidad. En la ciencia ficción late el corazón del hombre contemporáneo. Sus latidos son a veces armoniosos, otras suenan mal al oído del amante de la buena literatura. Pero en todo caso, no lo olvidemos, son latidos del hombre.

Alfonso ÁLVAREZ Villar

¿nuevo nombre para la ciencia ficción?

El presente artículo apareció por primera vez en el «Hugo Gernsback Forecast» (la pequeña revista anual de noticias y comentarios con que Gernsback felicitaba las Pascuas a sus amigos) de 1963. En él se plantea un problema que está actualmente en boca de todo el mundo. Gernsback se pregunta: ¿Hay que darle un nuevo nombre a la ciencia ficción? Pese a todos los intentos, aún no existe ninguna respuesta satisfactoria para ella. ¿Pueden ustedes ayudarnos?

Cuando, a finales de 1960, la Sociedad de Ciencia Ficción del Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT) me invitó a hablar ante sus miembros, les apremié, al final de mi charla, para que sacasen su propia revista de ciencia ficción. Me alegró mucho cuando a continuación, en 1961, la Sociedad dio a la luz el «The Twilight Zine». Los estudiantes del MIT están haciendo una labor muy apreciable y estoy seguro de que con el tiempo la ciencia ficción se beneficiará sobremanera de sus esfuerzos.

En el «The Twilight Zine n.º 5», de abril de 1962, Doug Hoylman, uno de los estudiantes, presentó un artículo bastante provocativo titulado «Un nuevo nombre para la ciencia ficción».

Dice Doug en su introducción: «Ahora bien, no deseo aparecer como desagradecido hacia el viejo tío Hugo, que inventó tanto el nombre como la forma artística, pero la ciencia ficción ha superado con mucho las limitaciones que Gernsback impuso, y todavía está tratando de imponer, al medio. La palabra **ciencia** ya no es aplicable».

El artículo de Doug Hoylman, como él mismo admite, es muy apto para la controversia; debería ser leído por todos los aficionados. Desgraciadamente, no nos da un nuevo término con el que suplantar al viejo, ciencia ficción. En vez de esto dice: «¡Y la primera persona que grite **Scientifiction** recibirá un puñetazo en la nariz!».

¡Touché! Ocurre que yo fui esa primera persona y que creé, con gran pesar mío,

ese término en 1925.

Scientifiction, ese horror, no era sino una contracción **lógica** de la frase **Scientific Fiction** (ficción científica) que comencé a usar en la portada del número de diciembre de 1922 de mi revista **Science & Invention**.



Posiblemente fue ocasionado por los insoportables dolores de crecimiento del género. Corramos una piadosa cortina literaria de olvido sobre este desafortunado episodio y pasemos a la progresiva luz del futuro.

Quiero decir aquí, enfáticamente, que estoy en completo acuerdo con Doug en que necesitamos una nueva terminología. Desafortunadamente, el término ciencia ficción no está pasado de moda, pero ha llegado a tener un uso generalizado demasiado pronto. Probablemente logrará significar lo que debe hacia el siglo xxv o algo así. Y esto lo digo muy seriamente.

Toda mi vida he estado tratando de hacer entrar la palabra ciencia, a través de mis numerosas revistas, en las mentes de millones de individuos mal dispuestos que no estaban preparados para ello... y que todavía no lo están.

Desafortunadamente, hoy en día, sólo un pequeño porcentaje de gente están realmente interesados en la ciencia: científicos, técnicos, ingenieros, etc. El público en general todavía piensa en la ciencia como un sujeto demasiado esotérico y vanguardista. Ciertamente el hombre o mujer medios no desean leer ciencia ficción en sus horas de asueto; el nombre es demasiado impresionante. Si no fuera así, la mayoría de las revistas de ciencia ficción en circulación en la actualidad tendrían, cada una de ellas, una circulación que se podría contar en millones de ejemplares en vez de la mezquina cifra promedio de menos de cien mil.

Se necesita algo más atractivo, estimulante y popular. En esto estoy de acuerdo con Doug.

He trabajado en el problema por años, sin éxito hasta la fecha, lo admito. Y deben ustedes creerme si les digo que si ahora tuviera de nuevo, conociendo lo que me ha enseñado la experiencia, que hacerlo, no originaría el término «ciencia ficción» en un siglo xx que no estaba, como tampoco está ahora, preparado en una forma general

para recibirlo.

Acuñé el término «ciencia ficción» en un editorial que escribí para mi antigua publicación **Science Wonder Stories** (historias maravillosas científicas), en el número de junio de 1929.

En aquella época tenía yo la pequeña esperanza de que finalmente se había producido una infiltración de la ciencia en las mentes de la población mundial. Por desgracia, esto no iba a ocurrir ni ocurrirá en este o en el siguiente siglo.

El hombre o mujer medios ven a la ciencia con una profunda sospecha, como si fuera un maligno ogro que constantemente interfiere y cambia sus vidas y hábitos, que periódicamente causa revoluciones técnicas, echando a millones de personas fuera de sus trabajos como está ocurriendo ahora **temporalmente** por la automatización.

Y sin embargo, la gente sabe también que deben vivir con el ogro si es que quieren subsistir, pero su profundo e irracional antagonismo contra la ciencia se ha convertido en una fijación y a través de años de sacudidas inducidas por la ciencia en centenares de formas: sacudidas económicas, sacudidas sociales, sacudidas de asombro (el típico ¿qué ocurrirá ahora?). Han sido condicionados en un proceso Pavloviano.

Y ésta es la verdadera razón por la que tan sólo un reducido número, una élite, leen historias científicas para su diversión o descanso.

Por tanto creo que sería adecuado un nuevo concepto. Por lo menos, si fuera adoptado, podría preparar el camino para una ciencia ficción de adultos en futuros siglos.

Ahora miremos a los componentes de un sustituto aceptable.

Para el número uno del volumen primero de **Science Wonder Stories**, en junio de 1929, escribí esta frase: «La ficción profética es la madre del hecho científico». Creo que esto todavía significa lo que dice. La ciencia ficción, bajo cualquier concepto o nombre, debe, en mi opinión, tratar primera y principalmente sobre los futuros posibles.

Debe, en forma historiada, profetizar las maravillas que vendrán del progreso del hombre. Esto también incluye a las hazañas distantes y a la exploración del espacio y del tiempo.

En lo que respecta a un nuevo vocablo, sugiero a continuación varios, que podrían ser o no ser los más apropiados.

Probablemente les sonarán extraños. Bueno, también me lo pareció a mí el término «ciencia ficción» cuando por primera vez lo contemplé críticamente.

PREDIFICCIÓN (Predifiction). La palabra predicción va, aquí, unida a ficción.

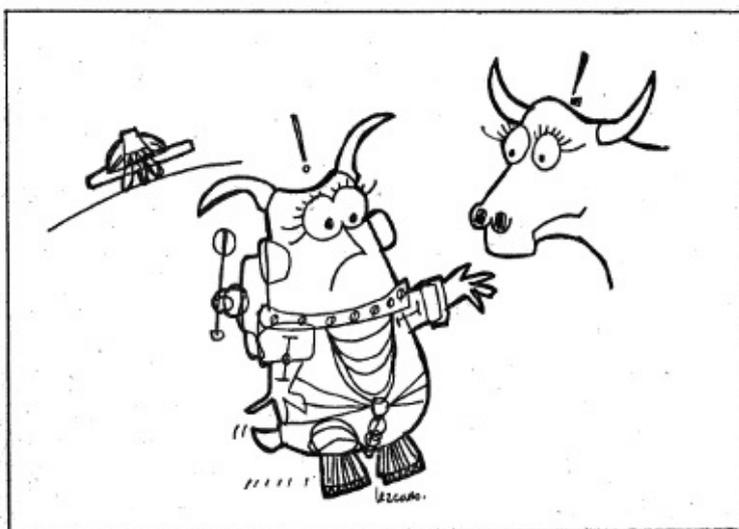
PROFICCIÓN (Prophiction). Contracción de ficción profética (Prophetic fiction). Curioso término que además tiene la ventaja de que también puede significar profesional.

FUTUFICCIÓN (Futufiction). Uno bien raro que pone de manifiesto su cualidad

de visión del futuro.

TELEFICCIÓN (Telefiction). Del griego **tele**, lejano, distante. Un término eufónico y que el público podría asimilar fácilmente porque ha sido condicionado durante largo tiempo por términos similares tales como telescopio, telégrafo, teléfono, televisión, etc. Me agrada particularmente porque podría infiltrarse en el lenguaje, tomando al público desprevenido, por así decirlo, ¡no sospechando nunca que correspondía a la impopular y desdeñada ciencia ficción disfrazada con una nueva piel de cordero!

Hugo GERNSBACK



en torno a «Fahrenheit 451»

La polémica en torno a «Fahrenheit 451» sigue aún candente: para muchos, ésta es la primera película inteligente de ciencia ficción que se ha hecho en todo el mundo; para otros, es un apreciable intento malogrado por exceso de intelectualismo y frialdad. Pero en todos los países donde ha sido exhibida ha causado una verdadera sensación, y en muchos lugares ha sido considerada como una de las mejores películas de la temporada.

Es sumamente difícil enfrentarse con la película «Fahrenheit 451». ¿Motivos? Todos los que se quieran. Y siempre podrán encontrarse más.

Había pensado, en un principio, resolver este llamémosle acercamiento de la siguiente manera. Atiendan: Imagínense ese encuentro entre el marciano y el terrestre que nos pinta Bradbury en uno de sus capítulos —tal vez el mejor— de «Crónicas

marcianas». Allí veíamos cómo coincidían en un tiempo real —bueno, a lo mejor no era real— dos formas diferentes de pensar, dos manifestaciones humanas; uno iba en un barco para navegar por la arena, el otro en su camión. No se entendían. Era inútil. Veían lo mismo, pero no era **lo mismo**.

Yo había creído que, valiéndome de este encuentro, podría hacer que desapareciese por fin esa absurda polémica entre el «Fahrenheit» libro y el «Fahrenheit» film. Unos dicen que el libro es mucho más hondo y maravilloso; otros se inclinan por que la película de Truffaut es también una obra maestra.



De lo que no hay duda, me parece, es de que François Truffaut ha llevado a cabo una adaptación fiel y respetuosa de la obra de Bradbury. Y esto ya es, de entrada, muy importante. Bradbury jamás había sido bien servido por el cine. Ni «El monstruo de los tiempos remotos», ni «Icarus Mongolfier Wright», ni nada de su obra tuvo siquiera un mínimo de dignidad. Bradbury, además, ha hecho públicas unas declaraciones en donde reconocía, por un lado, que la película le había gustado mucho, y por otro, que era la primera vez que había visto una obra suya inteligentemente llevada al cine.

Desde su época de crítico en «Arts» y «Cahiers du cinema», Truffaut ha sido siempre un expositor claro de ideas y de criterios. Jamás ha sido hombre que se andase por las ramas. Fue uno de los primeros que comenzó a descubrir el cine americano en todo su positivismo. Cuando en 1959 pasó al campo de la realización con «Los 400 golpes», no perdió aquella condición. Ni después la ha olvidado.

Esto es algo no insólito, pero sí muy digno de tener en cuenta, sobre todo si tenemos en cuenta que Truffaut es, actualmente, el valor más sólido de la «antigua» nueva ola francesa y, por qué no, del cine de nuestros días. Y a sus películas me remito, incluida la última.

«Fahrenheit 451» es una película meridiana, clarísima. «Fahrenheit» es un film que ataca el Poder, la Super Organización, cuando éstos desprecian la cultura. «Fahrenheit» es, también —¡es tantas cosas!—, una despiadada crítica, un ataque feroz, contra todas las formas de censura. Contra todo lo que pueda ir contra la más

pequeña expresión de libertad del ser humano.

Pero no es nunca un film con «mensaje». No vemos la «trascendencia». No asoma lo «importante». Porque «Fahrenheit» es una obra cinematográfica llena de humor, de ternura... humor y ternura que son, asimismo, premisas principalísimas en la obra literaria de Bradbury. La gran virtud de la película es que, siendo totalmente patética, jamás podemos decir que sea un producto cruel. Y a esa crueldad era muy fácil acercarse.

A Truffaut no le entusiasma la ciencia ficción. Bradbury, por otra parte, ha declarado en numerosas ocasiones: «Nunca me he llamado a mí mismo un escritor de ciencia ficción; otra gente lo hizo por mí. En realidad, he tratado de que el editor quitase el emblema de mis libros». De todas formas, a Truffaut le había gustado de siempre la idea expuesta por Bradbury, como también está interesado en volver a rodar «El día de los trífidos». Truffaut, en «Fahrenheit», recrea pero respeta. El espíritu está totalmente mantenido: Montag, Clarisse o Linda son idénticos a los del libro.

La película ha sido planteada no en un mundo «clásico» de ciencia ficción; sólo en una época imaginaria, en un espacio imaginario. Ocurre entonces que lo que vemos nos parece ya casi real. El motivo es que no andamos muy lejos. Los gobiernos se preocupan de que la gente no aprenda, de que se dediquen a cultivar su cuerpo por medio del deporte, de que olviden el «pensar» (¿no existe un auge de los comic y de las foto-novelas?). No se ha pretendido alejar el relato, sino todo lo contrario: acercarlo. Hay un enorme acierto de medida, de equilibrio, en la dosificación de lo cotidiano, de lo vulgar y lo extraordinario. Ha tratado la normalidad como fantasía, y al revés. Entonces, toda la película respira una atmósfera real y distante, sensible y dura, mágica y patética.

Truffaut, gran conocedor del cine americano, del cine de Alfred Hitchcock sobre todo, nos ha dado una película **americana** (hay veces que uno parece contemplar «Vértigo»). Esto es un acierto. Se ha servido de unos medios de expresión cinematográficos totalmente USA... para un escritor USA. Truffaut, con su lenguaje, parece enraizado en esa aburrida vida americana tan del gusto bradburyano; porque el autor de «Las doradas manzanas del sol», de «El peatón», de «El día que llovió siempre», es un hombre americano que escribe, de la misma forma que Bob Dylan es un hombre americano que canta, valga el ejemplo.

No es una película nueva ni revolucionaria de estilo. Pero es una película sin edad. Y esto es algo mucho más importante. Está filmada en color, un color al servicio de unos personajes, de una intención, de unas imágenes.

Quizás, en ese supuesto encuentro del que hablaba más arriba, el «amigo» de Bradbury no viese nada. Sólo escuchase, en su interior, las magníficas páginas del libro. Pero el «amigo» del cine, vería un desfile de imágenes con una fuerza —una por una— arrolladora. Secuencias como la del incendio de la biblioteca, cuando aquella mujer se quema con sus libros; o la de la **reparación** de Linda; o todo el

final... están dentro del mejor cine de siempre, dentro del mejor cine de ese gran autor llamado Truffaut, que ha realizado hasta la fecha films de la calidad de «Jules et Jim» o «La piel suave». Digamos que «Fahrenheit 451» no desmerece.

Se ha escrito y se ha dicho que es el humanismo quien inspira la obra de Bradbury: el humanismo y la poesía. Creo, honradamente, que ambas cosas están también en la película.

Otra cosa sería decir, por supuesto: yo no he visto en ella que «la ciudad se levantara, girara sobre sí misma y cayese muerta». El cine, por desgracia, no ha llegado aún a esas imágenes.

Truffaut ha demostrado que, sin valerse de trucos, de engaños fabricados por el laboratorio, de presupuestos elevados y de todos esos factores que siempre se han creído indispensables para hacer un cine de ciencia ficción, ha sabido, a base de talento, realizar una de las mejores películas del género en toda la historia del cine. (Es curioso, pero las grandes películas de este maldito género, como «Ultimátum a la tierra», «La humanidad en peligro». «Los pájaros», «Planeta Prohibido»... responden a unos postulados de serie B, salvo el caso de Hitchcock).

François Truffaut ha demostrado que las posibilidades del género son todas. Que para hacer buen cine de ciencia ficción sólo se necesita imaginación. Lo demás —ese dinero que asusta a los productores, esas maquetas grandiosas— es accesorio.

Lo difícil no es construir una calle marciana. Lo difícil es inventarla.

«Fahrenheit 451» es una magnífica película. Que habrá hecho (que ha hecho) muy feliz a ese americano con gafas de Illinois, que gusta de pasear en bicicleta por Los Ángeles. Y, por supuesto, a muchísima gente.

Lo demás es buscar al gato más patas de las que, en realidad, tiene: cuatro.

José Luis GARCÍ



Aníbal 5, un cyborg demasiado humano

Es difícil hallar un buen comic de ciencia ficción pero, cuando se encuentra, la satisfacción que produce compensa el tiempo perdido en la búsqueda. **Aníbal 5** trajo hasta nosotros un remarcable aire de rejuvenecimiento y calidad, pero el personaje murió al poco de nacer, y no ha vuelto a la vida. ¿Qué pasó, **Aníbal 5**?

La ciencia ficción ha tenido numerosos héroes reflejados en las páginas del comic mundial. Unos, estúpidos como Superman. Otros, perfectos como Flash Gordon. Demasiado perfectos. Otros, centenares de ellos, anodinos por exceso de superpoderes. Y he aquí que nos viene de Méjico un nuevo personaje tan revolucionario, tan apasionante para el lector, como de vida efímera. **Aníbal 5** tiene demasiados hallazgos expresivos como para poder sobrevivir en un mercado donde el comic cada día se hace más vulgar, por eso sólo ha durado cuatro meses escasos y no se ha vendido más allá de su país de origen, amén de una pequeña cantidad de ejemplares en Venezuela y otros países de lengua hispana.

El creador de **Aníbal 5** es Alexandro Jodorowsky, conocido en España por muchos aficionados al teatro, ya que pese a vivir en la capital de Méjico ha pasado muchas temporadas en París, donde junto con Topor y Arrabal fundó el **teatro pánico** y los **efímeros**, montando además el primer espectáculo «happening» en Europa. En su libro «Teatro Pánico» adelanta Jodorowsky que los comics son «poesía pánica» y en su «Efímero de San Carlos» centenares de comics fueron lanzados a los espectadores por el propio Alexandro, mientras los increpaba diciendo: «Ésta es la verdadera poesía del siglo xx ¡tomen!, ¡léanla!». Así pues, el acercamiento del discutido autor y director al más revolucionario medio de comunicación de nuestros días, no es en absoluto fortuito. En diciembre de 1965, me escribía ya contando un proyecto que había propuesto a «Editorial Novaro». Proyectaba editar un comic quincenal titulado «Pánico», con treinta y dos páginas a todo color y una tirada de doscientos mil ejemplares. «Cada día me especializo más —me decía en esta carta— en el comic actual. Es decir, del año 1960 hasta nuestros días. Creo que esta época, la actual, es el mejor momento de la historieta. Pero por otro lado he logrado que vuelva a editar “Novaro” un comic que fue una verdadera maravilla: **Spirit**, de Will Eisner. Saldrá junto con el mío, en enero o febrero».

Pero salió **Spirit**, mientras **Pánico** quedaba en el pozo de los buenos propósitos. Hasta que el 1 de octubre de 1966, otra Editorial mejicana, «Temporae», lanza en formato «comic-book» una innovación sensacional firmada por el propio Jodorowsky. Puesto que «Temporae» y «Novaro» tienen estrecha relación económica,

puede suponerse fácilmente que el recién nacido **Aníbal 5** visualiza gráficamente lo que no llegó a ser el otro proyecto de Jodorowsky.

Aníbal 5, no es un hombre corriente. Tampoco un robot ni un androide. Es un «cyborg», o sea, «un ser normal —como dice su autor— al que se le han injertado en el cuerpo toda clase de pequeñas máquinas y dispositivos para aumentar sus poderes al máximo». «Mañana —adelanta la publicidad del cuaderno— gracias a la ciencia moderna, ¡también usted podrá ser un cyborg!».



El nuevo héroe es pues un hombre transformado por la mecánica. Se comporta como un ser humano, ama —continuamente, insaciablemente—, pero cuando sus arriesgadas misiones se lo exigen, recurre a las armas letales que alberga su organismo.

La primera aventura, «Amenaza de las mujeres topo», se inicia justamente cuando su jefe supremo en el A.L.A.D. (Agencia Latino-Americana de Defensa) ordena la serie de operaciones que irán transformando su organismo. Y de esta forma le van injertando una serie de armas y mecanismos, de los que el más espectacular es el fusil que sustenta su brazo, con proyectiles (100 cápsulas atómicas) albergadas en el hombro y dos cañones que salen de las uñas. Sus dientes están huecos y albergan cada uno una micro-bomba. Sus pupilas contienen diminutas cámaras de TV y gracias a sus plantillas anti-gravitacionales puede elevarse en el aire. Tiene además un micrófono radiotransmisor en la garganta, una placa bajo el paladar para lanzar todo tipo de gases, un regulador cardio-pulmonar para resistir presiones estratosféricas y submarinas y por último, aliando la técnica con la más pura fantasía, al presionar el tobillo derecho crea una barrera invisible alrededor suyo.

Aníbal 5 debe enfrentarse en esta primera peripecia con el Barón de Sader, jefe de Interterror, con base en una isla del Pacífico, custodiado por guardianes que, al igual que sus perros, usan cascos erizados de púas. Sader, a quien sus esbirros saludan con un «Heil, Sader!», vegeta habitualmente en una cápsula llena de líquido nutricio en su Templo de la Vida, a donde le llevan mensualmente seis androides, vestidas como las

protagonistas sádicas de la serie «Nutrix» americana: botas negras y ropa del mismo color. En la ceremonia de ofrenda de las seis vírgenes, éstas le ceden sus energías juveniles y envejecen al traspasárselas al monstruo, mientras salmodian una a modo de acción de gracias a su amo, como origen que es de su existencia.

Para triunfar en este reino particular y excitante, **Aníbal 5** utiliza un disfraz de mediocre hombre vulgar, pero al enamorarse de la reina Dunia decide recuperar su ser natural y **se quita** el rostro y cuerpo falso como si se tratase de una camiseta sucia, para enamorarla con su verdadero semblante y, una vez conquistada, asesinarla en la sala en la que se cultivan los embriones de las futuras androides, sumergidos en un líquido nutricio.

En esta primera aventura está ya todo el ambiente habitual en la serie. Los hallazgos de Jodorowsky, amante de la ciencia ficción y del comic —dos artes paralelos y complementarios— son antológicos. Pero lo importante es el tratamiento gráfico que le da un dibujante excepcional, Manuel Moro, de estilo que recuerda a los actuales épicos americanos, Wallace Wood, Frazetta. Guionista y dibujante intervienen en el curso de cada aventura. En ocasiones el dibujante discute con Jodorowsky, se niega a ilustrar aventuras cada vez más descabelladas, toma parte decisiva en la acción. Por otro lado, **Aníbal 5** presenta su forma física, invariable ya en el resto de los cuadernos, inspirada en el actor azteca Jorge Rivero, que figura también en las portadas de los cinco primeros cuadernos.

El segundo de los cuadernos quincenales se titula «Las cinco muertes de Aníbal 5». Esta vez el Barón de Sader ha creado una máquina atómica, con la que se está apoderando de la mente de la fauna africana, provocando una rebelión del reino animal, como en «Los pájaros». El jefe de **Aníbal 5** le envía en misión ofreciéndole como compensación cinco bellas «misses» ganadoras de concursos internacionales, que tomarán a su cargo el «reposo del guerrero» del héroe de la aventura.

Y realmente, Aníbal 5 va a precisar de un descanso de tal categoría, ya que le aguardan experiencias que superan los avatares del asno de oro. Gracias a una máquina transmigradora de entidades, la suya es trasladada entre las bestias en rebelión para introducirse en cinco animales, una araña, un pez prehistórico, un rinoceronte, un antílope y un tigre. Aníbal, humano a pesar suyo, siente el grito de la selva en cada transmigración y se nota débil y grácil al ser antílope, o salvaje al ser tigre, cuando descubre que las piedras tienen olor, o lo que es más espantoso, nota deseos incontenibles de devorar las entrañas de un león. Lucha entre el bien (humano) y el mal (animal) y acaba usando tretas de judo para vencer al león. Tras horribles sufrimientos y agradables momentos al lado de cada «miss» —muy humanas a pesar de operar en estado de hipnosis— el héroe consigue liquidar a Sader. Pero sus cenizas son recogidas por la gorila Medea, generala del ejército animal.

En esta aventura se acentúan los caracteres eróticos del protagonista. No es tan sensato como Gordon, ni tan decadente como Lone Sloane. Le gustan simplemente las mujeres hermosas, por separado o en grupo. La aventura termina con una

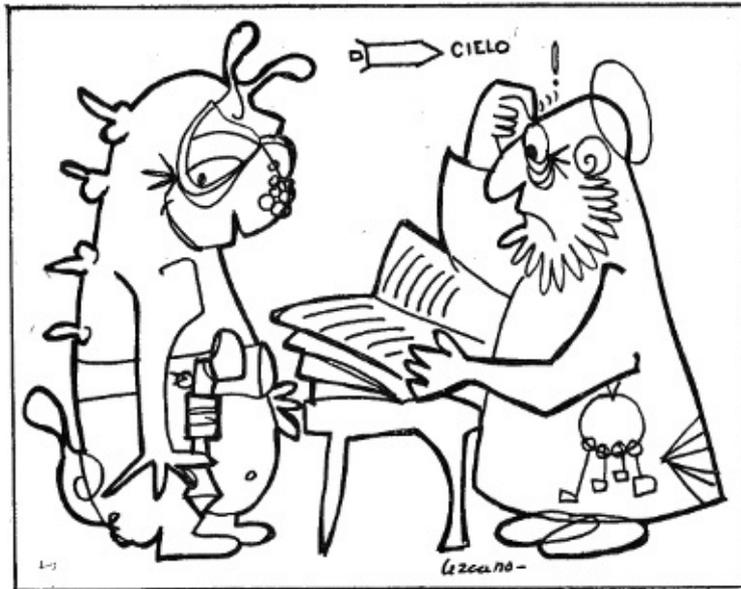
«partouze» del galán y las cinco bellezas, practicando la terapia de grupo.

En el tercer episodio, «El cementerio de los satélites», la gorila Medea ha conseguido reconstruir en parte a Sader, quien, para corresponder al favor, le otorga el semblante de una mujer, aunque con apariencia simiesca. Ambos amantes se van a la Luna y construyen una fortaleza utilizando los satélites terráqueos que flotan libres por el espacio. Visto el éxito de su reconstrucción partiendo de sus cenizas, Sader repite la operación con notorias figuras del mal y crea un ejército de cadáveres zombies, succionando con una de sus máquinas los restos que reposan en los cementerios del mundo. Para luchar en este planeta demencial, Aníbal 5 es condicionado de forma especial. Máquinas de succión cibernética quitan fuerza y volumen a sus músculos, una jalea hipercapilar hace crecer desmesuradamente sus cabellos, y así, convertido en un anciano inofensivo, lo envían a los dominios de Sader.

Pero donde los hallazgos del tándem Jodorowsky-Moro se agudizan es en la aventura «El hombre-mujer», que narra las fabulosas aventuras de Aníbal en un universo femenino, regido por la Capitana Sara, quien se ha apoderado de Valparaíso y de sus mujeres, al servicio de Sader. Aníbal 5 se ve, bien a pesar suyo, convertido en mujer, y su bella apariencia le complace, ya que han cambiado su forma de pensar y alterado su pensamiento. En su papel de «Delfina», se expresa en vez de con globos escritos a máquina, con letra femenina de rasgos delicados. Le han equipado con mortíferas medias que se endurecen como espadas, con ligas que se vuelven rígidas y con un hallazgo excepcional, que entusiasmará a los surrealistas: Cuando lo desea, se pinta los labios con un concentrado orgánico, que le permite lanzar «besos corpóreos» al espacio que succionan y degluten a sus enemigos.

En «La risa del canguro» el héroe, vestido de Mandrake, actúa como prestidigitador en un teatro de variedades, de esos que figuran habitualmente en las aventuras fílmicas de «Santo el enmascarado de plata», y gracias a que puede viajar a través de la materia sólida lucha contra el canguro padre, que ha raptado a los mayores sabios del mundo, para extraer sus conocimientos con una ordeñadora cerebral. Hay también diabólicos niños vampiros que dejan en mantillas a los infantes de «Village of the Damned».

En su última aventura, «Las momias románticas» las viñetas se impregnan de un acusado sabor necrofílico, con una invasión del mundo por bellísimas momias femeninas. Y aquí acaban las andanzas de Aníbal 5.



Parece ser que la «Editorial Tempora» dejó de publicarlo, los motivos no los conozco. Pero es lastimoso que la mejor historieta de ciencia ficción de los años 60 haya terminado tan prematuramente. Desgraciadamente, sus viñetas han sido reproducidas con malos colores y de forma imperfecta. Sería de desear que un editor como Eric Losfeld se decidiese a lanzar una edición de lujo a todo color y formato «Barbarella» de esta pequeña obra de arte que se emparenta con los «space opera», tan de actualidad hoy día.

Luis GASCA



se dice

LIBROS

Doc Savage, el héroe de los años treinta que marcó un hito importante en el género de los «detectives científicos», y cuyas aventuras estaban tan entrelazadas con la ciencia ficción de aquella época, está conociendo una afortunada segunda vida. Así, en los Estados Unidos, «Bantam books», su casa reeditora, lleva ya sacados al mercado veintiuno de los títulos de la serie original, y la casa belga «Marabout», que ha adquirido los derechos en lengua gala, lleva ya editados cinco volúmenes. Algunos rumores anunciaron también su posible reaparición en castellano, aunque por ahora no los veamos concretarse. Son dignos de mención especial, en esta reedición, los excelentes dibujos de las portadas, comunes para la edición yanki y belga, cuyo autor lamentamos quede en el incógnito, como suele ocurrir con las portadas de la mayor parte de los libros editados en USA.





La editorial «Advent», de Estados Unidos, ha encargado al escritor Harry Warner la confección de una **Historia del Fandom**. El manuscrito del primer volumen, que cubre la época de los años cuarenta, ya está terminado, y una vez haya sido publicado su autor comenzará la redacción del segundo, destinado a narrar la historia del fandom de los años cincuenta.

La luna dalle venti braccia (La luna de los veinte brazos), es el título de la primera antología italiana de relatos de ciencia ficción publicada en la U.R.S.S., y cuya edición ha superado los 50.000 ejemplares. El título del volumen es el del primero de los relatos que contiene, perteneciente a Lino Aldani. Los demás autores agrupados en el volumen son Libero Bigiaretti, Dino Buzzati, Italo Calvino, Inisero Cremaschi, Giulio Raiola, Ana Rinonapoli y Sandro Sandrelli. Aunque desconocemos la acogida que ha tenido el libro entre los lectores soviéticos, puede darnos una idea de ella el hecho de que se haya anunciado ya la preparación de una segunda antología de idénticas características, englobando una mayor representación.

Harry Harrison, el conocido autor de **Death World** (publicado en lengua castellana, en dos distintas ediciones, con los poco afortunados títulos de **Mundo muerto** y **Mundo yerto**) y de tantos otros volúmenes, se ha hecho cargo recientemente de la dirección literaria de las revistas estadounidenses **Amazing** y **Fantastic**. Tras una etapa difícil en la que, bajo la dirección de Sol Cohen, ambas revistas se habían limitado a reimprimir relatos publicados en las mismas durante las décadas de los años treinta al cincuenta, lo que levantó una gran ola de protestas entre el público, Harrison quiere convertir ambas revistas en dos revistas de calidad, dando a **Amazing** una orientación hacia la ciencia ficción de primera clase, mientras **Fantastic**, como lo ha sido en otras épocas anteriores, se especializa en el **space opera** y en el **sword-and-sorcery**, es decir, la aventura interplanetaria y el relato de fantasía pura al estilo de un Burroughs o un Tolkien.

Confiamos en su éxito, y lo deseamos. No hay que olvidar que **Amazing**, pese a haber pasado por muy distintas vicisitudes y haber tenido claras etapas de crisis, sigue siendo aún la más veterana de las revistas del género en todo el mundo, y la única de su época que aún se sigue editando.



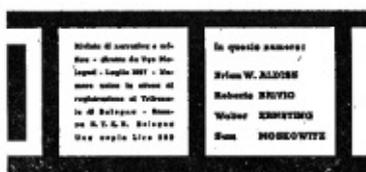
Nova sf constituye, en Italia, el primer intento serio y organizado de crear una revista especializada de ciencia ficción. Editada y dirigida por Ugo Malaguti, uno de los escritores de más prestigio en Italia y uno de los «sf men» más ambiciosos en ideas y proyectos, recoge en sus páginas relatos, crónicas, noticias y estudios literarios de muy alta calidad. En los tres números que han llegado a nuestro poder se incluyen relatos, artículos y estudios críticos de Ray Bradbury, el binomio Pohl-Kornbluth, A. E. Van Vogt, Brian Aldiss, Theodore Sturgeon, Hal Clement, Robert Sheckley, Walter Ernting, John Carnell, Sam Moskowitz, Lino Aldani, Roberto Brivio, sin contar, por supuesto, al propio Malaguti. Uno de los más interesantes proyectos de «Nova sf» es precisamente deslindarse de la servidumbre absoluta a la ciencia ficción anglosajona

y hacer un análisis también de la ciencia ficción europea, para lo cual cuenta, en su comité de redacción, con una serie de colaboradores que incluyen prácticamente a toda Europa.

nova sf*

A. E. VAN VOGT

**I MIEI
UNIVERSI**



La revista «**Minotauro ciencia ficción**», que edita en Buenos Aires Ediciones Minotauro, ha vuelto a aparecer, después de un silencio de casi dos años. Varias novedades hay en ella: el aumento del número de páginas, de 128 a 160, una distinta presentación de la cubierta, quizá para nuestro gusto demasiado semejante a la de un libro, y la desaparición de la nota científica que se incluía en los números anteriores. El número 9, único que hasta el presente ha llegado a nuestro poder, está dedicado completamente a la ciencia ficción inglesa, con relatos de Brian W. Aldiss, John Brunner, J. G. Ballard y Kathleen James. Complementa el número dos artículos, uno de Judith Merrill sobre la escena inglesa y otro de Agustín Mahieu sobre el cine inglés de ciencia ficción.

Confiamos que, en esta nueva etapa, el más amplio éxito sonría a la publicación hermana.

La editorial **Géminis**, que ya había puesto últimamente en el mercado una antología de relatos —**Universum 66**— y un libro —**El túnel del tiempo**— de ciencia ficción, ha presentado ahora su nueva colección de antologías **Selecciones Géminis de ciencia ficción**, de aparición quincenal, en un estilo propiamente de revista, y con material de las prestigiosas revistas estadounidenses **Galaxy** y **Worlds of Tomorrow**. Buena selección de los nombres, y una magnífica reserva de donde ir escogiendo posteriormente. Tan sólo nos molestaría el que la serie se limitara también a la exclusiva dependencia de los Estados Unidos a la que nos tienen acostumbrados la mayor parte de revistas, sin incluir textos de otros países. En el primer número aparecido, y tras una somera ojeada, tan sólo debemos señalar dos puntos negros: la existencia de dos dibujos del gran ilustrador Virgil Finlay en un relato que se dice ilustrado por Perera, y un error tipográfico en el nombre de Emsch, otro gran dibujante

estadounidense, premiado con un Hugo por sus magníficas ilustraciones. Nuestras noticias son que, por el momento, se distribuirá únicamente en España.



CINE

La película «2001», basada en un argumento original de Arthur C. Clarke, y filmada en Cinerama y en technicolor por el director británico Stanley Kubrick, será estrenada en los Estados Unidos en la Pascua de 1968. Según nuestras noticias, esta película, cuyo rodaje comenzó en 1966, promete ser uno de los films más interesantes —y más espectaculares— de ciencia ficción rodados hasta la fecha, Destinado a narrar la epopeya futura del hombre en el espacio, han sido diseñados para él dieciocho decorados especiales, que recogen escenas de la Tierra a principios del siglo XXI, del interior de una estación espacial gigante, de una órbita alrededor de la Tierra, de un viaje a la Luna, y de una nave interplanetaria con destino a la parte exterior del sistema solar. Se han empleado nuevas técnicas de maquillaje y vestuario, tales como unos trajes espaciales fabricados con una tela especial confeccionada con nylon y metal, que pese a ello es tan flexible como la seda. Y como detalle curioso añadiremos también que por primera vez se ha empleado el curioso sistema de que el director moviera a sus actores dándoles sus indicaciones a través precisamente de los micrófonos de sus trajes espaciales.

Lo único que desconocemos, por ahora, es cuándo llegará esta película a los países de habla castellana. Esperamos que sea pronto.



La productora «DEFA», de Alemania del Este, comenzará a filmar este año, en coproducción con Polonia, tres cintas de ciencia ficción. La primera, según un escenario original de A. Wagenstein, describe cómo, al ir expandiéndose el hombre por el Universo, considerará cada vez menos importante a la Tierra. La segunda, basada en la obra **Die andere Welt** (el otro mundo), de Herbert Ziergiebel, presenta el problema del enfrentamiento del hombre con la soledad del espacio. El tercer film, por último, sigue una historia de Carlos Rasch, uno de los mejores escritores de ciencia ficción de la República Democrática Alemana, centrada en las aventuras de los cazadores de asteroides. La citada productora realizó ya, en 1959, una producción denominada **Spaceship to Venus doesn't answer** (Astronave a Venus no contesta), basada en una novela del conocido escritor polaco Stanislaw Lem.

TEATRO

El teatro de ciencia ficción, una vertiente del género que parece estar muy poco explotada, tiene en Italia un destacado lugar. Son dignas de mención, entre las últimas obras de este género presentadas últimamente en dicho país, **Non si uccidono i robots** (No se mata a los robots), de Pino Pugnoni, ganador del premio «Ca Foscari» de la Universidad del mismo nombre, de Venecia, e **Italia 2500**, del célebre humorista Giovanni Mosca.

COMIC

La primera tira de comic en lengua catalana que se publica en un periódico francés viene apareciendo, diariamente, en el cotidiano de Montpellier «Midi Libre». La serie, con dibujos de Roger Taillade y texto de Pere Verdaguer, desarrolla un sujeto de ciencia ficción: la máquina del tiempo. Con el título de **El cronomòbil** (el

cronomóvil), es propiedad de la empresa «Edicions 62» de Barcelona, y su duración aproximada será de un año.

Lo único que debemos lamentar de esta primera e interesante experiencia es que la calidad del dibujo no esté a la altura de la misma.

«**Le Terrain Vague**», de París, continúa desarrollando una política editorial claramente inclinada hacia la ciencia ficción, principalmente en su ya famosa serie de «Bandes Dessinées». Al primer ensayo, la archifamosa **Barbarella** de Jean-Claude Forest, especie de Flash Gordon femenino que reúne en sus historias los cuentos de hadas, el erotismo y la ciencia ficción, y que recientemente ha sido llevada al cine por Roger Vadim con Jane Fonda como protagonista, han seguido: **Les aventures de Jodelle** (Las aventuras de Jodelle), de Guy Pellaert, que transcurre en una antigua Roma muy particular, con dibujos muy estilo «pop» y constelada de elementos fantásticos; **Lone Sloane**, de Philippe Druillet, cuyo ambiente, barroco y decadente, está claramente inspirado en la famosa serie de ciencia ficción «Northwest Smith»; **Scarlett Dream**, de Gigi y Moliterni, que usa, en el contexto de unas aventuras de agentes secretos, elementos claramente pertenecientes al género de ciencia ficción, como ya se está haciendo tradicional en este tipo de aventuras... como hace Alain Tercinet en su **Et on tuera tous les affreux** (Y se matará a todos los feos). Por último, recientemente, ha aparecido **Saga de Xam**, cuya publicidad previa ya nos había permitido apreciar su pertenencia a nuestro campo literario. Es interesante ver cómo la colección más prestigiosa y más prestigiada del comic actual ha sido dedicada casi exclusivamente a lo fantástico y a la ciencia ficción...



El tan esperado volumen «Flash Gordon», editado por la estadounidense «Nostalgia Press», ha aparecido al fin. De gran formato, 36×28 centímetros, lujosamente encuadernado, contiene el material dibujado por Alex Raymond para las páginas dominicales de los periódicos de los años treinta, época dorada de la serie. De especial interés es la biografía de Alex Raymond hecha por Al Williamson, así

como la tan comentada «Ice Sequence» de 1939-40, que se publica completa. La edición es limitada.



FUMETTI

La revista italiana «Topless», editada al mismo tiempo en italiano y francés, publica en su número uno, recientemente aparecido, uno de los primeros **fumetti** europeos de ciencia ficción que hemos tenido ocasión de ver. Bajo el título general de «**Les aventures de Mr. Love**» (Las aventuras de Mr. Amor), la serie recoge las peripecias de un ser extraterrestre, Mr. Love, cuya nave se estrella en nuestro planeta, quedando separado en el accidente de su compañero Ooan, al que debe encontrar para iniciar la búsqueda del «Metal de Bios», con el que, según el mismo Love, su planeta será salvado de un fin no especificado.

El primer episodio, titulado «**La venus d'or**» (La venus de oro) nos plantea el inicio del argumento y nos hace vivir las primeras aventuras del protagonista, uno de cuyos poderes es la facultad de trasladar su mente a otros cuerpos humanos apoderándose de ellos. El desarrollo del episodio está plagado de acción y violencia, y ambientado por una serie de actrices que, en diversos estados de «deshabillé», hacen agradable al héroe su estancia en la Tierra y amena al lector una serie que, por otra parte, no ofrece nada fuera de lo normal.

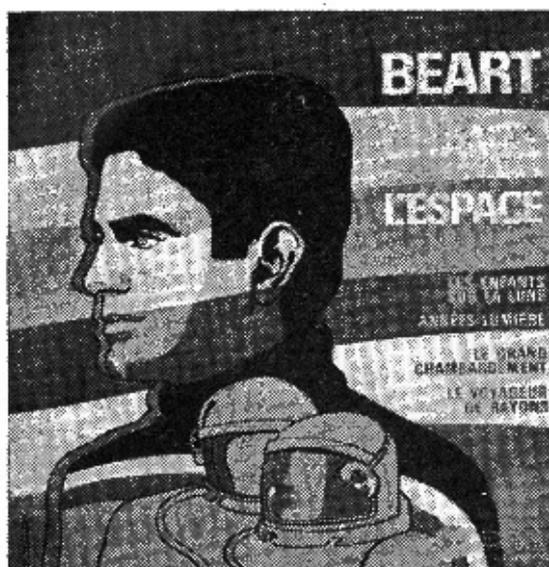


Y también de Italia, la patria de esa variedad del comic compuesta a base de fotografías en lugar de dibujos, nos llega asimismo otro «fumetto», editado al igual que el anterior en versión simultánea francesa e italiana, titulado **Wampir**, y dedicado éste a narrar aventuras de horror. El primer número recoge la historia «**La maison del horreurs**» (La casa de los horrores), y está ilustrado con las fotografías del film «House of Dracula» (La casa de Drácula) de Erle C. Kenton.

DISCOS

«**Béart chante l'espace**» (Béart canta al espacio), uno de los últimos «long-play» del conocido cantante y compositor francés Guy Béart, ha sido uno de los discos más vendidos en ese país en el segundo semestre del año 1967. Se trata de un disco con cuatro canciones sobre temas de ciencia ficción: «**Les enfants sur la Lune**» (Los niños en la Luna), «**Années-lumière**» (Años-luz), «**Le voyageur de rayons**» (El viajante de rayos), y «**Le grand chambardement**» (La gran barahúnda). Esta última canción precisamente, cuyo tema principal es la guerra nuclear, ha constituido uno de los éxitos más importantes de esta última temporada en Francia, y una de las canciones más escuchadas en todos los medios de difusión del país.

Además de su contenido, el disco tiene un nuevo e interesante atractivo en la magnífica cubierta, obra de Guy Pellaert, el famoso dibujante «pop» del magnífico comic «Les aventures de Jodelle».



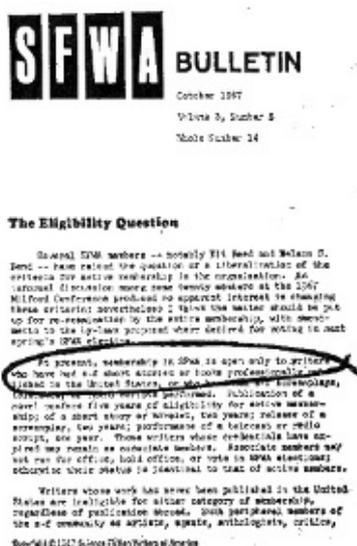
El primer disco español de ciencia ficción, un «single» titulado «**Canción-ficción**», ha obtenido un éxito tal que ha agotado su edición a los pocos días de salir al mercado. El disco recoge dos canciones compuestas e interpretadas por el cantante Manolo Díaz, tituladas «**Los marcianos**» y «**El laboratorio**», cuyos temas respectivos son el primer encuentro de un terrestre con un ser espacial y la fabricación de androides. La canción, hasta ahora ausente casi totalmente del género, entra así repentinamente en él con un sorprendente auge. ¿Llegaremos a poder oír algún día las obras del omnipresente Bradbury en nuestro tocadiscos, además de tenerlas en nuestra biblioteca?



AUTORES

La «**Science Fiction Writers of America**» (Escritores de Ciencia Ficción de América), única asociación profesional de este tipo de la que tenemos noticia en todo

el mundo, se halla ante la disyuntiva creada por las interpelaciones formuladas por sus miembros Kit Reed y Nelson J. Bond. La cuestión, tal como la presenta su actual presidente, Robert Silverberg, en el último número del **SFWA Bulletin**, es la siguiente: hasta el presente tan sólo podían ser miembros de la agrupación los escritores que hubieran publicado en los Estados Unidos libros, historias, guiones de película o de televisión, o programas de radio. Lo que se pretende ahora es dar cabida también a los escritores cuyas obras no hayan sido publicadas en ese país, a las personas íntimamente relacionadas con la ciencia ficción aunque no se trate de escritores, a los críticos, a los editores, a los compiladores de antologías, a los artistas, etc., así como a aquellos escritores que, habiendo pertenecido al género, ya no actúen profesionalmente dentro del mismo. Numerosas opiniones en pro y en contra han surgido ante estas propuestas, y es posible que sean puestas a votación en la reunión de primavera de 1968. Sería de desear que una sociedad del prestigio de la SFWA liberalizase su actitud para que, de una organización local, pasase a tener el cariz mundial tan deseado por todos y tan apropiado para todo lo que es ciencia ficción.



Para contribuir a la difusión de la ciencia ficción, Damon Knight ha propuesto, en los Estados Unidos, una operación que ha denominado **Project Boskone**. Consiste en que los aficionados al género de todo el país visiten a los distribuidores de libros de las distintas poblaciones de su zona para pedirles que suministren un mayor número de libros de ciencia ficción a las librerías, puesto que últimamente, y debido a la multitud de publicaciones de todo tipo que se editan en dicho país, los libros de este género estaban empezando a diluirse entre la gran cantidad de libros que abarrotan las estanterías.

Resulta curioso resaltar a este respecto la indudable intención que se oculta tras el nombre del proyecto. Boskone, en efecto, es el nombre que el conocido autor E. E. Smith da al Imperio del Mal en su famosa «Lensman Series». ¿Acaso en la mente de Mr. Knight se habrán entrelazado la imagen ficticia de la obra con la imagen real del

imperio caciquil que rige la distribución de libros en los Estados Unidos?

Suerte, Mr. Knight.

Falleció, el 19 de agosto de 1967, en el hospital Roosevelt de Nueva York, a los 83 años de edad, Hugo Gernsback. Fue el creador y animador de la actual ciencia ficción desde sus comienzos, y gracias a su labor el género ha pasado a ser, del incipiente fenómeno local que se inició en los Estados Unidos, la literatura mundial que hoy todos conocemos. No podemos dejar pasar este primer número que hemos dedicado a su memoria, sin rendirle nuestro homenaje, a través de la evocación que de él y de su obra nos hace, desde Hollywood, nuestro colaborador Forrest J. Ackerman:



Adiós a nuestro abuelo. Hugo Gernsback fue el padre indiscutido de la ciencia ficción. Incluso llegó a inventar el término por el que se la conoce hoy en día, usándolo por primera vez en 1929, en el editorial de una de sus revistas. Nació en Luxemburgo, y emigró a los Estados Unidos cuando era muy joven. Creó la revista **Amazing Stories** en abril de 1926, y anteriormente había publicado ya numerosas historias cortas y novelas seriadas de «Scientifiction», otro de sus términos, en su revista **Science & Invention**. Él mismo escribió la extraordinariamente profética novela **Ralph 124C41+** en 1911. Durante su extraordinariamente fecunda vida como inventor, científico, editor, autor, director literario y filósofo, creó también revistas como **Science Wonder Stories** y su correspondiente **Quarterly, Amazing Stories Annual** y su **Quarterly, Air Wonder Stories, Scientific Detective Stories** (posteriormente **Amazing Detective**), **Science Fiction +**, **Sexology** y las **Science Fiction Series**. Él fue quien me bautizó como «el hijo de la ciencia ficción» y «la primera autoridad en ciencia ficción», y estoy orgulloso de haber recibido el premio que honra su nombre, el Hugo, y aún más orgulloso de haber sido el que llevó personalmente a Mr. Gernsback su propio Hugo. Autores clásicos tales como Jack Williamson, Murray Leinster, Edmond Hamilton, Edward E. Smith, A. Merritt, Ray Cummings y Edgar Rice Burroughs se formaron en las páginas de sus revistas;

Robert A. Heinlein cortejó a su primera esposa mientras ésta le leía **Time Stream** (La corriente del tiempo) de una de las revistas de Gernsback. Murió en Nueva York el 19 de agosto de 1967, cuando el fandom del que había sido padre estaba a punto de celebrar su 25 Convención Mundial; pero vivirá por siempre en el corazón de la ciencia ficción, puesto que él fue la semilla originaria desde la cual esta literatura mundial de imaginación y extrapolación ha extendido sus raíces, de aquí a la eternidad y al infinito.

Forrest J. ACKERMAN

FANDOM

Bajo el título «European Link» ha aparecido en Londres el primer newszine (fanzine de noticias), dedicado a recoger la actualidad del fandom en todo el continente europeo. Su editora es Jean G. Muggoch, y colaboran en él: por Italia, Gian Paolo Cossato; por Francia, Jean-Pierre Moumon; por Suecia, Leif Andersson; por España, Luis Vigil; y por Gran Bretaña, la propia editora; fallando en el último momento la colaboración esperada por parte de Alemania.

El proyecto original de este newszine era reunir en Gran Bretaña las noticias remitidas por todos los colaboradores, formar con ellas cada número y remitirlo después de vuelta a los distintos países para ser allí traducido a su lengua correspondiente y editado, con lo que se conseguiría un único fanzine de noticias de amplia circulación en diferentes idiomas. Sin embargo, según la propia Jean G. Muggoch, el nuevo newszine se está convirtiendo en un fanzine internacional dirigido por ella misma, y según sus propias palabras no se cree a la altura suficiente para llevarlo adelante. Lamentaríamos que un proyecto tan interesante se truncara.

Heidelberg ha sido el lugar escogido para la celebración de la convención correspondiente a 1968 por el SFCD (Club de Ciencia Ficción de Alemania). La fecha elegida ha sido la del dos al cuatro de agosto de este año.

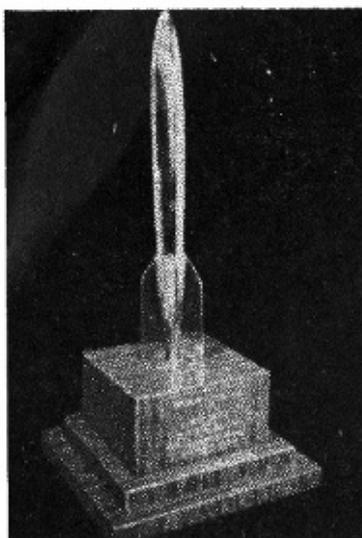
La convención de 1968 de la «British Science Fiction Association» se celebrará en Buxton, cerca de Manchester, en el fin de semana de Pascua. Como Huésped de Honor de la misma asistirá el conocido autor de ciencia ficción H. K. Bulmer. En el programa se incluyen, entre otras actividades, la proyección de varias películas, tanto profesionales como amateurs, del género.

La próxima convención nacional de Suecia tendrá lugar, según parece ser, en Estocolmo, aprovechando las fiestas de Pascua, como ya viene siendo tradicional en el fandom europeo. Sin embargo, algunas noticias dan como posible que el lugar de celebración sea trasladado a última hora a la localidad de Whitsuntide.

PREMIOS

Los premios «Hugo» que se conceden anualmente en el curso de la World Science Fiction Convention (Convención Mundial de Ciencia Ficción) para premiar los mejores trabajos del género en sus distintas especialidades fueron concedidos en 1967, en Nueva York, en la primera semana de septiembre.

En su categoría de novela, Robert Heinlein se ha llevado nuevamente el palmarés, por su obra **The Moon is a harsh mistress** (La Luna es una austera amante), publicada originalmente como serial en la revista «If». El premio ha levantado una gran polvareda, ya que para muchos críticos la novela no es merecedora del mismo, si bien el sistema de votaciones, con votos enviados por correo meses antes de la convención por los que intervienen en la misma, indica que sí es al menos la que ha gozado de mayor popularidad, tal vez en parte por el nombre del autor. Heinlein había ganado ya anteriormente otros tres premios Hugo por sus novelas **Double Star** (publicada en español por Nebulae con el título de «Intriga Estelar»), **Starship Troopers** («marines» del espacio) y **Stranger in a strange land** (cuya publicación en lengua española, bajo el título de «Forastero en tierra extraña», está anunciada como inminente por ediciones Géminis). Los otros premios correspondieron: el de novela corta a Jack Vance, por **The last castle** (el último castillo): anteriormente Vance había conseguido ya otro Hugo por su novela corta «The dragon masters» (los amos de dragón), de la que «The last castle» sigue los pasos. El de relatos a Larry Niven, por «Neutron star» (estrella neutrónica). El premio a la mejor revista a «If». El destinado al mejor ilustrador a Jack Gaughan. Y el premio al mejor espectáculo al film para TV «**The menagerie**» (la casa de fieras), de Gene Roddenberry, perteneciente a la serie **Star Trek...** la mejor serie, a juicio de los amantes del género, aparecida hasta la fecha en la televisión mundial.



En el curso de la convención anual del Club de Ciencia Ficción Alemán, celebrada

en Berlín en agosto de 1967, se entregaron los siguientes premios: Hugo a la mejor novela de autor alemán a **Wenn das Führer wüsste** (Si el Führer supiera), de Otto Basil; mención especial a Walter Ernsting por **Sigbert Mohn Verlag** (Editorial Sigbert Mohn) y a Hans Kneifel por **Lichter des Grauens** (Luces del terror). Los premios a las mejores películas de ciencia ficción vistas en Alemania durante el año fueron concedidos a **Fahrenheit 451**, **Fantastic Voyage** (Viaje alucinante) y **Raumpatrouille** (Patrulla espacial). Otros premios fueron concedidos a las mejores traducciones, a los mejores escritores fan, al mejor fanzine, etc.

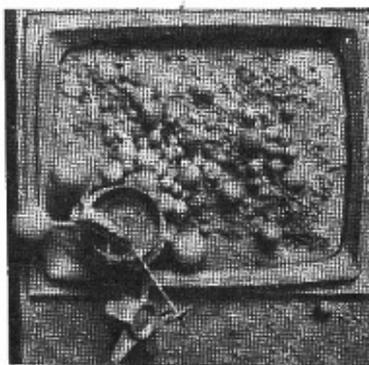
EXPO

Un hecho importante se ha producido en la escena internacional: la primera Exposición General de la Ciencia Ficción.

Concebida originalmente para su presentación en la sala Kunsthalle de Berna (Suiza), se ha presentado luego en el Museo de las Artes Decorativas del Louvre, en París (Francia), de donde ha de pasar posteriormente a Düsseldorf y Baden-Baden (Alemania), Grenoble (Francia) y Bruselas (Bélgica). También se habla de una posible incursión al territorio americano, al Canadá.

Este hecho trascendental, a nuestro entender, para la dignificación de la ciencia ficción, durante demasiado tiempo considerada como la «bête noire» de los géneros literarios, merece que le dediquemos un comentario algo más extenso que el de la simple noticia, por lo que reproducimos a continuación las impresiones que de esta exposición nos remite, desde París, nuestro colaborador Jacques Ferron.

LA CIENCIA FICCIÓN EN PARÍS.— El museo de las Artes Decorativas de París abriga, en el pabellón Marsan, dentro del Palacio del Louvre, la primera Exposición General de la Ciencia Ficción. Esta manifestación ha sido organizada por M. Harald Szeemann, director de la Kunsthalle de Berna, en colaboración con la Unión Central de las Artes Decorativas. La exposición, inaugurada el 28 de noviembre de 1967, cerrará sus puertas el 26 de febrero de 1968.



«Aquí está el repertorio de nuestras angustias —escribe Christiane Duparc en el número 160 de **Le Nouvel Observateur**—; un magnífico terreno de caza para los

psicoanalistas y los amantes de las mariposas negras».

Nadie pretende lo contrario. Sin embargo, queremos añadir que se trata del inventario completo de todo lo que se relaciona, en una forma u otra, con la ciencia ficción: libros, fotos, música, carteles, artes plásticas, juguetes, etc. Acogido por un retrato de la efigie de Batman, el visitante penetra en la pequeña sala de la entrada donde están expuestas obras plásticas tales como **le Manipulateur** (el manipulador) de Piotr Kowalski y la **Chrysalide** (la crisálida) de Tetsumi Kudo. La semioscuridad favorece esta presentación. Nos apena, sin embargo, que no se ha entregado un plano a los visitantes, plano que diera, al mismo tiempo, a las personas no iniciadas algunas explicaciones someras sobre lo que iban a ver. Desde la sala de las obras-máquina, el visitante trata de comprender, pero nada le ayuda; el lujoso catálogo de la exposición, que va acompañado de un número de la revista **Phenix** referente a la parte de comics, es, a su vez, una verdadera revista que no puede ser leída sobre el terreno.

Una bella sala ha sido reservada a las manifestaciones literarias de la ciencia ficción y permite seguir su desarrollo mediante una clasificación lógica, aunque en apariencia no lo parezca: «Anarquía y Ciencia Ficción», «Literatura y Ciencia Ficción», «Futuro Pasado», «Veinteavo Siglo», «Año 2.000», «Futuro Viejo», etc.



Se reencuentra aquí a la mayor parte de las ilustraciones para niños y adolescentes y también, ¿por qué no?, las reservadas para los adultos. Tras **Mickey**, las célebres series de las **Amazing Stories**, **Astounding**, **Planet**, **Fantastic**, **Futur**, y otras. Además de las publicaciones americanas, resalta la participación de gran cantidad de

libros y de revistas procedentes del mundo entero, tales como **Galaxy**, **Satellite** y **Fiction**, de Francia, **Anticipación** de España, etc. Es imposible citar siquiera una parte del todo. Un buen número de los fanzines internacionales tiene igualmente un lugar en esta sala, aunque sean más apreciables, en este dominio más reducido, una serie sensible de lagunas.

El apartado de los precursores está bien representado con, entre otros, H. G. Wells y Julio Verne. Hay allí una excelente colección de volúmenes antiguos. La mayor parte de estos documentos literarios provienen de la biblioteca del Club Futopía de Lausana (Suiza).

La parte relativa a las portadas de las revistas permite admirar magníficas ilustraciones, muchas veces en colores.

Por el lado de los libros es preciso señalar, en lo que se refiere a España, **El visitante** (col. Infinitum) de Domingo Santos, **Ellos** (col. Nebulae) de Antonio Ribera, **La rebelión de los hypogeos** (col. Robot) de Alan Comet, **El conquistador del mundo** (col. Luchadores del Espacio) del Profesor Hasley y **Submicrobia** (col. Espacio) de Clark Carrados. Naturalmente, era imposible exponer todos los libros de Ciencia Ficción y, como ocurre con las obras españolas, no se trata sino de muestras.

La radio, aunque las canciones sean bastante raras en este campo, y la televisión, tiene su lugar en esta parte de la exposición, donde se halla también una librería especializada.

Un pequeño inconveniente que se debe de señalar es el que numerosas obras reposen en vitrinas, colocadas planas contra el fondo, lo que convierte en muy difícil un examen profundo.

La sala 1.900, que sigue, comprende una programación audiovisual de 17 minutos, que se descompone así: 1.º, Extractos de films proyectados contra el techo: **Tarantula**, **First Spaceship to Venus**, **Flash Gordon**. 2.º, Proyección de diapositivas, a menudo de gran impacto, sobre tres planos simultáneos y cuya temática comprende la conquista del espacio, ilustraciones antiguas, precursores de la imaginación, la ciencia ficción y las tiras de comic, los comics, las portadas de las revistas. Y 3.º, Proyecciones coloreadas contra el techo, alternando con la iluminación de las vitrinas.

El centro de la sala está ocupado por una cabina de relajación, ideada por el ingeniero H. W. Müller, destinada al condicionamiento de ciertos enfermos, y en la cual un aparato de proyección con discos visuales proyecta colores y formas. El autor de esta realización ha concebido, para el futuro, una sala de meditaciones que parece ser un proyecto muy interesante.

En el intervalo de estos efectos audiovisuales se puede examinar las vitrinas consagradas a los juguetes de ciencia ficción: platillos, monstruos, robots, armas.

Otras son reservadas a la aportación de la ciencia ficción a la publicidad. La oscuridad que reina a menudo en esta sala vuelve difícil una visita continua, y los destellos múltiples no facilitan las cosas. No obstante se puede ver, en materia de tiras

de comic, bellas ampliaciones destinadas a dar valor a ciertos temas, tales como ciudades fabulosas o mundos lejanos. Los documentos fotográficos de cine provienen de los archivos de la revista **Midi-Minuit**.

La última parte de la exposición se abre sobre el tema de los autómatas y los robots, que parece estar menos bien tratado por los artistas de la ciencia ficción. Algunas obras plásticas de Robert Malaval y de Markus Retz no tienen sino un lejano nexo con el sujeto, pero una tela de Ferrò: **Electro Junk** (Electrobasura) aumenta un poco el nivel de calidad gráfica y prelude los dibujos humorísticos, por desgracia poco numerosos. Queda, por suerte, una espléndida colección de carteles (colecciones A. de Groote y Luis Gasca) que cubren treinta años de cine de ciencia ficción y provienen de diversos países. Algunos títulos en lengua española son: **Conquistadores de la Luna, Con destino a la Luna, Santo el enmascarado de plata y Santo y las mujeres vampiro**.

La exposición se acaba con una colección que trata sobre la vestimenta en el futuro. No debemos olvidar el original cuadro cronológico de la ciencia ficción compuesto por Pierre Versins basándose en las cuatro historias del futuro de Robert Heinlein, Poul Anderson, James Blish y Michel Demuth.

En conclusión, a pesar de algunas debilidades y de una puesta en escena que sobrepasa un poco su objetivo, la exposición del pabellón Marsan presenta un gran interés, no sólo para los fans de la ciencia ficción, sino también para todos aquellos que se apasionan por los campos que esta toca y que son, según se ha visto, numerosos.

Jacques FERRON

Las noticias recogidas en esta sección proceden de las siguientes fuentes: **Alien Worlds** (revista), Salford, Gran Bretaña; **Arcanes** (boletín de «Le Terrain Vague»), París, Francia; **European Link** (fanzine), Londres, Gran Bretaña; **Midi Libre** (periódico), Montpellier, Francia; **Nova sf** (revista), Bologna, Italia; **Science Fiction** (catálogo de la exposición de ciencia ficción en París), París, Francia; **Scottishe** (fanzine), Surbiton, Gran Bretaña; **SFWA** (boletín de la «Science Fiction Writers of America»), Baltimore, Estados Unidos; **The national fantasy fan** (fanzine), Garden Grove, Estados Unidos; **Topless** (fumetto), Roma, Italia; **Wampir** (fumetto), Milán, Italia; **Yandro** (fanzine), Londres, Gran Bretaña; y las colaboraciones de: **Forrest J Ackerman**, Los Ángeles, Estados Unidos; **Carlos Buiza**, Madrid, España; **Jacques Ferron**, Longjumeau, Francia; **Marcial Souto Tizón**, Montevideo, Uruguay; **Eduardo Texeira**, Málaga, España.

MINICONVENCIÓN

MADRID, 9 DE DICIEMBRE DE 1967

En la noche del 9 al 10 de diciembre pasados, un grupo de personas se reunía en los sótanos de un típico mesón madrileño, en la calle de Atocha. Su propósito no era ni conspirar, ni tomar drogas, ni siquiera charlar de fútbol o toros. ¡Se reunían allí para hablar sobre la ciencia ficción...! En una mesa cercana, una pareja de novios, muy ensimismados en sus arrullos, levantaban la vista hacia la extraña congregación cuando la conversación pasaba del murmullo al alarido.

Realmente sería curioso saber qué opinión se llevó la pareja de aquel grupo de individuos que, a pesar de ser algunos de ellos mayorcitos y de aspecto respetable, se pasaron la noche hablando de marcianos, de platillos y de máquinas del tiempo, y ni tan sólo una vez mencionaron al Real, a Santana o al Córdoba. ¡Los hay chalados!

Aunque Carlos Buiza opine, al respecto, lo contrario.

Una convención de ciencia ficción a la que concurren escritores de ciencia ficción en número de diecisiete, difícilmente podrá ser considerada como verdadera convención. Pero éste no es nuestro caso, porque la... digamos reunión, fue estrecha en cuanto a la difusión (sólo los asistentes se enteraron); corta en duración (unas seis horas); inadecuada en el local (un mesón), etc., de tal forma que aún el nombre de «mini-convención» le resultará un poco grande.

Fueron tratados en ella, sin embargo, temas muy interesantes; consiguieron reunirse, por primera vez, unos escritores que, o se desconocían entre sí, o el conocimiento mutuo fue, hasta entonces, sólo epistolar. Estuvieron presentes varias generaciones de SF: los pioneros (SANTOS y VALVERDE), los de la «Segunda Generación» (ATIENZA, VILLAR y LEZCANO), los «nuevos» (FRABETTI, GARCI, MONTALBÁN, VIGIL, TEBAR y yo mismo), y los «novísimos» (Mercedes VALCÁRCEL y MENGOTTI). Esto sin contar los observadores: Tere Díaz, Francisco Sánchez, Gerardo Bustillo, etc.

Se habló, repito, mucho. Y de todo pudo sistematizarse la parte final de las conversaciones, gracias a un magnetófono, en el que se grabaron los diferentes puntos de vista que cada uno tenía sobre cuál debería ser el «enfoque» de NUEVA DIMENSIÓN y que, en resumidas cuentas, fue el tema-base de todo lo hablado. Parece, pues, evidente, que Domingo Santos y Luis Vigil, cuando al día siguiente regresaron a Barcelona, llevarían consigo un abundante material apto para el cotejo.

Creo interesante destacar ahora, sin falsa modestia y sin venda en los ojos, que el estado de conciencia de ciencia ficción entre nosotros parece ser inmejorable en todos los sentidos. Aparte de algunas consideraciones marginales que eludo, no cabe duda que NUEVA DIMENSIÓN es una auténtica aventura; en ella participan, primero, los editores, y en segundo lugar —y no tan distanciados de aquéllos como pudiera parecer—, nosotros mismos: los escritores nacionales. La participación de autores

extranjeros, sin menospreciarlos ni cosa que se le parezca, es meramente funcional: con la traducción de un texto a diferente idioma, no sólo no arriesgan nada, sino que ganan lectores.

Dije antes que el editar una revista como ésta es una auténtica aventura, por una sencilla razón: momento actual de la ciencia ficción en España. Una mirada hacia atrás (pongamos siete u ocho años); el panorama hispano era francamente desolador; una revista, entonces, no habría sido una aventura, sino el más estúpido de los suicidios. Creo que ni con un fuerte capital, ni con una acertada promoción, ni siquiera con un milagro se hubiera conseguido un público. El caso de ahora. 1968, no es el mismo, afortunadamente. Pero hay que añadir, muy de prisa, que tampoco se trata de miel sobre hojuelas. Hace falta «algo más»; «algo» que sólo el tiempo y el esfuerzo podrán conseguir. ¡Me gustaría ver en esas condiciones a un **magazine** anglosajón, uno de esos monstruos sagrados de la ciencia ficción! Ni con una plantilla de autores de primerísima línea se hubieran atrevido a cualquier cosa.

Por eso es aventura: emprende la revista, realmente, una nueva dimensión, que todos esperamos sea duradera. Precedentes, contrarios y desgraciados, existen: **Más Allá** y **Anticipación**. No es igual mantener una colección de novelas a mantener una revista. Esto último es mucho más comprometido, mucho más difícil, aunque sea de aparición bimestral.

Y éste fue uno de los temores que todos expresamos. También se dieron soluciones viables para que esto no ocurriera, pues cualquier crítica —y más si es apriorística— debe de ser constructiva. En primer lugar se habló de selección —auténtica selección— de textos, al margen de la nacionalidad de sus autores; en segundo, secciones de información, ensayos, etc., etc.; tercero, particular atención a «esta canija, pero pujante escuela española de SF» (en palabras de Frabetti), y cuarto: dentro de ofrecer temas y autores clásicos en el género, intentar poco a poco, pero firmemente, la introducción de una SF renovadora, de la «Cosa Nueva», que actualmente se habla en el mundo anglosajón.



Efectivamente: respecto a esto último es necesario destacar su importancia. Recorrer caminos trillados es vulgar la mayor parte de las veces, aunque el texto, subjetivamente, posea franca calidad. Un renovador, en este sentido, ha sido el inglés Brian Aldiss: los hombres del futuro de Asimov, por ejemplo, no son tales hombres del futuro, sino hombres del siglo XX transportados al futuro, a un medio diferente; el hombre no ha cambiado, sólo ocurre que desarrolla su actividad un mundo extraño. Piénsese, por el contrario, en los seres humanos (¿y hasta qué punto podríamos darle este calificativo?) del primer cuento de **Starswarm** (Cuando la Tierra esté muerta), de Aldiss: han cambiado tanto al medio y el medio los ha cambiado tanto, que casi no los podemos entender. Son auténticos hombres del futuro. Pero están viviendo en sus propios términos y nos interesan sus vidas porque en ellas reconocemos nuestra propia vida transformada por el paso del tiempo. Un ejemplo de esta tendencia actual puede encontrarse en **New Worlds**, de Michael Moorcock (la revista que más material experimental publica hoy en día) y en Judith Merril, en USA. Por eso, una orientación hacia la «Cosa Nueva» no puede dejar de estar presente en una revista que comience a editarse ahora.

Otro punto tocado en la reunión, e igualmente interesante, fue el del público: ¿Qué deberá ofrecer NUEVA DIMENSIÓN al público lector? Hubo opiniones tajantes, como la de Atienza: «Que los editores sigan su propio criterio y no den oportunidades a nadie. Que piensen únicamente que los señores más atrevidos que ha habido en Europa últimamente —y que han sido los **señores de Planète**— están publicando 80.000 ejemplares, en Francia, de una revista que se vende a 6,5 NF;

10.000 en italiano; 30.000 en castellano: 7.000 en holandés... y que ahora saldrá en árabe y todo. Bien, esos no han dado oportunidades a nadie más que a ellos mismos. Ni siquiera al público: al público hay que darle en el morro. Y cuando al público se le den más burradas, mejor se las traga... me refiero a burradas en cosas inteligentes...». Montalbán no compartió la opinión de Atienza, y dijo que los 80.000 ejemplares están muy bien para **Planète**... y para Francia, que aquí —al menos en principio— no debemos aspirar a tanto.



Valcárcel, Mengotti, Garci y Villar se mostraron más o menos de acuerdo con darle al conjunto un sentido más popular que especializado, que sería la única forma de poder contar con un público numeroso.

Yo me quedo en la mitad: ni para todos ni para unos pocos. Hacer de NUEVA DIMENSIÓN una lectura de élite, es tan perjudicial como hacerla demasiado «popular». Pero ante todo una cosa debe ser inexcusablemente cuidada: la selección. Y aquí sí que no caben favoritismos ni prioridades. Puede, incluso, que sea la clave del éxito o del fracaso. Si los textos que se incluyan —prescindiendo de que su tónica sea renovadora o no—, no pueden ser puestos en entredicho atendiendo únicamente a su calidad literaria en cualquiera de sus aspectos, la cosa irá bien.

Y así terminó esta mini-conversación, precipitada e importante, con buenos augurios y grandes esperanzas

Carlos BUIZA

se escribe

en busca de correspondencia

Crear una sección de correspondencia es siempre, para el editor de una revista, lo más difícil e ingrato. Quizá a su través le lluevan las alabanzas, pero lo más probable es que al mismo tiempo le caigan también una buena dosis de palos. Pero siempre es indispensable un flujo de ideas que vaya del lector al editor. Una revista que no viva al ritmo de su público es una revista muerta. Es por ello precisamente que, tras mucho meditarlo, preparando nuestra coraza para recibir los saetazos que tal vez nos lleguen, impermeabilizándonos ante las frases de halago que nos podrían hacer engreír, dispuestos a consultar todos los libros necesarios para responder a las preguntas de los lectores más curiosos que nosotros mismos, sin temor (aunque no del todo tranquilos) ante las críticas más feroces, dispuestos para recibir todas las sugerencias... abrimos aquí nuestra sección de **missiles**.

Aceptaremos en ella todo lo que nos traiga ideas nuevas. Aceptaremos:

- Opiniones.
- Críticas.
- Sugerencias.
- Peticiones de información.
- Informaciones.
- Consultas.
- Colaboraciones.
- Todo.

Les esperamos. Atenderemos todas las cuestiones que nos lleguen, intentaremos resolver los problemas que se nos planteen. Aunque sea un tópico decirlo, necesitamos su ayuda para mejorarnos. Y nuestras mejoras revertirán en ustedes mismos.

La puerta está abierta. Adelante. Una NUEVA DIMENSIÓN les aguarda.

Notas

[1] Gas inventado por los químicos. Dicen que es imposible vivir sin él. Tonterías. Lo único sin lo cual no se puede vivir es el dinero. <<

[2] Este instrumento existe en la realidad. (Notas del traductor del francés al ruso). <<